



Carlos Ramírez

Operación Gavin

México en la diplomacia de Reagan

 **EL DÍA**

Operación Gavin

Carlos Ramírez

Operación Gavin

México en la diplomacia de Reagan

El Día en libros
Sociedad Cooperativa, S.C.L.
México

Primera edición, agosto de 1987

© Sociedad Cooperativa

Publicaciones Mexicanas, S.C.L.

México, D.F., 06470

Impreso y hecho en México
Printed and made in México

Diseño de la portada: *Evaristo Almaguer*

La presente edición estuvo al cuidado de *Víctor Magdaleno*

A Lourdes y Juan Carlos, por el tiempo robado.

Presentación

Este libro es de muchas voces. Sin el concurso de otros periodistas y académicos, difícilmente hubiera podido ser escrito. De ahí que sea indispensable agradecer la ayuda en información, comentarios y paciencia de quienes me ayudaron en el discernimiento de la Operación Gavin. Todos merecen ser nombrados, pero algunos declinaron con modestia esta petición del autor. Agradezco a Miguel Medina Cruz, corresponsal de Unomásuno en Los Ángeles, a José Carreño, corresponsal de Notimex en Washington, y a los periodistas que conversaron conmigo sobre Gavin en Estados Unidos y en México. Especial agradecimiento a Raymundo Riva Palacio y Fausto Fernández Ponte, que cubrieron por Excélsior durante años la plaza de Washington, porque sin su ayuda este libro hubiera quedado incompleto, a Cesáreo Morales, investigador del tema, las gracias por sus conversaciones que lograron ubicar a Estados Unidos en su justa dimensión. A Alejandro Ramos le agradezco su estímulo, su paciencia, su lectura cuidadosa y sus sugerencias que evitaron desviaciones en el tema del libro.

Agradezco también el aliento de dos periódicos del interior del país, quienes apoyaron la empresa de realizar un viaje de investigación de un mes a Los Ángeles, Nueva York y Washington para concluir la pesquisa sobre Gavin. Este libro es, pues, de Ninfa Deandar, directora de El Mañana de Nuevo Laredo, y de Jesús Cantú, director de El Porvenir de Monterrey.

Finalmente, este libro no existiría sin Socorro Díaz, quien con entusiasmo me apoyó en la difícil empresa de seguirle la pista al embajador John Gavin hasta Estados Unidos. Asimismo, a su sensibilidad para publicar en El Día, periódico en el cual trabajé hace varios años, los primeros frutos de esta investigación. A Socorro mi gratitud y agradecimiento sin fin.

Carlos Ramírez

Índice

	Pág.
Presentación.....	7
Misión por cumplir	
<i>Las tareas de Gavin</i>	13
Gavin en el sistema político mexicano	
<i>Operación Gavin</i>	51
<i>La embajada en Hermosillo</i>	89
México y la diplomacia de Reagan	
<i>Bernard Shaw en Pennsylvania avenue</i>	129
<i>Target: México</i>	147
La diplomacia de la droga	
<i>Camarena: un incidente a la norteamericana</i>	173
¿Misión cumplida?	
<i>La renuncia del embajador</i>	197
<i>Por qué renunció Gavin</i>	207

“Cuando el Comité de Relaciones Exteriores del Senado me preguntó mi curriculum (para confirmar su nombramiento como embajador) contesté:

‘— Tengo por lo menos 40 películas para enseñarles, que pueden probar que yo no era un actor’ ”. John Gavin en Los Angeles Times, 2 de mayo de 1981.

“Es muy difícil ser embajador estadounidense en México por la historia de los dos países y porque, como historiador lo digo, México ha sufrido mucho en las manos de mi patria (EU). Un embajador que no conozca ni entienda estas cosas, yo creo que no puede funcionar bien”. Julián Nava embajador de EU en la administración Carter, al comentar el nombramiento de John Gavin, marzo de 1982.

“Para Estados Unidos, 'entender' a México —su vecino distante— se ha convertido en una cuestión de interés propio e incluso de seguridad nacional”. Alan Riding, corresponsal del The New York Times durante una década, en su libro Vecinos distantes, 1985.

Misión por cumplir

Las tareas de Gavin

I

Era un hombre alto, bien parecido, peinando las canas de los 50 años, de movimientos muy estudiados y efectivos, sonrisa fácil, cautivadora, carácter fuerte, un personaje cinematográfico en la política. Conocedor de los hilos secretos del manejo de la imagen en el cine y la televisión, en los *sets* de la política se sintió a gusto. Tuvo pocos amigos mexicanos, pues siempre ha vivido las contradicciones de su sangre mexicana y norteamericana: nunca perteneció del todo a cualquiera de ellas. En México llegó a cautivar al mundo de la sociedad y a conmocionar al de la política. Así, John Gavin se constituyó en cinco años, sin duda, en el embajador de Estados Unidos en México más famoso y conocido.

Sin experiencia política de primer nivel, amigo personal del presidente Ronald Reagan y de su esposa Nancy, desconocido en el mundo de la diplomacia, Gavin aterrizó aquí y México fue el escenario en el que el ex actor de Hollywood y casi estrella del Broadway neoyorkino encontró el ambiente para debutar y despedirse, cual fugaz estrella, del *star system* de la alta política y diplomacia de Estados Unidos. Aunque llegó con entusiasmo y se fue decepcionado, Gavin resultó, a la postre, un embajador eficaz para el juego norteamericano en México. Además de lo que le correspondía como representante de la Casa Blanca, Gavin llegó a *actuar la embajada* de

Estados Unidos en México, se metió en ella y, por sus resultados, su actuación en México fue, sin duda, la mejor de su carrera.

En su estancia en México, Gavin hizo mucho y poco. No contribuyó a aligerar la pesada carga geográfica de las relaciones vecinales, pero en cambio logró introducir a Estados Unidos como factor de poder en México y le encontró un lugar, en el tiempo y el espacio históricos, a la embajada norteamericana en el sistema político mexicano. Vino por su relación con Reagan y se fue porque los vientos políticos en Washington, D.C., cambiaron de rumbo. Aunque a su salida se mostró decepcionado y algo resentido, el gobierno de Estados Unidos comenzó su nueva relación con México a partir de donde la dejó ese hombre que en mayo de 1986 abordó, desconcertado, un avión rumbo a Los Angeles.

II

En su sorpresiva renuncia en abril de 1986,¹ el embajador de Estados Unidos en México desde abril de 1981, John Gavin, fundamentó su retiro en el concepto —muy a la norteamericana— de que su misión estaba cumplida. Aunque el diplomático hablaba en términos de misiones burocráticas, en realidad su comisión —que había tenido bastante de diplomática pero mucho de política— había llegado a su fin. Las pugnas hacia el interior de la comunidad de la política exterior de Washington habían mostrado la fuerza y mando único del secretario de Estado, George Shultz, conseguido a costa de la influencia apagada y hasta aniquilada de otros grupos conservadores norteamericanos.

En 1986, Gavin estaba solo, sin las influencias del pasado. Aunque el presidente Reagan seguía confiando sobremedida en su embajador en tierras mexicanas y le permitía un acceso a la Oficina Oval inusitado para cualquier otro embajador, ocurrió que el mismo *kitchen cabinet* —*gabinete de cocina* de la Casa Blanca, el verdadero poder alrededor del presidente— que había evitado la remoción de Gavin en julio de 1985, hacia 1986 se alineó finalmente a la estrategia de Shultz.

El recambio en el poder washingtoniano no alcanzaría nada más a los hombres sino a los estilos. Ocurrió que México estaba resultando demasiado importante para la estrategia de la administración Reagan como para dejarlo sólo en manos del embajador. Comenzado 1986, en medio de la crisis económica de México y de la intervención de los

hombres más poderosos de la Casa Blanca —Shultz; el secretario del Tesoro, James Baker; el presidente de la Reserva Federal, Paul Volcker, y el procurador Edwin Meese—, el papel de Gavin en México había sido desplazado a una mera figura decorativa. Y no sólo eso: en algunos círculos del poder estadounidense, la autonomía y desplantes de Gavin eran, sin duda, un obstáculo para una estrategia más global y menos sentimental y arbitraria.

Así las cosas, el tiempo de Gavin había terminado. Podía, en consecuencia, hablar de una “misión cumplida”. Pero ¿cuál fue la misión que vino a cumplir Gavin a México?

III

Todo comenzó en 1947. Gavin tenía entonces 16 años de edad, pero otro hombre, cuyo camino cruzaría pocos años más tarde, ya contaba con 36. En ese año de los primeros de la posguerra, Ronald Wilson Reagan entraría de lleno a las primeras oleadas de la guerra fría.² Iniciaba sus funciones el comité de actividades antinorteamericanas del senador McCarthy y los intelectuales veían los primeros indicios de la persecución política. En 1946 había comenzado la “cacería de rojos”³ en el ambiente de Hollywood y durante años la persecución sería muy intensa.

Hijo de un “demócrata sentimental”,⁴ demócrata él mismo hasta que en 1962 pasó a formar parte del Partido Republicano, miembro de “cuantas organizaciones conocí que garantizaran la salvación del mundo”,⁵ de quien John Kenneth Galbraith⁶ sale “en su defensa como liberal” y de quien dice que fue “más conservador en la teoría *que* en la práctica” y que fue afecto a “acciones que eran más verbales que prácticas”, Reagan comenzó a escalar una posición política desde que se inició en el cine en 1933 con la película *Love is on the air* (*El amor está en el aire*). Fue una larga y nutrida trayectoria para convertir al cine en la realidad del poder a partir del cine como fábrica de sueños.

Ocho años duró Reagan como líder del Screen Actor Guilds (SAG) —Gremio de Actores de Cine—, en dos periodos: de 1947 a 1952 y de 1959 a 1960. En su transcurso, Reagan conforma un sólido equipo de trabajo, un cúmulo de amistades que perdura en la actualidad y una red de alianzas político-cinematográficas que aún ahora revelan su explosividad. No por menos, por ejemplo, las pug-

nas entre Charlton Heston —el actor liberal que dirigió la SAG de 1965 a 1971— y el actor de TV Ed Asner —famoso por su serie *Lou Grant*— alrededor del apoyo de la administración Reagan a la *contra* nicaragüense, tienen vinculaciones con las contiendas políticas que vienen desde que McCarthy persiguió a comunistas, izquierdistas y liberales hasta en los rincones más absurdos de los sets cinematográficos de Hollywood. No por menos, tampoco, Reagan solidificó su relación de amistad —comenzada a través de su segunda esposa, Nancy— con otro actor, galán de cine, joven promesa, de gran personalidad, dirigente de la SAG después de Heston —de 1971 a 1973—, el mexicano-norteamericano John Gavin.

La política fue tejiendo las relaciones entre personajes del cine y la televisión. Ya por ese entonces,⁷ las preocupaciones políticas de Reagan ocupaban parte de su vida como actor. En su autobiografía *¿Dónde está el resto de mí?*, título de una de sus películas de más éxito, Reagan explicó sus convicciones políticas e ideológicas y cómo las fue aplicando a la par de su carrera de actor, hasta que en los sesentas decidió lanzarse de lleno a la política. No hubo dudas con Reagan. El periodista Robert Lindsey⁸ aclara muchas apreciaciones —entre ellas la de Galbraith, quien confiesa que encontró apoyo en Reagan a causas más o menos progresistas—:

“En realidad, Reagan *jamás* llegó a acercarse tanto al progresismo como algunos miembros de la comunidad de Hollywood que coqueteaban con el comunismo, el socialismo y otras causas izquierdistas. Perteneció (Reagan) durante un breve periodo a una organización llamada Comité Independiente de las Artes, Ciencias y Profesiones de Hollywood, que más tarde fue acusada de encubrir un movimiento comunista y (perteneció también) al Comité de Ex Combatientes Americanos, sospechoso de tener vinculaciones con comunistas. Pero en ambos casos Reagan se separó *de dichas organizaciones tan pronto supo de sus orientaciones políticas*”.

Reagan llegó a sorprender a sus amigos y seguidores por la firmeza de sus convicciones, mezcla de idealismos sociales con pragmatismos económico-políticos. En esa etapa de endurecimiento ideológico y de descubijamiento de la actividad cinematográfica en California, Reagan consolidó grupos, entre los cuales dos de ellos afianzaron amistad y lealtad: el de Charlton Heston y el de John Gavin. Gavin se incorporó al grupo cuando comenzó a descollar como

promesa de cine —allá por 1954—, con más de 20 años de edad. El fortalecimiento de esa alianza le permitió alcanzar la presidencia de la SAG —con el apoyo de Reagan, ex presidente del gremio, y de Heston, presidente saliente entonces y a cuyo comité pertenecía como vicepresidente— en 1971, con 40 años y en medio de nuevas pugnas y purgas macartistas.

Gavin se deslumbró con Reagan. No le tocó nada de la primera presidencia de Reagan en la SAG durante el largo periodo de 1947 a 1952, pero sí se incorporó al grupo durante la segunda administración de Reagan en la SAG en 1959-60. Gavin admiró entonces a Reagan y encontró en él una protección. Reagan, por ese entonces, tenía sobre su cabeza la aureola de luchador anticomunista, informador del FBI⁹ sobre actores procomunistas, hombre de convicciones conservadoras y creador de las famosas listas negras de simpatizantes del comunismo en la industria del cine.

Reagan sabía lo que hacía. El 23 de octubre de 1947, un jueves, Reagan —como presidente de la SAG— testificó ante el Comité de Actividades Antinorteamericanas del Senado. Su testimonio resultó muy comentado entre los actores y le valió el apoyo de unos y el rechazo de otros. De hecho, este testimonio dividió por siempre al sindicato de actores de cine. Gavin, al entrar en el mundo de Hollywood, decidió su participación en el grupo de Reagan a raíz justamente de esa declaración en el Senado. He aquí un resumen de lo más importante del testimonio de Reagan:¹⁰

“Pregunta: Como miembro de la junta directiva (del SAG), como presidente del Gremio de Actores y como miembro activo, ¿ha notado u observado en algún momento, dentro de la organización, alguna pandilla de comunistas o fascistas que trataran de ejercer influencia sobre el gremio?

“Reagan: Mi testimonio debe de ser similar al del señor George Murphy (líder del SAG de 1944 a 1946) y al del señor Robert Montgomery (líder del SAG de 1935 a 1938 y de 1946 a 1947, antecesor de Reagan). Ha habido un pequeño grupo dentro del Gremio de Actores, el cual se ha opuesto constantemente a la política de la junta del gremio y a los funcionarios del gremio, como evidencia por su voto en varias cuestiones. *Esta pequeña pandilla* a la que nos referimos, se *ha sospechado que siga más o menos las tácticas que nosotros asociamos con el Partido Comunista.*

“Pregunta: ¿Se referiría a ellos como una influencia quebrantadora dentro del gremio?”

“Reagan: Yo diría que en ocasiones han intentado ser una influencia quebrantadora.

“Pregunta: ¿No tiene usted conocimiento de si alguno de ellos sea miembro del Partido Comunista?”

“Reagan: No señor, no tengo ninguna fuerza investigadora ni nada. Yo no sé.

“Pregunta: ¿Le han reportado que ciertos miembros del gremio fueran comunistas?”

“Reagan: Sí, señor. *He oído diferentes discusiones y algunas se catalogan como comunistas.*

“Pregunta: ¿Diría usted que esta pandilla ha intentado dominar al gremio?”

“Reagan: Bueno, señor, al intentar sobreponer sus propias perspectivas en varias cuestiones, creo que tendría que decir que nuestro lado también está tratando de dominar, porque nosotros estábamos peleando igual de fuerte para sobreponer nuestros puntos de vista. Y creo que nosotros ganamos por las cifras. El señor Murphy dio las cifras y ellas fueron aproximadamente iguales: un promedio de 90 por ciento o más del gremio de actores votó en favor de esos temas (los de Reagan) y éstos son ya política del gremio.

“Pregunta: Señor Reagan, ha habido un testimonio del hecho de que numerosas organizaciones comunistas han sido establecidas en Hollywood. ¿Le han gestionado alguna vez que ingrese a alguna de esas organizaciones o cualquier otra organización que usted considerara como organización comunista?”

“Reagan: He recibido propaganda de una organización llamada Comité para una Política Democrática en el Extremo Oriente. No sé si es comunista o no. Sólo que no me gustaron sus puntos de vista y como resultado no quería tener nada qué ver con ellos”.

Después de narrar una experiencia de una organización que convocó una reunión para recolectar fondos para un hospital y que resultó ser una actividad del Comité de Solidaridad Antifascista de Refugiados, Reagan volvió al interrogatorio.

“Pregunta: ¿Diría usted, por su observación, que eso (el meca-

nismo para recolectar fondos que después resultan actividades políticas) es típico de las tácticas y estrategias de los comunistas, de solicitar y usar nombres de personas prominentes para ya sea recaudar dinero o ganar apoyo?

“Reagan: Sí, creo que va con sus tácticas, sí señor.

“Pregunta: ¿Considera usted que haya algo democrático en esas tácticas?

“Reagan: No, nada, señor.

“Pregunta: Como presidente del Gremio de Actores, ¿está usted al tanto de la huelga jurisdiccional que hay en Hollywood desde hace tiempo, verdad?

“Reagan: Sí, señor.

“Pregunta: ¿Ha tenido usted alguna conversación con alguno de los representantes de los trabajadores acerca de esta huelga?

“Reagan: Sí, señor.

“Pregunta: ¿Sabe usted si los comunistas han participado alguna vez en esa huelga?

“Reagan: La primera vez que esta palabra, *comunista*, fue presentada dentro de nuestras reuniones respecto a la huelga, fue en una reunión en Chicago con el señor William Hutchinson, presidente de la Unión de Carpinteros, que estaban en huelga en aquel tiempo. El pidió al Gremio de Actores que presentara términos al señor (Richard) Walsh, y nos dijo que le dijéramos al señor Walsh que si se rendía a esos términos, a cambio sacaría que Sorrel y otros comunistas fueran —lo estoy citando— y así romper la huelga. Quisiera añadir que el señor Walsh y el señor Sorrel estaban a cargo de la huelga por el señor Hutchinson en Hollywood.

“Pregunta: ¿Cuál es su opinión acerca de los pasos que deben tomarse para librar la industria cinematográfica de cualquier influencia comunista?

“Reagan: El 99 por ciento de nosotros estamos al tanto de lo que está pasando y creo que dentro de los límites de nuestros derechos democráticos *hemos hecho un buen trabajo* en nuestro negocio para *mantener restringidas* las actividades de estas personas. Después de todo, hay que reconocerlas por el momento como un partido político. *Bajo ese fundamento, hemos descubierto sus mentiras* cuando nos hemos cruzado con ellas, y definitivamente puedo testificar que en el ca-

so del Gremio de Actores hemos sido eminentemente éxitosos en prevenir que con sus tácticas usuales traten de dominar a una organización mayoritaria con una bien organizada minoría. Al oponer esa gente, lo mejor que se puede hacer es trabajar por la democracia.

“En el Gremio de Actores lo hacemos asegurando a todos un voto y manteniéndolos informados. Creo que como Thomas Jefferson dijo, si toda la gente americana supiera todos los hechos, nunca se equivocaría. Ahora que si el partido debe ser proscrito, eso lo deberá *decidir el gobierno*. Como ciudadano, *yo vacilaría en ver cualquier partido proscrito sólo en las bases de su ideología política*. Hemos pasado 170 años en este país sobre la base de que la democracia es lo suficientemente fuerte para mantenerse y luchar contra la incursión de cualquier ideología. Sin embargo, si se ha probado que una organización es agente de una fuerza extranjera —o de alguna manera un partido no legítimo— y creo que el gobierno es capaz de probar eso, entonces eso ya es otro problema.

Para rematar, Reagan afirmó en respuesta al agradecimiento del comité senatorial:

“*Detesto, aborrezco su filosofía* (de los comunistas), pero más detesto sus tácticas, que son fraudulentas; pero al mismo tiempo, como ciudadano, nunca quiero ver a nuestro país impulsado por miedo o resentimiento de este grupo; que nunca comprometamos ninguno de nuestros principios democráticos por ese miedo o resentimiento. Aún pienso que la democracia ganará”.

El prestanombres

En función de esta filosofía, Gavin se acercó a Reagan hacia mediados de los cincuenta. En Hollywood ya estaba funcionando la persecución y la traición. El propio Reagan, en su calidad de actor reconocido y luego como presidente del SAG, participó en el macartismo de dos maneras: de una parte, filtrándole al FBI nombres de actores supuestamente vinculados con el comunismo; de otra, elaborando hacia el interior del Gremio de Actores listas negras de actores procomunistas para obligar a directores y productores a no contratar a radicales. Estas actitudes provocaron una grave escisión en la industria del cine e inclinaron a importantes personajes de la industria —como el direc-

tor Elia Kazan— a denunciar a compañeros y a otros actores —como Charles Chaplin— a emigrar de Estados Unidos.

El estilo fue implantado en tiempos de Reagan, se aflojó un poco con Heston pero volvió por sus fueros con Gavin. Ya Reagan había hecho todo. Según testimonio de un periódico californiano,¹¹ Reagan *colaboró* con el FBI en la persecución de actores supuestamente comunistas. Según los testimonios recogidos por dicho periódico, Reagan y su primera esposa Jane Wyman entregaron nombres, pero también —como se refleja en el testimonio presentado ante el Senado— mostró su desacuerdo con el tipo de estilo del Comité de Actividades Antinorteamericanas. Pero aun en este tipo de contradicciones, muchos importantes personajes del cine tuvieron que verse bajo la lupa macartista: la escritora Lilian Helman —compañera del escritor Dashiell Hammet—, Humphrey Bogart, Lauren Bacall, Katherine Hepburn, Gene Kelly, Will Geer, Spencer Tracy y muchos otros involucrados en actividades de solidaridad con la República Española ante el acoso fascista de Francisco Franco.

El problema central se dio cuando esos artistas vieron cerradas las puertas del empleo en Hollywood si no renunciaban, se arropentían o dejaban sus actividades políticas. Algunos de ellos aceptaron las reglas del juego y otros —como se refleja con precisión en la película de Woody Allen titulada *El prestanombres*— tuvieron que escribir cine bajo seudónimo. Esta persecución rompió, también, con el intento de una importante generación de hombres y mujeres de cine¹² que buscaban nuevos caminos, más realistas, para la industria.

Un ambiente de miedo —y no precisamente el que quería evitar Reagan, según su testimonio— se apoderó del cine norteamericano. Muchos actores se vieron obligados a jurar que nunca habían sido miembros del Partido Comunista y otros perdieron sus empleos por estar incluidos en las listas negras manejadas y controladas por el Gremio de Actores. Hubo casos de histeria como el de la actriz bailarina Ginger Rogers —la pareja del bailarín Fred Astaire— y su mamá, que testificaron que todo el mundo del cine era comunista. Los diri-gentes del SAG, según testimonios de algunos de sus miembros, contribuyeron a la persecución, en lugar de proteger a los actores.

Esos tiempos y esos ambientes solidifican alianzas y definen perfiles. Según la escritora Kim Fellner, quien fue jefa de prensa del SAG durante la gestión del perseguido Ed Asner, Reagan desarrolló

su ideología anticomunista durante su reinado en el Gremio de Actores. Inclusive, algunos analistas del *The New York Times*¹³ recogieron evidencias de que la política conservadora de Reagan como presidente de EU tiene vinculaciones con su gestión como líder de los actores. “Los encuentros remotos de Reagan con la izquierda parecen ser *la clave* de su política de ayuda a la *contra*”, señala el periodista Bernard Weinraub.

En su crónica, el periodista norteamericano refiere citas. Stuart K. Spencer, asesor de Reagan hace tiempo, dijo del presidente: “La semilla de sus sentimientos acerca del comunismo *comenzaron* cuando cortó algunas de sus acciones (del comunismo) en el Gremio de los Actores”. “En su tiempo libre (Reagan) desarrolló un fuerte sentimiento acerca de la amenaza del comunismo en nuestro sistema de vida”. Asimismo, en el mismo despacho, se consigna que Reagan le dijo entonces a la columnista cinematográfica Hedda Hopper: “la tiranía es tiranía, y ya sea que venga de la derecha, izquierda o centro, es maligna”.

Los grupos y las alianzas perviven hasta la actualidad. Inclusive, el SAG se ha visto sacudido ahora por los viejos resabios de las luchas políticas del pasado, al grado de que el liberal Charlton Heston se mostró radicalmente conservador y reaganiano. Heston se enfrentó al liberal Ed Asner para boicotear la candidatura de éste a la presidencia del SAG en 1981. Más tarde, Heston enderezó sus ataques contra colaboradores de Asner porque el SAG se había negado a entregarle al presidente Reagan, en el primer año de su mandato, un reconocimiento y un premio de los actores. Pero el consejo directivo del gremio se negó a ello porque en esos días precisamente el presidente Reagan acababa de darle sepultura al sindicato de controladores aéreos de EU.

Pero la estatuilla de reconocimiento al trabajo sobresaliente de Reagan, que Heston estaba promoviendo, tenía mar de fondo. Meses después se radicalizó la pugna entre los actores debido a la política del presidente Reagan en Centroamérica. Ed Asner cuestionó duramente el intervencionismo norteamericano en la región. Los ataques arreciaron contra Asner, que ya durante la gestión de Reagan, Heston y Gavin en el SAG, había estado en las listas negras. Años más tarde, en plena presidencia de Reagan, los actores se aliaron a grupos ultraderechistas del Senado —como el del senador Jesse Helms,

amigo muy cercano y protector de John Gavin como embajador en México— para pedir una condena contra Asner. Pero no todo terminó ahí: acicateados por actores y políticos, algunas cartas llegaron al consejo directivo de la cadena de TV *CBS* para exigirle la terminación del programa *Lou Grant* que conducía Asner. El programa terminó: los dueños de la estación alegraron bajo *rating*.

Gavin adquirió fuerza y presencia política en ese ambiente y con ese grupo. Con el apoyo de Reagan y Heston llegó Gavin a la presidencia del SAG en noviembre de 1971, para un periodo de dos años. Detrás de esa elección había una más o menos equilibrada carrera cinematográfica, nada espectacular, pero una consistente línea de ascenso político. Su vinculación a Reagan —por aquel entonces gobernador de California— le sirvió bastante y su carácter arrogante le hizo muchos enemigos. Por ese entonces ya estaba vinculado a la OEA y había participado en la formación de algunos grupos o comités de buena voluntad con hispanos y otras minorías. También se había mostrado como buen empresario pues para comienzos de los setenta había logrado crear algunas empresas vinculadas indirectamente con el cine y comenzaba ya su intervención en el negocio inmobiliario.

Como actor, su carrera quedó en “promesa”. Las críticas a sus principales películas destacaban a un actor en ascenso, pero nada más. Participó en varias: *Quantz*, *Psicosis* de Hitchcock, *Millie, Espartaco* y *Pedro Páramo*. Fue estrella de la serie de televisión *Convoy*. Gavin actuó al lado de estrellas como Lana Turner, Susan Hayward, Doris Day, Sandra Dee, Sofía Loren, Janet Leigh, Dorothy Malone, entre otras. Estuvo contratado en exclusiva por la importante productora Estudios Universal durante muchos años.

Paralelamente a su vida cinematográfica —40 películas; pocas han sobrevivido al tiempo—, Gavin tuvo una vida conflictiva. Su carácter soberbio y explosivo lo llevó a tener fricciones con otras figuras del espectáculo. Paralelamente a sus estudios de diplomacia en la Universidad de Stanford —que son destacados por el periódico *Los Angeles Times*—, Gavin se divorció a petición de su esposa¹⁴ a mediados de los sesenta, bajo el cargo de “extrema crueldad”. Con su primera esposa, Cicely, tuvo dos hijas. Posteriormente se casó con Constance Towers, una mujer vinculada a la TV. En la actualidad, Constance Gavin, que usa su apellido de soltera, conduce un programa de televisión en Los Angeles.

Su relación con la prensa —por aquellos años— fue la misma que tuvo en su carrera política: llena de fricciones, rencillas, reclamaciones y pleitos. A mediados de los setenta —hecho que Gavin suele contar con profusión y orgullo—, el actor le ganó una demanda judicial al editor Jay Berstein y logró que la columnista Joyce Haber fuera despedida de un diario de Los Ángeles, además de recibir 280 mil dólares como indemnización. La columnista había publicado que Gavin estaba enredado con Dollie Cole, esposa del presidente de la General Motors. Aunque Gavin ganó, por el escándalo, el Bank of America lo despidió como creador de publicidad en donde realizaba proyectos especiales.

Con este historial y sin presencia real entre el gremio de los actores, Gavin se lanzó a la presidencia del SAG en 1971. Heston dejaba la presidencia del gremio y Gavin, amigo de Heston y vicepresidente del SAG, con el apoyo del gobernador californiano Ronald Reagan, se propuso para sucederlo. Pero se encontró con resistencia. Por primera vez en la historia del SAG, no hubo solamente un candidato. Gavin dividió al gremio y propició la aparición de la candidatura de Bert Freed. Hubo golpes y violencia y se dieron las elecciones más peleadas en 38 años de existencia del gremio. Gavin era el vicepresidente del consejo directivo encabezado por Heston y resultó, así, el candidato oficial de un comité de selección que después fue repudiado. Aunque Heston quiso parecer neutral, al final de cuentas estuvo al lado de Gavin.

Gavin ganó 6 mil 407 votos, contra 3 mil 237 de Freed, en un padrón de 20 mil afiliados. El abstencionismo fue producto de la violencia en las campañas y el apoliticismo derivado de la persecución macartista entre la familia cinematográfica. Comenzó su gestión de manera oficiosa, ensalzando¹⁵ los años de Heston. Y terminó su presidencia, dos años después, sin pena ni gloria. La revista conmemorativa de los primeros 50 años del SAG¹⁶ apenas le dedicó algunas líneas sin mayor interés. Lo más destacado fue que Gavin inició el periodo de dos años consecutivos de dirigencia. Logró algunos apoyos del gobierno republicano de Richard Nixon para la industria del cine y luchó contra las minorías étnicas dentro del gremio de los actores que querían igualdad de derechos en el empleo.

En el fondo de su gestión, la lucha macartista volvió a surgir. Gavin se mostró duro en este punto, al grado de que la sucesión en

el SAG en 1973 la perdió Gavin —quería reelegirse— de todas todas y la elección del siguiente dirigente se logró en medio de un delicado contexto de lucha política. Informaciones publicadas a mediados de 1973¹⁷ indicaron que la gestión de Gavin ahondó la polarización ideológica en el gremio, hecho que se manifestó a plenitud en las selecciones para el cambio de mesa directiva. Contra Gavin compitió el actor Dennis Weaver, famoso por su caracterización en televisión del policía *McClaud*.

Las elecciones se tornaron políticas. Los votos a favor de Weaver¹⁸ se tomaron como de repudio a la larga gestión de Gavin y a la forma en que el comité de selección del SAG escogía a los presidentes del organismo. Weaver le revirtió a Gavin su triunfo de 1971 y logró 6 mil 785 votos, contra 2 mil 628 para Gavin. El actor norteamericano de origen mexicano pasó al olvido.

IV

Retirado a medias del cine, Gavin optó por la empresa y los negocios, refugio luego de derrotas políticas. Filmó comerciales, invirtió en México y Estados Unidos, se relacionó con otros empresarios, creó una empresa productora de documentales, se inclinó por el teatro y se fue a Nueva York a probar fortuna en Broadway.

De este interinato hay algunos hechos interesantes. Se ligó a la OEA, sus estudios en la Universidad de Stanford le abren algunas puertas de la cultura y la política. Su empresa *Gama Productions* se dedicó a filmar en lugares apartados de las selvas y montañas de América Latina para la producción de comerciales, pero ninguno terminado se conoce hasta ahora.

Hacia principios de 1981, Gavin decidió participar en la comedia musical titulada *Can Can*, su primera incursión en el baile y el canto. En México era ya popular por su comercial de *Bacardí* y la “prueba del añejo”, y estaba relacionado con algunos grupos empresariales en coinversiones; destaca su amistad y sociedad con la familia O’Farrill, copropietaria de los periódicos *Novedades* y *The News* y propietaria del consorcio Televisa. Cuando se encontraba ensayando uno de sus bailes¹⁹, recibió una llamada de Washington.

V

El desembarco de John Gavin en México no fue gratuito ni solamente una muestra de amistad del presidente Reagan. En el fondo había, y Gavin lo confirmaría en el anuncio de su renuncia cinco años después, una *misión* que cumplir, una tarea concreta: propiciar y permitir la asimilación de México, de manera integral, al gran juego norteamericano, sin concesiones. Por primera vez en muchos años, Estados Unidos sabía exactamente lo que deseaba de México y se disponía a usar a la embajada en ese país y desde luego a su embajador como la punta de lanza y el mecanismo para esos propósitos. Detrás de la careta de alianzas y compromisos, de caminos comunes y fatalidades geográficas, el verdadero rostro del Pígalión asomaba desde las primeras lecciones.

Dos misiones venía a cumplir Gavin o una misión dividida en dos partes: de una lado, aquella que le asignaron los organismos de inteligencia, seguridad nacional y política exterior de la recién estrenada administración Reagan, destinada a asimilar a México para el frente político e ideológico de Estados Unidos; del otro lado, como un trágico personaje rulfiano, el regreso a casa de esa especie de Tío Tom de los chicanos,²⁰ satisfecho con el nuevo mundo descubierto e imposibilitado de romper amarras completamente con el pasado histórico.

¿Qué quería la administración Reagan de México?

Sustentada en la recuperación del poderío y hegemonía norteamericana y de cara al enfoque de los problemas regionales como expresión de la pugna Este-Oeste, la Casa Blanca tenía claros sus propósitos sobre México. El Comité de Santa Fe, organismo académico y de seguridad nacional encargado de la definición de las relaciones interamericanas, concluyó²¹ que México debería ser la “mas alta prioridad para la próxima administración”, la de Reagan. El enfoque de este organismo, cuyos redactores en su mayoría han sido designados embajadores de Estados Unidos en América Latina, no podía ser otro sino el siguiente: “el continente americano se encuentra bajo ataque. América Latina, la compañera y aliada tradicional de Estados Unidos, está siendo *penetrada por el poder soviético*. La cuenca del Caribe está poblada por apoderados soviéticos y delimitada por estados socialistas”. Estados Unidos tenía, en consecuencia, que revertir esta situación.

Después del rumbo errático de la administración Carter, Reagan se dio para sí la tarea de devolverle a Estados Unidos el liderazgo mundial.

Los estrategas norteamericanos habían decidido ponerle fin a la doctrina Carter, definida en el discurso de Notre Dame de 1977, en el sentido de que Estados Unidos “había superado el temor desproporcionado al comunismo”. Reagan volvió a colocarle al comunismo el mismo papel de enemigo de EU y lo usó como etiqueta adherible a los conflictos regionales en donde la hegemonía norteamericana estaba siendo cuestionada y debilitada. Para reafirmar el papel de México en esta estrategia, Roger Fontaine, redactor del Documento de Santa Fe, luego miembro del Consejo Nacional de Seguridad con Reagan y posteriormente asesor de la Casa Blanca, delineó²² el objetivo de la administración Reagan en dos partes: de un lado, los problemas propios de México como promotores de la desestabilización que podría cruzar la frontera; de otro, el papel de México en los conflictos regionales. Este esquema sería retomado por Constantine Menges, miembro del equipo de transición por parte de Reagan y posteriormente responsable de asuntos latinoamericanos del Consejo Nacional de Seguridad, en un trabajo que después se asimiló como columna vertebral de las tareas interamericanas de ese organismo. Menges señaló²³ que la inestabilidad centroamericana podría encontrar en los problemas económicos de México el elemento ideal para desestabilizar la región y colarse hacia Estados Unidos.

Reagan también tenía claro el interés de EU en México. En un discurso pronunciado en Chicago durante su campaña,²⁴ línea de acción refrendada en la convención republicana de Dallas en agosto de 1984 para su nominación para un segundo mandato,²⁵ Reagan aclaró su preocupación por México: “¿debemos dejar que Granada, Nicaragua, El Salvador, todos se transformen en nuevas *Cubas*, nuevos puestos de avanzada para las brigadas de combate soviéticas? ¿Será *el próximo paso* del eje Moscú-La Habana dirigirse hacia el norte a Guatemala y *de ahí a México* y al sur a Costa Rica y Panamá?”.

Definido el esquema, los nuevos enfoques de EU acerca de México deberían tener un instrumentador o mecanismo eficaz, aceitado, suficientemente apoyado por la Casa Blanca. En su reporte, el Comité de Santa Fe²⁶ recogía los problemas de la administración Carter cuando designó, además del embajador regular, a un embajador especial para asuntos mexicanos, Julián Nava y Robert Krueger, respectivamente. En su propuesta número 3, el Comité de Santa Fé señalaba: “se debería eliminar la embajada especial para asuntos mexicanos, y el embajador de Estados Unidos en México debería ser el

jefe de la delegación en las negociaciones”.

Roger Fontaine, quien resultó ser el hombre clave en la definición de tareas de Estados Unidos en su relación con México, también tocó este asunto.²⁷ En una entrevista con el *The Miami Herald*, Fontaine dijo: “me agradaría que el nuevo embajador norteamericano en México tuviera *muchos vínculos* y una *buena relación personal con Reagan*, para que se realicen las cosas con mayor rapidez que hasta ahora”.

Del otro lado de la moneda, otra misión parecía esclarecerse. No pocos analistas vieron en el desembarco de Gavin un simbolismo rulfiano. Como el personaje clave de la única novela de Rulfo²⁸ —“Vine a Comala porque me dijeron que aquí vivía mi padre, un tal Pedro Páramo”—, Gavin realizaba un retorno a la tierra de su origen que él había dejado hacía tiempo cuando aprovechó la nacionalidad de su padre para convertirse en norteamericano. En este punto habría que incluir la evaluación del por qué de ese sentimiento de Gavin de parecer más estadounidense que otros y de no dejar que la parte mexicana de su sangre —por parte de su madre, la señora Delia Pablos Cruz— gobernara sus sentimientos.

Gavin conoció México como ningún otro embajador con sangre mexicana. Joseph John Jova hablaba español pero estaba lejos de México. Julián Nava vivía desde hacía tiempo en Los Angeles y sólo mantenía alguna relación con el pequeño poblado de Zacatecas de donde eran sus padres, pero sin relacionarse con otras zonas del país. Gavin no. Además de su nacimiento y de su sangre materna, Gavin tenía negocios y muchas amistades y relaciones en México. Conocía perfectamente la zona norte del país, cuando viajaba²⁹ de Los Angeles al Valle del Yaqui durante las vacaciones escolares.

Pero John Gavin albergó siempre una especie de resentimiento hacia México. Algunos la acreditaban a haber sufrido su familia materna la expropiación de tierras en tiempos de Cárdenas y otros consideraban que influyó en el ex actor la militancia conservadora de algunos miembros de la familia Pablos en Sonora,³⁰ en donde un primo, Germán Pablos, era miembro del ayuntamiento de Ciudad Obregón en 1983 y militante del Partido Acción Nacional. El caso fue que siempre dominó en Gavin la sangre paterna, sin que pudiera desaparecer la materna. Ello se reflejó en el tradicional complejo de superioridad del ex diplomático, lo mismo frente a norteamericanos que a mexicanos. Si su

nombre y su origen, su dominio perfecto del español y sus relaciones familiares quisieron aprovecharse en su nombramiento de embajador, al final resultó que Gavin nunca pudo convencer a los mexicanos por ser norteamericano ni terminó de convencer a ciertos grupos norteamericanos que lo veían como un diplomático con sangre mexicana.

La familia materna de Gavin, su madre Delia Pablos Cruz, viene de Cocorit, Sonora. La paterna se asienta en Los Angeles a través de su padre Ray Galenor, quien abandonó a su familia hace tiempo. Gavin se desarrolló en California, aunque le gustaba ir a Valle del Yaqui durante las vacaciones escolares. Nacido en 1931, se detecta su presencia pública dos decenios después. Una nota periodística³¹ de Pat Ovinn, publicada a raíz de su nominación como embajador, recuerda al actor:

“En otoño de 1954, como graduado de Balboa High School en Canal Zone y sirviendo como coronel honorario del Balboa High School marchó en revista el comandante del XV distrito naval y fue agasajado por sus compañeras de clase, quienes tenían el hábito de desfallecer enfrente de Jack Galenor, asistente de un almirante de la Armada. Años más tarde, en una fiesta en Malibú hecha por un amigo panameño a sus amigos del cine de California, fui presentado nuevamente a Galenor, quien se había convertido en el actor de cine John Gavin. Jack o John fue oficial de inteligencia naval”.

Ya en el cine Gavin se preocupó por su preparación. Columnistas de espectáculos amigos del actor destacaban esta faceta. Una nota de Hedda Hopper³² especuló acerca de los intereses extracinematográficos del “talentoso John Gavin”, que se niega a seguir siendo figura del *star system*. O al menos no desea sólo eso. Así, Hedda Hopper señaló que mientras Gavin filmaba la película *A time to love and a time to die* —*Un tiempo para amar y un tiempo para morir*—, continuaba su preparación para ser abogado y diplomático de carrera. Gavin estudió historia de América Latina en la prestigiosa Universidad de Stanford, en California.

Gavin se preocupó por un tema: la historia de América Latina. E hizo mucho para hacer valer su título. Una vez, ya como embajador de Estados Unidos en México, el periódico *The Washington Post* publicó una información de su corresponsal en México referente a Gavin y lo caracterizó como “un ex actor”. Gavin se enfureció y le reclamó al corresponsal esa ligereza, mostrándole sus papeles de la

Universidad de Stanford que le acreditaban estudios diplomáticos.

Eso sí, se sentía un predestinado. Gavin recuerda con viveza su graduación en Stanford³³ y el discurso de Wallace Sterling en aquella ceremonia. El presidente de los graduados de Stanford dijo de Gavin en términos llanos: “usted vencerá al mundo, pero no logrará dominar la música”. Perseverante, Gavin también logró hacer algo más con la música que tararearla: bailar. De no haber sido por su nombramiento de embajador en marzo de 1981, habría logrado poner en escena la obra musical *Can Can*, que algunos críticos de Broadway no la veían con malos ojos. No desde luego como los triunfos similares a *A chorus line* o *Cats*, pero sí un triunfo importante para la carrera de un actor retirado de Hollywood y ya entrado en años.

Con estas contradicciones personales y envuelto en una tarea específica de la administración Reagan, John Galenor Pablos conocido en el cine como John Gavin fue designado embajador de Estados Unidos en México. Pero empezó mal, un poco por su propio carácter explosivo y arrogante y otro poco por la forma —para muchos conciente— en que se anunció el nombramiento. Para empezar, la Casa Blanca filtró la información —algo similar a la manera en que en México se conoció del nombramiento de Charles J. Pilliod como sucesor de Gavin— a la prensa norteamericana aún antes de obtener el beneplácito del gobierno de México y justamente unos días previos a la entrevista entre el entonces presidente mexicano José López Portillo con el presidente Reagan.³⁴

Oficialmente Gavin fue nombrado el 25 de marzo de 1981. En México no se tomó con especial afecto el nombramiento, no porque se conociera a Gavin sino porque enviaban como embajador a un actor venido a menos, protagonista de un comercial de *Bacardí* y sin experiencia diplomática. Algunos comentarios puntillosos³⁵ de periodistas mexicanos sugirieron al gobierno mexicano nombrar a Cantinflas como embajador de México en Washington y otros pidieron mejor la designación de la Mujer Maravilla como embajadora estadounidense. Al manejarse estos comentarios en la prensa californiana, *Los Angeles Times* recibió bastantes cartas de protesta por la falta de respeto —así lo consignaron— con un embajador designado de EU.

¿Cómo un hombre sin carrera política, pero amigo del presidente, llegó a la embajada de Estados Unidos en México? Desde tiempos de Luis Echeverría, la embajada se convirtió en un lugar estraté-

gico del gobierno de Estados Unidos. Los presidentes Nixon, Ford y Carter cometieron algunos errores en esa posición, pero no por mala fé sino por no encontrar el camino y el hombre adecuado para hacer-carse a México. Los últimos embajadores —Jova, Patrick Lucey y Julián Nava— llegaron con instrucciones precisas de tratar a Méxi-co con cuidado, presionando pero sin romper las reglas del juego ni aumentar el sentimiento antinorteamericano de los mexicanos. To-dos intervinieron en política interna, pero de manera subterránea.

Gavin no. Curiosamente, en la línea de intereses de la adminis-tración Reagan de desestabilizar públicamente la relación con Méxi-co para imponer criterios y alianzas, Gavin fue el hombre ideal. Desde la misma designación creó problemas. No fue sólo el hecho de filtrarla a la prensa y darla por segura sin el beneplácito del go-bierno mexicano, sino por la forma en que se instrumentó esa deci-sión. Y así, desde el principio Gavin desembarcó en México envuel-to en el escándalo.

Un columnista de *El Universal*, Jaime Castrejón Diez,³⁶ escribió, al conocerse la designación, que era un caso de “sadismo político”. Propuso enviar de embajador mexicano al Indio Fernández, a Isela Vega o a Irma Serrano. Otro columnista, Manuel Buendía en *Excél-sior*³⁷ se preguntó: “¿qué podemos hacer? ¿Aceptar un juego de sar-casmos y enviar a Barrios Gómez como embajador de López Porti-llo a Washington?”.

La polémica llegó con Gavin. Inclusive algún ex embajador de EU en México³⁸ habló con distancia de Gavin como de un “político sin carrera”. Otros grupos hispanos conocieron a Gavin como un latino incómodo, prepotente, arrogante y vanidoso. Apenas conocida su de-signación, *Excelsior* desempolvó algunas declaraciones suyas de un año atrás y las publicó sin aclarar procedencia ni fecha. Eran opinio-nes contra el ejido y duras críticas contra México. Gavin se enojó y tronó contra la prensa mexicana: fue la primera vez. Como ayuda, el calmado embajador Julián Nava tuvo que salir en defensa de Gavin: “creo que no es justo formarse una opinión sobre él basándose en su carrera de actor o en un discurso pronunciado un año atrás, en cir-cunstancias muy especiales ante un grupo de californianos”.

Pero Gavin estaba seleccionado. O designado. De hecho, Reagan no acudió al estilo de Carter o de otros presidentes de buscar a la persona idónea por su experiencia o conocimientos o quizá estos

elementos estaban en la personalidad de su amigo Gavin, en la apreciación de Reagan. Carter tenía un comité de once personas de su equipo para seleccionar a los candidatos a embajadores en los 12 países que le interesan sobremanera a Estados Unidos: México, Canadá, Japón, España, Brasil, URSS, Gran Bretaña, Francia y otros. Este comité estudiaba la historia de los embajadores. Julián Nava no era amigo de Carter pero fue recomendado por alguien. Le avisaron y aceptó. Cuando Nava no pudo con el asunto y la antipatía personal entre Carter y López Portillo determinó el tono de las relaciones, ese mismo comité designó a un embajador especial, Robert Krueger.

Reagan tenía otras ideas. Y Gavin cuajó en ellas. La Casa Blanca no pudo desentenderse de los conflictos por el nombramiento. Inclusive,³⁹ en Washington se comentó el incidente ocurrido en el Senado de Estados Unidos en la ceremonia de investidura de Gavin. Arnoldo Torres, de la Liga de Ciudadanos Latinoamericanos Unidos, expresó públicamente sus dudas acerca de la experiencia diplomática del ex actor. Pero, según una periodista de *Unomásuno*, Gavin se fue sin oírlo; con su esposa Constance del brazo, abandonó la sala dejando a Torres con la palabra en la boca.

El itinerario de su confirmación fue accidentado. Al comparecer en el Senado —en donde curiosamente el senador ultraderechista Jesse Helms no votó a favor, aunque luego lo cooptaría como uno de “sus hombres”—, Gavin se mostró serio. Dejó los chistes y las poses para otra ocasión, eludió las preguntas controversiales que pudieran ensombrecer su nominación. El único chiste que se permitió no hizo reír a casi nadie: “cuando el Comité de Relaciones Exteriores me preguntó mi curriculum, les contesté: tengo por lo menos 40 películas para enseñarles, que pueden probar que yo no era un actor”.

Una vez confirmado, arribó a México y presentó sus cartas credenciales el 6 de junio. Doce días después, el 18, convocó a una conferencia con la prensa extranjera y se mostró muy crítico respecto a México. Los temas de esa conferencia se filtraron a la prensa nacional y ahí comenzó su primera fricción con los corresponsales extranjeros: no volvió a convocarlos en numerosas oportunidades y “los castigó” un tiempo. Los corresponsales, a su vez, comenzaron a lidiar con un embajador incómodo, que trataba de manera violenta a la prensa estadounidense.

Ya habían habido algunas fricciones, aunque de ellas salió Ga-

vin, no muy elegantemente, pero salió. En julio de 1981⁴⁰ el camarógrafo Dave Smith acusó a Gavin de agresión en San Diego. Gavin se disculpó: “me sentía mal y quería ir al baño; por eso empujé a Dave Smith”. Pese a la disculpa, el camarógrafo se quedó con la sensación de que el embajador Gavin sí lo había agredido.

Así, resultó que la forma de arribo de Gavin a México fue, al final de cuentas, la manera en que se comportó en sus cinco años de gestión. ¿Era esa su misión? ¿Convenía a Estados Unidos mantener una relación tensa, plagada de fricciones, roces y malos entendidos, acicateada por el embajador? El caso fue que, en realidad, Gavin vino a México a *introducir debates, a abrir polémicas* que la prudencia política de otros embajadores habían decidido mantener cerradas, a colocarse como una *cuña política* bastante incómoda. Su inexperiencia diplomática se convirtió, a la postre, en la virtud de una gestión signada por el nerviosismo y las rozaduras. Como embajador, Gavin fue arrogante, temerario, ligero, sonriente, seductor, todo al mismo tiempo.

Su antecesor había definido con claridad el papel de los embajadores:⁴¹ “es muy difícil ser embajador estadounidense en México, por la historia de los dos pueblos y porque, como historiador lo digo abiertamente, *México ha sufrido mucho en las manos de mi patria*. Un embajador que *no conozca ni entienda* estas cosas, yo creo que *no puede funcionar bien*”, dijo Julián Nava poco antes de irse de regreso a Los Angeles. Pero Gavin fue precisamente lo contrario. Inclusive, resultó bastante provocador en el tema de las relaciones históricas y llegó⁴² a remover viejas heridas y a culpar a los mexicanos de la pérdida de su territorio. “Las ocasionales malas relaciones entre México y Estados Unidos se *deben a la creencia* de algunos mexicanos de que Estados Unidos les robó California. Resulta difícil explicarles que *de todas maneras hubieran perdido ese territorio*”.

Pero ése era su papel. Y Gavin lo festinaba. Inclusive en varias ocasiones llegó a involucrar al propio presidente Reagan en su estrategia. A finales de 1984,⁴³ Gavin dijo que le había comentado a Reagan los ataques, cuestionamientos y críticas de grupos mexicanos al embajador norteamericano. “Yo le confié esto a mi presidente y él me dijo que si estos elementos, estas bandas (de la izquierda mexicana), *no hacían eso una vez al mes* (atacar al embajador norteamericano), *entonces yo no estaba haciendo mi papel*”. Con base en este razonamiento, Gavin se metió en todo y con todos.

No era la primera vez, es cierto, que un embajador norteamericano en México intervenía en política mexicana. Un ex embajador confió al reportero que todos los embajadores de EU se reúnen con las fuerzas políticas del gobierno y de la oposición de derecha, “pero de manera discreta para no provocar incidentes ni herir susceptibilidades”. Pero Gavin fue más allá. Inclusive, algunos sectores políticos en Washington creen que en los círculos conservadores de la Casa Blanca alentaban a Gavin a seguir por ese camino, como si quisieran reacciones airadas de sectores mexicanos contra Estados Unidos y su embajador.

Gavin, de hecho, le dio a la embajada de Estados Unidos en México un rango diferente, más visible y activo. Tradicionalmente la embajada de EU ha sido considerada un territorio aparte y los embajadores han recibido un tratamiento especial del gobierno mexicano. Aunque han surgido algunas fricciones en el pasado, éstas nunca alcanzaron el tono de las ocurridas con Gavin. La más delicada y polémica fue la del embajador Robert McBride que en 1972 estimuló a los sectores empresariales —principalmente los bancarios encabezados por Agustín F. Legorreta, dueño de Banamex— contra la Ley de Inversiones Extranjeras que pensaba promover Echeverría. En un discurso pronunciado en Acapulco, McBride pidió la aclaración de las “reglas del juego en esa materia”. Aunque el embajador hablaba en nombre de potenciales inversionistas norteamericanos que no querían verse controlados por el gobierno ni reducidas sus participaciones al 49 por ciento del capital, al final de cuentas esa apreciación fue aprovechada por empresarios locales que intentaron detener la legislación en la materia. Nada pudieron hacer, a la postre, porque en 1973 se aprobó la ley.

Pero el daño estaba hecho. Poco después arribó a México otro embajador, Joseph John Jova, que siempre cargó con el estigma de ser considerado agente de la CIA. Muchas veces se le descubrió por el sureste del país, en las zonas indígenas, pero Jova fue cuidadoso en sus expresiones y nunca polemizó ni se vanaglorió de reunirse con la oposición. Patrick Lucey pasó sin muchas trabas y Julián Nava tuvo que ser auxiliado por un embajador especial de la Casa Blanca para asuntos mexicanos, creando un dragón de dos cabezas que aumentó la confusión.

De por sí, la embajada ha jugado un papel delicado en México. Cada vez que un embajador intervenía en política, analistas y co-

mentaristas sacaban a relucir el triste papel de Joel Poinsett a mediados del siglo pasado y de Henry Lane Wilson que azuzó al general Victoriano Huerta a dar el golpe de Estado contra Madero y Pino Suárez. Sin embargo, con el tiempo, la *embajada de Estados Unidos en México ha ido introduciéndose en las antesalas y sótanos del sistema político mexicano hasta fundirse un poco en él.*

Entre Wilson y Gavin, la embajada de Estados Unidos en México ha intentado participar en política. Más fuertemente en los tiempos en que Estados Unidos forjó la guerra fría y lanzó sus dos pinzas sobre los demás países —la embajada de un lado y la CIA de otro—. Según testimonios de diferentes fuentes de información, la embajada de EU en México ha jugado papeles claves en momentos críticos de la historia contemporánea del país:

- En 1929,⁴⁴ el embajador Dwight D. Morrow, amigo personal del presidente norteamericano Coolidge, llegó a intervenir e influir en los años clave del régimen de Plutarco Elías Calles. Morrow se reunió con la oposición vasconcelista, articuló a la iglesia, pero luego comprendió el juego y el interés de Estados Unidos y se alió a Elías Calles. Así, Estados Unidos le otorgó el reconocimiento del triunfo electoral de 1929 a Pascual Ortiz Rubio.

- En 1938,⁴⁵ una fotografía registró la presencia del embajador norteamericano Josephus Daniels en la ceremonia de lectura del decreto de expropiación del petróleo. Aunque los conflictos posteriores por la nacionalización se registraron con las compañías inglesas, algunas norteamericanas insistieron en llegar al pleito con México. Sin embargo, el gobierno estadounidense no presionó demasiado a México, un poco porque los tiempos de guerra requerían de alianzas y otro porque funcionó el trabajo de Daniels, quien llegó a México como ayudante de Morrow y aprendió de él las virtudes de la diplomacia.

- En tiempos de Adolfo López Mateos y Díaz Ordaz,⁴⁶ la embajada de EU sirvió de cobertura para planes de vigilancia de la izquierda en México y para reforzar los mecanismos de la alianza occidental. El enemigo era Cuba. El espía E. Howard Hunt, quien fue uno de los principales “plomeros” de Nixon que asaltaron el cuartel general del Partido Demócrata en 1972, cuenta que estuvo comisionado en México como miembro de la estación de la CIA y con cobertura diplomática combatió a la izquierda y fabricó incidentes in-

ternos que afectaron la política exterior de México.

- A principios de los años sesenta,⁴⁷ la embajada de EU en México fue la fuente de un complicado sistema de desinformación acerca de la personalidad de políticos mexicanos. En un ensayo, el escritor Carlos Fuentes recogió una declaración del general Lázaro Cárdenas en la que se descubrió el activismo de la embajada en ataques contra instituciones políticas mexicanas y se detectó a la representación diplomática detrás de la opinión de sectores conservadores de la Iglesia —lo que vino a hacer Gavin en forma descubierta—: “— En esta gira hemos visto que muchas de las campañas contra Cuba son lanzadas desde los pulpitos—, pregunta Fuentes—. Cárdenas responde: — El clero mexicano no debe intervenir en política, y menos aún utilizar el pulpito para *fomentar* una campaña anticomunista que es *manejada desde la embajada de Estados Unidos*”.

- En 1968, la embajada de EU en México le dio al agente de la CIA Phillippe Agee⁴⁸ la cobertura necesaria para infiltrarlo en el Comité Organizador de las Olimpiadas. Desde ahí, Agee desarrolló labores de desestabilización y de espionaje para la embajada.

- Con Echeverría, López Portillo y De la Madrid, la embajada de EU en México aumentó su activismo.

Los hechos no son gratuitos. Estados Unidos aumentó paulatinamente su caracterización de México como lugar clave de su seguridad nacional. Pero más aún, por efecto del avance político de la derecha mexicana y de la búsqueda de aliados y padrinos, la embajada norteamericana se ha convertido en parte importante del sistema político mexicano. En 1972,⁴⁹ Daniel Cosío Villegas, apenas esbozaba el papel de EU y de la embajada en México. Como su propósito se centraba en las tres piezas claves del sistema político mexicano —el presidente, el PRI y el avance económico—, Cosío Villegas apenas le prestó atención a Estados Unidos.

Sin embargo, poco más de dos lustros después, la embajada aumentó su presencia. En un ensayo acerca de la evolución política de México en el periodo 1940-1984,⁵⁰ el politólogo Héctor Aguilar Camín hacía un nuevo diagnóstico del sistema político mexicano y rebasaba el reducido esquema de Cosío Villegas. Aguilar Camín detectó ahora trece actores del sistema político de México, con dos más “cuya persistente ausencia en los análisis de la política mexicana sólo es

comparable a su gravitación decisiva sobre ella: el ejército y la embajada norteamericana”. Redactado en el tono de notas para un libro que debiera escribirse sobre el sistema político mexicano, Aguilar Camín perfila el papel de la embajada norteamericana en México:

“El otro desaparecido habitual de los análisis políticos, pese a la evidencia histórica de su *participación activa y a menudo intervencionista* en los asuntos de México, es la embajada norteamericana. Entre 1940 y 1984, las relaciones de México con Estados Unidos han cruzado por varias fases cuyos extremos son el acuerdo para la guerra de los años cuarenta y cincuenta —la guerra caliente y la guerra fría—, el tercermundismo echeverrista de los setenta y la política exterior activa iniciada por José López Portillo de cara al conflicto centroamericano que hoy se recoge con mayor moderación pero similar eficacia en las gestiones del Grupo de Contadora que encauza una negociación política al borde de la guerra Centroamericana atizada por el reaganismo.

“La relación con Estados Unidos toca también una cuestión central que debiera revisarse a fondo... el tema del nacionalismo mexicano, que quiere decir, fundamentalmente, una lucha por conservar identidad y autonomía frente a Estados Unidos. El análisis de la relación (de México) con la embajada y con la Casa Blanca debería describir ampliamente la *hilera no interrumpida de problemas que han definido en estos 40 años la relación conflictiva creciente con Estados Unidos*: la caída de Arbenz en Guatemala —hecho poco estudiado pero de gran efecto preventivo en los gobiernos mexicanos de entonces—, la Revolución Cubana, la caída de Allende, el tercermundismo echeverrista y finalmente la política de potencia petrolera o potencia media desarrollada por López Portillo al filo de la revolución nicaragüense y la expansión del conflicto centroamericano. Este trayecto configura un cambio importante en la política exterior de México, que deja de ser una política defensiva y tiene que empezar a ser, por razón de los acontecimientos militares en su terreno inmediato, una política activa, de participación y compromiso, no de neutralidad y no intervención”.

Con John Gavin, la embajada de Estados Unidos en México se mostró más activa y el embajador estuvo, cada vez con mayor audacia, más presente en la vida política de México. En este aspecto, Ga-

vin resultó un embajador a la medida de cierto tipo de intereses estadounidenses: precisamente aquellos que buscaban desestabilizar la vida política de México como una manera de sacar mayores ventajas para la estrategia estadounidense. No fueron rencillas y fricciones gratuitas —si acaso unas pocas, sobre todo las que tuvo Gavin con la prensa—, sino que se constituyeron en riesgos calculados, a decir de algunas fuentes políticas en Washington. Estados Unidos nunca buscó aniquilar a México o llevarlo al colapso, sino tan sólo hacerle evidente sus problemas internos y su dependencia de EU como una manera de distraerlo de su participación en Centroamérica y la ONU, y de alinearse hacia la derecha en asuntos domésticos.

Así las cosas, Gavin cumplió *el mejor papel de su carrera*: provocaba fricciones con sectores políticos y luego se replegaba; abría polémicas que le interesaban a EU y después dejaba que los mexicanos las siguieran entre sí; hacía más que evidente la dependencia de México de Estados Unidos y casi llegó a pedir agradecimientos públicos; provocaba debates en temas delicados que internamente desgastaban a la clase política; colocó a la política mexicana frente a un espejo y destacó los rasgos más nebulosos del sistema; enfatizó el resentimiento mexicano respecto a Estados Unidos y restregó públicamente errores históricos.

Fue más allá: además de polemizar sobre temas mexicanos con mexicanos como si él fuera un mexicano, el embajador de Estados Unidos se mostró públicamente con opositores de derecha al gobierno, los alentó en su lucha e hizo recomendaciones de política y de economía que iban en contra de la tradición del Estado y del sistema mexicano. Del primer punto, Gavin resultó el *artífice del neopanismo* como mayor triunfo político personal. Del segundo, el embajador llegó a provocar discusiones y debates internos acerca de las presiones norteamericanas para reprivatizar y abrir la economía al exterior. Paralelamente, el embajador se convirtió en el más duro e insistente negociador y promotor de la inversión norteamericana ante las autoridades mexicanas.

Y más aún: Gavin recorrió públicamente el país reuniéndose a la luz del día con autoridades y partidos de oposición. Llegó inclusive a supervisar algunas actividades de combate al narcotráfico de manera personal. Por si fuera poco, fuentes confiables dijeron que el embajador de Estados Unidos en México llegaba a solicitar audiencia a los jefes de las zonas militares de los Estados que visitaba, sin cumplir con los requisitos de comunicar sus propósitos y temas a la

Secretaría de Relaciones Exteriores de México. Según la información, Gavin llegaba hasta las puertas de las zonas militares y solicitaba ver al jefe de zona. La primera vez sorprendió a los generales por su audacia, aunque nunca fue recibido; siempre se le decía que debería traer con él a algún funcionario de la SRE.

Pero Gavin siempre insistió. De hecho, el embajador apostó a dos cosas, seguras ambas: de un lado, a que, pese a los conflictos y pugnas por el mando único en la política exterior —primero con el general Alexander Haig y después con George Shultz—, Gavin siempre contó con el apoyo del presidente Reagan y del gobierno de EU hasta finales de 1985, inclusive en momentos en los que el propio embajador tomó decisiones propias como la de cerrar la frontera cuando el asunto del asesinato de un agente de la DEA en febrero de 1985. De otro lado, a que el gobierno mexicano *nunca definió* ni una política ni una estrategia ni un estilo respecto al trato con John Gavin y confió más en la relación personal de algunos secretarios de Estado con el embajador; así, el gobierno mexicano dejó hacer y deshacer a Gavin y, mejor, *lo eludió, le dio la vuelta, lo criticó indirectamente, lo exhibió como el peor interlocutor* y a lo más que llegó fue a permitir algunos conceptos irritantes del presidente del PRI —“imprudente”—, del canciller —“veleidoso”— y a sacar las castañas con la mano del gato cuando el subsecretario de Relaciones Exteriores pidió a la Cámara mexicana de Diputados un dictamen sobre el embajador.

Pero nada ocurrió en el fondo. Inclusive, cuando estalló la polémica con el presidente del PRI, el Departamento de Estado —no muy a gusto, por cierto— salió en defensa de su embajador. En pleno inicio de la *Operación Gavin* —como consecuencia de la candidatura republicana a la reelección para el presidente Reagan—, Gavin aceleró contactos con la oposición en el norte del país en agosto y septiembre de 1984 con vistas a las elecciones de julio de 1985 y aumentó el tono y el contenido de sus declaraciones enfatizando sobre todo el resentimiento histórico de México con EU y acreditándolo a una falta de madurez.

Ahí ocurrió una de las fricciones más polémicas del diplomático. El 19 de septiembre de 1984,⁵¹ el presidente del PRI, Adolfo Lugo Verduzco, criticó duramente “cualquier intervención en la política de México de parte de los señores embajadores acreditados ante el gobierno” y dijo que “algunas declaraciones del embajador estadounidense han sido *imprudentes*”. Lugo Verduzco reaccionó 19 días después⁵²

de que el embajador Gavin había acusado al PRI de decir “verdades a medias” en cuanto a la presencia del PAN en la Convención Republicana de Dallas y evitar la mención a la presencia de priístas e inclusive del embajador mexicano en Washington, Jorge Espinosa de los Reyes, a quien Gavin calificó de “priísta distinguido”.

Gavin no soltó la polémica con el presidente del PRI. Al discurso de Guadalajara respondió con el calificativo de que eran “alegatos irresponsables”. “He decidido no responder por ahora a ninguna crítica que no esté fundamentada en hechos”, dijo el diplomático. Pero le llegaron refuerzos de fuera. El 26 de septiembre⁵³ el Departamento de Estado dijo que “son totalmente infundados” los alegatos del presidente del PRI en el sentido de que el embajador norteamericano intervenía en política interna de México. “El embajador Gavin no ha trascendido los límites de sus responsabilidades”, dijo el vocero adjunto del Departamento de Estado.

Ahí paró todo... aparentemente. Pero sirvió esa fecha para detectar una nueva etapa de la ofensiva del embajador, quizá la más difícil y accidentada, porque se montó sobre acontecimientos delicados de la vida política nacional: el boicot turístico alegando inseguridad en las carreteras mexicanas a finales de 1984, la campaña de acoso por el asesinato de un agente de la DEA —oficina antinarcoóticos de EU en marzo de 1985—, las elecciones legislativas de julio de 1985 y la crisis económica de finales de 1985. El colapso petrolero y el rescate financiero de México en 1986 se montó ya sobre bases diferentes a las de Gavin, inclusive marginando al embajador de las negociaciones. Este hecho facilitó y apresuró la renuncia del diplomático en mayo de 1986.

Hacia finales de 1984, las relaciones entre el embajador y el gobierno mexicano eran más que tensas. El descontento de casi dos años de intervencionismo se trocó, francamente, en un choque abierto. Una nota del *The New York Times* registró este evento.⁵⁴ Además de incluir algunos comentarios puntillosos de Gavin respecto a las críticas del PRI y a la petición de partidos y sindicatos de declararlo persona *non grata*, el corresponsal del diario norteamericano escribió la respuesta que había dado el canciller Bernardo Sepúlveda, un mes antes, a una pregunta concreta sobre las relaciones con Gavin:

“Bernardo Sepúlveda... elogió el ‘respeto mutuo’ entre el presidente Miguel de la Madrid y el presidente Reagan. Alabó el conocimiento que tiene el secretario de Estado, George Shultz, ‘de la reali-

dad política mexicana, de las tradiciones políticas mexicanas, de la idiosincrasia mexicana, del nacionalismo mexicano y de todas las cuestiones que son importantes para México'. Habló del propio respeto de México por las instituciones políticas de Estados Unidos y de la no intervención como uno de los 'principios esenciales' de la política exterior mexicana. Elogió el 'respeto indispensable' del subsecretario de Estado, Langhorne Motley, por 'las cuestiones propias de México' y 'el respeto, la comprensión y el aprecio' por los asuntos políticos mexicanos de Harry Shlaudeman, enviado especial estadounidense".

El diario remató: "marcadamente —y lo dijo un asistente posteriormente— Sepúlveda no mencionó a Gavin para nada".

Gavin, por su lado, pareció no preocuparse mucho por este tipo de incidentes. Con el apoyo directo del presidente Reagan y el apoyo forzado del secretario de Estado Shultz, el embajador siguió su camino. Entre fricciones y polémicas, afianzó alianzas e *introdujo a Estados Unidos como un factor determinante en la vida política de México*. Por más que algunas fuerzas políticas de Washington y México quisieron centrar la actividad del embajador, Gavin siguió desplegando la mejor actuación de toda su carrera: la del diplomático agresivo y eficiente para el esquema de la política exterior norteamericana. Para la Casa Blanca, lo que estaba en juego no era solamente la relación bilateral México-Estados Unidos, sino el papel de México en el exterior y la *oportunidad estadounidense para introducirse, finalmente, hasta el centro mismo del poder político mexicano*.

De ahí el papel de Gavin. Otra cosa fue, desde luego, aquella parte de su actuación como embajador que se le acredita a su personalidad. Sus fricciones con la prensa comenzaron desde el momento mismo de su nombramiento y aún como ex embajador tuvo por ahí dos o tres roces más con la prensa mexicana. No era, en realidad, una aversión específica contra la prensa de México, sino con la prensa en general, incluyendo a la norteamericana. Durante su gestión, según información recogida en fuentes fidedignas, Gavin tuvo problemas con los corresponsales del *The New York Times*, *The Washington Post* y *The Wall Street Journal*, entre otros. Gavin no dejaba escapar oportunidad para encarar a la prensa desde su posición de fuerza diplomática. En una ocasión, recién llegado, Gavin tuvo una conferencia de prensa con algunos corresponsales. Uno de ellos le dirigió una pregunta:

— Embajador —comenzó a decir el periodista norteamericano cuando fue interrumpido por el diplomático—, quisiera...

— Perdón —dijo Gavin, quien de hecho conocía al periodista por el medio que representaba, por su fama personal en México y porque ya había charlado en otras ocasiones con él; ahora parecía desconocerlo—, ¿cuál es su nombre?

El reportero se armó de paciencia:

— Alan Riding.

Gavin lo miró entre divertido y serio, esa mezcla demasiado estudiada en el ambiente artístico cinematográfico.

— ¿De qué periódico?, —preguntó el embajador. El reportero no perdió la paciencia:

— Del *The New York Times*.

Gavin volvió a retomar el hilo.

— ¡Ah!, ¿cuál es su pregunta?

Otra ocasión increpó duramente a uno de los corresponsales del *The Washington Post* porque en una crónica se refería a Gavin sólo como ex actor. De manera poco diplomática, el embajador le reclamó al periodista haber olvidado los títulos en historia de América Latina de la Universidad de Stanford que Gavin había logrado terminar a mediados de los cincuenta. Pero los periodistas extranjeros le tenían mucha paciencia.

Otros no. El corresponsal del *The New York Times* que sucedió a Alan Riding, un joven periodista llamado Richard Meislin, fue trasladado repentinamente a Nueva York a principios de 1986 y asignado a cubrir las fuentes policíacas, como un castigo. Compañeros de Meislin dijeron posteriormente que el embajador Gavin y un alto funcionario mexicano le había presentado “pruebas” al director del *Times*, Abraham Rosenthal, acerca de que las informaciones de Meislin sobre Centroamérica respondían más a los intereses de los grupos izquierdistas que a los intereses globales de Estados Unidos. Meislin permaneció unos cuantos meses en la fuente policiaca de Nueva York y después fue asignado a trabajos especiales.

Con la prensa mexicana fue más duro. Para Gavin, en México existía sólo “un periódico y medio”.⁵⁵ “La ciudad de México —una megalópolis de aproximadamente 18 millones de personas— tiene por lo

menos una docena de periódicos. La circulación total de todos esos periódicos es entre 500 mil y 800 mil, dependiendo de la cifra que ustedes acepten. Sólo alrededor de uno y medio de los periódicos puede ser llamado responsable”. Aunque Gavin manejó este punto de vista varias veces, nunca dijo que periódicos eran. Según algunos comentaristas, las preferencias de Gavin se dividían entre el periódico *Novedades*, de su amigo y socio Rómulo O’Farril, y *El Heraldo de México*.

En su afán por caracterizar a la prensa mexicana de tal manera que sus ataques, críticas y cuestionamientos no fueran aceptados del todo, Gavin destacó algunos de los vicios de la prensa y la enfiló en el conflicto Este-Oeste. En dos ocasiones por lo menos, de manera más que abierta,⁵⁶ se refirió a ella. En agosto, al periódico *The Houston Post* le dijo que los periodistas mexicanos “estaban vendidos a Cuba y a la URSS” y afirmó que los gobiernos de esos países pagaban a periodistas mexicanos para que atacaran a Estados Unidos. Aunque la oficina de prensa de la embajada hizo algunas gestiones⁵⁷ para disminuir el efecto de la acusación, posteriormente se publicó el texto íntegro de las declaraciones del diplomático y resultó que siempre sí había afirmado lo que negaba haber dicho.

La segunda acusación fue más seria. En su despedida de México, a mediados de mayo de 1986,⁵⁸ impidió a la prensa mexicana estar presente en su último discurso en la Cámara Americana de Comercio, donde atacó a los periodistas y declaró que “toda la prensa mexicana” es corrupta y que mentía por dinero: “en Estados Unidos la prensa miente por convicción”, aclaró. Estos criterios dominaron el ánimo del diplomático para enfrentar a la prensa mexicana. En una ocasión, en una conferencia de prensa en 1985, el embajador recibió una pregunta por escrito y la consideró demasiado política. La leyó en público y pidió que el reportero se identificara.

— ¿De qué medio es usted? —preguntó el embajador.

— De canal 11 —respondió el reportero.

Gavin esbozó una sonrisa de conmisericordia, arrugó el papel, lo tiró hacia atrás por sobre su hombro e ignoró al reportero y a la pregunta.

Lo mismo ocurriría en julio de 1986⁵⁹ cuando el entonces ya ex embajador tuvo que conceder una conferencia de prensa en Los Angeles —era flamante vicepresidente de la empresa petrolera Atlantic Richfield— para aclarar su referencia al ex presidente mexicano Jo-

sé López Portillo respecto a la corrupción, en las audiencias del senador Helms. Luego de intentar explicar que —de nueva cuenta— siempre sí dijo lo que decía no haber dicho y ante preguntas bastante calientes de periodistas mexicanos y californianos, Gavin terminó abruptamente la conferencia de prensa y no permitió más preguntas. Pero no dejó pasar una oportunidad. Se acercó al corresponsal del periódico *Excelsior*, medio con el cual tuvo algunas fricciones durante su estancia en México y le preguntó en español:

— ¿Usted es de *Excelsior*? —este periódico era el que había destacado las declaraciones de Gavin ante el comité del senador Helms y había publicado la carta de protesta de López Portillo.

— Sí, —respondió el reportero, intentando apenas una sonrisa. El ex embajador dijo en inglés:

— Debía estar avergonzado.

Y se fue.

Pero no todo fue rencillas con la prensa mexicana, Hubo excelentes relaciones con el consorcio Televisa y con el periódico *Novedades*. Inclusive,⁶⁰ llegó a influir en el ánimo de su amigo Rómulo O'Farril Jr. para cambiar al director y la línea editorial del periódico *The News*, publicación diaria en inglés del grupo “Novedades”. Según Gavin, *The News* atacaba los intereses norteamericanos en la política exterior y se alineaba más a los intereses mexicanos. Según una versión del *The Christian Science Monitor*,⁶¹ Gavin logró sus propósitos de influir en la línea editorial del diario e imponer la defensa de la estrategia de EU.

Pero no todos fueron malos ratos y triunfos pírricos. Una tarea que se echó a cuestras —y que puede identificarse como parte de su misión en México— fue la de construir, consolidar y proyectar alianzas políticas que beneficiaban al juego exterior de EU. Aprovechando debilidades, disciplinas y el nuevo espíritu tecnocrático del PRI, Gavin se lanzó de lleno a acicatear a la oposición de derecha y a darle virtualmente el beneplácito norteamericano. Primero sentó en una misma mesa a diferentes y desconocidas entre sí corrientes conservadoras y después amarró esa alianza. Así, el grupo PAN-empresarios-iglesia conservadora en su versión de *neopanismo* pudo alcanzarse con el estímulo de Estados Unidos y la embajada de EU en México.

No son apreciaciones infundadas. Según tareas que se fijó para sí la política exterior de Estados Unidos como una forma de recuperar

el liderazgo internacional y sobre todo en las regiones en conflicto —como Centroamérica—, el Consejo Nacional de Seguridad⁶² decidió trabajar con la oposición conservadora de países que le interesaban a Estados Unidos. En esa línea se ubicó posteriormente la creación de la Unión Democrática Internacional o Internacional Conservadora y el Fondo Nacional para la Democracia, organismos estos alentados y sostenidos por el Partido Republicano de EU. No por menos, también, esta estrategia de Gavin estuvo conducida por el CNS a través de la personalidad de Constantine Menges, encargado de asuntos latinoamericanos de ese organismo de la Casa Blanca.⁶³

La alianza fructificó. Gavin llegó a articular a los empresarios del PAN —sobre todo en las figuras y liderazgos empresariales de Manuel J. Clouthier, ex presidente de la Confederación Patronal y después candidato panista a la gubernatura de Sinaloa; José María Basagoiti, hombre del Opus Dei y también ex presidente de la Coparmex; y Emilio Goicochea Luna, ex presidente de los comerciantes— y a éstos con las corrientes eclesiásticas conservadoras encabezadas por el cardenal Ernesto Corripio Ahumada. Lo que comenzó con una cena⁶⁴ entre amigos en abril de 1983 terminó con una comida más formal entre las cabezas más visibles de la Iglesia, los empresarios, el PAN, el embajador Gavin y el vicepresidente norteamericano George Bush.⁶⁵

Y la alianza no fue gratuita ni de corto plazo. Hay algunos hechos que podrían ubicarse en el contexto de la misión que vino a cumplir a México el embajador Gavin:

- El apoyo norteamericano le dio fuerza al PAN y legitimó la alianza de éste con la Iglesia y los empresarios. La presencia del PAN en la Convención Republicana de Dallas, en agosto de 1984, destacó por el hecho de que en ese contexto el secretario de asuntos internacionales del Partido Republicano, Richard Allen —quien había sido el primer asesor de Reagan en asuntos de seguridad nacional y participado en la creación de la Unión Democrática Internacional—, anunció⁶⁶ *la incorporación del PAN al Fondo Nacional para la Democracia*, cajón financiero de la administración Reagan para subsidiar las luchas de los partidos conservadores en Occidente.

- A partir de las reuniones propiciadas por el embajador Gavin, *el PAN comenzó a actuar como un frente de fuerzas políticas determinantes*. Los empresarios se aliaron y la Iglesia le dio la cobertura

político-religiosa para penetrar más profundamente en el ánimo de ciertos grupos sociales. Así se vieron en las elecciones municipales de 1983, en las elecciones legislativas de 1985 y en las elecciones para gobernador en 1986 en algunos Estados.

- Con el apoyo decidido del embajador Gavin, *la derecha panista se internacionalizó*. En las protestas de julio de 1986 para pedir la anulación de las elecciones en Chihuahua, dirigentes del PAN fueron a Estados Unidos⁶⁷ a quejarse con los senadores conservadores Dennis De Cocini y Jesse Helms y a pedirle al gobierno norteamericano que ejerciera presiones sobre el gobierno mexicano para anular los comicios de Chihuahua. No fue un hecho casual el que, por ejemplo, De Cocini sea un senador conservador ligado a grupos que intentan influir en el rumbo de México y que el senador Helms haya sido el hombre que sostuvo a Gavin como embajador y lograra su confirmación en julio de 1985.

Así las cosas, Gavin cumplió su misión. Nunca un embajador había querido ejercer las funciones —y de manera públicamente retadora— de prócónsul y nunca Estados Unidos se había embarcado en un operativo de esta naturaleza. Las cosas marcharon bien para Gavin mientras México sostuvo, con muchas dificultades, el equilibrio en medio de la cuerda floja de sus crisis económica y financiera, y en Estados Unidos se definía el resultado final de la pugna por la conducción de la política exterior. Pero cuando esos hechos comenzaron a cambiar y a preocupar a Estados Unidos, el enfoque del “asunto México” tuvo que modificarse necesariamente. Y eso Gavin no lo entendió.

VI

Así comenzó a escribirse el principio del fin de la fugaz carrera diplomática y política del ex actor de Hollywood. A mediados de 1985, las cosas comenzaron a cambiar. De una parte, el deterioro económico de México marchaba a pasos apresurados y la intervención del FMI y del aval norteamericano parecía inevitable. Incluso, en julio de ese año el gobierno mexicano anunció la reintroducción del programa de ajuste y austeridad. Paralelamente, el resultado de las elecciones legislativas de 1985, con todo y sus denuncias de fraude, mostró el *rotundo fracaso del PAN*. En materia de relaciones

bilaterales, poco rescatable había quedado después de la campaña desatada por el asesinato del agente antinarcóticos de EU y del cierre de la frontera en una nueva *Operación intercepción*.

En Washington las cosas también eran diferentes. El secretario de Estado, George Shultz, había logrado recuperar el mando único en la política exterior y había logrado finalmente sacar del juego a los grupos conservadores y ultraderechistas que se habían incorporado a la administración Reagan desde 1981. Asimismo, otros vientos comenzaban a soplar con los cambios en el gabinete reaganiano y su nuevo tinte más abierto a los problemas económicos y financieros. Resultó importante el ascenso de James Baker al Departamento del Tesoro, el mismo que dijo en el Senado, a propósito del cierre fronterizo coordinado por Gavin y el comisionado de Aduanas, William von Rabb: “cuando quieran declararle la guerra a un país amigo, sería bueno que nos avisaran antes”.

Gavin no entendió los signos. A mediados de julio, por si fuera poco, Gavin vio que en Washington había algunas propuestas para relevarlo de su cargo, al grado de que el subsecretario de Estado, Elliot Abrams, hizo algunos cabildeos para ello. Pero la intervención del senador Jesse Helms logró apenas reconfirmar al embajador de EU en México. Pero no fue un triunfo. A partir de estos incidentes y cambios políticos el embajador Gavin comenzó a ser desplazado. Lo único que le quedaba era su amistad personal con el presidente Reagan y a ella apeló, pero de manera inmediata el secretario Shultz ejerció su poder y consiguió que ninguna operación o directriz con respecto a México se aprobara y se aplicara sin su consentimiento.

Hacia comienzos de 1986, la influencia del senador Helms era magra. Muchos de sus principales hombres habían sido desplazados por Shultz. Con respecto a México, las audiencias de Helms de mayo y junio de 1986 fueron instrumentadas como esfuerzos desesperados para desestabilizar el juego de Shultz y de paso darle la razón al embajador Gavin. Pero nada dio resultado. Shultz se convirtió en el hombre fuerte de la diplomacia y ejerció con firmeza su capacidad de mando. Más aún cuando Gavin y Helms seguían manejando los mismos tópicos con respecto a México mientras la economía mexicana avanzaba irremediablemente hacia una moratoria de resultados funestos para el juego norteamericano. El paquete de rescate financiero de julio resaltó, al mismo tiempo, un *impasse* importante

en las fricciones bilaterales.

Este contexto mostró que Gavin había perdido su influencia. Reagan lo escuchaba pero al final de cuentas decidía la línea de Shultz. Sin nada que hacer, Gavin resolvió dar por terminada su misión y regresar a Estados Unidos. Aun en su renuncia resultó poco diplomático, pues la anunció —tanto para conocimiento de México como de EU y el Departamento de Estado— en conferencia de prensa. Ahí habló de su *misión cumplida*. En la doble interpretación —la misión personal y la institucional—, John Gavin hizo lo que pudo. En lo personal se fue muy decepcionado de México y de los mexicanos. En lo institucional al menos logró convertir a Estados Unidos y a la embajada norteamericana en un factor importante del sistema político mexicano. Esa fue, sin duda, su misión a cumplir y su misión cumplida.

Notas

- 1.— *Excélsior* y *El Día*, 7 de abril de 1986.
- 2.— *Screen Actors 1933-1983, Fifty years in action*, revista del Screen Actors Guild, edición conmemorativa del cincuentenario del SAG, agosto de 1984.
- 3.— *Ibid.*
- 4.— *Ronald Reagan, ¿una revolución conservadora?*, por los reporteros del *The New York Times*, Editorial Planeta, 1981, reportaje de Robert Lindsey.
- 5.— *Ibid.*
- 6.— “Ronald Reagan, el hombre que mantuvo su línea”, por John Kenneth Galbraith, artículo reproducido por la revista *Diálogos*, julio de 1985, El Colegio de México.
- 7.— *Reagan, ¿una revolución conservadora?*, *ibid.*
- 8.— *Ibid.*
- 9.— *The San José Mercury News*, California, en *La Jornada*, 26 de agosto de 1985.
- 10.— Texto de la comparecencia. Sin fecha, mimeografiado.

- 11.— *The San José Mercury News*, ibid.
- 12.— Conversación del autor con Kim Felner, ex colaboradora de Ed Asner en la SAG, escritora de cine y dirigente de la asociación de escritores de EU, Nueva York, abril de 1986.
- 13.— *The New York Times*, “Test of a President”, 18 de marzo de 1986.
- 14.— *The Los Angeles Times*, 11 de noviembre de 1965.
- 15.— *The Los Angeles Times*, 1 de diciembre de 1971.
- 16.— *Screen Actors*, revista conmemorativa, ibid.
- 17.— *The Los Angeles Times*, 26 de abril de 1973.
- 18.— *The Los Angeles Times*, 8 de noviembre de 1973.
- 19.— “Red privada”, de Manuel Buendía, *Excélsior*, 18 de mayo de 1983.
- 20.— Comentario recogido por el autor entre corresponsales norteamericanos que cubren las informaciones de la Casa Blanca, Washington, D.C., abril de 1986.
- 21.— “Declaración de Santa Fe”, *EU Perspectiva Latinoamericana*, revista del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE), No. 9, primer semestre de 1981.
- 22.— Roger Fontaine, *The Miami Herald*, 24 de agosto de 1980.
- 23.— Constantine Menges, en *Foro Internacional*, revista de El Colegio de México, abril-junio de 1982.
- 24.— Ronald Reagan ante el Consejo de Relaciones Exteriores de Chicago, 17 de mayor de 1980.
- 25.— *Impacto 1801*, 6 de septiembre de 1984.
- 26.— “Declaración de Santa Fe”, ibid.
- 27.— Roger Fontaine, ibid.
- 28.— *Pedro Páramo*, de Juan Rulfo, Editorial Fondo de Cultura Económica, México.
- 29.— Manuel Buendía, “Red privada”, *Excélsior*, 18 de mayo de 1983.
- 30.— Ibid.
- 31.— *The Los Angeles Times*, 25 de marzo de 1981.
- 32.— *The Los Angeles Times*, 20 de julio de 1985.
- 33.— *The Los Angeles Times*, 13 de julio de 1967.
- 34.— *The Los Angeles Times*, 6 de marzo de 1981.
- 35.— *The Los Angeles Times*, 4 y 15 de marzo de 1981.
- 36.— *El Universal*, México, 2 de marzo de 1981.
- 37.— *Excélsior*, 13 de marzo de 1981.
- 38.— Datos proporcionados al autor en Los Angeles, abril de 1986.
- 39.— *Proceso 428*, 14 de enero de 1985.
- 40.— *The Los Angeles Times*, 28 de julio de 1985.
- 41.— *El Día y Excélsior*, 28 de enero de 1985.
- 41.— *Proceso 428*, ibid.

- 42.— *El Día y Excélsior*, 28 de enero de 1985.
- 43.— *Uno más Uno*, 9 de octubre de 1984.
- 44.— *Morrow, Calles y el PRI*, de Joaquín Cárdenas Noriega, Editorial PAC, México, 1986.
- 45.— *Ibid.*
- 46.— E. Howard Hunt, *Memorias de un espía*, Editorial Planeta, 1976.
- 47.— Carlos Fuentes, *Tiempo mexicano*, Cuadernos de Joaquín Mortiz, México, enero de 1972.
- 48.— Phillipe Agee, *Diario de la CIA*, Editorial Laia, Barcelona, septiembre de 1978.
- 49.— Daniel Cosío Villegas, *El sistema político mexicano*, Cuadernos de Joaquín Mortiz, México, diciembre de 1972.
- 50.— Héctor Aguilar Camín, “Del milagro a la transición”, ensayo publicado en “La cultura de México”, revista *Siempre!*, 17 de octubre de 1984, No. 1634.
- 51.— *El Día*, 20 de septiembre de 1984.
- 52.— Francisco Cárdenas Cruz, “Pulso Político”, *El Universal*, 27 de septiembre de 1984.
- 53.— *Uno más Uno*, 27 de septiembre de 1984.
- 54.— *The New York Times*, nota de Richard Meislin, reproducida en *Excélsior*, 12 de noviembre de 1984.
- 55.— Discurso de John Gavin en la School of Communications de la Universidad de Stanford, 25 de noviembre de 1985.
- 56.— *La Jornada*, 4 de septiembre de 1985 y *Excélsior*, 21 de agosto de 1985.
- 57.— *La Jornada*, 5 de septiembre de 1985.
- 58.— *La Jornada y Excélsior*, 16 de mayo de 1986.
- 59.— *Excélsior*, 2 de julio de 1986.
- 60.— *Proceso* 495, 28 de abril de 1986.
- 61.— *The Christian Science Monitor*, 23 de mayo de 1986.
- 62.— Constantine Menges, *ibid.*
- 63.— Ver capítulo “Operación Gavin”.
- 64.— *Excélsior*, 3 de mayo de 1983 y *El Día*, del mes de mayo para reacciones y protestas.
- 65.— *El Día*, 21 de octubre de 1984.
- 66.— *Excélsior*, 21 de agosto de 1984.
- 67.— *El Día*, 14 de agosto de 1986, *Proceso* 512, 25 de agosto de 1986.

Gavin en el sistema político mexicano

Operación Gavin

¿Qué buscó Estados Unidos en México en las elecciones legislativas de 1985? Concluir una estrategia, cerrar una pinza alrededor de un país largamente asediado y aprovechar la oportunidad que le brinda un partido local, el PAN, para no sólo *influir y presionar* a su vecino, sino para finalmente *meterse en las estructuras* del sistema político mexicano.

¿Por qué el PAN? Porque es el partido mexicano más *cercano* políticamente a la administración Reagan, el más *susceptible* de adecuar su esencia ideológica para lograr una alianza fuerte con EU que lo lleve al poder y el más *posibilitado* para asimilar el descontento de sectores mexicanos que le interesan a Estados Unidos.

¿De qué manera actúa EU? De acuerdo con evidencias que están sorprendiendo a los analistas, Estados Unidos lleva a cabo en México una vasta *operación de inteligencia y de seguridad nacional para copar a México desde dentro*. Para ello, Estados Unidos puso en juego algo que comenzó a conocerse como la *Operación Gavin*, en la que el papel del embajador norteamericano en México fue la clave para que la administración Reagan participara en el delicado año político mexicano de 1985. En este operativo, de acuerdo con una recopilación de hechos, participaron el Departamento de Estado, el Consejo Nacional de Seguridad, la CIA, la Fundación Heritage y la prensa estadounidense.

Las conclusiones se desprenden de una articulación y cruzamiento de informaciones, intenciones y previsiones del gobierno norteamericano. Para lograr sus propósitos, la administración Reagan no desaprovechó ninguna oportunidad —el tratamiento al caso Camarena confirmó esta evaluación— para darle otra vuelta de tuer-

ca a México. No son hechos aislados sino evidencias que se explican unas con otras, que se interconectan entre sí y que descubren una complicada maquinaria orientada a ponerse en marcha en el año político de 1985. Si para algunos ojos no hay nada novedoso en este cíclico acentuamiento de presiones norteamericanas, en esta ocasión hay un elemento que le está permitiendo a Estados Unidos verse ante la *gran coyuntura*: su alianza con el PAN.

Las circunstancias fueron ideales para la estrategia norteamericana, reflejan análisis de organismos de inteligencia vinculados directamente a la Casa Blanca, porque México se encontraba en un momento clave: mitad de sexenio, presiones financieras, dependencia de organismos financieros estadounidenses, debilidad económica por la caída de precios del petróleo, descontento social asimilado por un partido conservador, incertidumbre política, incapacidad de la política económica para cambiar el signo del corto plazo, elecciones en puerta determinantes para redefinir el aspecto político nacional, irritación en los sectores medios, temor en sectores norteamericanos de que el control político de México se rompa y de que la violencia cruce el Río Bravo, entre otras.

En este contexto, tres cuestiones se consolidaron a los ojos de los observadores: de una parte, el *ahondamiento de las presiones norteamericanas* para cerrarle a México los espacios políticos de acción, nacionales e internacionales. De otro, el evidente *cambio de piel del PAN*, justo a la medida de los intereses estratégicos estadounidenses. Y en tercer término, el *paso a la ofensiva*, con objetivos perfectamente claros para acercarse al PAN y allegarle otros sectores conservadores, del embajador John Gavin, pieza cardinal en este proyecto desestabilizador.

Un análisis de las cartas norteamericanas en este juego de naipes políticos perfiló, cuando menos, una continuidad en los propósitos de la política exterior norteamericana. De la manifiesta preocupación por México desde la primera campaña electoral de Reagan se ha pasado al momento de *hacer algo*. El asunto es que este paso de *la teoría a la acción* no es privativo de México, pues informes difundidos por las agencias de prensa indican que en Centroamérica, Nicaragua, Dominicana, España y otros países se ve una *mano negra* que busca crear conflictos para imponer criterios. En México, en particular, hay cuando menos ocho objetivos de la estrategia estadounidense:

Influir en la política y *cercar* la sucesión presidencial de 1988, buscando un *nuevo equilibrio bipartidista* en el sistema político mexicano;

introducirse del brazo del PAN en las propias estructuras de su vecino; debilitar y desestabilizar la esencia del proyecto nacional de México; doblegar la política exterior mexicana, que le impide a la administración Reagan resolver a su modo el conflicto en Centroamérica; incorporar a México como un *dócil peón* en el dominó de la estrategia de seguridad nacional de Estados Unidos; inducir en México un *gobierno amigo y defensor* de los intereses norteamericanos; y frenar no sólo los avances sino *hacer prácticamente imposible* la existencia de sectores nacionalistas en algunos espacios del sistema político mexicano.

El PAN, portero de noche

El camino encontró algunas puertas abiertas, además de las tradicionales que se utilizan a riesgo de violentar relaciones diplomáticas. Un hecho destacó por sobre los demás: un partido político local, cercano y aliado abierto de Estados Unidos, ganó fuerza en la medida en que crece el descontento económico, político y social, además de que encontró el padrino, inusitado en la historia política de México-Estados Unidos, del embajador norteamericano aquí.

No fue gratuita ni improvisada la participación del PAN en el juego norteamericano, sobre todo porque el peso de las evidencias inmovilizó cualquier intento de jugar a las escondidillas políticas. Un seguimiento informativo y una vinculación de hechos presentó un PAN bastante importante para la Casa Blanca. En esta línea, la administración Reagan le ha dado al PAN el rango de *interlocutor válido* —al estilo de fuerzas políticas similares en Centroamérica—, como si el PAN fuera *un partido en el poder* o estuviera en condiciones reales de disputarle al PRI la conducción del país.

El itinerario de hechos lo atestigua. El PAN es una pieza valiosa en el juego estadounidense y por ello ese partido tiene asignada una serie de tareas especiales que, por lo demás, está cumpliendo puntual y eficazmente:

Invitación especial para asistir a la Convención Republicana de agosto de 1984; incorporación al Fondo para la Democracia; articulación del PAN a los planes políticos de seguridad nacional de Richard Allen, la CIA y Heritage; anexión del PAN a la conservadora Unión Democrática Internacional, encabezada por el Partido Republicano de EU y el Partido Conservador de Inglaterra; relanzamiento

del PAN como *única alternativa*, para la frágil democracia mexicana; apoyo de la gran prensa norteamericana al bipartidismo PRI-PAN; padrino de John Gavin a las aventuras panistas en el norte del país; estímulo del gobierno norteamericano a la consolidación de una nueva triple alianza: PAN-empresarios-clero conservador; estatus de *factor real de poder* al PAN en sus tratos con la embajada de EU en México y con el Departamento de Estado; y espaldarazo internacional al proyecto económico del PAN.

El cerco se cierra. Hacia finales de 1984 fueron movimientos exploratorios y acciones desde fuera, inclusive, las actividades de Gavin —por más que irritaran— eran apenas el comienzo de una operación más vasta. A mediados de 1985, en cambio, el escenario es otro. En ese año de elecciones políticas y desajustes e incertidumbres económicas que prefiguran el perfil político del país para la segunda mitad del sexenio y, desde luego, para la sucesión presidencial de 1988, ese acoso adquirió ya *rango de política de seguridad nacional* para EU y se incorporó como prioridad en los planes de la administración Reagan. En su último informe al Congreso,¹ el presidente Ronald Reagan se refirió a las fuerzas de oposición en México y les concedió a las conservadoras capacidad suficiente para *disputarle al PRI* el poder regional y legislativo.

“Aun cuando la oposición tiene que *desafiar al PRI* (el tono imperativo es de ofensiva inevitable) a nivel estatal (hay cuando menos dos gubernaturas en donde la oposición panista cree tener posibilidades), dejando para *más tarde un desafío al poder central*, ha estado (la oposición de derecha) *ganando fuerza a nivel local*”.

El juego no es de simpatías o informaciones, sino de alianzas de fondo. Al calor del conflicto en torno a las drogas en 1985, el embajador Gavin sostuvo una entrevista con la revista *Time*² en la que vertió declaraciones que irritaron a sectores políticos mexicanos y mostraron también el juego de EU de aliarse a la oposición conservadora como una especie de padrino que vigila que no le haga daño. En esa ocasión, Gavin se refirió a la situación económica de México y a los efectos políticos que le interesan a Estados Unidos:

“Creo que el PRI *tiene que* tomar en consideración las verdaderas aspiraciones de más y más mexicanos. Algunos atacan al PRI no sólo por no ser revolucionario, sino *por no evolucionar*. También es

una interrogante *la manera en que confronte* (el PRI) *a los partidos de oposición*".

En el fondo, el operativo para fortalecer al PAN con el apoyo norteamericano y para influir en el rumbo político de México es relativamente reciente. En el primer mandato de la administración Reagan México tenía un espacio bastante acentuado en las preocupaciones norteamericanas: Centroamérica, Nicaragua, avances del comunismo y crisis económica. Hasta entonces se registraron las presiones cotidianas *desde fuera* y sin ninguna coherencia por las disputas en la conducción de la política exterior estadounidense —sobre todo entre el Departamento de Estado y el Consejo Nacional de Seguridad.

En 1985 las cosas fueron diferentes. Aunque las disputas aún no se resolvían, las directrices referentes a México se trasladaron del Departamento de Estado al Consejo Nacional de Seguridad. Existió un *plan elaborado, diseñado y aprobado*, aun cuando las acciones puedan ser detenidas porque algunas instancias financieras —bancos acreedores conducidos por el poderoso jefe de la Reserva Federal, Paul Volcker— podrían convencer a la Casa Blanca de que el plan para desestabilizar a México sería contraproducente para Estados Unidos en términos económicos.

Gavin, eje de ataque

En 1985, las acciones desestabilizadoras sobre México tuvieron el *sabor* de las que parten desde el seno del Consejo Nacional de Seguridad y de la comunidad de servicios de inteligencia. Los hilos se mueven desde los sótanos de la Casa Blanca, en una oficina que desde finales de los sesenta ha ido adquiriendo más poder, cercanía e influencia en la oficina oval: el poderoso Consejo Nacional de Seguridad, que agrupa desde tiempos de Henry Kissinger al famoso Comité 40, organismo formado por todas las oficinas civiles y militares vinculadas al espionaje, la información de inteligencia o la seguridad nacional.

Legalmente, el CNS es el *brazo armado del presidente de Estados Unidos*. La importancia de esa oficina está dada por el tipo de instancias que controla y supervisa y, sobre todo, por la forma en que las gobierna. En 1974, en una inusitada y poco común conferencia pública, William Colby —uno de los más duros, intransigentes y

poderosos directores que ha tenido la CIA— hablaba de esa vinculación entre la comunidad de inteligencia y sobre todo se refería al tipo de autoridad de las decisiones que emanaban de ese grupo.³

“La CIA realiza tales actividades (las famosas acciones secretas que van desde la recopilación de información hasta golpes de Estado, *apoyo a fuerzas políticas de oposición conservadora* y asesinatos de líderes políticos radicales) *sólo cuando las autoriza específicamente el Consejo Nacional de Seguridad. Así, las acciones secretas de la CIA reflejan la política nacional*”.

La importancia del CNS es considerable y creciente en el complejo mundo de la conducción de la política exterior norteamericana. Inclusive, decisiones de la administración Reagan están mostrando ciertas vacilaciones en función de los criterios disímboles que se imponen desde el Departamento de Estado, el Departamento de Defensa o el Consejo Nacional de Seguridad. Si en la primera parte del mandato de Reagan el Departamento de Estado y el Consejo Nacional de Seguridad se entendían —quizá porque las obsesiones emparentaban al general Alexander Haig con el estratega Richard Allen—, no son desconocidas las diferencias y fricciones entre George Shultz y Robert McFarlane (renunció en 1986) ni pueden ocultarse los nombramientos políticos de embajadores que se hacen desde la Casa Blanca y los efectos de estos hechos en la política exterior norteamericana.

En medio de estas disputas se definió, lo que comenzó a llamarse en ciertos círculos gubernamentales mexicanos la *Operación Gavin* y el acentuado apoyo norteamericano al PAN. Como dato interesante se consigna el hecho, por ejemplo, de que las versiones de la prensa norteamericana acerca de la supuesta fortaleza del PAN y del inevitable bipartidismo en México tienen como hilo conductor informes filtrados por la CIA —por cierto, informes cocinados expreso para *justificar las intenciones* de la Casa Blanca— a través del Consejo Nacional de Seguridad.

En el caso de Gavin, algunos analistas mexicanos no discutieron si sus acciones eran producto de una *actuación personal*, sino que trataron de identificar la línea a la que respondía su estrategia de copar a México y de relanzar al PAN. Si bien es compañero de oficio del presidente Reagan —aunque algunos observadores le acrediten más cercanía a Nancy Reagan que a su esposo, lo mismo ocurre con McFarlane—, el asunto es que el nombramiento y las actividades de

Gavin no se rigieron por la frivolidad del compañerismo en el cine, sino por motivos bien especiales.

Ya en el largo plazo, el activismo del embajador Gavin se identificó más con el estilo del Consejo Nacional de Seguridad que con el del Departamento de Estado y el tipo de directrices de Shultz. Inclusive, no son pocos los que estimaron que la jugada del Departamento de Estado en Centroamérica —ahora que la iniciativa de Contadora responde a los trazos de Shultz— podría fallar o debilitarse si el CNS continuaba con sus actividades agresivas, vía Gavin, en y contra México, debido al papel central que tiene México en el istmo caliente.

En el caso específico de México, la vinculación y dependencia Gavin-CNS le dio a Estados Unidos algunos resultados esperados para el corto plazo, sobre todo en lo que se refería al papel del PAN y a lo que involucró el año político mexicano de 1985. Informes entregados al autor aportaron datos acerca del tipo de línea que definió al Consejo Nacional de Seguridad. En esas oficinas ubicadas en los sótanos de la Casa Blanca —aunque el *The Washington Post*⁴ anuncia que McFarlane pasaría al segundo piso, cerca de la oficina oval — ya no despacha Richard Allen —vinculado a la CIA desde que hacía trabajos para el Centro de Estudios Estratégicos Internacionales de la Universidad de Georgetown, *think tank* del pensamiento conservador de la administración Reagan y a cuyo directorio pertenecen Kissinger, Zbigniew Brzezinski y Jeanne Kirkpatrick—, aunque siga trabajando cerca de Reagan en asuntos de seguridad nacional. Por cierto, Allen fue el autor de la idea de crear un Fondo para la Democracia, especie de cajón financiero para ayudar a partidos políticos —lo que antes era actividad secreta de la CIA— en su lucha contra lo que identifican como cabezas de playa de la URSS. *El PAN es pieza clave de ese Fondo.*

En la *Operación Gavin*, el CNS estaba dirigido por Robert McFarlane (hasta 1986), especialista en asuntos de Medio Oriente, autor del proyecto de la “Guerra de las Galaxias” y uno de los hombres más influyentes en la administración Reagan.⁵ Como director de la oficina latinoamericana del CNS (hasta 1985) aparecía un viejo conocido de México: Constantine Menges, para quien trabajó como asistente Oliver North, personaje al que *The Wall Street Journal*⁶ le encontró las manos metidas en actividades clandestinas —coordinadas por la CIA— para desestabilizar y derrocar al gobierno

sandinista. Menges venía del Instituto Hudson, una especie de Fundación Heritage. De ahí lo reclutaron como oficial de planeación para la sección latinoamericana de la CIA.

Menges se destacó por la dureza e inflexibilidad de sus criterios. Cada año declaraba que México estaba a punto de caer en manos del “comunismo soviético”, criterios que, por lo demás, han tenido cuando menos dos efectos: continúan definiendo las acciones del CNS en lo que se refiere a México e influyen decisivamente en los informes de la CIA sobre las expectativas mexicanas que alimentan la paranoia de funcionarios, políticos y parte de la prensa de Estados Unidos.

En la CIA, Menges no duró mucho. Conocido como “anticomunista demente”, no vaciló en embarcar al anterior secretario de Estado, el general Alexander Haig, en denuncias sin fundamento y las más de ellas inventadas y en dar como verdaderas lo que eran evidentes versiones falseadas de la realidad. Menges fue el autor de la idea de incorporar al *Libro blanco de Nicaragua* —promovido por el general Haig por todo el mundo para *probar* la injerencia soviética y cubana en Centroamérica— algunas fotos de soldados matando civiles. Eran militares sandinistas asesinando a indígenas misquitos, decía el parte del Departamento de Estado. Esas fotos eran verdaderas, pero a medias: se descubrió después que los soldados eran somocistas matando a civiles en tiempos de Somoza.

México, prioridad del CNS

Por ese y otros errores similares, varios profesionales de inteligencia de la CIA pidieron la remoción de Menges porque estaba embarcando a Estados Unidos en *acciones sobre informes falsos*. Menges salió de la CIA aunque su estilo se quedó ahí. Fue sustituido por John Horton y éste renunció al poco tiempo porque querían obligarlo a cambiar el tono y el contenido de sus informes sobre México *para justificar* acciones desestabilizadoras y presiones diplomáticas. Horton pasó a retiro pero Menges había sido rescatado por McFarlane y puesto al frente de los asuntos latinoamericanos del CNS.

Desde este puesto, Menges dominó sobre los criterios de la CIA por el papel jerárquicamente superior del Consejo sobre todos los servicios de inteligencia del gobierno de Estados Unidos. Expertos con-

sultados por el autor informaron que Menges había estado involucrado en la redacción tergiversada de los informes de la CIA sobre la política mexicana y sobre Centroamérica, en la definición de relaciones extradiplomáticas e inclusive algunos lo señalan como una de las más importantes fuentes de información del columnista Jack Anderson en sus escritos sobre México. También ubicaban a Menges como el estratega de la campaña de prensa norteamericana contra México.

La historia es larga y permite ir atando cabos. Las actividades del embajador John Gavin de ninguna manera justificaron la línea del Departamento de Estado y sí confirmaron *las acciones y el estilo* del CNS y de la CIA. En este conjunto de promotores de la *Operación Gavin* apareció el ex asesor de seguridad nacional de Reagan, Richard Allen, quien tiene a su cargo —también en la tónica del CNS— las actividades de patrocinio financiero y político al PAN. La CIA, a su vez, está filtrándole informes a la prensa norteamericana acerca de que EU vería con muy buenos ojos el bipartidismo PRI-PAN. Las acciones secretas que tenía la CIA en el financiamiento a fuerzas políticas de oposición conservadora salen de las sombras, se enrolan en estrategias de seguridad nacional y se hacen a la luz del día proyectos como el Fondo para la Democracia.

Las actividades del embajador Gavin, particularmente respecto al PAN y en general a su activismo inusitado en un diplomático norteamericano enviado a México, se embonaron en una *gran jugada de estrategia de seguridad nacional de Estados Unidos*. No se trató sólo de mirar con simpatía al PAN, sino de involucrar a la embajada norteamericana en *actividades abiertas* en favor de ese partido. Nada hubo gratuito o espontáneo en la gestión del embajador Gavin y su línea de actuación no correspondió con los propósitos de Shultz sino que estuvo más cerca del *modus operandi* de la CIA y su superior jerárquico, sin cuya aprobación expresa no realiza actividad alguna: el Consejo Nacional de Seguridad.

Las actividades de Gavin, que contextualizan su involucramiento en las elecciones de julio de 1985, según se desprende de una revisión de declaraciones, movimientos y diligencias, respondieron a etapas claramente diferenciadas, las mismas que podrían estar señaladas en un programa de intervención directa en México: la primera, que va desde su designación en 1980 hasta el estallamiento de la crisis económica de 1982, tiene el sello de los pronunciamientos sobre la crisis,

la *preocupación norteamericana* por su vecino y el *auxilio de la Casa Blanca para evitar el colapso*. La segunda, de 1983 al primer semestre de 1984, caracterizada por el *tono agresivo* de su discurso y el planteamiento de *exigencias para la sumisión de México* a las políticas económica y exterior de EU. La tercera, afinada en el segundo semestre de 1984, se define ya por la *intervención directa* de EU y su embajador en asuntos de política interna de México *al lado del PAN* y *propiciando la terrible alianza PAN-empresarios-clero conservador*. Y la cuarta, de finales de 1984 a mediados de 1985, signada por el paso de las presiones diplomáticas a las *acciones directas* para ablandar a México y demostrarle con ejemplos, como el cierre de la frontera, que Estados Unidos está dispuesto a todo en esta hora.

Lo que antes eran meras *presiones declarativas* tuvieron después características de *acciones efectivas*. Ya desde 1980 México era preocupación de la administración Reagan. El propio presidente lo diría en marzo de 1980:⁷

“¿Debemos dejar que Granada, Nicaragua, El Salvador, todos se transformen en nuevas *Cubas*, nuevos puestos de avanzada para las brigadas de combate soviéticas? ¿Será el *próximo paso* del eje Moscú-La Habana dirigirse hacia el norte a Guatemala y *de ahí a México* y al sur a Costa Rica y Panamá?”.

El temor al *avance soviético* era una parte del asunto. Pocos meses después a la declaración de Reagan, uno de sus principales asesores y por cierto corredactor del discurso de Reagan citado líneas arriba Roger Fontaine —responsable del Comité de Santa Fe, organismo de inteligencia que hace sugerencias de vital importancia a la administración Reagan y promotor del intervencionismo en Centroamérica—, habló del mismo tema y en el mismo tono:⁸

“Es evidente que México será una prioridad de la administración Reagan. Si fuera preciso que yo escogiera una prioridad, probablemente sería México... ¿Por qué? Porque México está al lado y tiene 65 millones de habitantes. La *preocupación por la estabilidad* política de México deberá ser *principalísima*, para Estados Unidos”.

Posteriormente, los principales funcionarios de la administración Reagan comenzaron a involucrar la participación de México en el conflicto de Centroamérica como una definición de su sistema político interno. Como apoyaba a los sandinistas, el gobierno de México era *tam-*

bién comunista. De ahí que el combate a las posiciones de la política exterior mexicana tuviera que darse, por lógica, en el interior del sistema político mexicano. Y la preocupación no era circunstancial, sino que obedecía al análisis de la seguridad nacional de EU en Centroamérica.

A finales de septiembre de 1982,⁹ 36 legisladores norteamericanos enviaron al presidente Reagan una carta pidiéndole que rescatara a México de las garras del comunismo y lo urgieron a adoptar medidas severas para evitar que ese proceso se acentuara. Asimismo, solicitaron lo que llamaron una “acción apropiada” de la Casa Blanca para evitar que la radicalización comunista se manifestara en un país con tan importante frontera con Estados Unidos. Para 1983, Estados Unidos probó de todo tratando de aprovechar la difícil situación económica interna de México. De hecho, todo el peso real de la política exterior de Estados Unidos se volcó para colocar a México entre las presas del comunismo internacional que estaba combatiendo en Centroamérica. De esta manera, México fue puesto en el centro mismo de la confrontación Este-Oeste y su política exterior se ubicó al lado de la Unión Soviética por parte de los estrategas norteamericanos.

En marzo de 1983,¹⁰ el secretario de Defensa de EU, Caspar Weinberger, refrendó la postura de intervención y apoyo militar y político a las fuerzas conservadoras de El Salvador como justificatoria para evitar lo que llamó *el triunfo comunista*. Ello implicaba, también, *frenar e influir sobre la política exterior mexicana*. Era una advertencia directa:

México: objetivo comunista

“Con una victoria militar sobre la guerrilla salvadoreña, nosotros quedaremos más seguros, porque el *comunismo, vía México*, podrá subir hasta nuestras propias fronteras”.

Días después,¹¹ el senador Jesse Helms, de los legisladores ultraderechistas más influyentes y presidente del subcomité del Hemisferio Occidental del Senado, se introdujo en el debate salvadoreño e involucró y justificó el intervencionismo norteamericano en El Salvador. De paso, se refirió al temor estadounidense. “*México está involucrado en la manipulación soviética* dentro del conflicto centroamericano”. Formalmente habló de detener la “subversión marxista” en una *zona vital* para Estados Unidos.

El asunto era delicado. En esas mismas fechas,¹² el columnista James Reston, de las plumas más influyentes e informadas de Washington, escribió un artículo acerca de las fisuras entre las políticas de la Casa Blanca y el Departamento de Estado respecto a los problemas más críticos para Estados Unidos. Aunque hablaba de versiones diferentes sobre los mismos asuntos, en el caso de México indicaba que el criterio del Departamento de Estado estaba imponiéndose sobre otros. A este respecto, el columnista del *The New York Times* escribió:

“No es casual que el Departamento de Estado le diga (al presidente Reagan), si es que escucha, que *el principal problema de América Latina no es El Salvador sino México*. ¿Qué hacer si los mexicanos no pueden resolver su desastre económico y exportan sus desempleados por decenas de miles a través del Río Bravo?”.

En esta línea la versión más radical, por cierto, no ha sido la de la CIA o la del Departamento de Estado. También el ex presidente Richard Nixon ha echado su cuarto de espadas. Aunque con poca influencia en el aparato gubernamental, de todas maneras refleja la opinión de una gran corriente política norteamericana. Para Nixon, “*México es una gran enchilada que está en la lista de compras de Moscú*” y advierte que “México es un país de gran inestabilidad”.

En este contexto, otras opiniones también reflejan el criterio de la administración Reagan. De una parte, los puntos de vista del ahora embajador de Estados Unidos en la ONU, el general Vernon Walters. De otra, la embajadora saliente Jeanne Kirkpatrick. La postura del general Walters está dada desde una perspectiva de inteligencia y seguridad nacional. *Hombre de acciones encubiertas*, el general Walters fue director adjunto de la CIA de 1972 a 1976, años en que la CIA estuvo involucrada en varios golpes de Estado, sobre todo el de Chile. También participó en maniobras de distracción de la CIA sobre el asunto Watergate, fundamentalmente para evitar que el FBI siguiera la pista mexicana —la del abogado Manuel Ogarrio— en donde se lavaron casi 100 mil dólares de aportaciones secretas al fondo de reelección de Nixon y que sirvieron para pagar el trabajo de los fontaneros que asaltaron Watergate. El general Walters quería *evitar* que se descubrieran las *actividades secretas de la CIA en México*.

En este sentido, las opiniones del general Walters han sido importantes. En 1980 y 1981 fue designado embajador especial del

presidente Reagan para vender en América Latina el famoso *Libro blanco de El Salvador*, pergeñado por la CIA para probar, a base de recortes de periódicos y de conclusiones lógicas y no probatorias, que Cuba y la URSS estaban financiando a la guerrilla salvadoreña. En México el presidente López Portillo no recibió al general Walters y el canciller Jorge Castañeda no lo tomó en serio.

Sin embargo, el general Walters tenía su propia percepción sobre el conflicto centroamericano y el papel de México. En Bonn,¹³ el general Walters declaró que “*México es el principal objetivo de los comunistas*” y advirtió claramente que “*Estados Unidos no tiene la intención de perder a ese país (México) y dejarlo en manos de Moscú*”.

Por lo demás, en altos niveles gubernamentales existió la determinación de que Estados Unidos no se cruzara de brazos. Las opiniones del general Walters fueron compartidas también por su antecesora, la señora Kirkpatrick. Ya en 1983,¹⁴ la embajadora y ahora profesora de la Universidad de Georgetown había endurecido su lenguaje al referirse a México y señalado que la política exterior mexicana estaba más inclinada a la URSS que a Estados Unidos. En una declaración poco diplomática pero destinada a minar a México, la señora Kirkpatrick acusó a México de *traicionar* los principios tradicionales de las relaciones internacionales.

Más tarde, ya en el importante mes de agosto de 1984, la señora Kirkpatrick —que informes de prensa daban por sentado que pasaría de las Naciones Unidas a presidir el Consejo Nacional de Seguridad— habría de mostrar el juego de la administración Reagan para su segundo mandato. En Dallas —después de que Richard Allen anunció el Fondo para la Democracia y la incorporación del PAN a los planes estadounidenses—, la señora Kirkpatrick fue la encargada de celebrar la nominación de Reagan como candidato republicano. En su discurso,¹⁵ la aún embajadora hizo públicas varias preguntas que involucraban la postura de EU en Centroamérica y de paso toca-ban a México. Ella misma daría *la respuesta*:

“¿Qué le pasará a México si América Central se convierte en satélite soviético? ¿Qué es lo que Estados Unidos tendría que hacer en esa circunstancia? *Tomaría medidas drásticas*”.

Juego: la intervención

El *qué hacer* estaba resuelto. No era *sólo* asunto de política exterior, en la medida en que ésta es apenas el reflejo de un conjunto diverso de intereses y propósitos más de fondo. La lucha contra el comunismo en Centroamérica forma parte, señala Noam Chomsky, de los mitos y propagandas de la política exterior norteamericana. Ese combate contra molinos de viento está llevando a EU a enfrentar a naciones y pueblos que se oponen a la *solución estadounidense* en la región. En este punto, el asalto de la Casa Blanca en Centroamérica responde a dos circunstancias que Chomsky¹⁶ ha definido con claridad:

“La lección histórica es, a mi juicio, muy simple: la amenaza soviética ha venido siendo *manipulada* una y otra vez para *justificar* el empleo de la fuerza por parte de Estados Unidos contra amenazas de dominación estadounidense planteadas por fuerzas autóctonas, por más que esas fuerzas autóctonas puedan volverse hacia la Unión Soviética en busca de apoyo frente a los ataques de Estados Unidos”.

Más adelante, Chomsky dismantela los verdaderos propósitos de las intervenciones norteamericanas bajo la justificación de “disuadir” del interés soviético:

“La disuasión va dirigida más bien *contra los intentos autóctonos* de superar la pobreza y el descontento —para los que el término ‘en gran medida’ suena bastante a reticencia—, pobreza y descontento que *han sido sistemáticamente las consecuencias* de la intervención estadounidense en la región. Intentos autóctonos, asimismo, de alcanzar un grado de justicia social que resulta intolerable para los gobiernos a los que respaldan Estados Unidos *o que han sido impuestos* en función de los intereses norteamericanos, o más exactamente, en función de los intereses de *aquéllos que tienen algo que ganar* de la explotación, la represión y el sufrimiento”.

De otra parte, un análisis exhaustivo de la política exterior norteamericana, desde la intervención en Grecia a mediados de los cuarenta hasta Vietnam y desde luego Nicaragua y El Salvador, llevó a Chomsky a detectar *los intereses ocultos de la política exterior norteamericana*:

“Lo que deberíamos esperar descubrir es: 1) que la política exterior está primordialmente orientada por la voluntad de *mejorar el clima propicio para la realización de negocios* en un sistema planetario

abierto a la explotación de recursos humanos y materiales por aquellos (sectores empresariales) que dominan la economía interior. Y 2) que esa voluntad se presenta como guiada por los ideales más excelso y por una profunda preocupación por el bienestar humano"... "La mejora del clima propicio para la realización de negocios en las sociedades subdesarrolladas *se promueve* (por EU) por lo general *destruyendo* los sindicatos y otras organizaciones populares, *reduciendo* los programas dirigidos al bienestar interior y *ejerciendo la fuerza bruta* si esas medidas encuentran resistencia".

Por lo demás, los conceptos acuñados por la administración Reagan con respecto a sus aliados y ubicados en una fraseología de política exterior no hacen sino reflejar, señala el ensayo de Chomsky, *los verdaderos intereses*:

"Un régimen es *totalitario* y, por ende, la quintaesencia del mal si restringe la *libertad económica*, término que *no denota* la libertad de los trabajadores o las comunidades de controlar la producción, sino más bien *la libertad de la empresa privada*, básicamente las *empresas trasnacionales con centro en Estados Unidos*, para llevar sus asuntos sin cortapisas".

En este amplio contexto, los objetivos de la política exterior norteamericana apuntan a blancos bien precisos, por lo demás interconectados unos con otros. El terror al comunismo en Centroamérica por parte de la administración Reagan la lleva a buscar *apoyos internos* en los países involucrados en el conflicto pero con políticas diferentes a la de Estados Unidos. Así las cosas, dos metas se cumplen simultáneamente: imponer la solución norteamericana y de paso cambiar las reglas y la conformación del juego político interno de países como México —ya lo hicieron con éxito en Honduras y Costa Rica—. No por menos, por ejemplo, el activismo del embajador John Gavin apuntó a señalar los propósitos por cumplir que la Casa Blanca vería con buenos ojos: mayor inversión extranjera, mayor inversión privada, menor participación económica del Estado y apoyo a la política exterior estadounidense. De hecho, la articulación PAN-EU se basó justamente en esos cuatro puntos cardinales de la estrategia de EU en México. Podría decirse que el gobierno norteamericano se tardó cuatro años justos en encontrar a su aliado interno. El copamiento del PAN llevó un proceso que no quiso violentarse. Los primeros contac-

tos EU-PAN se dieron en el interior del país y a través de representantes locales —líderes regionales panistas y cónsules estadounidenses en las principales ciudades del norte de México, precisamente en Estados donde hay frontera con EU y en donde el PAN tiene en su poder algunas alcaldías ganadas en 1983—. Este camino puede verse desde dos perspectivas: una que habla del *plan para allegarse al PAN* y otra que plantea las *coincidencias de proyectos políticos* entre la administración Reagan y el proyecto de nación del PAN.

Hacia el segundo semestre de 1984 comenzó ya a ponerse en práctica la *Operación Gavin* desde el seno mismo del entorno político de la Casa Blanca. Varias circunstancias se daban como seguras: la reelección del presidente Reagan; el repliegue de las fuerzas insurgentes en Centroamérica; la debilidad interna de países que no se plegaban a la óptica norteamericana en la región del istmo; la decisión de pasar a la ofensiva a riesgo de que se viviera en Centroamérica el *síndrome Vietnam* sin haber enviado tropas pero sí asumiendo una derrota inevitable; el reacomodo de los organismos de política exterior; la decisión de sustituir a los teóricos por hombres expertos en actividades clandestinas —en este punto se incluiría el relevo del belicoso pero autónomo general Paul Gorman en la jefatura del Comando Sur norteamericano estacionado en Panamá y la sustitución de la intelectual Jeanne Kirkpatrick por el ex director adjunto de la CIA, general Vernon Walters—; y sobre todo la decisión estadounidense de *convertir el resultado de las elecciones de noviembre de 1984 en un plebiscito intervencionista en zonas de conflicto como Centroamérica*.

México-EU: agosto negro

Por lo pronto, *agosto de 1984* —precisamente el mes de la Convención Republicana que le dio a Reagan más poder del ejercido desde 1980— definió muchas líneas concretas de acción de Estados Unidos contra México y marcó el inicio de una *gran ofensiva coherente y vasta* sobre su vecino, todo ello al calor del conflicto centroamericano. Para la Casa Blanca, justamente lo que ocurre en el istmo regional es indicativo de que la política mexicana en Centroamérica es reflejo de una visión marxista —en términos ideológicos, económicos y de seguridad nacional— en los asuntos mexicanos internos. Por ello, Es-

tados Unidos se agarra de la política exterior de México como de un clavo ardiendo para *influir* en política interna y por eso también usa al PAN en política interna mexicana para buscar cambios a la derecha en política externa.

Después de ese agosto las cosas han cambiado para México. Las fechas son bastante sugerentes, por hechos que ocurrieron en ese mismo año. El 10 de enero de 1984¹⁷ la Comisión Kissinger entregó al presidente Reagan su informe sobre Centroamérica, en el que se definían hechos, planteaban advertencias justo a la tonalidad que la Casa Blanca esperaba y se pedían sanciones de todo tipo para evitar la cubanización de la región. El 24 de febrero¹⁸ el Consejo Nacional de Seguridad aprobó la Directiva 124 autorizando sanciones y presiones diplomáticas contra países —entre ellos se *habló claramente de México*— que no hicieran suya la *Doctrina Reagan sobre Centroamérica*. Hacia julio de ese año,¹⁹ altos funcionarios mexicanos declararon: “no hemos sentido nada especial”.

Sin embargo, en agosto comenzaron a cuajar acciones bien concretas. Altísimos funcionarios norteamericanos —Richard Allen, Jeanne Kirkpatrick, John Gavin y George Shultz— comenzaron a apretar tuercas sobre México de cara a objetivos muy precisos. El desorden anterior en la aplicación de presiones comenzó a responder a metas establecidas en *programas internos de la Casa Blanca*.

En ese agosto se efectuó en Dallas, Texas, con bombo y platillo, virtualmente la reelección del presidente Reagan. El motivo era nominar al candidato republicano a la Presidencia de la República, pero de antemano Reagan había arrasado con cualquier otro precandidato y su fortaleza había rebasado los esquemas del Partido Republicano y trascendido al ánimo de la nación misma. Las celebraciones en ese agosto en Dallas fueron en ese tono y el triunfalismo invadió a los presentes.

Los funcionarios de la administración Reagan se permitieron, en la euforia, delinear *no planes de campaña sino programas de gobierno* tratando de aprovechar la festividad de la convención política. Desde luego, *Centroamérica será la gran conquista de la administración Reagan* y por ahí se descolgaron nuevas directivas y ofensivas para convertir las elecciones de noviembre de 1984 en la *aprobación nacional* de la política intervencionista en Centroamérica y en los países que se negaban a aceptar la Doctrina Reagan. Ello explica, entonces, que en esa Convención Republicana México haya sido incorpora-

do a los planes prioritarios de la administración Reagan en su segunda etapa. Richard Allen, ex consejero de Seguridad Nacional de Reagan y ahora su asesor especial, anunció²⁰ la creación de un Fondo para la Democracia con el propósito de financiar la lucha conservadora en Occidente. Allen habló concretamente de apoyos financieros al PAN —lo que antes eran acciones encubiertas de la CIA ahora se presentaban como política abierta de la Casa Blanca— para influir desde dentro de México en la inclinación de su política exterior. Ahí, en Dallas, el PAN fue reconocido como miembro privilegiado de la Unión Democrática Internacional. También en esa simbólica ciudad, la aún embajadora Jeanne Kirkpatrick advirtió²¹ que Estados Unidos haría todo lo posible para evitar que el comunismo triunfara en Centroamérica por la irresponsabilidad de gobiernos como el de México —criterio de Kissinger aplicado en Chile en 1972 y 1973— y que la Casa Blanca tomaría *acciones concretas* para evitar que México cayera en manos de la Unión Soviética.

El PAN: pieza clave

A partir de entonces también el activismo del embajador Gavin en favor del PAN comenzó a tener coherencia. Una semana después de que Richard Allen y Kirkpatrick abrieran el juego norteamericano en Dallas, en México John Gavin también hizo lo suyo y asistió a una reunión en Hermosillo, Sonora,²² en la que estuvieron presentes el líder estatal del PAN, Carlos Amaya Rivera, y el arzobispo Carlos Quintero Arce. Por parte de Estados Unidos asistió el cónsul Anthony Arredondo —que un año antes, justamente, había convocado a otra reunión a la que asistieron²³ líderes empresariales como Javier Castelo Parada, vicepresidente de Coparmex, y Adalberto Rosas, más tarde candidato del PAN a la gubernatura de Sonora— y el agregado militar Beul.

Esa junta de agosto de 1984 fue la primera que tuvo Gavin formalmente en la que participaban panistas, empresarios y clero, bajo la coordinación estadounidense. Posteriormente, a partir de septiembre de 1984, la gran prensa norteamericana, *apoyándose en evaluaciones e informes de la CIA y del Departamento de Estado*, comenzó a tomar en serio al PAN e inició la campaña en favor del bipartidismo PRI-

PAN. Los despachos periodísticos²⁴ hablaban de mexicanos que, como héroes al estilo americano, combatían a la aplanadora priísta.

El PAN, desde entonces, contó con el apoyo norteamericano y la alianza PAN-empresarios-clero conservador obtuvo el beneplácito y el estímulo del embajador Gavin. Como nunca antes, un embajador norteamericano se lanzó a apoyar a un partido político nacional. Los antecedentes eran al contrario: fuerzas conservadoras,²⁵ cuenta Martín Luis Guzmán en su librito *A orillas del Hudson*, quisieron aliarse al Partido Republicano en la segunda mitad del decenio del diez, cuando la Revolución Mexicana estaba por consumarse. Pero desde entonces, Estados Unidos quería aprovechar a fuerzas de derecha de México para influir desde dentro, pero no había encontrado el disfraz adecuado.

A partir de ese agosto de 1984, la campaña tomó forma: reuniones encabezadas por el embajador Gavin, informes filtrados a la prensa sobre la supuesta fortaleza del PAN, desde luego el interés de la Casa Blanca por apoyarlo en su lucha política y el itinerario de Gavin por Estados del norte de México para juntarse con las mismas fuerzas conservadoras: PAN, empresarios y clero. Nuevo León (14 de octubre), Guadalajara (18 de octubre) y Chihuahua (23 de octubre). A ello se unieron declaraciones inusitadas e inusuales de un embajador de Estados Unidos en México sobre asuntos domésticos, intentando dar una *visión y utilidad políticas* a sus palabras y ofreciendo *los mismos argumentos que el PAN*.

El activismo de Gavin no fue en vano ni en el aire. *Supo aprovechar la falta de experiencia de México en asuntos de inteligencia y seguridad nacional* y los problemas mismos de la economía mexicana que le impidieron mayor posibilidad de acción para frenar el intervencionismo norteamericano. Ello ha permitido a Estados Unidos desarrollar una actividad que influye en asuntos particulares —el relanzamiento del PAN— y generales —ofensiva de presiones norteamericanas para enfrentar a la política exterior mexicana en Centroamérica y para doblegar la estabilidad interna, como ocurrió en el asunto Camarena Salazar.

Las interrogantes que comenzaron a ser contestadas involucraban a la cercanía entre el PAN y Estados Unidos. En este punto, las evidencias señalaron una coincidencia de proyectos, enfatizando una voluntad panista para ir *adecuando* su ideología y su doctrina a las de la administración Reagan; en lo económico destaca su afiliación

al manifiesto monetarista de Milton Friedman; en política exterior, vía la UDI, se vincula más a la OTAN y a los objetivos de la administración Reagan en Centroamérica, sobre todo manejando argumentos de confrontación Este-Oeste y destacando la validez de los intereses norteamericanos en la región; en política interna, responde a las expectativas de Estados Unidos en cuanto a ir conquistando áreas de poder local o regional para crear contrapesos bipartidistas al PRI; en articulación de alianzas internas, aceptando el patrocinio del embajador John Gavin en cuanto a acercamientos con otros sectores sociales que a Estados Unidos le interesan: empresarios vinculados a la embajada norteamericana —sobre todo Manuel J. Clouthier y Emilio Goicochea Luna— y dirigentes de la jerarquía católica que salieron a la luz del día del brazo del embajador.

En estos puntos, *el PAN mostró la voluntad de hacer los cambios necesarios para embonarse en la estrategia norteamericana*. Un análisis de su historia como partido y de su proyecto de nación²⁶ exhibe el grado de mutación panista: *cambió a Lucas Alemán por Milton Friedman y a Iturbide por Ronald Reagan*. Su visión conservadora va más allá de la fundamentada en 1939 durante su fundación e inclusive los cambios de fondo han provocado una seria división interna entre la *corriente histórica* de los panistas tradicionales que no quieren una articulación y dependencia de fondo de la administración Reagan —ya se habían opuesto a una alianza indirecta con los objetivos norteamericanos vía la Democracia Cristiana Internacional²⁷— y la *corriente renovada* de aquéllos que no vacilan en establecer alianzas internacionales al estilo de la Unión Democrática Internacional o el Fondo para la Democracia o la Democracia Cristiana Internacional.

En esta línea de rupturas, cambios y mutaciones, las del PAN han sido evidentes en asuntos importantes. Por ejemplo, en julio de 1983 la dirección panista²⁸ se pronunciaba *en favor* de las gestiones del Grupo de Contadora con argumentos que hoy serían imposibles con la directiva actual. En un manifiesto publicado a toda plana en un importante diario nacional, Abel Vicencio Tovar, presidente nacional del PAN, y Tarcicio Navarrete Montes de Oca, secretario de relaciones internacionales, planteaban —inusitadamente en la estrategia panista— su “*apoyo a la política internacional de México*”.

El lenguaje de aquel manifiesto ha sido *cambiado de signo* hoy

en día. En julio de 1983, el PAN se permitía juzgar y cuestionar las pretensiones intervencionistas de la administración Reagan:

“Sostenemos que *ninguna nación* tiene el derecho de poner en riesgo la paz y la seguridad de otras naciones, *involucrándolas* en las *pretensiones de dominio y menoscabo del principio de no intervención* y el de *autodeterminación de los pueblos*”. Agregaba:

“Vemos que ha sido *acertado* solicitar al gobierno norteamericano, lo mismo que al cubano, su apoyo a la Declaración de Cancún, deseando adopten las medidas conducentes para erradicar la violencia y el uso de la fuerza en el área centroamericana. *Ha sido positivo* que se señale no *sólo a Estados Unidos*, sino también a Cuba, como países involucrados en el conflicto, que como todo enfrentamiento admite más de un responsable”. También:

“En el fondo del problema político de (Centroamérica) *subsisten desajustes económicos y sociales* (enfoque que no quiere aceptar la administración Reagan) que pueden desaparecer mediante la acción concertada de los gobiernos nacionales y la solidaridad de los países desarrollados. La ausencia de la guerra no garantiza la paz, ya que ésta es el resultado de la justicia”. Y concluye con un llamado:

“Acción Nacional *invita* así a la comunidad nacional a *defender su identidad y la de América Latina*”.

Meses más tarde, la nueva directiva panista encabezada por Pablo Emilio Madero modificó la postura del PAN con respecto a Centroamérica y al Grupo de Contadora. Un año después, el contenido ideológico del PAN había cambiado radicalmente en ese punto. Dos hechos lo atestiguan. De una parte, una declaración oficial de Bernardo Bátiz Vázquez, prominente miembro de la corriente renovadora del PAN, y dos escritos de José Ángel Conchello, ideólogo del PAN y entronizador de Madero en la dirigencia panista.

Bátiz Vázquez dice en la publicación oficial panista *Alternativa*:²⁹

“Nuestro gobierno hace mal en *apoyar y proteger* a los sandinistas en el poder en Nicaragua que pretenden, haciendo a un lado a otros grupos que participaron en la derrota de Somoza, *someter* a su país a un *régimen totalitario*”. “Por razones similares, *condenamos*

la campaña solapada y fomentada por el gobierno (de México) en contra de Estados Unidos y su presidente. Si queremos que nos respeten, debemos empezar por respetar a otros, independientemente de que no pensamos como ellos”.

Por su parte, el belicoso Conchello habló de los mismos temas con el enfoque norteamericano:³⁰ “... debe recordarse que el problema de Centroamérica *vino de Cuba* y que los dictadores de Nicaragua fueron apoyados en un principio por los *gobiernos marxistas* de Cuba y *México*...”

Más tarde, Conchello se referiría al Grupo Contadora colocándose al lado de Estados Unidos:³¹

“Como se sabe, el Acta del Grupo Contadora se ha convertido en un instrumento de enfrentamiento del gobierno mexicano contra Estados Unidos...”

No es difícil encontrar la esencia de la percepción de Estados Unidos del problema en Centroamérica en el informe de la Comisión Kissinger entregado al presidente Reagan.³² Los especialistas reflejaron la *visión norteamericana* del conflicto centroamericano. Para ese grupo, cuyas conclusiones fueron hechas suyas por la administración Reagan, la intervención norteamericana está destinada a *“impedir... una proliferación de Estados marxistas-leninistas* que incrementarían la violencia, trastornos y la represión política en la región”. La mano norteamericana se ve claramente en el diseño de un escenario justo a la medida del pánico de la mayoría silenciosa estadounidense.

Los intereses de Estados Unidos en Centroamérica definen el conflicto. “... Hoy, en América Central coinciden nuestros intereses estratégicos y morales”, dice la Comisión Kissinger. Además de otros, tres intereses norteamericanos en el istmo ilustran el problema en el que se encuentra involucrado hoy en día el PAN:

- *“La preservación de la autoridad moral* de Estados Unidos. Ser percibidos por otros como *una nación que hace lo justo porque es justo* (sólo por eso), es una de las principales inversiones de nuestro país”.

- *“Impedir que tomen el control y se expandan fuerzas hostiles* en un *área estratégicamente vital* del hemisferio occidental”.

- *“Impedir que la Unión Soviética consolide directamente o a través de Cuba* una cabecera de playa en los continentes americanos

para progresar en sus objetivos estratégicos”.

PAN-EU, del brazo y por la calle

La evolución del PAN a posiciones cercanas a la administración Reagan en el conflicto de Centroamérica fue apenas una parte del asunto. En la articulación de proyectos hubo *algo más que coincidencias*: una alianza que involucró acciones de inteligencia de Estados Unidos y de su propia y sofisticada estrategia de seguridad nacional. A partir de agosto de 1984 no ha habido más que confirmaciones de que *el PAN es un vehículo* que está utilizando la Casa Blanca para meterse en las estructuras políticas de México. El activismo de Gavin no se dedicó sólo a fortalecer la posición panista ni tampoco es suficiente en cuanto a influir en el gobierno mexicano sobre el bipartidismo que Estados Unidos ve con buenos ojos, sino que se orientó también a promover alianzas.

En cuanto a proyectos, ideas y metas, las del PAN y de Estados Unidos se cruzaron varias veces en el sinuoso camino de la praxis política. En materia de política exterior, PAN y EU no sólo se acercaron en el caso del Grupo de Contadora, sino también en el enfoque en cuanto a la caracterización del gobierno de Nicaragua y a la aún no probada suficientemente injerencia de Cuba y la URSS en la guerrilla salvadoreña. Gavin, por ejemplo,³³ enfatizó en la percepción del conflicto Este-Oeste el caso de Nicaragua, inclusive por encima de cierto tono de aceptación de problemas y rezagos sociales y económicos en la región que se desprenden de algunos párrafos del Informe Kissinger.

A esta alineación de criterios y puntos de vista concurren también los empresarios y el clero conservador. Desde 1982, sobre todo el Consejo Coordinador Empresarial³⁴ se ha sumado a las voces panistas y norteamericanas que claman *un cambio en la política exterior mexicana* porque *fortalece la posición de los sandinistas*, a quienes equiparan con comunistas. La Iglesia, por su parte,³⁵ ha involucrado a sus principales jerarcas en una lucha tangencial contra los grupos antinorteamericanos en Centroamérica por el lado de la Teología de la Liberación y ha aplaudido, por ejemplo, el comportamiento papal en Nicaragua o el retiro del permiso para ostentarse como sacerdotes a Fernando y Ernesto Cardenal. En el fondo, las luchas se hermanan en ob-

jetivos precisos: despojar a esos movimientos revolucionarios en la región centroamericana del componente religioso-popular que les ha dado, por otra parte, cierta ascendencia sobre la población.

Respecto a políticas internas, los proyectos de Gavin con la *troika* PAN-empresarios-clero conservador también coincidió, al grado de que *los principales voceros panistas retomaron las ideas norteamericanas para justificar su proyecto de nación*. En materia económica, Gavin³⁶ ha sido claro en sus planteamientos: Estados Unidos vería con muy buenos ojos que en México se abrieran las puertas indiscriminadamente a la inversión extranjera, se estimulara y proyectara más decisivamente al sector privado y se redujera la dimensión e injerencia económica del Estado. En esta línea, el PAN también ha sido muy nítido en sus pronunciamientos y sobre todo en su articulación a la Unión Democrática Internacional, en la que justamente esos principios³⁷ se han convertido en esencia del *gran movimiento conservador de alcance mundial*.

En sus propuestas económicas el PAN acudió directamente al manifiesto monetarista³⁸ y se inclinó por el proyecto neoliberal³⁹ que el opus deísta Instituto para la Alta Dirección de Empresa define con claridad: desmantelar al Estado, reprivatizar la economía y despolitizar la acción del gobierno. Al Estado lo dejan por abajo de la persona, la familia y los valores.⁴⁰ Otra definición de la política económica del PAN se perfila en la alianza con los empresarios y, sobre todo, en el párrafo clave que hermana a PAN-empresarios y clero conservador: el principio de subsidiaridad, que pugna por “tanta sociedad como sea posible y tanto Estado como sea necesario”. Este principio se ha incorporado a los documentos y políticas fundamentales de los empresarios y de la Iglesia.⁴¹ De hecho, *la doctrina social de la Iglesia nutre el proyecto empresarial y el contenido doctrinario del PAN*. Una investigación⁴² reveló la forma en que las encíclicas anteriores a Juan XXIII dan consistencia teórica y *justificación divina* a la existencia del sistema capitalista de producción, en la medida en que subordinan la actividad de los trabajadores a la existencia de derechos naturales de riqueza, propiedad y producción. No por menos, por ejemplo, la jerarquía católica rechazó la nacionalización de la banca con argumentos similares a los del PAN en cuanto al avance del Estado como la encarnación demoníaca.

Respecto a visiones de política interna, las coincidencias son

bastantes. No fueron pocas las veces⁴³ en que el embajador Gavin se mostró quisquilloso con el PRI por el rechazo de este partido a las tesis y ofensivas empresariales y por la censura al activismo del propio embajador. Tampoco pasaron desapercibidas las alianzas ejercidas y promovidas por Gavin para vincular a las organizaciones conservadoras mexicanas que siempre habían marchado separadas. Hay testimonios fotográficos de ellas,⁴⁴ en donde aparecen en 1984 en una mesa el vicepresidente norteamericano y ex director de la CIA, George Bush, junto a Gavin, el ex presidente Miguel Alemán, el ex líder empresarial, Manuel J. Clouthier, y dirigentes panistas locales. Otro despacho periodístico informó⁴⁵ de una cena a mediados de 1984 en la casa del delegado apostólico en México, Jerónimo Prigione, a la que asistieron el embajador John Gavin, el presidente nacional panista, Pablo Emilio Madero, y el presidente del Consejo Coordinador Empresarial, Jorge Chapa Salazar.

Esta incorporación de la Iglesia no resultó gratuita. A raíz de la reforma política y de la legalización del Partido Comunista Mexicano —ahora Partido Socialista Unificado de México (PSUM)—, la Iglesia se volvió activista en favor del PRI y del PAN en las elecciones legislativas de 1979. Posteriormente, a consecuencia de la nacionalización de la banca en 1982, la Iglesia se quedó sólo con el PAN. En las elecciones de 1983 el PAN contó con la alianza de los empresarios y los obispos locales para ganar alcaldías en Chihuahua, Durango y el centro del país.

Hacia ese año de 1983, la alianza adquirió un rango inocultable. El 22 de abril se realizó una reunión que quiso ser privada pero que trascendió a los medios periodísticos entre el cónsul norteamericano en Hermosillo con dirigentes panistas locales y el obispo Carlos Quintero Arce. A partir de entonces el activismo eclesiástico creció en favor del PAN y de la estrategia norteamericana. Al justificar su asistencia, el obispo —caracterizado por sus posturas conservadoras— declaró:⁴⁶

“Los empresarios y mucho menos el obispo están contra el pueblo. *No somos reaccionarios ni derechistas*”.

Sin embargo, justamente un día después, ya fuera de las luces de las entrevistas con un diario de circulación nacional, el mismo obispo Quintero Arce⁴⁷ se mostraría más coherente en cuanto a su relación con Estados Unidos y a la justificación de los grandes latifundistas de Sono-

ra. “En Estados Unidos —dijo al hablar de un problema de posesión de tierras— hay organización”, dando a entender, escribió el columnista Manuel Buendía, que *en México deberíamos ser capaces de imitar, en lugar de andar “despojando” de sus tierras “a los agricultores”*.

Otras simpatías del obispo no pueden pasarse de lado. En las elecciones de 1982, Quintero Arce⁴⁸ ordenó que se repartieran 100 mil volantes en los cuales el Episcopado Mexicano exhortaba a los ciudadanos a votar por los partidos del “bien común” —término acuñado en la campaña del PAN en Sonora y en otras partes del país—. El 23 de agosto de 1983 el prelado reconocería su inclinación hacia los colores del PAN. Un año después, el 30 de agosto de 1984,⁴⁹ se realizó otra reunión similar en Hermosillo, esta vez presidida por el embajador John Gavin, en lugar del cónsul Arturo Arredondo.

En este contexto, el papel de la Iglesia en la estrategia norteamericana es clave y al mismo nivel que el asignado a los empresarios y al PAN. La articulación de propósitos entre la administración Reagan y El Vaticano⁵⁰ va más allá de las coincidencias y se ubica en la *concurrentia de presiones sobre las fuerzas sandinistas* en Nicaragua y las insurgentes en El Salvador. Señala la investigadora Ana María Ezcurra:

“Tanto Juan Pablo II como Ronald Reagan son la conducción y, simultáneamente, el resultado de un *avance conservador* gestado como *reacción a experiencias de renovación previas* —en la Iglesia católica y en EU, respectivamente—. Mientras el conservadurismo y el neoconservadurismo actualizan notablemente el conservadurismo tradicional estadounidense, *Karol Wojtyla no encabeza una transformación relevante* de los cánones ortodoxos: más bien *revitaliza las viejas orientaciones*, sin grandes cambios, como es visible en la enseñanza social —literalmente revivida después de haber sido objeto de numerosas críticas e impugnaciones—”.

Agrega más adelante:

“Lo notable es que el *reverdecimiento conservador* en Estados Unidos y en El Vaticano se *sostiene en formaciones ideológicas parecidas*: ambos impelen una configuración antimarxista y antiliberal, lo cual les permite adosarse incluso a tendencias y asociaciones preexistentes, recalcitrantemente conservadoras”.

En este camino, no es curioso, por ejemplo, que El Vaticano haya enfocado sus ataques contra la Teología de la Liberación y la administración

Reagan también se haya preocupado sobre ese tema. La *vinculación de preocupaciones* no tiene qué ver con consideraciones propiamente teológicas, sino por el *papel de esa corriente eclesiástica renovada y con fundamento popular en las sociedades atrasadas de América Latina*, sobre todo en las zonas de conflicto de Nicaragua y El Salvador.

Por lo demás, también ambas preocupaciones fueron susceptibles de atraer la atención de especialistas en seguridad nacional de la administración Reagan. En mayo de 1980, un grupo de especialistas denominado Comité de Santa Fe —título derivado de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Santa Fé o el Santo Oficio—, redactó un documento por encargo del Consejo para la Seguridad Interamericana, pero teniendo como destinatario final al presidente Ronald Reagan. Dicho documento estuvo coordinado por Roger Fontaine, especialista conservador en temas de seguridad nacional y formado en la Universidad de Georgetown y su Centro de Estudios Estratégicos Internacionales, organismos culturales al servicio de la CIA.

Además de otros temas de seguridad nacional, el Comité de Santa Fe hizo un texto que tuvo bastante influencia —diríase que determinante— en la concepción de la política reaganiana para América Latina y sobre todo de *cabal aplicación* en el conflicto Centroamericano. En el Documento de Santa Fe se involucra la definición de políticas de seguridad nacional en torno al papel de las diferentes versiones de la Iglesia católica —en un continente mayoritariamente cristiano— en América Latina. La propuesta número 3 de ese documento busca aportar soluciones para combatir lo que caracterizan como “subversión interna” en los países latinoamericanos. Dice así:⁵¹

“La política exterior de Estados Unidos debe *empezar a contrarrestar* —no a reaccionar en contra— la Teología de la Liberación tal como es utilizada en América Latina por el clero a ella vinculada.

“El *papel de la Iglesia* en América Latina es vital para el concepto de libertad. *Desafortunadamente*, las fuerzas marxistas-leninistas han utilizado a la Iglesia como un *arma política en contra de la propiedad privada y del capitalismo productivo*, infiltrando a la comunidad religiosa con ideas que son menos cristianas que comunistas”.

Por si hubiera alguna duda, en la introducción del Documento de Santa Fe se consigna el objetivo norteamericano:

“Estados Unidos debe desarrollar una política hacia América La-

tina que *fomente la seguridad norteamericana e iberoamericana...*”

En México, la participación masiva del clero ha sido en favor de la óptica vaticana y reaganiana de la Teología de la Liberación. La jerarquía católica ha aislado, por ejemplo, a los obispos Lona Reyes de Tehuantepec y Samuel Ruiz de San Cristóbal de Las Casas por sus posiciones de participar en política al lado de los sectores menesterosos. En cambio, los personajes del conservadurismo y enemigos de la Teología de la Liberación, como el cardenal Ernesto Corripio Ahumada y el obispo Carlos Quintero Arce, de Hermosillo, Sonora, expanden su influencia no sólo en la grey católica *sino en las fuerzas políticas* —del PAN y del sector privado— que tienden hacia el conservadurismo.

El PAN en la estrategia de EU

Si bien documentos e informaciones esclarecen *el papel que ha venido jugando el PAN en la estrategia de seguridad nacional de Estados Unidos*, hay otros hechos que no escapan al análisis de los observadores: una inclinación a *magnificar al PAN* en las evaluaciones políticas y de inteligencia de organismos vinculados directamente a la administración Reagan. Por ejemplo, la Internacional Negra o Unión Democrática Internacional, liderada por el Partido Republicano de EU y el Partido Conservador de Inglaterra, cumplió un papel a escala mundial y en él se incluyó de manera importante al PAN. Asimismo, los informes de la CIA revelaron el juego norteamericano en México al lado del PAN y las evaluaciones de la Fundación Heritage sensibilizaron a sectores oficiales y de opinión pública de EU y México acerca de *lo que la seguridad nacional de Estados Unidos cree que debe de pasar en la política mexicana en el corto plazo*.

En el caso de la UDI, la situación fue clara. Aunque el PAN quiso negar su pertenencia a esa organización, de todos modos su alianza apareció como inevitable. Una información extranjera⁵² señala motivos, metas y afanes de la UDI:

“Otro de los objetivos de la UDI es *ayudar a los conservadores* que han sido derrotados últimamente, como es el caso de Suecia, España, Portugal y Grecia. El objeto es hacer que la *experiencia* y los *expertos republicanos* de Estados Unidos sean accesibles a ellos, así como también las experiencias de los *conservadores británicos* y

de la *Unión Demócrata Cristiana* germano-occidental”.

La UDI cuajó su formación en la toma de posesión por segunda vez de la premier británica Margaret Thatcher, a mediados de 1983. A esa ceremonia asistieron dirigentes de partidos conservadores de todo el mundo, aunque los británicos y los norteamericanos —George Bush fue el representante estadounidense— tomaron el control de la organización. La idea central era formar un *movimiento conservador mundial, articulando entre sí y comprometiendo entre todos* intereses de la derecha y compromisos efectivos. En la UDI están incluidos movimientos conservadores de Francia, Canadá, Japón, Australia, Nueva Zelanda, España, Portugal, Chipre, Suecia, Finlandia, Grecia, Malta, Austria y desde luego Estados Unidos e Inglaterra. El secretario general es Scott Hamilton, jefe de la oficina internacional del Partido Conservador de Gran Bretaña.

La vinculación del PAN a la UDI se exhibió abiertamente en agosto de 1984, durante las ceremonias de la Convención Republicana. El juego se abrió con unas declaraciones de Richard Allen sobre la formación del Fondo para la Democracia, en la que se habló de hechos consumados acerca de la incorporación del PAN al movimiento conservador internacional. Sólo había que aclarar la existencia de fondos para apoyar al conservadurismo en todo el mundo. El 28 de agosto, el PAN anunció oficialmente⁵³ que seguiría manteniendo relaciones con partidos afines, en el cual se consideraba, desde luego, al Partido Republicano y de modo natural a la UDI. Curiosamente, el 31 de agosto se celebraría la reunión abierta en Hermosillo entre dirigentes del PAN —incluyendo al después candidato panista a gobernador Adalberto Rosas— y el embajador John Gavin. En la declaración de Bernardo Bátiz sobre la *alianza con organizaciones afines* los argumentos se basan justamente en los mismos que le dieron acta de nacimiento a la UDI: combatir en sus terrenos a la Internacional Socialista, con influencia en el PRI mexicano. Aunque el PAN negó el suministro abierto de fondos —las leyes lo prohíben—, de todos modos aceptó la existencia de “otro tipo de vínculos, de relación o afinidades políticas”.

De todas maneras, la participación del PAN en los planes norteamericanos fue destacada por Richard Allen el 20 de agosto en la Convención Republicana en Dallas, Texas. Ahí habló de una cruzada republicana “para extender la democracia” —en la óptica nortea-

mericana— mediante la ayuda financiera a partidos conservadores. Esta ayuda había sido anteriormente una de las funciones de la CIA en sus actividades encubiertas o clandestinas —los casos de Chile, Nicaragua y El Salvador son ejemplares—.

En esta línea de acción, las presiones norteamericanas respondieron a acciones de inteligencia y a una estrategia de seguridad nacional sobre México. Así, las actividades de la CIA han dejado de ser captadoras de información para convertirse en *productoras de información sobre México que buscan justificar o promover cierto tipo de políticas*. En este punto, las nuevas funciones de la CIA, producto de las conclusiones de la Comisión Church, se centralizan en la Casa Blanca. Según Joseph Lelyveld,⁵⁴ el senador Frank Church recomendó que todas las acciones encubiertas de la CIA fueran sancionadas por el Consejo Nacional de Seguridad.

“En la administración Reagan —dice Lelyveld— las propuestas de acción encubierta son *revisadas* a un nivel más alto que nunca antes, en una organización llamada *Grupo de Planeación de Seguridad Nacional* que normalmente incluye al *presidente, vicepresidente, secretario de Estado y secretario de Defensa*”.

En el caso de México, las actividades que involucran a la CIA han tenido línea directa con el Consejo Nacional de Seguridad y con la Casa Blanca. Tradicionalmente, los informes de la CIA sobre México estaban redactados para aportar elementos en la toma de decisiones del gobierno norteamericano. Ahora, sin embargo, aspiran a *influir* en esas decisiones o provocarlas o, en todo caso, concluyen lo que el gobierno quiere, e inclusive *crean escenarios* que por sí solos no permiten más que una decisión: detener a México a toda costa, según lo han confirmado palabras de la ex embajadora Jeanne Kirkpatrick. En mayo de 1984⁵⁵ renunció a la CIA el analista John R. Horton —jefe de la estación de la CIA en México en 1971 y 1972— porque el director de la agencia, William Casey —uno de los hombres de más confianza de Reagan—, lo presionó para que sus informes sobre México “*apoyaran la política de la administración Reagan*”, señaló un informe periodístico.

Horton es un caso peculiar. Estaba en retiro de la CIA —trabajó en ella como oficial de operaciones de 1948 a 1975— cuando fue llamado por asistentes de Casey para que sustituyera a Constantine Menges, un oficial de planeación que había sido despedido por pre-

siones de otros analistas de la sección latinoamericana, debido a su proclividad para inventar conclusiones. Aunque esa era la línea asumida por la CIA, en realidad las actividades de Menges habían involucrado a Estados Unidos en campañas apoyadas en documentos sobre Centroamérica que después se denunciaron como falsos. La renuncia de Menges fue promovida por otros oficiales de la CIA, aunque después pasó al Consejo Nacional de Seguridad.

El trabajo de Horton era de los considerados como “profesionales en materia de inteligencia”, por lo que las presiones sobre sus informes causaron, señalan fuentes norteamericanas, disgusto en todo el departamento latinoamericano de la CIA.

¿Qué quería la CIA? El despacho del periodista Philip Tauban, del *New York Times*, explica:

“Funcionarios de inteligencia dijeron que Casey quería que el informe de inteligencia (de Horton sobre México) *reflejara los problemas económicos y políticos de México como una amenaza* en contra de su estabilidad interna, así como también como un *peligro indirecto* para la seguridad de toda América Central y de Estados Unidos. Los funcionarios dijeron que cuando el analista Horton se rehusó a revisar el informe con base *en datos de inteligencia que no estaban relacionados con tal conclusión alarmista*, el señor Casey hizo que otros analistas *volvieran a escribir* el informe”.

El asunto se planteaba delicado, porque involucraba a la CIA en asuntos caracterizados en Estados Unidos como políticos. Sin embargo, pocos observadores estaban informados del papel que había venido jugando el señor Casey en el entorno político de la Casa Blanca. El análisis de Lelyveld dice al respecto:

“Al igual que sus antecesores, William Casey no ha dudado en *hacer oír su voz en la Casa Blanca* sobre asuntos políticos, diferentes a las evaluaciones de inteligencia. Ciertamente, podría haberse dicho de él que los ha sobrepasado (a sus antecesores) en este respecto, debido a que, sirviendo a un presidente que considera al gabinete como un foro, Casey se las ha arreglado para *convertirse en el primer director de la CIA en haberse sentado a la mesa como miembro participante del gabinete*”.

No por menos la CIA obtuvo una posición de prioridad entre los planes de la administración Reagan. Una revista norteamericana

muy cercana a las posiciones oficiales⁵⁶ detectó que William Casey “obtuvo aumentos presupuestales de más del 25 por ciento anual para la CIA; *augmentó considerablemente su sección de acciones secretas* en personal y en dinero; e incrementó el número de documentos de estimación de inteligencia nacional de una escasa docena a casi 60 anualmente”.

La salida de Horton se ubica, en consecuencia, en un marco amplio de *reformulación de acciones y actividades de la CIA* y no es la primera que se denuncia por manipular los informes de inteligencia sobre un país. Para el caso de México, *The New York Times* señaló que el director de la CIA “*quería un informe más duro de Horton, en parte para que contribuyera a persuadir a la Casa Blanca a aprobar el programa de presiones secretas y económicas de Estados Unidos sobre México, a fin de obligar a México a que apoye a Estados Unidos en su política centroamericana*”.

Así, los *informes de inteligencia han sido utilizados y manipulados* para diseñar y justificar las políticas secretas de la Casa Blanca contra México. Al respecto, el oficial John Horton escribió lo siguiente en *The Washington Post*:⁵⁷

“No es la primera vez que se presiona a oficiales de inteligencia *para que den las respuestas que se consideran adecuadas...* En este caso (el del propio Horton), no se trata de líderes políticos ejerciendo presiones sobre el director, sino que es este último el que nos presionaba (un William Casey *político*) a mí y a las demás personas que trabajaban en el informe sobre México (oficiales de inteligencia de otras dependencias, civiles y militares)... Un buen trabajo de inteligencia es vital para nuestra seguridad nacional. Nuestras consideraciones sobre política internacional y defensa se ven *gravemente afectadas por las exageraciones y las simplificaciones partisanas*”.

Hombre político al fin, funcionario de inteligencia participante en el gabinete político de la Casa Blanca, Casey fue sensible a las críticas en la opinión pública y en el Congreso, y autorizó a su jefe de análisis, Robert Gates, a responder públicamente a Horton. En su artículo,⁵⁸ Gates defendió la integridad del proceso que involucraba a Horton. Señaló además que él, a parte de ser el director de la agencia, era “el último funcionario que aprueba” los informes que van diariamente al presidente Reagan.

Pese a las justificaciones —el ex director William Colby también apoyó a Casey por *inducir informes*—, el caso es que el asunto Horton dio claves a los observadores y analistas para comprender el *tipo de juego* que estaba desarrollando la Casa Blanca respecto a México. Como Horton renunció, los sustitutos tuvieron que plegarse a las directrices de Casey y el informe se elaboró. Según Tauban, la tirada de Casey era inducir a la Casa Blanca a aprobar presiones sobre México para que variara su política en Centroamérica, basado en supuestas inestabilidades internas en México que podrían afectar a la seguridad nacional de Estados Unidos.

Si la renuncia de Horton fue en mayo de 1984, en las semanas posteriores a agosto de 1984, la CIA hizo circular un informe que precisamente enfatizaba las preocupaciones que Horton no quiso incluir en su análisis. El columnista Jack Anderson⁵⁹ adelantó partes de evaluaciones de la CIA y del Departamento de Estado sobre México. Como dato revelador, ambas dependencias de la Casa Blanca trabajan codo con codo en el Grupo de Planeación de Seguridad Nacional, perteneciente a su vez al Consejo de Seguridad Nacional.

Según se desprende de la nota de Anderson —quien por lo demás tiene informantes en la CIA y en el Consejo Nacional de Seguridad—, las previsiones de la CIA y del Departamento de Estado eran justamente las mismas que Horton creía que no estaban plenamente justificadas y que eran más bien *directrices impuestas* por el director de la CIA: en México hay inestabilidad política y ésta se observará en las elecciones políticas de 1985. El único elemento adicional era que —según se desprende de la nueva ofensiva norteamericana para colarse hasta las estructuras del sistema político mexicano— *la CIA lanzaba al PAN como partido conservador más viable para instalar en México el bipartidismo*. De hecho, las filtraciones de la CIA y el Departamento de Estado dejaban entrever que el PAN contaba con el apoyo norteamericano.

Por lo demás, la línea de información de Anderson se montó en otras evaluaciones de inteligencia de EU filtradas al columnista por Constantine Menges. Esos datos ofrecieron una vertiente más clara para la lectura de la columna de Anderson, sobre todo por su insistencia y prioridad en destacar que la efervescencia política de México repercutirá en Estados Unidos y *afectará necesariamente* a ese país. En su texto, el periodista hace dos afirmaciones: una habla de que las

elecciones legislativas y de gobernadores en México “*podrían transformar radicalmente el curso futuro de Norteamérica*” y otra señala que si el PRI llega a mantener el poder mediante el fraude y la represión —Anderson afirma que el PAN perdería *sólo* por fraude priísta — “*la guerra civil (en México) podría explotar al sur de la frontera (estadunidense), provocando que miles de refugiados huyan hacia el norte*”. En este punto, el columnista destaca: “los analistas de la CIA y otros expertos están tomando el asunto *seriamente*”.

Heritage apadrina al PAN

Otras evaluaciones confirman la línea general del análisis y relanzan al PAN como el partido cogobernante de México bajo el patrocinio de Estados Unidos. Los documentos de Heritage se articularon y correspondieron con los de la CIA. Ambas instancias tienen suficiente influencia como para que la administración Reagan siga al pie de la letra sus recomendaciones. Hacia mediados de 1985, Heritage —fundación surgida en 1973 bajo el patrocinio del empresario cervecero Joseph Coors— había publicado sólo dos informes sobre México, realizados por la economista Esther Wilson Hannon, pero su repercusión ha sido suficiente como para identificar estrategias de la Casa Blanca basadas en evaluaciones de Heritage.

El tono y los temas de los informes de Heritage sobre México buscaban advertirles a los funcionarios de la administración Reagan y al propio presidente que la situación en México era delicada, que Estados Unidos debía utilizar todo su poder para influir en el rumbo político del país para evitar el colapso o la radicalización y que el PAN resultaba ser el partido de relevo que debe incluirse en las prioridades de la Casa Blanca. No fue coincidencia que el primer informe de Heritage, de julio de 1984, haya circulado profusamente en la Convención Republicana de Dallas y tomado inmediatamente en cuenta por los estrategas de seguridad nacional de Reagan,⁶⁰ ni menos aún fue solamente coincidencia que el anuncio de la creación del Fondo para la Democracia hubiera estado en las consideraciones generales de las evaluaciones de Heritage.

Aislados, los documentos de Heritage no dejarían de ser algunos de los múltiples análisis académicos. Sin embargo, por la influencia

de esa Fundación en las decisiones de la Casa Blanca,⁶¹ sus puntos de vista pasaron a formar parte de los reportes de inteligencia utilizados para diseñar planes de presión sobre México. En una entrevista durante su visita a México para obtener opiniones de líderes sociales y de opinión mexicanos —por cierto, la embajada de Estados Unidos en México le abrió muchas puertas—, el presidente de Heritage, Edward Feulner, declaró: “*creo que sí somos influyentes, muy influyentes (en la administración Reagan)*”. A los dirigentes e investigadores de ese organismo, el propio presidente Reagan les dijo al recibir un libro de recomendaciones —de las cuales la Casa Blanca aplicó el 70 por ciento—: “son ustedes los *líderes de la revolución intelectual*”.

Lo destacado de los dos informes de Heritage fue que se enrolaron en la línea de acción de la *Operación Gavin* para entronizar al PAN en el poder. Partían de una evaluación y llegan a una conclusión: el sistema político dirigido por el PRI no funciona, *por tanto* el PAN debe entrar al rescate. De no participar y apoyar Estados Unidos ese relevo, estaría permitiendo una inestabilidad interna en México que podría generar violencia y ésta afectaría a Estados Unidos.

En este camino,⁶² Heritage sugirió que Estados Unidos debía de *alentar* la formación de alianzas internas entre las fuerzas políticas y sociales coincidentes con los objetivos de EU —PAN, empresarios y clero—, para influir en el rumbo de México. Destacó que la actual inclinación ideológica de México resulta incómoda para Estados Unidos en Centroamérica, porque está impidiendo la solución norteamericana en ese conflicto. Indicó que Estados Unidos no debe perder la oportunidad que representa un México debilitado por la crisis y por la dependencia del auxilio norteamericano para convertir al país en una base norteamericana de tipo económico, político, militar, estratégica y de seguridad nacional. Heritage recomendó que la Casa Blanca le cobre a México el auxilio financiero, al tiempo que relacionó directamente la posición mexicana en Centroamérica con la capacidad para manejar los asuntos internos. El colapso general de México está cerca y Estados Unidos debe evitarlo por conveniencia propia, buscando aprovechar la coyuntura para convertir a México en un *país más amigo y dependiente*, agregó.

La pinza pareció cerrarse con el papel que cumplió la prensa norteamericana en México en el periodo anterior a las elecciones,⁶³ continuando la línea de los informes de la CIA y Heritage y enfati-

zando la preocupación norteamericana por la inestabilidad política interna de México y su papel en Centroamérica. La inusual campaña de prensa, manejada según algunos analistas con criterios de inteligencia y de seguridad nacional, comenzó a insistir en el relanzamiento del PAN a partir de septiembre de 1984, siguiendo la ruta marcada por la Convención Republicana. Las sugerencias del *bipartidismo* y el *fortalecimiento externo* del PAN campean de manera insistente en los despachos de los grandes periódicos y las grandes revistas de EU, al grado de que *no son informaciones* propiamente *sino sugerencias al gobierno mexicano* de que el PAN debe ser reconocido efectivamente como el segundo partido político mexicano.

Por lo demás, la prensa se introdujo como observadora de la limpieza de las elecciones políticas mexicanas de 1985 y señaló a Estados Unidos como el respaldo del PAN para que los fraudes no lo alejen de posiciones políticas de poder legislativo y regional. En sus informaciones, los periodistas norteamericanos alertaron al gobierno de su país y a sus lectores de que la inestabilidad mexicana ha provocado ya violencia como en Piedras Negras y Monclova.

Las llamadas de atención han tenido efecto en la Casa Blanca. No sólo las de la prensa, sino también las de la CIA y las de la Fundación Heritage. De ahí que se hable de una *vasta operación de inteligencia y seguridad nacional* para alcanzar varios objetivos norteamericanos en México:

- 1.— Influir en el rumbo político de México.
- 2.— Modificar la política exterior de México en Centroamérica y Cuba.
- 3.— Imponer en México un gobierno que entienda y defienda los intereses estratégicos de Estados Unidos.
- 4.— Abrir la economía mexicana a una mayor penetración de la economía y las trasnacionales norteamericanas.
- 5.— Introducirse en las estructuras del sistema político mexicano a través del PAN y de otras fuerzas conservadoras apadrinadas por Estados Unidos.

De ahí que las actividades del embajador John Gavin fueran entendidas no como una actuación personal, sino como parte de una

estrategia más de fondo y de mayor alcance. De ahí también que Estados Unidos haya aprovechado la *gran oportunidad* de desembarcar en México en la cabeza de playa en la que ondean las banderas del PAN. No es una alianza improvisada ni menos aún incoherente. Es una política de largo plazo conocida ya como *Operación Gavin*.

Notas

- 1.— *La Jornada*, 13 de febrero de 1985.
- 2.— *Time*, 4 de marzo de 1985.
- 3.— *Los archivos de la CIA*, Editorial Diana, octubre de 1980.
- 4.— *The Washington Post*, 24 de febrero de 1985.
- 5.— *The Washington Post*, 24 de febrero de 1985.
- 6.— *The Wall Street Journal*, 5 de marzo de 1985.
- 7.— 17 de mayo de 1980. Discurso de Ronald Reagan ante el Consejo de Relaciones Exteriores de Chicago.
- 8.— *The Miami Herald*, 24 de agosto de 1980.
- 9.— *Excélsior*, 1 de octubre de 1982.
- 10.— *El Día*, 14 de marzo de 1983.
- 11.— *Excélsior*, 18 de marzo de 1983.
- 12.— *The New York Times*, 18 de marzo de 1983.
- 13.— *Excélsior*, 13 de agosto de 1984.
- 14.— *Excélsior*, 23 de marzo de 1983.
- 15.— *Impacto 1801*, 6 de septiembre de 1984.
- 16.— Noam Chomsky, *La segunda guerra fría*, Editorial Grijalbo, 1984.
- 17.— *Informe Kissinger contra Centroamérica*, por Gregorio Selser, *El Día* en libros, octubre de 1984.
- 18.— *Excélsior*, 2 de julio de 1984, y *El Día*, 23 de julio de 1984.
- 19.— *Excélsior*, 2 de julio de 1984.
- 20.— *Excélsior*, 21 de agosto de 1984.
- 21.— *Impacto 1801*, 6 de septiembre de 1984.
- 22.— *Excélsior*, 31 de agosto de 1984.

- 23.— *El Día*, 2 de junio de 1983.
- 24.— *El Día*, 27 y 28 de febrero y 1 de marzo de 1985.
- 25.— *El Día*, 9 de enero de 1985.
- 26.— *El Día*, 18 de octubre de 1984.
- 27.— *Página Uno*, 30 de septiembre de 1984.
- 28.— *Excélsior*, 1 de agosto de 1983.
- 29.— *Alternativa*, revista del PAN en el DF, octubre de 1984.
- 30.— *Impacto* 1808, 25 de octubre de 1984.
- 31.— *Impacto* 1813, 29 de noviembre de 1984.
- 32.— *Informe Kissinger contra Centroamérica*, *El Día* en libros, octubre de 1984.
- 33.— *El Universal*, 7 de agosto de 1981; *Excélsior*, 15 de junio de 1982; *El Día*, 9 de septiembre de 1982; *Excélsior*, 6 de julio de 1983; *El Universal*, 13 de marzo de 1984; *El Universal*, 11 de abril de 1984; varios, julio de 1984; *El Universal*, 24 de julio de 1984; *La Jornada*, 9 de noviembre de 1984.
- 34.— *El Heraldo de México*, 23 de octubre de 1981, y *Excélsior*, 7 de diciembre de 1984.
- 35.— *Excélsior*, 16 de marzo de 1985.
- 36.— *El Universal*, 13 de marzo de 1984.
- 37.— *The Christian Science Monitor*, 23 de junio de 1983.
- 38.— *La contrarrevolución monetarista*, por René Villarreal, Editorial Océano, agosto de 1983.
- 39.— Proyecto neoliberal, IPADE, enero de 1984.
- 40.— *El Día*, 18 de octubre de 1984.
- 41.— *El Día*, 28 de octubre de 1984.
- 42.— *El poder empresarial en México*, por Salvador Cordero, Rafael Santín y Ricardo Tirado, Editorial Terra Nova, octubre de 1983.
- 43.— Ver nota 33.
- 44.— *El Día*, 21 de octubre de 1984.
- 45.— *El Día*, 22 de octubre de 1984.
- 46.— *Excélsior*, 23 de mayo de 1983.
- 47.— *Excélsior*, 27 de mayo de 1983.
- 48.— *El Día*, 2 de junio de 1983.
- 49.— *Excélsior*, 31 de agosto de 1984.
- 50.— *El Vaticano y la Administración Reagan*, por Ana María Ezcurra, Editorial Claves Latinoamericanas-Nuevomar, julio de 1984.
- 51.— *El Día*, 5 de septiembre de 1984, y *EU: perspectiva latinoamericana*, Cuadernos Semestrales No. 9, CIDE, segundo semestre de 1981.

- 52.— *The Christian Science Monitor*, 23 de junio de 1983.
- 53.— *Uno más Uno*, 29 de agosto de 1984.
- 54.— *The New York Times Magazine*, 20 de enero de 1985.
- 55.— *The New York Times*, 28 de septiembre de 1984.
- 56.— *US News and World Repon*, 5 de noviembre de 1984.
- 57.— *The Washington Post*, 3 de enero de 1985.
- 58.— *The New York Times Magazine*, 20 de enero de 1985.
- 59.— *The Dallas Morning News*, 13 de diciembre de 1984.
- 60.— *Excélsior*, 21 de agosto de 1984.
- 61.— *El Financiero*, 3 de diciembre de 1984.
- 62.— *El Universal*, 23 de agosto de 1984; *Excélsior*, 27 de agosto de 1984; *Excélsior*, 3 de octubre de 1984; y *El Día*, 6 de octubre de 1984.
- 63.— *El Día*, 27 y 28 de febrero y 1 de marzo de 1985.

La embajada en Hermosillo

Esta es una parte de la historia del involucramiento de Estados Unidos en el proceso electoral mexicano de mediados de 1985.

Dos semanas antes de la justa electoral, cuando resultaban evidentes las intenciones norteamericanas de intervenir en asuntos políticos mexicanos de manera discreta, sin informar a la Secretaría de Relaciones Exteriores de México y menos aún solicitar el protocolario beneplácito del gobierno mexicano, el cónsul de Estados Unidos en Hermosillo fue cambiado por un funcionario enviado directamente de las oficinas federales del Departamento de Estado, en Washington.

Este movimiento de trasfondo político tenía múltiples interpretaciones. Ya a lo largo de dos años el consulado de Estados Unidos en Hermosillo se había convertido en un instrumento político que, inclusive, había raspado las relaciones entre los dos países. En la vis-

pera de las elecciones legislativas y de gobernador en Sonora, el escenario de tensión perfilaba también el excesivo interés norteamericano no sólo por observar el resultado electoral sino de la misma manera por influir en el rumbo de los acontecimientos mexicanos. El activismo del embajador Gavin fue evidente.

La reacción mexicana fue de sorpresa. Las oficinas diplomáticas de Tlatelolco se mostraron sorprendidas e incrédulas por la información del cambio de un cónsul estadounidense. Aunque se hicieron algunas gestiones para que se conociera la irritación mexicana por el relevo en el consulado norteamericano de Hermosillo, no hubo ninguna intención de la Casa Blanca por revertir los hechos. Se dio, eso sí, un nuevo esfuerzo por supervisar el funcionamiento de las representaciones diplomáticas norteamericanas en México, fundamentalmente en aquellas zonas de importancia estratégica.

¿Cuál era el *juego norteamericano*? Aunque las elecciones legislativas abarcaban todo el país y aunque había en disputa siete gubernaturas de Estados, la atención de Estados Unidos se centró en Sonora y Nuevo León. Más en el primer Estado por diversas razones: su posición fronteriza, el liderazgo del candidato panista Adalberto Rosas, los compromisos empresariales de Nuevo León con el sistema priísta y algunas de las fricciones municipales sonorenses que habían puesto nerviosos a muchos norteamericanos. De ahí el interés por observar y supervisar los comicios a fin de influir en los acontecimientos.

Ya a lo largo de 1983 y 1984 el gobierno norteamericano había comenzado a mover sus piezas. El cambio de cónsul a finales de junio de 1985 fue uno de los ajetreos finales. Pero desde hacía dos años que las huellas del gobierno de Estados Unidos habían sido dejadas y detectadas en el terreno político mexicano. En abril de 1983,¹ una discreta cena se efectuó en la casa ubicada en Avenida de la Paz número 11, Colonia Valle Escondido. La reunión se quiso mantener en secreto pero fue filtrada por la prensa el 3 de mayo.

Algunos hechos no pasaron desapercibidos: aquella cena reunió a un grupo muy nutrido y muy homogéneo de personajes de la política mexicana: Javier Casteló Parada, vicepresidente nacional de la Confederación Patronal de la República Mexicana (Coparmex) y ex dueño de la expropiada isla sonorenses de Huiivulai; Carlos Amaya Rivera, presidente estatal del Partido Acción Nacional; Adalberto Rosas López, empresario, ex dirigente empresarial estatal y virtual candidato del PAN a

la gubernatura del estado de Sonora; Carlos Quintero Arce, arzobispo de Hermosillo y hombre clave del conservadurismo religioso.

Del otro lado de la mesa, funcionarios diplomáticos de Estados Unidos estuvieron atentos y presentes: George Haig, ministro consejero para asuntos agropecuarios; Jaesk Zaguri, Will Wait, Jane Thatcher, Levi Norwon, Francisco Rojas Tabaes y el anfitrión y cónsul de EU en Hermosillo, Anthony Arredondo.

No era la primera vez de un involucramiento norteamericano en el Estado. Hacía poco tiempo, el ex cónsul norteamericano en Hermosillo, Tarry Dale Hansen,² se había acercado al PAN y había suministrado informes a la embajada de EU en la ciudad de México y al propio Departamento de Estado, en Washington, de que en las elecciones locales de 1982, el PAN ganaría en las principales ciudades sonorenses. Inclusive, el consulado norteamericano en Hermosillo había registrado la petición oficial de “asilo político” de Casimiro Navarro, alcalde panista, cuando aún no se conocían los resultados electorales de julio de 1982.

El interés de EU

México ha sido, en el tiempo de la administración Reagan, un objetopreciado y prioritario para Estados Unidos. Según apreciación de la estrategia norteamericana desde 1981,³ los propósitos estadounidenses fueron claros: evitar que la crisis económica y política derivara en gobiernos radicales de izquierda, desplazar al PRI del control político interno, introducir fuerzas políticas conservadoras aliadas a EU que modificaran la correlación interna y preparar a la nación para un esquema electoral bipartidista: priísmo-conservadurismo.

La definición es precisa:⁴ “en términos globales, es del *interés nacional* de Estados Unidos que los gobiernos de América Latina sean *amistosos, moderados e independientes del control extranjero hostil*”, dijo en 1980 Constantine Menges, el artífice del *proyecto México* de la Casa Blanca, director de asuntos latinoamericanos del Consejo Nacional de Seguridad hasta julio de 1985 y el hombre que manejó la estrategia intervencionista del embajador John Gavin⁵ en el bienio 1984-1985.

Desde el arribo al poder, la administración Reagan se propuso imponer en América Latina su concepto de democracia. Según evaluaciones de la CIA y de la agencia de inteligencia del Departamento de Defensa,⁶ Méxi-

co era un país no estrictamente democrático. De ahí que lo inmediato fuera, en las tareas norteamericanas, introducir la democracia en México.

El esquema fue cuidadosamente diseñado: desde la estrategia estadounidense se buscó recuperar la fidelidad de las naciones aliadas de la región que por razones de crisis económicas y conflictos políticos domésticos se estaban alejando del área de influencia de la Casa Blanca. Una conclusión resultó todo un descubrimiento en el seno del Consejo Nacional de Seguridad:⁷ la miseria, pobreza y marginación de grandes grupos sociales latinoamericanos estaban siendo aprovechados por “la Unión Soviética y Cuba” de manera ventajosa para propiciar radicalizaciones políticas e ideológicas.

La reacción norteamericana no se hizo esperar: al mismo tiempo que se trabajaba en la reconstrucción del liderazgo militar e ideológico, Estados Unidos se preocupó por promover el realineamiento de los aliados luchando dentro de los propios países. Así ocurrió en Sudamérica, la Cuenca del Caribe y Centroamérica. La fórmula, a partir del diagnóstico, fue obvia: vincular economía con política. Así, Estados Unidos comenzó a trabajar paralelamente con los sectores privados de los países de la región y con los partidos políticos conservadores afines.

Esta iniciativa se definió nítidamente:⁸ “hay un campo de acción útil para el gobierno y el sector privado en donde Estados Unidos *puede apoyar* las fuerzas democráticas y *debilitar* a aquellos que buscan polarizar el hemisferio hacia regímenes ya sea comunistas o autoritarios”. Este esquema se puso en operación en la Cuenca del Caribe, una zona sensiblemente importante para Estados Unidos por el papel de Cuba y de Granada —hasta antes de la invasión estadounidense—. No fue gratuito, entonces, que el propio secretario norteamericano de Estado, George Shultz, haya definido en diciembre de 1984⁹ la intención de la Casa Blanca de promover el desarrollo en el Caribe, potenciar a los sectores privados, frenar la expansión económica de los Estados como una manera de desactivar inclinaciones radicales tipo Cuba y Granada.

Sonora: laboratorio made in USA

En este contexto de definiciones globales de la política exterior norteamericana, México en lo general se convirtió en un objetivo de primera necesidad. En 1985, Sonora —como ocurrió en Chihuahua en julio de 1986— fue el laboratorio de la intervención norteameri-

cana para influir en el rumbo político de una nación e inclinar la balanza hacia el lado contrario de las fuerzas políticas determinantes.

Así, de manera abierta, se pusieron en marcha algunas de las estrategias que Constantine Menges había definido como determinantes para que Estados Unidos, en aras de su “interés nacional”, propiciara gobiernos “amistosos y moderados”.¹⁰ Las directrices de Menges no quedaron solamente en retórica, sino que se convirtieron en puntos concretos que se estimularon y adelantaron desde el seno del Consejo Nacional de Seguridad a partir de 1981.

De una parte, en México —en Sonora, más concretamente— se aplicaron puntualmente tres de las siete directivas destinadas a intervenir e influir en el rumbo político de los países cercanos a EU:

- “El estímulo a los grupos de oposición democráticos a través de la publicación y distribución de sus escritos e invitaciones a viajar a otras democracias”.
- “Ofrecer información apropiada y precisa a los líderes de los grupos democráticos, cuando los extremistas hagan esfuerzos para penetrar y obtener el control”.
- “Ofrecer asesoría en la celebración de elecciones justas, el control de servicios y el establecimiento de partidos independientes y medios de comunicación”.

De otra parte, el CNS se abocó a cristalizar este proceso mediante —según palabras de Menges¹¹— “la creación de una organización semiautónoma, que podría actuar separadamente con independencia de la presencia diplomática oficial”. Esta idea desembocó en dos organismos: uno, el Fondo Nacional para la Democracia, cajón financiero dependiente del Partido Republicano —y de Richard Allen, ex consejero de seguridad nacional en los primeros años de la administración Reagan— y orientado a financiar a partidos conservadores de Occidente; y dos, el activo papel de la administración Reagan en la creación de la Unión Democrática Internacional, aglutinadora de los partidos derechistas de todo el mundo y controlada por los republicanos norteamericanos y los conservadores ingleses.

En México, de manera abierta, operó este esquema a través de Gavin. En un extremo, el PAN recibió todo el apoyo norteamericano para consolidarse como la “fuerza de recambio político” y se convirtió en el grupo aglutinador de otras fuerzas conservadoras —empre-

sariales, religiosas y de clase media—. En el otro, el PAN fue tomado en cuenta de manera abierta e importante en los dos organismos fundados por la Casa Blanca para apoyar y estimular la lucha de grupos afines hacia el interior de países aliados.

El interés fue más que manifiesto. Paralelamente al apoyo de Estados Unidos a las fuerzas políticas, informes filtrados a la prensa norteamericana por organismos de inteligencia de EU¹² recibieron amplia difusión en los principales periódicos de ese país. Curiosamente, Sonora se ofreció como el gran laboratorio político mexicano en donde podría manifestarse el cambio político a nivel de gobernador.

Alentada por informes de la CIA filtrados a algunos columnistas,¹³ la prensa norteamericana enfocó su atención en el PAN y en su gestión electoral en Sonora y Nuevo León. A pesar de tratarse de dos Estados importantes, de hecho la luz se afocó sobre Sonora y sobre la personalidad de Adalberto Rosas López, ex empresario y candidato panista a la gubernatura del Estado. Basados en apreciaciones de analistas gubernamentales norteamericanos, la mayoría de los periódicos de EU dieron por sentado el triunfo del PAN y el ascenso fulgurante de ese partido, al grado de que el columnista Jack Anderson prácticamente dio por sentado que el PAN podría ganar la Presidencia de la República en 1986.¹⁴

La información de la prensa norteamericana jugó un papel importante. Rosas apareció, a los ojos de la opinión pública de EU, como el “intrépido mexicano” que iba a disputarle el poder al PRI. *The New York Times*¹⁵ llegó a hablar de Hermosillo como si fuera una tierra de Texas. El fantasma de la violencia se esgrimió como respuesta popular ante el “gran fraude” anunciado de antemano, lo que debería preocupar a Estados Unidos porque Sonora es un importante Estado que tiene frontera con territorio norteamericano.

La mano diplomática de EU

El escenario político mexicano de 1985 pareció un tablero de dominó. Las fichas que movió el gobierno norteamericano fueron pocas pero precisas: el PAN, la jerarquía católica conservadora, el empresariado cupular y la embajada de EU en México y su consulado en Hermosillo. Las jugadas fueron pocas pero importantes, jugadas de maestro en donde se llegó a provocar al contrincante y a descubrir-

le su defensiva y su ofensiva.

El primer movimiento fue espectacular. Aunque se quiso mantener en la discreción —que no en secreto—, el conocimiento de la cena en la casa del cónsul norteamericano en Hermosillo, del 22 de abril de 1983, mostró a las fuerzas políticas el interés del gobierno de Estados Unidos por intervenir directamente en el proceso electoral mexicano de este sexenio. Más que por los nombres de los asistentes, la representación de grupos y fuerzas políticas resultó sorprendente. De pronto, estimulados por dependencias diplomáticas controladas por la embajada de EU en México, los principales grupos conservadores se sentaban a hablar de política mexicana.

Pero en este tipo de encuentros no hubo imprevistos. Si acaso, algunos mensajes que la propia realidad confirmaría. Curiosamente, por ejemplo, los líderes empresariales —que reiteraron su apoliticismo mientras estuvieron en la conducción de las cúpulas— más activos al lado del PAN, la embajada y la Iglesia, devinieron en poco tiempo en afanosos artífices del *neopanismo* o *panismo de sombrero de copa*:

- Manuel J. Clouthier, entonces presidente del Consejo Coordinador Empresarial —organismo nacido en 1974 para enfrentar el populismo de Echeverría—, quiso ser candidato a diputado por el PAN en 1985 y fracasó. En 1986 apareció, después de múltiples negociaciones, como el candidato del PAN a la gubernatura de Sinaloa.

- José María Basagoiti, el hombre del Opus Dei, presidente de la Confederación Patronal de la República Mexicana, se acercó al PAN en 1985 para aparecer en las listas de candidatos a diputados, pero tampoco obtuvo nada concreto. Ahora espera.

- Emilio Goicochea Luna, presidente entonces de la Confederación de Cámaras Nacionales de Comercio, también se afilió al *neopanismo* y quiso competir como candidato a diputado. Su lucha se extendió a conseguir la candidatura panista para la alcaldía de Mazatlán, Sinaloa.

El juego fue abierto. La reunión del 22 de abril de 1983, convocada por el cónsul Anthony Arredondo, constituyó el principio del juego. Cuando se supo de esa cena, la polémica abrió muchos frentes de discusión y debate por la jerarquía y personalidad política de los asistentes. Sin embargo, poca atención se puso a la respuesta y estrategia norteamericana. En lugar de negar o desviar la atención de la polémica, la embajada de Estados Unidos en México confirmó la reunión, afirmó que

seguirían y dijo que también había habido algunas cenas con el PRI.

Y ahí ganó puntos la embajada norteamericana, pues legitimó la reunión con panistas en función de otras similares que representantes diplomáticos de EU habrían tenido con funcionarios y dirigentes priístas. El 20 de mayo¹⁶ el portavoz de la embajada, Lee Johnson, afirmó que días antes de la cena del 22 de abril, funcionarios diplomáticos norteamericanos se habían reunido con priístas: no dio nombres. La justificación oficial de la embajada fue corta: las reuniones con políticos mexicanos “son rutinarias y con fines informativos”. Esta apreciación sería confirmada y avalada días después¹⁷ por el propio embajador John Gavin.

Lo destacado de la cena de Hermosillo no resultó ser el contacto “regular y frecuente” de funcionarios diplomáticos de EU con fuerzas políticas de oposición, sino fundamentalmente que esas fuerzas llegarán a dialogar *conjuntamente* sobre ideas, medidas, políticas y estrategias comunes. Lo mejor vendría después: el embajador Gavin seguiría reuniéndose con la oposición a lo largo de 1984 y de 1985, retomando en Sonora los contactos abiertos por el cónsul Arredondo. En agosto de 1984,¹⁸ Gavin se sentaría a departir amigablemente, en una mesa especial del Hotel Holiday Inn de Sonora, con los integrantes del comité estatal del PAN, encabezados por Carlos Amaya Rivera, y con el arzobispo de Hermosillo, Carlos Quintero Arce.

La jugada final llegaría en las elecciones de mediados de 1985. La intención se descubrió de antemano: días antes de las elecciones de julio, el secretario general de la CTM, Fidel Velázquez,¹⁹ dio la primera voz de alarma al denunciar que la embajada de Estados Unidos en México estaba movilizándose para intervenir directamente en las elecciones legislativas. Según la apreciación del dirigente sindical, la embajada había aumentado “desproporcionadamente” su personal y lo había dispersado en todo el territorio nacional. Esta denuncia también sorprendió a la cancillería mexicana, en donde no se habían recibido las comunicaciones oficiales de rigor para anunciar el aumento del personal diplomático estadounidense.

La jugada de Sonora

En este contexto, los cambios en el consulado de Sonora resultaron sorprendentes. Inesperados, se hicieron también sin avisar a nadie. La prensa local apenas y registró el hecho, sin poder encontrarle interpretación precisa alguna. Los servicios de inteligencia de México detectaron los movimientos y le abrieron el juego al gobierno de Estados Unidos, pero sin lograr ninguna reacción más precisa y directa de la Secretaría mexicana de Relaciones Exteriores. En esta dependencia se corrieron las protestas formales de rigor, pero nada más.

La información, por lo demás, fue difundida. Una noticia²⁰ se publicó en las páginas del periódico *El Imparcial*, de Hermosillo. En ella se registraban las primeras declaraciones del diplomático estadounidense John Simms respecto a las elecciones mexicanas: “nada tiene que hacer EU en las elecciones de México; las elecciones es asunto que concierne sólo a los mexicanos”. Inclusive, negó siquiera que fuera a practicar el papel de observador en los comicios, ajustando su gestión al simple interinato mientras llegaba el nuevo cónsul estadounidense.

El movimiento apresurado estaba así:

Anthony Arredondo, norteamericano de origen mexicano que había jugado bastante bien a lo largo del periodo 1982-1985, el hombre que llegó a sentar en una misma mesa a purpurados católicos, prominentes empresarios y dirigentes de la oposición conservadora, era trasladado a Lima, Perú, donde comenzaba a brillar la estrella de un joven político progresista, candidato a la Presidencia de la República y miembro de una corriente opuesta a Estados Unidos y a los organismos financieros internacionales controlados por la Casa Blanca: Alan García.

El lugar de Arredondo sería ocupado oficialmente por Chris Kennedy, alto funcionario del Departamento de Estado, laborando aún en las oficinas de Washington. Kennedy había solicitado algunos meses para poner en orden su situación y poder hacerse cargo totalmente del consulado estadounidense en Hermosillo. Para llenar el lugar de Kennedy hasta su arribo, el Departamento de Estado había designado a John Simms como cónsul interino durante seis semanas: del lunes 24 de junio —una semana justo antes de las elecciones— hasta principios de agosto, luego de la calificación de las votaciones y de las protestas —por lo demás previstas y anunciadas

acerca de un fraude electoral aún no consumado—. Para esas fechas arribaría a Hermosillo el cónsul permanente, Kennedy, para hacerse cargo oficialmente de la oficina.

Pero había mar de fondo, sobre todo por la manera en que el gobierno norteamericano hizo estos movimientos:

1.— El Departamento de Estado no informó ni buscó el beneplácito de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México.

2.— El apresurado retiro de Arredondo, el nombramiento de Kennedy y el interinato de Simms nunca fue informado tampoco a Relaciones Exteriores.

3.— Cuando la cancillería mexicana supo de estos cambios, elevó una débil protesta y el Departamento de Estado no modificó para nada sus decisiones.

4.— El proceso se llevó a cabo. Simms, funcionario del Departamento de Estado, se quedó en Hermosillo varias semanas, justamente las más difíciles en torno a las elecciones.

En el fondo, funcionarios del gobierno mexicano observaron con extrañeza el sigilo y la prisa por cambiar a Arredondo de un puesto en el que había resultado bastante eficaz para el juego norteamericano. No fue fácil juntar a la oposición mexicana —PAN, empresarios e Iglesia— y luego reunirla con el embajador Gavin, después de las protestas de 1983. Según informaciones provenientes de Sonora, Arredondo había logrado resultados favorables a Estados Unidos en ciertos sectores locales.

Por lo demás, según la información oficial norteamericana, Simms llegaba sólo para cumplir las funciones de cónsul interino, con el fin de²¹ “asegurar la continuidad en la entrega de visas estadounidenses en Hermosillo, cuya solicitud se incrementa considerablemente en esta temporada del año”. Simms arribó a Hermosillo acompañado de Isiah Parnell, nuevo vicecónsul a cuyo cargo está la entrega de visas. Parnell sustituyó a George Kopf, vicecónsul con Arredondo y transferido a Yemen del Sur. Pero por ciertos indicios, el vicecónsul tiene facultades para entregar visas, por lo que la presencia de Simms como interino no era propiamente indispensable.

Por estos hechos, algunos analistas locales no dejaron de mirar el cambio con cierta perspicacia. Un columnista local dijo al referirse al

caso: “John Simms llegó a Hermosillo. Misión: relevar a Anthony Arredondo en el consulado norteamericano durante seis semanas. Tres antes y tres después de las elecciones. *¿Curiosa coincidencia, verdad?*”. Lo cierto es que ahí hubo algo más que coincidencia, sobre todo porque el interés norteamericano sobre el resultado de las elecciones en Sonora se intensificó luego de conocerse los resultados.

Durante las primeras semanas posteriores a las elecciones del domingo 7 de julio, la prensa norteamericana retomó apreciaciones de los organismos de inteligencia y seguridad nacional respecto a los resultados de los comicios de julio y lanzó a los corresponsales a denuncias escandalosas sobre fraudes. Si bien muchos de ellos llegaron a ocurrir, en el fondo el esquema de ventilar los fraudes respondía más exactamente a los intentos foráneos de desacreditarlos, que a intenciones democráticas.

Al final de cuentas, pese a protestas y reacciones, el resultado de las elecciones fue confirmado. Tanto en Sonora como en casi todo el país, el gobierno refrendó el triunfo del PRI. En Estados Unidos, el fracaso estrepitoso de la estrategia norteamericana —que ya veía al PAN, aliado y afín a los republicanos, en las puertas de Palacio Nacional para 1988— disminuyó los bonos del embajador Gavin, debilitó la estrategia estadounidense e inclusive desestabilizó la posición de fuerza del hombre que desde los sótanos de la Casa Blanca—en las oficinas latinoamericanas del poderoso Consejo Nacional de Seguridad— había estado moviendo los hilos del personal diplomático norteamericano en México. Justamente unas tres semanas después de la derrota panista en México, Constantine Menges dejó su puesto en el CNS y fue arrinconado en la oficina de información diplomática del Departamento de Estado; aquí duraría poco: hacia mediados de 1986 sería despedido de la rama ejecutiva del gobierno.

La jugada de Sonora no había dado resultado. Menos de un mes después de las elecciones del 7 de julio, el cónsul interino John Simms regresó a sus actividades en el Departamento de Estado y Chris Kennedy se hizo cargo de las riendas del consulado sonorensé.

Notas

- 1.— *Excélsior*, 3 de mayo de 1985. Ver *El Día* del mes de mayo para reacciones y protestas.
- 2.— *El Día*, artículo de Héctor Ramírez Cuéllar, 2 de junio de 1983.
- 3.— Ver “Operación Gavin” en *El Día* del 26 al 31 de marzo de 1985, y en este libro.
- 4.— Constantine Menges, revista *Foro Internacional* abril-junio de 1982. El Colegio de México.
- 5.— “Operación Gavin”, *ibid.*
- 6.— “Operación Gavin”, *ibid.*
- 7.— Constantine Menges, *ibid.*
- 8.— Constantine Menges, *ibid.*
- 9.— George Shultz, *Perspectivas Económicas* No. 50, abril-junio de 1985. Discurso de Shultz en la VIII Conferencia Anual sobre comercio, inversión y desarrollo en la Cuenca del Caribe.
- 10.— Constantine Menges, *ibid.*
- 11.— Constantine Menges, *ibid.*
- 12.— “La prensa de EU vota por el PAN”, en *El Día*, 27 y 28 de febrero y 1 de marzo de 1985.
- 13.— Jack Anderson en *The Dallas Morning News*, 13 de diciembre de 1984.
- 14.— Jack Anderson, *ibid.*
- 15.— *The New York Times*, 9 de diciembre de 1984.
- 16.— *Uno más Uno*, 21 de mayo de 1983.
- 17.— *Excélsior*, 25 de mayo de 1983.
- 18.— *Excélsior*, 31 de agosto de 1984.
- 19.— *El Día*, 25 de junio de 1985.
- 20.— *El Imparcial* de Hermosillo, 21 de junio de 1985.
- 21.— *El Imparcial* de Hermosillo, *ibid.*

El americano feo

A lo largo de cinco años, el embajador de Estados Unidos en México, John Gavin, hizo tantas declaraciones como las de todos sus antecesores juntos. Actor de profesión, Gavin utilizó la palabra, el gesto y la presencia física como medio de afirmación diplomática. Poco a poco, entró en fricción con casi todos los sectores de la política mexicana, irritó las relaciones entre los dos países, se metió varias veces en interminables aclaraciones y contra aclaraciones y le movió el juego a George Shultz, secretario norteamericano de Estado —con Alexander Haig se entendió bastante bien—.

Gavin no fue un embajador imprudente. Si acaso, temerario y ligero. Su larga lista de declaraciones de prensa avivaron debates, abrieron heridas, definieron nuevas áreas mexicanas de interés estadounidense, introdujeron a Estados Unidos como interlocutor y protagonista de temas de interés doméstico. En discursos y conferencias de prensa *el embajador actuaba las relaciones entre los dos países*. No pocas veces llegó a utilizar estos caminos como medios de relación diplomática entre las dos naciones. En algunas ocasiones se le respondió, pero nunca el gobierno mexicano quiso entrar en su terreno. Si acaso, sólo tres veces se registraron reacciones gubernamentales inusitadas: el entonces presidente del PRI, Adolfo Lugo Verduzco, y el secretario de Relaciones Exteriores, Bernardo Sepúlveda, y el secretario de Turismo, Antonio Enríquez Savignac, fueron los únicos políticos y funcionarios de alto nivel que le respondieron al embajador con sus mismas armas: declaraciones y discursos. Pero ello no llegó más allá de una pequeña guerra de papel periódico.

Este tipo de activismo del embajador no se fundó exclusivamente en el afán de notoriedad o en la inconciencia. Detrás de Gavin había hilos que llegaban hasta la misma Casa Blanca.¹ Así, los propósitos del intervencionismo verbal del embajador eran más o menos identificables: introducir inestabilidad en el sistema político mexicano, provocar incertidumbre y enfrentamientos entre los mismos mexicanos, abrir los espacios para definir los intereses norteamericanos en México, influir en el rumbo económico, político y diplomático de México, colocar a Estados Unidos como protagonista de la vida nacional mexicana, aglutinar y fortalecer a grupos de oposición hasta

entonces minoritarios y fijar la presencia norteamericana en temas hasta entonces adjudicados a sectores mexicanos determinantes.

Respecto a México, Gavin tocó prácticamente todos los temas: política exterior mexicana, política nacional, metas económicas, cambios económicos, narcotráfico, terremoto, prensa mexicana, relaciones globales México-Estados Unidos, rencillas históricas entre los dos países, indocumentados, deuda, política comercial, inversión extranjera, leyes nacionales, partidos de oposición... Nada escapó de la atención del embajador norteamericano y casi todo cumplió una función: lograr una reacción y alterar la vida política nacional.

No todo fue gratuito o sin un motivo real. En el fondo, según el trazo de una línea de acción y comportamiento de la diplomacia norteamericana, la gestión de Gavin no fue diferente a la de otros embajadores. Intenciones y quejas similares se manifestaron en Francia, Inglaterra, Honduras, Panamá, Costa Rica, Chile y otros países, en donde existió un patrón más o menos exacto de la labor de los representantes diplomáticos de la administración Reagan: utilizar la presencia e influencia de los embajadores para inclinar en su favor el rumbo político de las naciones.

En México, Gavin encontró un ambiente propicio para sus tareas. A base de declaraciones, discursos, reuniones y recepciones, el embajador de Estados Unidos aumentó la presión norteamericana sobre un país en crisis y modificó radicalmente la correlación nacional de fuerzas políticas. Los resultados fueron inocultables: además de llevar las relaciones entre los dos países a niveles tan bajos como nunca antes en la historia, la gestión de Gavin logró unir a las fuerzas de oposición conservadora y colocó al gobierno estadounidense como agudo y crítico observador de la gestión del gobierno del presidente Miguel de la Madrid.

Pareció en ocasiones que las relaciones México-Estados Unidos no podrían ser peores que las logradas entre José López Portillo y la administración Carter. Por razones de antipatía personal y por motivos de política petrolera y centroamericana, Carter y López Portillo escenificaron relaciones diplomáticas francamente malas. Esta apreciación fue detectada en 1980 por el equipo de política exterior del candidato republicano Ronald Reagan: ² “dudo que las relaciones (entre México y la administración Carter) puedan ser peores”. Según la apreciación de los estrategas del virtual nuevo gobierno republicano, la administración

Reagan iba a mejorar esas relaciones. Pero no fue así. Hacia 1984, cuando culminaba la primera presidencia de Reagan y se encaminaba triunfalmente a la segunda —frente al desmoronamiento político del Partido Demócrata—, las relaciones México-Estados Unidos se fueron deteriorando más. A principios de 1985 bajaron varios puntos, hacia mediados de ese año llegaron a la irritación y hacia 1986, hasta la renuncia de Gavin, fueron las peores de la historia moderna de México.

Pero el problema no fue, en realidad, de relaciones. La presencia, gestión y apoyo del embajador Gavin se manifestó en la definición de la política exterior norteamericana hacia México. De hecho y pese a existir otros mecanismos de apreciación —sobre todo los del Departamento de Estado—, la administración Reagan se basó en los informes y evaluaciones del embajador John Gavin para establecer programas, estrategias y directivas, al grado de que el deterioro en las relaciones diplomáticas entre los dos países se tornó en frialdad y distancia, además de cierta molestia, en las relaciones personales entre los presidentes Reagan y De la Madrid. Los encuentros personales entre ambos mandatarios han estado, a partir de 1984, plagados de fricciones, tensiones, quejas y reclamaciones mutuas. La entrevista presidencial de mayo de 1984 fue dura y tensa, la de enero de 1986 resultó distante. La de agosto de 1986, ya sin el embajador Gavin como catalizador y con la toma de control por parte del Departamento de Estado de los asuntos de México, se dio relajada, pero sin poder trasponer ni olvidar viejas rencillas.

Los tiempos del embajador

La actividad diplomática de Gavin en México estuvo enmarcada en dos tiempos políticos: los de Estados Unidos y los de México. Asimismo, los perfiles fueron definidos, con detalles y esquematismo, por los intereses prioritarios de la administración Reagan y sus afanes de recuperar el liderazgo norteamericano, luchar contra el comunismo, frenar el avance soviético y evitar la presencia política hostil —sobre todo la URSS— en el continente americano. Este amplio contexto, de movilidad y contradicciones, marcó el ámbito de las tareas gratas e ingratas del embajador John Gavin y le fijó a su actuación el toque y el tono precisos.

A lo largo de cinco años, de mediados de 1981 a mediados de 1986, la gestión del embajador Gavin fue adjudicada justamente a esos tiempos. Un afán de periodización arroja cuando menos seis etapas bien claras de la presencia de John Gavin al frente de la embajada de Estados Unidos en México:

I. *Del 5 de junio de 1981 a finales de 1982:* Estados Unidos comienza a adelantar la estrategia de política exterior y seguridad nacional de la administración Reagan, con base en puntos bien específicos: reversión de la lucha política en Centroamérica, recuperación del liderazgo norteamericano en la diplomacia de la región, enfrentamiento de la crisis económica con un enfoque de seguridad nacional, subordinación de los gobiernos de la región a los intereses de la Casa Blanca y cambio del esquema de respeto a los derechos humanos por la alianza anticomunista.

Así, Estados Unidos descubre a México como un potencial problema político en dos niveles: por su participación en el Grupo de Contadora y el consiguiente involucramiento en Centroamérica, y por su crisis económica poco permeable a las radicalizaciones políticas e ideológicas internas. La nacionalización de la banca, el control de cambios y el mecanismo de desaparición de los mexdólares —a decir de Gavin— perfilan el viejo fantasma del comunismo en México. Comienza la larga lucha de EU para evitar la radicalización de México. En sus primeras apariciones, Gavin intenta alinear el destino de México con los intereses norteamericanos. No hay, aún, fricciones. Las relaciones de Gavin con López Portillo son institucionales y con De la Madrid apenas existen. Pero ya se notan ciertos afanes intervencionistas en declaraciones que no opinan sino que califican hechos políticos mexicanos.

II. *De comienzos de 1983 a finales del primer semestre de 1984.* Estados Unidos consolida su poder. Reagan avanza al final de su primer periodo y, sin adversarios en el lado demócrata, mira con seguridad su reelección. EU está decidido a no dejar perder El Salvador como —dicen estrategias estadounidenses— Carter dejó perder Nicaragua. Las presiones norteamericanas sobre los gobiernos de la región para realinearse hacia la Casa Blanca crecen. Honduras se convierte en lo que algún periodista³ comienza a llamar el “portaviones terrestre Honduras USA”. Centroamérica vive una guerra múltiple: además de la de los grupos locales contendientes, la de Contadora contra la Casa Blanca.

Gavin refleja ese endurecimiento. Comienzan las fricciones en materia de política exterior, según quejas del embajador. También, Gavin abre otros frentes de batalla: señala la política económica que debiera poner en práctica México, mientras la prensa norteamericana comienza a enfatizar, mediante infiltraciones que se rastrean hasta la misma residencia del embajador estadounidense, la crisis de México. A cambio del apoyo económico para sortear la crisis mexicana, Estados Unidos —vía Gavin— comienza a reclamar lealtad a la política exterior norteamericana. El énfasis del diplomático en materia de relaciones México-EU se inclina hacia lo inevitable de la frontera y hacia la permanencia de los intereses estadounidenses. Comienzan a relucir las sugerencias de Gavin respecto a lo que México debe hacer en política exterior, interna y económica.

III. *Del segundo semestre de 1984 a principios de 1985.* Estados Unidos consolida su recuperación económica. Reagan se encuentra solo en el lado republicano y los demócratas sólo piensan en el débil Walter Mondale. La política exterior se reformula y pasa a manos del Departamento de Estado. La *Guerra de las Galaxias* se convierte en el gran programa militar de la administración. La Convención Republicana elige a Reagan para la reelección, en una manifestación tumultuosa en la que el discurso republicano enfatiza el problema de Centroamérica.

Gavin, en México, asume la fortaleza de la administración Reagan. Comienza a endurecer su discurso y a entrar en conflictos, fricciones y choques directos con la clase política. El PRI, senadores, diputados, partidos de izquierda, CTM y sindicatos, Relaciones Exteriores y algunos secretarios de Estado enfrentan directamente al embajador. Como parte de la estrategia y con información y evaluaciones suministradas por Gavin, el Consejo Nacional de Seguridad autoriza la directiva 124 para endurecer la posición contra México y exigirle lealtad en Centroamérica a cambio de ayuda económica. La CIA comienza a filtrar evaluaciones sobre México que advierten el colapso. EU manifiesta su temor de que la inestabilidad mexicana —acicateada por la crisis económica derivada del colapso del mercado petrolero— cruce la frontera. Estalla el escándalo en la CIA por la renuncia de un oficial de inteligencia de la sección latinoamericana debido a que lo estaban obligando a cambiar sus análisis sobre México por argumentos apocalípticos, a fin de justificar las nuevas presiones de la Casa Blanca.

Gavin habla de más y comienza su pleito con la prensa mexicana. Más que comentarios, las suyas son agrias reclamaciones. Se declara incomprendido por trabajar, dice, en favor de mejores relaciones bilaterales. Comienza a tomar forma el *neopanismo*.

IV. *Primer semestre de 1985*. Estados Unidos decide apretar tuercas en Centroamérica. Pasó ya Granada y la euforia es mayúscula. Nuevos planes salen aprobados de la Casa Blanca para presionar a los países aliados que obstaculizan la solución norteamericana en Centroamérica. El *Informe Kissinger sobre Centroamérica* llama la atención porque finalmente la administración Reagan logra el consenso bipartidista para una solución global en la región del istmo. Comienza el apoyo subterráneo de EU a la *contra* nicaragüense. Dos personajes importantes del Consejo Nacional de Seguridad de la Casa Blanca se encargan de financiar, apoyar, entrenar y estimular a la *contra*, por encima de mandatos del Congreso. La CIA organiza también a la *contra*.

Gavin enmarca su actuación en México en dos incidentes: al comenzar el año, el secuestro y asesinato de un agente de la oficina norteamericana de lucha contra la droga, DEA, y de un piloto mexicano, abre el espacio para una de las mayores ofensivas estadounidenses contra México, llegando inclusive al cierre de fronteras. Al finalizar el primer semestre, el involucramiento del embajador en el proceso electoral mexicano es evidente. Pero México se resiste al acoso por el narcotráfico —pese a las denuncias de alianzas entre el narcotráfico con policías y políticos mexicanos— y el resultado electoral —pese a las protestas panistas de fraude no hay marcha atrás— en favor del PRI marcan el primer fracaso real del embajador. Más que tener reacciones positivas, el cierre de la frontera, la operación intercepción, las denuncias en la prensa norteamericana y la campaña de desprestigio de EU contra el gobierno de México provoca la multiplicación del sentimiento antinorteamericano en algunos importantes sectores sociales y políticos mexicanos.

V. *Segundo semestre de 1985*. Las pugnas en el seno del poder en Washington llegan al área de la política exterior. Shultz va tomando las riendas de la diplomacia pasando por encima de los cadáveres políticos de sectores ultraderechistas que se habían sumado a la contrarrevolución reaganiana desde 1980. Los *think tanks* son desplazados y los seguidores y funcionarios puestos por el senador

Jesse Helms van siendo hechos a un lado. El combate por Centroamérica arrecia con el apoyo público, abierto, moral y político de Reagan a la *contra* nicaragüense.

Gavin pasa por una temporada de excusas. Su estrella va declinando. Sus fricciones con la prensa y la clase políticas mexicanas entorpece las relaciones México-Estados Unidos. El gobierno mexicano comienza a buscar otras instancias alternas a la del embajador para rebasar el temperamento conflictivo del ex actor. Frente al colapso petrolero que se agudiza con la profundización del programa de ajuste, Estados Unidos comienza a reclamar modificaciones en la política exterior de México en Centroamérica y en las Naciones Unidas como pago por el auxilio financiero. Se prepara la reunión de los presidentes Reagan y De la Madrid en Ensenada, Baja California Norte. Con la prensa mexicana, la relación es irritante.

VI. 1986: de enero a mayo. Estados Unidos consolida su estrategia imperial. Viene el ataque a Libia y la radicalización de las presiones contra Nicaragua. EU se niega a aceptar las conclusiones de la Corte Internacional de Justicia de La Haya. Shultz toma el control absoluto de la política exterior. El Consejo Nacional de Seguridad se alinea al Departamento de Estado. Helms intenta volver al ámbito de la diplomacia con sus audiencias sobre México, pero es descalificado por la Casa Blanca. Por las características de los problemas de la deuda, Estados Unidos asume el control de la crisis. Shultz auxilia a Baker y se involucra en la definición del plan norteamericano para atender la crisis de la deuda.

Gavin se convierte en el gran solitario de Reforma. Sin acceso a Shultz, sus relaciones con Reagan se van enfriando. Shultz conmina a Reagan a devolverle al Departamento de Estado los asuntos mexicanos. Gavin compite con Michael Deaver, otro amigo personal de Reagan, en su acceso a la Casa Blanca. Y pierde. Agobiado, renuncia el 6 de abril y debe dejar la embajada a mediados de mayo. Se va a Los Angeles, de manera definitiva, quince días antes de terminar oficialmente su gestión. Muchos errores salen a relucir: sus informes a Reagan, su descortesía con Jimmy Carter, su irritación contra Deaver. En su despedida vuelve a tronar contra la política mexicana y contra la prensa. Sus acusaciones son serias, aunque festejadas con humor por la propia prensa. Ya como ex embajador comparece en las audiencias de Helms, en junio, y vuelve a las andadas provocando tres rencillas:

crítica la corrupción mexicana, acusa a dos gobernadores mexicanos —sin decir nombres— de cómplices del narcotráfico y acusa veladamente al ex presidente López Portillo de enriquecimiento corrupto.

El México de John Gavin

A lo largo de cinco años de trabajo, Gavin habló de todo y de todos y no dejó pasar ninguna oportunidad para, de manera poco diplomática, abordar inclusive delicados temas nacionales o de relaciones México-EU que tradicionalmente habían soslayado anteriores representantes diplomáticos norteamericanos. Pero nada fue gratuito. Detrás del verbo de Gavin, a veces injundioso, muchas ocasiones imperial, casi siempre provocador e intervencionista, el embajador de Estados Unidos no pudo ocultar una doble intención: fijar con precisión el nuevo marco en el que deberían desarrollarse las relaciones México-EU y dibujar —aun incurriendo en actitudes beligerantes— el México que deseaba Estados Unidos.

A partir del replanteamiento de las relaciones entre los dos países, Gavin montó toda su gestión. Este nuevo marco de referencia no fue, desde luego, determinado por el propio embajador. De hecho, resultó de los nuevos intereses estratégicos y de seguridad nacional detallados por Reagan desde su campaña política y a través de organismos académicos y grupos especiales de trabajo. De una concepción de país tradicionalmente aliado al enfoque global norteamericano, México comenzó a recibir mayores atenciones de la Casa Blanca en función de dos problemas específicos, percibidos de manera aislada pero también articulados entre sí: el nuevo escenario geopolítico de Centroamérica —primero por el triunfo sandinista y luego por el debate armado en El Salvador— y la crisis financiera.

En este marco especial de intereses norteamericanos y problemas mexicanos, Gavin introdujo la cuña de nuevas definiciones en las relaciones de ambos países. Partió de lo inevitable: la frontera. Luego pasó a lo concreto: la recuperación del liderazgo internacional de Estados Unidos pasaba por la subordinación de los países dependientes. La conclusión fue obvia: las posibilidades de desarrollo económico y de existencia política de México estaban subordinadas a las apreciaciones y tareas de la administración Reagan. Así, el em-

bajador Gavin realizó arduos esfuerzos para cambiar los términos de las relaciones. He aquí una revisión: ⁴

- 18 de mayo de 1982: “el periodo por el que ambos países atravesamos proporcionará nuevas oportunidades para reconfirmar, nuestra amistad histórica. No *pretendemos dar consejos*, y México no quiere ni necesita caridad. Sencillamente *deseamos ser buenos vecinos*, buenos amigos y estar listos para ayudar siempre y cuando se nos solicite”.

- 14 de septiembre: “No queremos muros entre nosotros. No los necesitamos, pero se requiere comprensión y consideración por nuestros mutuos problemas”. “Dios nos ha hecho vecinos. Nos corresponde a nosotros hacernos amigos... Y cuando las convicciones pasan por encima de la honestidad, *cuando se distorsionan los hechos*, cuando no se respeta el honor, en cualquier lado de la frontera, es aún más difícil ser amigos”. “La susceptibilidad de los mexicanos se exacerba respecto a Estados Unidos. De hecho, los mexicanos tienen emociones profundamente encontradas respecto a nosotros. Por lo que respecta a algunos de nosotros, *nuestra relación es de amor y odio*”.

- 25 de marzo de 1983: “Desestabilizar a México sería autodestructivo para Estados Unidos”. Han habido, dijo, distorsiones y malentendidos en algunas noticias que se han difundido en ambos lados de la frontera. Expresó el interés de EU en ayudar a México en su crisis de pagos y mencionó el paquete de rescate de agosto de 1982. “Nuestros propios intereses demandan que ayudemos a nuestro vecino”.

- 6 de julio: Washington no ejerce presiones contra México para que cambie sus políticas centroamericana y petrolera. “¿Somos sociedades maduras (dijo respecto a las críticas a EU por presiones comerciales y políticas) con la suficiente integridad para tratarnos mutuamente, aun por lo que toca a nuestras diferencias, en un contexto de amistad y respeto mutuo? ¿O tendremos que seguir siendo *prisioneros* de limitaciones, *del lastre de recuerdos históricos vistos oscuramente a través de un cristal*? Creo que aquellos elementos de la sociedad mexicana que no pueden encontrar otra excusa que culpar a Estados Unidos por los retrocesos o fallas denigran y disminuyen a su propio y espléndido país, así como a su noble pueblo, mediante este pusilánime proceso”.

- 27 de abril de 1984: “*Explicar nuestras políticas* (las de EU) y acciones a los mexicanos, en un empeño franco y respetuoso de de-

mostrar lo que consideramos ser, de la misma manera que los escuchamos (a los mexicanos) cuando nos explican su punto de vista a fin de persuadirnos, *no significa interferencia o intervención*. Estados Unidos y México necesitan concentrarse más en lo positivo y buscar nuevas fórmulas, mientras minimizan y ponen en su perspectiva apropiada las áreas en las que no coinciden plenamente”.

- 3 de mayo: “Estados Unidos desea y necesita que México sea fuerte, libre y próspero. Cualquier otra cosa iría en *detrimento* no sólo de México, sino también *de nosotros mismos* (EU)”. En las relaciones México-EU, dijo, la educación y las zonas fronterizas son como “dos puertas abiertas” que unen a los dos países. “El meollo de cualquier problema que pudiera existir entre México y Estados Unidos es *psicológico*”.

- 26 de junio: La falta de mayor entendimiento entre los dos países provoca en muchas ocasiones la aparición de campañas que “dañan las relaciones, deterioran el diálogo e impiden la solución de los problemas”. “Debemos —dijo ante hombres de negocios de Guadalajara— de observar con más cuidado y con una *mente más amplia* la evolución de la economía de ambos países”.

- 31 de agosto: En Hermosillo, dijo: “Nos conviene un México fuerte, próspero y libre”. “Al tener un vecino con problemas, nosotros también los tendremos”.

- 10 de septiembre: en Nueva York, caracteriza al pueblo mexicano como “amable y abierto y al mismo tiempo frío y cerrado”; tiene el pueblo mexicano un “*enorme orgullo*” y un “*gran complejo de inferioridad*”, y cuando ese complejo se manifiesta, es frecuente la tendencia a referirse invariablemente “al coloso del norte”.

- 14 de enero de 1985: En una entrevista a una revista mexicana declaró: “En México existe la costumbre de atacar a Estados Unidos, a la embajada y a quien la encabeza. La idea, supongo, es tratar de desprestigiarlos de una u otra forma. Pero el propósito ha sido fallido”. “Yo vine a México a *representar a mi país* y los ataques me sirven para bien, porque cuando regrese a mi patria quiero que piensen que hice bien mi trabajo. Y estos elementos me están haciendo un *héroe*. Debía yo de pagarles”. “Es tiempo de hacer a un lado los resabios históricos y seguir construyendo una relación de respeto y beneficio mutuo”. “Antes de decir: ¡pobre México, tan lejos de Dios y tan cerca de Estados Unidos!, se

debe pensar en la importancia que tiene para México la relación económica con su vecino". "Un mejoramiento de las relaciones mexicano-norteamericanas no depende de las semejanzas o diferencias de sus sistemas políticos, sino de un trato maduro y de respeto mutuo".

- 20 de enero: Ante el problema de aguas en la frontera Tijuana-San Diego, Gavin anunció el veto norteamericano a un crédito del Banco Interamericano de Desarrollo. "He señalado con todo respeto a las autoridades mexicanas relacionadas con esta cuestión, que se nos ha acabado la paciencia".

- 27 de enero: "Los mexicanos tienen *la piel muy sensible*", dijo en Washington al hablar de las críticas a su gestión en México. Ante políticos republicanos, agregó: "las ocasionales malas relaciones entre México y Estados Unidos se deben a la *creencia* de algunos mexicanos *de que Estados Unidos les robó California*. Resulta difícil explicarles (a los mexicanos) que *de todos modos* hubieran perdido ese territorio".

- 30 de enero: En una comida en la Cámara Americana de Comercio, amenizada por chistes y bromas del propio embajador, Gavin dijo: Las relaciones bilaterales México-Estados Unidos "están plagadas de percepciones erróneas" y afirmó que están "fracasando" los que pretenden deteriorar esta situación que "está madurando y progresando en el sendero del respeto mutuo". "Hasta hace poco tiempo, la tentación de algunos de tratar de utilizar a Estados Unidos como chivo expiatorio o caballo de batalla hubiera sido abrumadora; vemos con gran satisfacción que ningún mexicano responsable ha mencionado siquiera a Estados Unidos en conexión con esos problemas (económicos y financieros de México). Y ninguna otra persona responsable tiene necesidad de hacerlo".

- 30 de junio de 1986: Ya como ex embajador, Gavin dijo en Los Angeles en una conferencia de prensa: "lo que quiere el presidente Reagan y quiero yo es un México libre, fuerte y próspero. *No lo queremos así por altruismo, sino porque nadie puede vivir tranquilamente viendo la casa de su vecino en llamas*. México tiene un gran futuro si sabe hacer uso de sus recursos".

La política económica del embajador

En materia de economía, el embajador Gavin mostró los tres pies del interés norteamericano: el marco general de las relaciones económicas entre

las dos naciones, los objetivos estadounidenses respecto a la economía de México y la propia política económica que Estados Unidos adelantó en México. En el fondo, el interés del embajador se sustentó en apoyar un verdadero *proyecto de nueva política económica para México*, al calor de los problemas financieros mexicanos, del papel de la Casa Blanca de gestora de la crisis de pagos, del auxilio de EU a la crisis mexicana y de la reformulación global de la política económica internacional estadounidense. En el fondo de la estrategia norteamericana, la Casa Blanca observó con claridad que la crisis financiera de México mostraba las oportunidades precisas para abandonar viejos y pesados lastres políticos e ideológicos de la tradición económica mexicana. De ahí que la idea haya sido lanzarse a fondo para *conseguir el viraje de la pesada nave estatal mexicana* y el enfilamiento hacia los rumbos y vientos del pragmatismo pesimista. En este sentido, desde 1982, al calor de los problemas de la crisis de pagos de México, el papel de salvavidas de la administración Reagan, el colapso en los ingresos del Estado mexicano y la perspectiva de bastantes años de vacas flacas y de indigencia financiera del Estado permitieran a EU buscar dos objetivos en México: reprivatizar la economía e integrar a México a la economía norteamericana.

En ambos propósitos se englobaba la primera gran oportunidad para Estados Unidos de conseguir cambios en el aspecto económico que llevaban implícitas algunas modificaciones en la correlación de fuerzas políticas. En el primer punto, el impulso al sector privado y la retracción de la actividad económica del Estado iba a darle a las fuerzas políticas vigentes algunos tintes neoliberales o al menos de aceptación de un retroceso histórico. Respecto al segundo punto, su alcance previo la modificación de términos o aspectos legales que México había erigido como valladares a la penetración económica y comercial norteamericana: la ley de inversiones extranjeras y el proteccionismo comercial.

Pero al calor de los acontecimientos, el embajador Gavin armó todo un discurso que significó, al final de cuentas, el perfilamiento de un marco general de las relaciones económicas bilaterales, la definición de objetivos claros por lograr y la articulación de una verdadera política económica para México que era una extensión de los intereses norteamericanos.

En el marco general de referencia, de las declaraciones del embajador Gavin,⁵ cinco puntos precisan los contornos del por qué del interés norteamericano. Las declaraciones del embajador Gavin nun-

ca fueron gratuitas, siempre enfatizaron aquellos puntos que la política económica de la Casa Blanca ha caracterizado como indispensables para la estrategia de la administración Reagan:

1.— Recuperación del liderazgo económico norteamericano, perdido en la etapa inflacionaria de las administraciones Ford y Carter y en la dispersión de las otras grandes economías industrializadas.

2.— Aplicación de la estrategia de la *reagonomía*, entre las que destaca la lucha contra las barreras arancelarias que limitan el acceso de productos norteamericanos, la promoción de las importaciones de los industrializados y el manejo de las tasas de interés.

3.— La promoción del mercado común norteamericano para articular las economías de México, Estados Unidos y Canadá. Respecto a México, esta meta se buscó por varios caminos: el mercomún propiamente dicho, el convenio comercial bilateral, el ingreso de México al GATT y el convenio sobre impuestos compensatorios. La idea central fue promover la venta de productos norteamericanos en los mercados naturales fronterizos de EU, con vista a enfrentar el déficit comercial de EU que pasó de 25 mil 500 millones de dólares en 1980 a 150 mil millones en 1986.

4.— Influir en la gestión de la crisis financiera internacional.

5.— Adelantar los planes y programas alentados por la administración Reagan, con el fin de contribuir a la solución de los problemas económicos de países aliados y de imponer algunas medidas que benefician el juego estadounidense. Aquí destaca el Plan Baker.

En este marco, el embajador Gavin fue claro y prolífico en sus declaraciones, discursos y aclaraciones. Los objetivos que se ubican en este marco son evidentes: resolverle la crisis a México —o cuando menos aprovechar la oportunidad— desde los puntos de interés estratégico norteamericano. El esquema no pudo ser otro sino el siguiente:

1.— Cambiar aquellos puntos filosos de la política económica de México, sobre todo los que se refieren a la *actividad del Estado* en la producción.

2.— Aliviar algunos puntos clave de la economía norteamericana, principalmente, la balanza comercial. Los embargos de atún, el manejo del sistema generalizado de preferencias como mecanismo de presión y los intentos de un mercomún norteamericano fueron en esta línea.

3.— Promover la *maquilización en México*, proceso de por sí muy avanzado. Corea, Taiwan y Hong Kong le quedan a Estados Unidos muy lejos. Con la maquilización sería completa la integración económica, comercial, industrial y productiva de México a EU.

4.— Disminuir las presiones económicas que representan los indocumentados mexicanos, además de desactivar su explosividad política y social.

5.— Vincular, de manera abierta, los temas de crisis económica y política exterior. La mayor dependencia de México de la ayuda norteamericana y una estructura y política económicas más ortodoxas garantizarían un gobierno menos beligerante, en términos políticos e ideológicos, que los últimos, sobre todo los que se embarcaron en críticas a Estados Unidos e involucramiento en Centroamérica.

6.— Aliviar las presiones de la deuda latinoamericana sobre la economía norteamericana.

A partir del marco y los objetivos, el embajador Gavin fue claro en sus definiciones sobre la política económica que México debería aplicar para salir de su crisis y enrolarse en una etapa de prosperidad a la norteamericana. Los puntos claves se desprenden de declaraciones del embajador a lo largo de sus cinco años de gestión diplomática:

1.— Ajuste de medidas económicas a exigencias puramente *económicas*, dejando a un lado cualquier intención de politizar la economía. Gavin⁶ señaló a mediados de 1982 que para que México crezca económicamente debe afrontar sus problemas de mercado y de economía con respuestas de mercado y económicas, para dejar una base mucho más fuerte y estable a largo plazo.

2.— Apoyo y promoción del *sector privado* como elemento clave de la recuperación y reconstrucción económica de México. En sus reuniones con empresarios y ejecutivos mexicanos y americanos, Gavin fue el promotor del papel del sector privado y de la articulación de éste con el norteamericano.

3.— Promoción de la *inversión extranjera*. Este tema fue altamente concurrido en el discurso del embajador Gavin,⁷ diríase que resultó la preocupación fundamental del diplomático. Las razones pueden ser dos: de una parte, por la urgencia de debilitar en México la ley de inversiones extranjeras; de otra, por la burocracia que él

mismo tuvo que enfrentar para lograr la aprobación de algunos programas de inversión de empresas norteamericanas. Gavin habló de que el camino de México era la inversión extranjera, criticó a quienes ven esa inversión con “prejuicios históricos y viejos temores de intervención estadounidense”, y caracterizó de “embrollosa, complicada y conflictiva” la ley de inversiones extranjeras.

4.— *Apertura comercial externa.* Las preocupaciones del embajador en este punto fueron variadas: ingreso de México al GATT, desaparición de los subsidios a las exportaciones mexicanas, eliminación del proteccionismo comercial, libre importación mexicana de productos estadounidenses, compromisos más completos de integración comercial de México a Estados Unidos.

5.— *Libre flujo de capitales.* En este punto hubo ocasiones⁸ en que criticó al presidente José López Portillo y a Carlos Tello Macías por haber nacionalizado la banca, controlado los cambios y desaparecido los mexdólares. En 1982, inclusive, Gavin llegó a encabezar protestas discretas de norteamericanos que tenían dólares en el sistema bancario mexicano y que los vieron convertidos a pesos en septiembre de 1982. La caracterización de “izquierdistas y comunistas” a esas medidas le dio pauta para hablar, de manera insistente, de la vuelta al libre cambio y al libre flujo de divisas.

Las propuestas de Gavin no resultaron desproporcionadas. Hacia septiembre de 1985,⁹ el nuevo secretario norteamericano del Tesoro, James Baker III, propuso un programa de crecimiento sostenido para los países endeudados, pero a cambio de la implantación de un esquema que llamó de “ajustes estructurales” de las economías latinoamericanas. Ese esquema se resume en dos puntos: reprivatización de las economías latinoamericanas y su incorporación a la dinámica de la economía norteamericana.

EU en el sistema político

Como tercer pie de esta estrategia, la intervención del embajador Gavin en la vida mexicana fue amplia en el terreno político. Más hombre de acción que de palabras, introdujo a Estados Unidos como la constante del gran debate nacional sobre las alternativas políticas en tiempos de crisis económicas y se encargó de movilizarla hacia

los puntos más conflictivos. La apreciación de que EU quería un “México fuerte, próspero y libre” fue de la mano con intentos abiertos de influir de manera directa en los asuntos políticos mexicanos.

Dos puntos ganó a su favor Gavin: de una parte, la beligerancia de Estados Unidos en la vida política nacional mediante reuniones con la oposición a nivel nacional, participación en foros nacionales para hablar de asuntos mexicanos, reuniones con la jerarquía del PRI y debates en las fuerzas políticas del sistema. De otra parte, Gavin resultó el artífice del neopanismo y constructor de la gran alianza entre empresarios, PAN e Iglesia para participar en política, con el consiguiente beneplácito norteamericano.

De hecho, de 1981 a 1985 conformó esta gran alianza. Durante cinco años viajó por las principales ciudades del norte del país para reunirse —además con las fuerzas políticas gubernamentales— con los grupos de la oposición para hablar de política mexicana. No fueron reuniones secretas: los testimonios fotográficos contaron con la autorización de la embajada de Estados Unidos. Así las cosas, hubo una clara intención de que se supieran de esas reuniones, una de ellas con la presencia destacada del vicepresidente George Bush con Gavin, el empresario Manuel J. Clouthier, el arzobispo Carlos Quintero Arce y Pablo Emilio Madero.

En esta movilidad e involucramiento en asuntos de política interna de México, las intenciones del embajador Gavin se vieron claras:

Primero, se dieron con bastante intensidad entre *agosto de 1984 y noviembre de 1985*. El espacio es determinado: de la Convención Republicana de Dallas que le dio mayor fuerza política a Reagan a los reacomodos después de las elecciones legislativas mexicanas.

Segundo, la zona de mayores visitas del embajador fue la *norte*, justamente en ciudades conflictivas en las que el gobierno de Estados Unidos había manifestado especial interés: Tijuana, Ensenada, Culiacán, Chihuahua, Ciudad Juárez, Hermosillo, Monterrey, Guadalajara y Veracruz. En muchas de estas ciudades las autoridades locales y fuerzas políticas determinantes son de filiación panista.

Tercero, el embajador se reunió, además de con las autoridades priístas, con las diferentes formas de oposición: la *Iglesia*, los *empresarios* y el *PAN*. Es normal que diplomáticos extranjeros se reúnan en busca de información con funcionarios de gobierno, pero en

el norte el efecto de esas reuniones fue positivo para la conformación de la fuerza política del neopanismo.

El esquema va más allá de la sola reunión de tipo privado. La filtración de informaciones benefició al juego norteamericano, pues al negar cualquier intento de desestabilización llegó a reconocer el interés norteamericano por fuerzas políticas determinantes de oposición que estaban desbalagadas y que a partir de entonces comenzaron a actuar unidas. El itinerario fue más o menos detectado por la prensa:¹⁰

- 22 de septiembre de 1983, Guadalajara.
- 15 de octubre, Veracruz.
- 30 de agosto de 1984, Hermosillo.
- 16 de octubre, Monterrey.
- 18 de octubre, Guadalajara.
- 23 de octubre, Chihuahua y Ciudad Juárez.
- 26 de octubre, Monterrey.
- Noviembre, Culiacán.

No fueron solamente las visitas disfrazadas bajo la cobertura de supervisión del funcionamiento de los consulados norteamericanos. En esas visitas, Gavin entraba en contacto con las fuerzas políticas locales de todo tipo, inclusive las militares, y se las ingeniaba para que ello fuera del conocimiento público. El abanico de los contactos de Gavin fue amplio: empresarios, inversionistas extranjeros, priístas, papistas, sacerdotes, líderes sindicales, políticos de la oposición y analistas, convirtiéndose en un hombre muy bien informado —de fuentes directas— de la situación mexicana y por tanto transformándose en una fuente preciada de información para la Casa Blanca, el Departamento de Estado, el Consejo Nacional de Seguridad, el Senado y la CIA, entre otros organismos norteamericanos.

El abanico de personalidades también resultó útil: Francisco Barrio, entonces alcalde panista de Ciudad Juárez y luego candidato panista a gobernador por Chihuahua; Luis H. Alvarez, alcalde panista de Chihuahua; Adalberto Rosas, empresario y candidato a gobernador panista por Sonora; Carlos Amaya Rivera, presidente del PAN en Sonora y ex vicepresidente de la Coparmex; Casimiro Navarro, alcalde panista de Sonora; Carlos Quintero Arce, arzobispo de Hermosillo y miembro de la alta jerarquía católica conservadora, hombre de confianza del cardenal Ernesto Corripio Ahumada; Pablo Emilio Madero,

presidente nacional del PAN; Manuel J. Clouthier, empresario, ex presidente de la Coparmex, ex presidente del Consejo Coordinador Empresarial, uno de los *pesos pesados* del neopanismo y candidato a gobernador del PAN por Sinaloa; Fernando Canales Clariond, empresario y candidato del PAN a la gubernatura de Nuevo León.

Gavin sabía lo que hacía. Su percepción del sistema político mexicano era peculiar, en función de dos hechos relacionados de manera íntima: la filiación popular, populista, social, del sistema político tenía, para el embajador, perfiles socialistas; el problema, en todo caso, es que esta característica se relaciona con el papel de México en la política internacional y sobre todo en Centroamérica. Es ahí donde el embajador, en múltiples declaraciones de prensa, justificó el apoyo de México a las fuerzas rebeldes y sandinistas en El Salvador y Nicaragua.¹¹

- 26 de febrero de 1982: Durante la campaña presidencial de Miguel de la Madrid por la frontera, Gavin dice: “(DLM) es un individuo extraordinario, pero enfrenta problemas al tratar de mantener satisfecha a la izquierda de su país”.

- 28 de febrero: “DLM está tratando de ocultar su paso por Harvard, donde obtuvo un *master*, porque los izquierdistas mexicanos han dicho que los gringos tienen en el bolsillo a José López Portillo”.

- 9 de septiembre: Gavin aborda críticamente las medidas nacionalizadoras del primero de septiembre. Dice que el control de cambios hará más caótica la situación económica y que México está por adoptar una “política de Estado asediado”. Informa que las medidas son de carácter izquierdista e informa que el presidente Reagan está pensando en medidas de represión contra México por “requisar” capitales en dólares de norteamericanos que los tenían depositados en mexdólares.

- 30 de agosto de 1984: Gavin reacciona duramente por las críticas a la presencia del PAN en la Convención Republicana de Dallas. Dice que el PRI también asistió y que inclusive estuvo presente el embajador de México en Washington, Jorge Espinoza de los Reyes. Acusó al PRI de decir “verdades a medias”.

- 23 de octubre: México es un país sólido desde el punto de vista político, dijo en Chihuahua, Estado dominado 70 por ciento por el PAN. Ahí declaró: “vemos las instituciones mexicanas como avanzando en una forma interesante para este país”.

• 24 de octubre: En El Paso, Texas, en campaña a favor de la reelección de Reagan, Gavin dijo que “México no va al socialismo” y agregó que “ha superado la etapa socializante que le imprimió el presidente José López Portillo con la nacionalización de la banca”. El gobierno mexicano “ha dado marcha atrás a ese proceso devolviendo la confianza financiera a los empresarios, al devolverle a éstos parte de las empresas nacionalizadas”.

• 25 de febrero de 1985: A un revista norteamericana, cuando se iniciaba prácticamente la campaña electoral legislativa mexicana, Gavin declaró: “Creo que el PRI tiene que tomar en consideración las verdaderas aspiraciones de más y más mexicanos. Algunos atacan al PRI no sólo por ser revolucionario sino por no evolucionar. También es una interrogante cómo trata a los partidos de oposición”. Esta declaración fue tomada en México como un apoyo al PAN.

Relacionado con la política interna de México, Gavin fue acucioso en vincular estrechamente la inclinación “socializante” de algunos gobiernos mexicanos con el papel de México en Centroamérica y el voto mexicano en las Naciones Unidas. En este punto de la política exterior de México, el embajador norteamericano hizo girar su discurso¹² en torno a cuatro ejes:

1.— El *énfasis en los intereses norteamericanos en la región*. Esta apreciación se vincula directamente con los principales lineamientos¹³ de la administración Reagan para replantear la política de Carter e involucrar más directamente a Estados Unidos a favor de los grupos conservadores más afines a sus intereses.

2.— Postura pública de apoyo a las gestiones del Grupo de Contadora, único organismo regional en el que no participaba Estados Unidos, pese a que sus intereses estaban en juego. Este apoyo fue maleable, aunque en privado Gavin llegaba a *mirar con desconfianza a ese organismo*.

3.— *Juego secreto* norteamericano en favor de la *contra* nicaragüense, mientras públicamente rechazaba cualquier tipo de intervencionismo. Las mismas fuerzas políticas de Washington que estaban coordinando la gestión del embajador Gavin resultaron también las organizadoras de la *contra*.¹⁴

4.— Advertencias más o menos insistentes de que la inestabilidad y el comunismo centroamericano podría tocar las puertas de EU

en su frontera sur, aprovechando los problemas sociales, políticos y económicos de México. Así, México se convertía en punto clave del conflicto centroamericano en la óptica de Estados Unidos.

Al principio de su gestión, Gavin fue cuidadoso: “Obviamente los enfoques de México y de EU respecto a los trágicos problemas de América Central no son idénticos, aunque tampoco son incompatibles. Es un error concebir nuestros puntos de vista como conflictivos. Consideramos, *al igual que los mexicanos responsables*, que se requieren reformas fundamentales para asegurar la justicia social y económica en toda Centroamérica. Continuaremos haciendo todo cuanto podamos para alentar tales reformas y desanimar el uso de la violencia como un sustituto del poder político”, dijo a mediados de 1982.¹⁵

Pero bien pronto cambió su enfoque. Al menos hacia el público norteamericano manejó justamente aquellos elementos psicológicos que iban a ir modificando y fortaleciendo el apoyo a la estrategia intervencionista de la Casa Blanca: Centroamérica era una frontera de EU y los conflictos podrían llegar al territorio norteamericano a través de la inestabilidad de México. En un programa de televisión en EU,¹⁶ Gavin respondió a la pregunta de si cree que los problemas de Centroamérica subirán a México y cruzarán el Río Bravo:

“Nosotros estamos preocupados por esto y también los mexicanos; hay injusticia social (en México), nosotros lo reconocemos y también los mexicanos. Nos gustaría verlos resueltos, igual que a los mexicanos. *Algunos temen que estos problemas* (de injusticia social en México) *cruzen la frontera*. Si es así, *no sólo es un problema que incumba a los mexicanos, sino también a nosotros*”. Según la información difundida sobre ese programa, Gavin insistió en establecer la similitud de El Salvador, Guatemala y México y en advertir al público estadounidense: “yo diría que tenemos un mayor espectro de asuntos con México, más que ningún otro país en el mundo”.

Tiempo después, el propio Gavin endurecería su discurso. A principios de 1985,¹⁷ ante una asamblea republicana en Washington, al comienzo de la segunda y más fuerte presidencia de Reagan dijo:

“*La puerta de la agresión soviética a México es Centroamérica*. Los mexicanos subestiman eso y cuando les preguntan sobre ello, dicen que Estados Unidos no permitirá eso”. “Algunos sandinistas han dicho: nos veremos en la frontera mexicano-texana algún día”.

Más adelante, un año después, y luego de algunas filtraciones a la prensa norteamericana, Gavin encaró directamente el voto mexicano en las Naciones Unidas. Ya desde octubre de 1984,¹⁸ el embajador norteamericano había deslizado algunas críticas por ese voto, argumentando que iba siempre contra las iniciativas e intereses de Estados Unidos y por tanto caía en la esfera de defensa de los intereses de la Unión Soviética. Esta campaña se enderezaría contra el entonces embajador mexicano en la ONU, Porfirio Muñoz Ledo, personaje que llegó a encabezar en nombre de México al Consejo de Seguridad de la Organización y el Grupo de los 77.

Hacia comienzos de 1986 y en medio de otras declaraciones sobre temas conflictivos —relaciones fronterizas, narcotráfico y Centroamérica—, el embajador habló más concretamente del asunto:¹⁹

“Lo que objetamos (del voto mexicano en la ONU) es que cuando países como México votan en resoluciones que no atañen directamente a Estados Unidos en favor de conservar párrafos que, atacan a Estados Unidos, cuestionan nuestra buena fe o señalan específica o negativamente a nuestro país (EU). Sostenemos que tales ataques son *inmoderados* y *abusivos*. Rara vez se utilizan este tipo de referencias en las Naciones Unidas y representan un trato que simplemente no esperamos de un país amigo”.

Los pleitos del embajador

En medio de este tipo de activismo, por primera vez —otro hecho del cual fue precursor— el embajador de Estados Unidos se enfrentaba con importantes sectores mexicanos para defender el intervencionismo estadounidense. Las declaraciones de Gavin, la mayoría de ellas, irritaron a algunas formaciones políticas, al grado de convertirse en un factor de alejamiento y confrontación entre los dos países. A diferencia de sus predecesores que actuaban en la sombra para eludir la confrontación pública o que eran bastante refractarios a la crítica, Gavin salió al terreno del debate a virtualmente pelearse hasta con uno que otro secretario de Estado del gobierno y tuvo un *match* bastante fuerte con el presidente nacional del PRI, Adolfo Lugo Verduzco.

Los enfrentamientos del embajador se situaron en tres niveles: los que obtuvo con la clase política gubernamental, los que eludió

con la oposición de izquierda —partidos y sindicatos— y los que alentó con la prensa nacional. De carácter violento, aunque afable ante las cámaras de televisión, Gavin llegó a reclamarle a la prensa su comportamiento. De acusaciones acerca del profesionalismo de los medios y de su influencia en los “niveles de incomprensión” entre México y EU²⁰ llegó hasta hacer acusaciones globales y bastante temerarias respecto a que la prensa mexicana “es pagada por la Unión Soviética”²¹ y que toda la prensa “es corrupta”.²²

En el periodo 1983-1986, Gavin se vio enfrascado en varias importantes polémicas públicas con sectores mexicanos. Se llegó a pedir —por parte de sindicatos y partidos de oposición— su expulsión del país, la aplicación del artículo 33 y el aislamiento diplomático. Inclusive, a finales de 1984²³ la Secretaría de Relaciones Exteriores de México le pidió a la Cámara de Diputados un dictamen sobre el embajador Gavin. Antes,²⁴ en septiembre del mismo año, el presidente del PRI, Adolfo Lugo Verduzco, calificó de “imprudentes” algunas declaraciones del embajador y casi simultáneamente el propio canciller Bernardo Sepúlveda censuró cierto activismo de Gavin. El embajador reaccionó violentamente y acusó a políticos y funcionarios mexicanos de empañar las relaciones entre los dos países con acusaciones al representante diplomático estadounidense. Pero el mensaje estaba enviado: además del político y del canciller, otros funcionarios muy cercanos al presidente Miguel de la Madrid —como el líder del Senado y luego secretario de Educación, Miguel González Avelar, y el secretario de Turismo, Antonio Enríquez Saignac— hablaron públicamente en contra de Gavin.

Los puntos de fricción no fueron circunstanciales. En 1983 se dieron en torno a la cena del cónsul norteamericano en Hermosillo, Anthony Arredondo, con empresarios, líderes panistas y un arzobispo conservador. Ese mismo año comenzaban a provocar resquemores algunos reportajes de la prensa extranjera sobre México, evidentemente alentados por el embajador, y otros de la prensa nacional sobre el acoso fronterizo de EU. En 1984 provocaron irritación en el medio político las declaraciones de Gavin en favor del PAN y ciertas de tono regañón contra el PRI y provocaron algunas iras gubernamentales por las denuncias de Gavin acerca de la inseguridad en las carreteras de México. En 1985 dos temas fueron quemantes: la ofensiva norteamericana aprovechando el asesinato del agente anti-

narcóticos norteamericano Enrique Camarena Salazar y el intervencionismo diplomático durante las elecciones legislativas.

La cronología de estas afrentas es interesante:²⁵

- 25 de marzo de 1983: En Manzanillo, en una reunión de la Sociedad Interamericana de Prensa, Gavin acusó de distorsiones a la prensa nacional y extranjera, y acredita a ella algunas fricciones entre los dos países. Dijo que la prensa mexicana ha llegado a magnificar hechos fronterizos y a publicar versiones de la vigilancia del lado estadounidense que no son verdad. De la extranjera señaló que insiste en presentar aumentos en la inestabilidad mexicana como consecuencia del conflicto centroamericano, aunque no reconoció que él mismo participó en algunos programas de televisión en EU donde expuso justamente esos criterios.²⁶

- 7 de julio: Gavin se lanzó contra lo que calificó como “prensa de izquierda” que aumentó los niveles de “incomprensión” entre las dos naciones. Refiriéndose indirectamente a algunos artículos al respecto, Gavin dijo: “aquellos elementos de la sociedad mexicana que no encuentran cómo justificar sus fracasos si no culpan de ello a Estados Unidos denigran a su espléndido país y a su propio pueblo”.

- 31 de agosto: Frente a las críticas por la presencia del PAN como invitado de honor en la Convención Republicana de Dallas y por el ingreso —según anuncio de Richard Allen, ex consejero de seguridad nacional de Reagan y entonces encargado de relaciones internacionales del Partido Republicano— del PAN al Fondo para la Democracia, Gavin saltó a atacar al PRI y los acusó de decir “verdades a medias”. Dijo que el PRI estuvo presente en la Convención Demócrata y que el embajador de México en EU, Jorge Espinoza de los Reyes, estuvo en la Convención Republicana como representante del gobierno “y del PRI”.

- 21 de septiembre: Acosado por las críticas, Gavin eludió la confrontación: “he decidido no responder, por ahora, a ninguna crítica que no esté fundamentada en hechos”. “Tengo la convicción de que hay ocasiones en que es mejor dejar que la información errónea y las falsedades caigan por su propio peso”. Las críticas habían arreciado en cierto sector político priísta, pero también en algunos medios de la oposición de izquierda. Sobre todo, el presidente del PRI había caracterizado —por primera vez en la historia de las relaciones modernas

entre los dos países— de “imprudentes” las declaraciones del embajador respecto a las “verdades a medias”. Cuando el presidente del PRI reaccionó a esta frase, el vocero de prensa de la embajada estadounidense acusó a la revista *Proceso* de mantener viva la polémica. La acusación de Gavin fue en septiembre y hasta octubre reaccionó el PRI. La respuesta del PRI fue a través de Lugo Verduzco y de la dipu-tada Irma Cué Duarte, secretaria general de ese partido.

- 26 de septiembre: En Colima, Gavin fue abucheado por un grupo de estudiantes cuando salía de una audiencia con la gobernadora Griselda Alvarez. Gavin, disimulando su enojo, encaró a los estudiantes y se dirigió a ellos de manera provocadora: “¡bravo, más fuerte!”. Hubo un incidente entre la escolta personal del embajador con los periodistas. No se llegó a mayores.

- 26 de septiembre: Las fricciones de Gavin con el PRI llegaron a Washington. El Departamento de Estado, por medio de un vocero autorizado, calificó de “totalmente infundadas” las acusaciones de Lugo Verduzco. Esa dependencia declaró que “el embajador Gavin no ha trascendido los límites de sus responsabilidades diplomáticas”.

- 8 de octubre: En una entrevista por *Radio Metrópoli*, del D.F., Gavin se fue sobre los periodistas mexicanos. Llamó “calumnias” a algunas de las informaciones y análisis que se habían publicado sobre las relaciones México-EU. Dijo: “para que exista una mayor comprensión mutua, los mexicanos deben observar y entender el sistema político de Estados Unidos”. A una pregunta sobre las acusaciones de intromisión del embajador en asuntos políticos internos, Gavin fue claro: “dígales (a los periodistas que dicen eso) que el señor que sabe algo de la prueba del añejo quiere saber algo de la prueba de la verdad. Y a ver si le dan pruebas”. Respecto a los partidos que pedían que lo declararan persona *non grata*, Gavin afirmó: “son elementos izquierdistas, marxistas, comunistas”. Pese a que se había comprometido a evadir el punto, volvió a revivir —de su lado— la polémica con el PRI: “hemos notado algunas acusaciones, pero no se nos dice en qué hemos pecado”. Luego le preguntaron sobre las versiones periodísticas que lo acreditaban como el embajador más polémico de EU. Gavin respondió: “usted se refiere a la opinión de muchos columnistas y comentaristas. Entonces, para empezar, debemos saber que esos señores viven de la polémica, y viven de columnas”.

- 19 de octubre: En Guadalajara, en una reunión de turismo con rotarios mexicanos y norteamericanos, el embajador de EU rompió lanzas con la prensa. Dijo que en México “sólo uno y medio periódicos son recomendables de leer”. Luego atacó: “Estados Unidos no permanecerá agachado ni será cordero de sacrificio de ideólogos y ultranacionales que se solazan y lo utilizan (a EU) como su caballo de batalla”. Más: negó rotundamente la injerencia de EU en asuntos de México y se quejó de algunos mexicanos que culpan a su país (EU) por algunas situaciones en la economía mexicana, y a quienes calificó de “izquierdistas vociferantes” y “simpatizantes del marxismo o marxistas”. En su discurso, titulado “México: preguntas y respuestas” y en el que abordó toda la gama de problemas mexicanos y norteamericanos, Gavin habló de que los mexicanos son gente amistosa, especialmente con su país, “pero hay una minoría de éstos que hablan mucho y con frecuencia culpan a Estados Unidos de todo su fracaso, incluyendo el suyo propio”.

- 23 de octubre: Luego de reunirse con el gobernador de Chihuahua y con dos alcaldes panistas —uno muy importante jefe conservador, Luis H. Alvarez, y el otro alcalde de Ciudad Juárez y posteriormente candidato panista a la gubernatura en 1986—, Gavin rechazó su intromisión en política mexicana. Dijo que todas sus intervenciones han sido “muy correctas, siempre en ayuda y cooperación con México”. Luego justificó: “para nosotros no existe oposición, solamente autoridades”, dijo respecto a su reunión con los alcaldes panistas.

- 11 de noviembre: En un artículo publicado en *The New York Times*, Gavin hace declaraciones referentes a su polémica actuación en México. Vuelve a la polémica con el PRI, cuando él mismo había prometido silencio: “virtualmente todos mis predecesores tuvieron que tolerar esa tontería”, dijo sobre las acusaciones de imprudencia en su gestión diplomática.

- 27 de noviembre: Para cerrar el año de las peores relaciones de México con el embajador norteamericano, Gavin dejó traslucir su irritación por la falta de decisión de México de abrir la inversión extranjera. Dijo que los inversionistas “deben estar preparados a recibir insultos” de mexicanos “xenófobos y antinorteamericanos”. En estas declaraciones, pronunciadas en Dallas, Gavin reiteró sus acusaciones contra

la inseguridad en las carreteras. Sin decirlo, el diplomático estaba contestando la acusación que días antes, el 9 de noviembre, en su comparecencia en el Senado mexicano, el secretario de Turismo, Enrique Savignac, había lanzado contra Gavin: el embajador hace a México un “daño injusto” por su campaña respecto a la inseguridad en México.

- 14 de enero de 1985: En la revista *Proceso*, en una accidentada entrevista, Gavin intenta polemizar y acusa a la prensa de la mala imagen norteamericana en México, de distorsionar, mal interpretar, profundizar las rencillas, inventar. “¿No les da vergüenza?”, le preguntó al incómodo y azorado reportero. Se quejó de los ataques por la participación norteamericana en la cena de Hermosillo entre personal de la embajada con líderes panistas, dirigentes empresariales y un arzobispo. También se quejó de que la prensa acusó a su madre de encabezar un grupo separatista para anexar Sonora a EU.

- 30 de enero: Gavin vuelve a atacar a la prensa. La acusa de una “cobertura irresponsable” de los asuntos bilaterales. Afirmó que existen diferencias entre México y EU respecto a algunos asuntos, pero que “la cobertura de prensa irresponsable, maliciosa o rentada frecuentemente empeora las cosas”. En una comida en la Cámara Americana de Comercio, Gavin arma un *show*, con chistes, falsas llamadas telefónicas de la Casa Blanca —chiste por lo demás muy socorrido en EU entre los políticos—. Claro, Gavin agradece la crítica porque, según él, el presidente Reagan le dijo recientemente que si no lo atacaban así una vez al mes “no estaba yo cumpliendo con mi trabajo”. Acusó de “vicarios soviéticos” a quienes pedían declararlo persona *non grata*.

- Febrero, marzo, abril y mayo: A lo largo de cuando menos cuatro meses, el embajador se soltó con críticas contra el gobierno mexicano por el asunto del narcotráfico.

- 10 de agosto: Gavin calificó de “mentiras algunas informaciones respecto a supuestas campañas de EU contra el turismo mexicano”. En una entrevista con la conservadora revista *US News*, Gavin criticó a lo que llamó la “izquierda vociferante” que impedía mayores inversiones extranjeras y dijo que ese grupo “prefiere no ver a su país próspero, antes que verlo estrechar los lazos con Estados Unidos”.

- 21 de agosto: Gavin endurece su posición contra la prensa. En una entrevista publicada en el periódico *The Houston Post*, Ga-

vin dijo que “algunos periodistas mexicanos son pagados por Cuba y la URSS para que escriban artículos contra EU”. El periodista aclaró que Gavin no pudo mostrar pruebas de esos pagos. Sin embargo, en el curso de la entrevista Gavin insistió en caracterizar de procomunista a la mayoría de la prensa mexicana que lo atacaba.

- 15 de mayo de 1986: En su discurso de despedida como embajador ante la Cámara Americana de Comercio, el embajador Gavin se lanzó a fondo: toda la prensa mexicana es amarillista y corrupta. Para poder decir su discurso, Gavin echó del recinto a la prensa nacional e impidió el acceso de los fotógrafos. Criticó a la prensa y dijo que lo haría “aunque algunos de los que estén aquí presentes se indignen”. Dijo que los medios de difusión son corruptos. Aseguró que reciben compensaciones económicas: “un sobre lleno de dinero en efectivo compra la lealtad de la prensa mexicana. En México se puede pagar para que mienta. En Estados Unidos no se puede comprar (la prensa), allá se miente por convicción”.

- 1 de julio: Gavin, ya como ex embajador, llamó a una conferencia de prensa para aclarar sus conceptos en las audiencias públicas del senador Jesse Helms, que habían provocado la respuesta airada del ex presidente José López Portillo. Aunque Gavin había aclarado que no había dicho lo que dijeron que había dicho, el periódico *Excelsior* hizo una reproducción exacta de sus comentarios y éstos resultaron iguales a los anteriores. La entrevista fue accidentada, porque Gavin interpeló a los entrevistadores. Para terminar, preguntó a un periodista: “—¿Usted es de *Excelsior*?”. “—Sí —dijo el reportero—”. Gavin dijo, rápidamente, en inglés: “— Debía estar avergonzado”. Antes de que alguien pudiera hacer algo, se retiró atropelladamente.

Notas

- 1.— “Operación Gavin”, *El Día* del 26 al 31 de marzo de 1985.
- 2.— Roger Fontaine en *The Miami Herald*, 24 de agosto de 1980.
- 3.— Gregorio Selser en *El Día*.
- 4.— La revisión es exhaustiva. La prensa nacional fue prolífica en la publicación de las declaraciones del embajador John Gavin. Esta revisión se basa en recortes de *El Día*, *Excélsior*, *La Jornada*, *Uno más Uno*, *El Universal*, *Proceso* y boletines oficiales de la embajada de EU en México. En el rubro de definiciones básicas sobre relaciones México-EU comprende del 18 de mayo de 1982 al 2 de julio de 1986.
- 5.— *Ibid.*
- 6.— *Excélsior*, 16 de junio de 1982.
- 7.— *El Universal*, 14 de marzo de 1984 y *La Jornada* 10 de noviembre de 1984.
- 8.— *Excélsior* y *El Día*, 1 de marzo de 1985.
- 9.— “Plan Baker”, en *El Día*, sección Testimonios y documentos.
- 10.— Ver nota 4.
- 11.— Ver nota 4.
- 12.— Ver nota 4.
- 13.— Directiva 124, en *Excélsior*, 2 de julio de 1984, Constantine Menges en *Foro Internacional*, abril-junio de 1982, Declaración de Santa Fe *EU Perspectiva Latinoamericana* No. 9 primer semestre de 1981, Discurso de Reagan ante el Comité de Relaciones Exteriores de Chicago, 17 de marzo de 1980, y de Roger Fontaine en *The Miami Herald*, 24 de agosto de 1980.
- 14.— Ver “Operación Menges” en *El Día*, 16 al 21 de octubre de 1985.
- 15.— Discurso de Gavin en la Cámara Americana de Comercio, 18 de mayo de 1982 distribuido por la embajada de EU.
- 16.— Manuel Buendía, “Red Privada”, *Excélsior*, 29 de julio de 1982.
- 17.— *Uno más Uno*, 28 de enero de 1985.
- 18.— Mundo Diplomático, citado en *Excélsior*, 6 de octubre de 1984.
- 19.— *El Día*, *Excélsior* y *Uno más Uno*, 7 de febrero de 1986.
- 20.— *Excélsior*, 25 de mayo de 1983 y 7 de julio de 1983.
- 21.— *La Jornada*, 4 de septiembre de 1985.
- 22.— *Excélsior*, 16 de mayo de 1986.
- 23.— *La Jornada*, 5 de febrero de 1985.
- 24.— *Ibid.*
- 25.— Ver nota 4.
- 26.— Manuel Buendía, “Red Privada”, en *Excélsior*, 29 de julio de 1982

México y la diplomacia de Reagan

Bernard Shaw en Pennsylvania Avenue

Al margen de personalismos y superficialidades, la actuación del embajador John Gavin en México *no fue del todo* gratuita. Un complicado, contradictorio y aplastante contexto norteamericano e internacional le dio justificación y consuelo: la redención de la deteriorada y macilenta política exterior de Estados Unidos como vía de reconstrucción del *consenso nacional* perdido en Vietnam y Watergate, hundido en los desiertos y selvas de Irán y Nicaragua, y sumergido en las espesas aguas de las luchas de liberación nacional de pueblos que lograron sortear las pugnas y negociaciones Este-Oeste.

Algo complejo explica la gestión de cinco años en México de un embajador sometido a críticas y explicaciones pero decidido a rehacer la autoridad del poderoso vecino del norte. Así, en México, Gavin fue una pieza clave del nuevo tablero de ajedrez nacional e internacional que la administración Reagan quiso colocar en la mesa de juego. “Las dificultades son monumentales”, escribió *The New York Times* en 1981.¹ “Ronald Reagan llega a la presidencia en un momento en que las fuentes de confianza pública casi se han secado, cuando las ansias que Norteamérica siente de recuperar el control de su destino se advierten palmariamente a lo largo y ancho del país”.

Se estaba, de hecho, frente a una fractura histórica. “(Los) 52 rehenes (norteamericanos en Teherán), simples peones en las bizantinas luchas intestinas iraníes, se transformaron en la viva imagen de

la sensación de constante impotencia en Norteamérica. Y para el ego nacional tuvo efectos devastadores el que el intento de rescate de estos rehenes fracasara, debido a que la tan cacareada tecnología norteamericana falló en aquel desierto”.²

Eran cosas serias las que estaban en juego. De una parte,³ “después de Vietnam y Watergate los poderes de la presidencia han quedado debilitados”. De otra,⁴ “desde la campaña de John F. Kennedy en 1960 ningún candidato presidencial americano ha optado por el cargo dando la voz de alarma (como Reagan) de que Estados Unidos se había visto peligrosamente aventajado por la Unión Soviética en la carrera de armamentos”.

Montado en ese pesado y a veces incomprensible para muchos norteamericanos discurso de política exterior, Reagan fue modelando paulatinamente las bases de su presidencia. Y llegó a sensibilizar las fibras más íntimas de los estadounidenses que estaban, pese a los altos índices de desempleo e inflación, gozando el *comfort* a manos llenas. Pero el costo estaba resultando, en el enfoque de los expertos en seguridad nacional de Reagan, demasiado alto.

Por un lado, la pugna Este-Oeste estaba obedeciendo a ciertas reglas del juego que soslayaban pugnas en las zonas estratégicas de la geopolítica norteamericana: Medio Oriente, Centroamérica, el Caribe, África Negra, Norte de África, América Latina y hasta en Europa nuevas correlaciones de fuerzas políticas se imponían por encima de la supervisión de Washington. El avance de las luchas de liberación llegó virtualmente a asustar a muchos estrategas republicanos.

De otro lado, la hegemonía norteamericana estaba dejando mucho qué desear. En materia comercial,⁵ la presencia de los productos norteamericanos en el mercado internacional había caído 40 por ciento en 30 años. Hacia 1951, en la época de oro del comercio exterior norteamericano como producto de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos llegó a acaparar el 40.3 por ciento de las exportaciones totales de los países industrializados. Para 1980, esa participación apenas era de 24 por ciento —cifra que se mantiene hasta la fecha—. En cambio, dos grandes derrotados de la contienda de mediados de siglo estaban ganando la guerra económica y comercial de las grandes potencias: Japón pasó su participación en las exportaciones de los industrializados de 3.7 por ciento en 1951 a 18.5 por ciento en 1984 y Alemania Federal de 9.4 a 18.7 en el mismo periodo.

Para Reagan, algo había que hacer. Nació, así, al calor de divisiones internas y de debilidades externas, la configuración de lo que puede conocerse como el *imperio pigmaliónico*, con esa avidez del poderoso por hacer a otros a su imagen y semejanza, aun a costa de sufrimientos y desviaciones, de sumisiones y luchas de resistencia. Una cosa iba aparejada a la otra, pues⁶ la política exterior no puede ser —en afirmación de Henry Kissinger— sino la extensión de la política interior.

Reagan lo sabía y así lo hizo saber:⁷

“Su motivo (de Reagan) es despertar al gigante norteamericano y hacerle ver de nuevo su destino manifiesto: vigilar la restauración de una nación económicamente robusta y militarmente fuerte y activa en la palestra mundial; y encender de nuevo el heroísmo descarnado y el orgullo patriótico al estilo John Wayne.”

Así, de manera clara, Reagan se embarcó en una ambiciosa tarea: reconstruir el poderío de Estados Unidos en el exterior, como una manera de consolidar una hegemonía en el interior. El salto era enormemente cualitativo: el cine como fábrica de sueños pasó a ser, con el tiempo y la historia, la realidad del poder de sus protagonistas.⁸

Las cosas estaban claras. En un discurso⁹ pronunciado para amarrar su candidatura republicana a la presidencia, Reagan habló abiertamente. Después de referirse a las “buenas noticias” —en un juego de palabras porque no hizo sino enlistar los estragos en la economía norteamericana de la política de Jimmy Carter—, Reagan dijo:

“La mala noticia es que ahora nos enfrentamos a una situación en la cual nuestro principal adversario, la Unión Soviética, nos sobrepasa virtualmente en todos los aspectos de la fuerza militar. Mientras los soviéticos arrogantemente nos advierten que debemos estar alejados de su camino, nosotros nos ocupamos de buscar violaciones a los derechos humanos en aquellos países que *históricamente* han sido nuestros aliados y amigos. Esos amigos se sienten traicionados y abandonados, y en varios casos específicos así ha sido en realidad.”

“Un Estado satélite de los soviéticos opera libremente a 90 millas de nuestra costa; nuestras embajadas son el blanco de ataques terroristas; nuestros diplomáticos han sido asesinados y medio centenar de norteamericanos se acerca al quinto mes de cautiverio en nuestra embajada en Irán. *Todos hemos sido deshonorados, y nuestra credibilidad de gran nación ha sido comprometida*, por no decir

otra cosa. *Nuestro escudo se ha oxidado.*”

Para desoxidar el escudo

En este amplísimo contexto, la *nueva política exterior* de la administración Reagan estuvo montada en una recuperación de la fuerza y poderío de Estados Unidos. Reagan fue claro al señalar que la diplomacia de EU debería alejarse de “la vacilación, la pasividad y la falta de objetivos”¹⁰, además de impedir la decadencia del imperio norteamericano. El camino de esa política alternativa debería cumplir tres exigencias:¹¹

“Primero, debe estar basado en *convicciones firmes*, inspiradas tanto por una clara visión del futuro de Estados Unidos como por *la fe* en el mismo.

“Segundo, requiere de una economía fuerte, producto de un sistema de libre mercado, que *nos confiera un liderazgo* incuestionado en la creación de la tecnología.

“Tercero, y bastante simple, debemos tener la incuestionable capacidad de *preservar la paz mundial y nuestra seguridad nacional*”.

Al asumir la presidencia en enero de 1981, Reagan se dio a la tarea de convertir en política de Estado lo que muchos entendieron sólo como discursos fogosos de campaña política. El cambio fue bastante notable: desde los primeros días de la administración Reagan, una nueva política exterior comenzó a operar. Aunque algunos quisieron ver en ella los mismos perfiles de la diplomacia sustentada en el expansionismo, la división bipolar y la seguridad nacional, en realidad los aspectos operativos de esos enfoques advirtieron algunos rasgos novedosos. De todos modos, resultó nueva después de las vacilaciones de Kennedy, el repliegue de Johnson, la distensión de Nixon, el desconcierto de Ford y el moralismo de Carter.

A lo largo de seis años de administración Reagan, la revitalizada política exterior de Estados Unidos ofreció algunos perfiles que explican el comportamiento del propio gobierno norteamericano y la beligerancia y activismo del embajador John Gavin:

- Enfoque básicamente en torno al enfrentamiento entre EU y la Unión Soviética en todas las áreas y en todo el mundo. Para EU, la URSS es la culpable de todas sus desgracias. Aunque pueda sonar a un argumento justificatorio, buena parte del consenso de la posguerra

—fundamentalmente en la etapa de la reconstrucción económica, la guerra fría y la afirmación de las áreas de influencia— en EU se estructuró en la lucha contra el avance del comunismo soviético.

- La reconstrucción inmediata del poderío militar norteamericano. Reagan fue crítico de las conversaciones sobre limitación de armas estratégicas, al grado de prácticamente desaparecer los convenios SALT que otros presidentes habían aceptado. Y más aún: amplió el poderío de cohetes de EU en Europa y se lanzó a la famosa *star wars* —o multimillonario proyecto de *guerra de las galaxias*.

- Frenar a la URSS en cualquier parte del mundo. Es más, la administración Reagan ha llegado a fabricar evidencias de supuesta presencia soviética en áreas sensibles del globo en las que Estados Unidos tiene intereses económicos, estratégicos y de seguridad nacional. Una vez fabricado el enemigo, todo el peso del poderío norteamericano tiende a resolver la cuestión desde la perspectiva estadounidense.

- Exigirle a los países aliados lealtad y disciplina al liderazgo norteamericano en el exterior, evitando lo que EU llama coqueteos — así ocurrió con Europa Occidental, que vive bajo el paraguas estadounidense pero quiso establecer un gasoducto con la URSS en 1982—. Este apego debería manifestarse inclusive en asuntos en donde los países aliados no estén involucrados directamente, pero en donde EU tenga conflictos que resolver.

- Unidad en el mando de la política exterior y definición concreta de tareas y responsabilidades.

- Beligerancia de las representaciones diplomáticas de EU en todo el mundo. Asimismo, designación de embajadores en función de compromisos con grupos políticos conservadores internos y no por escalafón diplomático. Buena parte de miembros de los grupos ultraderechistas que apoyaron a Reagan recibieron embajadas bien importantes en el exterior.

- Definición de esquemas teóricos para la aplicación de la política exterior norteamericana, a fin de propiciar la alianza de otros países en asuntos perfectamente dilucidados.

- Cambio del concepto de derechos humanos de la administración Carter por el pragmatismo de regímenes aliados a la administración Reagan.

- Recuperación, mediante esas acciones, del consenso nacional

en dos áreas y a través del trabajo en dos niveles: de un lado, el consenso nacional respecto a asuntos internos y a asuntos externos; de otro, la búsqueda del apoyo mayoritario de la opinión pública y la reconstrucción del consenso bipartidista —republicanos y demócratas lado a lado— en espinosos temas de política exterior.

Los caminos llevan a Washington

Las tareas fueron precisas y de largo plazo. No por menos, por ejemplo, el ex consejero de Seguridad Nacional de Nixon y ex secretario de Estado de Nixon y de Ford, Henry Kissinger, acreditó la reelección de Reagan en noviembre de 1984 al papel de éste en la reconstrucción del poderío exterior norteamericano.¹² Para Kissinger —experto en temas diplomáticos— “el destino (del presidente Reagan) y sus propios logros lo colocaron en posición de *restaurar, por primera vez en década y media, un consenso nacional acerca de la naturaleza y los fines de la política exterior de Estados Unidos*”.

La apreciación de Kissinger resulta certera. Entre otras cosas, porque el perfil de *halcón* del ex secretario de Estado se suma justamente a aquello que la administración Reagan logró superar: enfocar el *interés vital* de Estados Unidos en el exterior en función de los intereses estratégicos y de seguridad nacional de Norteamérica y no en medio de vacilaciones. Kissinger resulta certero y hasta irónico:

“... tradicionalmente para Estados Unidos *ha sido más cómodo* definir sus intereses de seguridad en términos legales, más que en términos geopolíticos o estratégicos.” “Gran parte de sus debates domésticos (de EU) implican que *en caso de una agresión la primera persona que un presidente debe llamar es a su abogado*. El hecho es que las obligaciones reflejan el interés, no lo crean”. “*El poder sin metas lleva a tomar posturas: la diplomacia sin poder se agota en retórica.*”

En el esquema de Kissinger, el triunfo electoral para la reelección le significó al presidente Reagan un triunfo y un compromiso. Ambos hechos convergieron en una sola tarea, de por sí avanzada en

los cuatro años anteriores pero con necesidad de adelantarla aún más: “el presidente Reagan tiene una doble tarea: *debe superar las divisiones* referentes al *propósito nacional* de Estados Unidos y a la vez *extender* la base del consenso nacional estadounidense, y al revés de la predilección de sus electores tradicionales, tiene todos los incentivos para apoderarse del terreno medio”.

A partir de los logros en algunos puntos de política exterior —rearme, Centroamérica, confrontación con la URSS— en los primeros cuatro años de la administración Reagan, Kissinger sugirió lanzarse más a fondo y convertir esa tarea en conquista permanente. “El último reto al gran comunicador (a cuyo perfil se le acredita buena parte del consenso nacional en política exterior a Reagan) es añadir el laurel del gran educador. *Debe tomar el bipartidismo más allá del común denominador*. El país necesita una visión que no sea ambigua del mundo por quien lucha y de los peligros que deben superarse.”

Desde el principio, el problema del consenso se convirtió en prioridad reaganiana. El fantasma de Vietnam, que aún rondaba por algunos de los pasillos y cubículos de la Casa Blanca y que estaba convertido en una espina clavada en el corazón del pueblo estadounidense, debía superarse mediante la *reconstrucción del apoyo social a la política exterior*. En este sentido, en abril de 1985, el secretario de Defensa, Caspar Weinberger, definió las ocho razones específicas que debieran cumplirse para que Estados Unidos se embarcara en otra guerra como la de Vietnam. Una de ellas decía, a propósito del uso de la fuerza —invasión con tropas norteamericanas—: sólo puede utilizarse cuando el gobierno tuviera “una *seguridad razonable* de estar respaldada por su pueblo”.¹³

La crisis era más que evidente. En 1984,¹⁴ el ex asesor de asuntos de seguridad nacional del presidente Carter, Zbigniew Brzezinski, señaló las tendencias históricas de la política exterior norteamericana: “aproximadamente a partir de la posguerra —de 1945 en adelante— hasta alrededor de la mitad de la década de los sesenta, nuestra política exterior se realizaba sobre la base de un *genuino consenso bipartidista*”. “Desde entonces y seguramente durante gran parte de la década de los sesenta y *desafortunadamente aún en la actualidad*, nuestra política exterior ha sido configurada totalmente a través de un *proceso de controversia entre partidarios*.”

Kissinger —el teórico y práctico de la diplomacia y el hombre que recibió la encomienda de Reagan en noviembre de 1983¹⁵ de formar una comisión bipartidista y redactar un informe sobre Centroamérica— centró la posición de Reagan hacia finales de 1984 y definió las posibilidades y tareas del segundo mandato de la administración Reagan: “el más profundo significado del segundo periodo de Reagan es que *ha liberado a Estados Unidos* para emprender, *en un clima de conciliación*, una largamente pospuesta *reconsideración de los supuestos básicos de su política exterior*”.

Pero las tareas no han sido fáciles. En cinco años de gobierno, la administración Reagan pasó por las peores purgas e intrigas palaciegas referidas a la política exterior, además de contar entre sus enlistados con el mayor número de cambios de embajadores y el mayor número de protestas de algunos países contra los representantes diplomáticos de EU —Gavin fue la regla, no la excepción.

De una parte, muchas han sido las fricciones en materia de política exterior. Mientras se definía el mando único, hubo momentos en que las principales cabezas de la política exterior mostraban rencillas abiertas, públicas, que dificultaron algunas tomas de decisiones. Destacó, por ejemplo, la decisión presidencial de no incluir en la comitiva oficial a la cumbre de Ginebra entre Reagan y el dirigente soviético Mijail Gorbachov al secretario norteamericano de Defensa, Caspar Weinberger. Disciplinado, Weinberger se quedó en Washington pero le envió una carta al presidente Reagan con algunos puntos de vista sobre esa reunión. Fuentes norteamericanas dijeron que el director del Consejo Nacional de Seguridad, Robert McFarlane, le filtró la carta al *The New York Times* para afectar la posición de Weinberger. Pero fue el propio McFarlane el que tuvo que renunciar.

También fue importante la disputa en el seno de la administración Reagan entre dos grupos respecto al papel que debería jugar Europa Occidental en la estrategia de EU y cómo debería resolverse el conflicto diplomático por el gasoducto de la URSS a Alemania Federal. Según algunos analistas,¹⁶ los “blandos” —Alexander Haig, secretario de Estado; Donald Regan, secretario del Tesoro, y Malcom Baldrige, secretario de Comercio— estaban en favor del gasoducto. Del lado contrario, los “duros” pidieron inclusive sanciones a los países europeos por coquetear con la URSS: Caspar Weinberger, secretario de Defensa; Jeanne Kirkpatrick, embajadora en la

ONU, y William Casey, director de la CIA. Buena parte de las razones de la caída de Haig se atribuyen a este pleito.

Ha habido otras confrontaciones: durante 1985, el secretario de Estado, George Shultz, enfrentó y disminuyó el poder del senador ultraderechista Jesse Helms, de Carolina del Norte, padrino de varios embajadores —entre ellos John Gavin— y de varios funcionarios de la Casa Blanca. Helms vetó algunos nombramientos de Shultz y éste le puso algunas trampas. También fueron memorables las pugnas de Shultz con McFarlane —consejero de Seguridad Nacional— y de éste con Weinberger. Kirkpatrick quiso tener más beligerancia en la política exterior, hasta que fue removida de su cargo y sustituida por el disciplinado Vernon Walters —ex director adjunto de la CIA y maestro de la intriga internacional.

Al comenzar su primer mandato, la búsqueda de un mando único en la política exterior también le dio dolores de cabeza a Reagan. Antes de terminar el primer año de gobierno, hacia finales de 1981 y principios de 1982, el general Alexander Haig, secretario de Estado, se quejó con el columnista Jack Anderson¹⁷ de que era víctima de una “campaña guerrillera” hacia el interior de la administración que buscaba sacarlo del juego y de la política exterior y dijo que se trataba de un “sabotaje al presidente”. Haig culpó a un “alto asistente de la Casa Blanca”, que por las características de la descripción y por otras rencillas que eran públicas no era otro sino Richard Allen, consejero del presidente en asuntos de seguridad nacional. El presidente Reagan tuvo que sentar a los dos en la oficina oval y pedirles drásticamente que pararan sus querellas públicas.

Las pugnas hacia el interior de la comunidad de toma de decisiones de política exterior estaban dadas por las decisiones del presidente Reagan de cumplir sus compromisos de lucha frontal contra la URSS o de buscar algunos otros caminos de negociación —duros, al fin y al cabo, pero de negociación—. Los sectores derechistas que se incorporaron a la administración Reagan desde el comienzo quisieron llevar a Estados Unidos a una guerra sin cuartel contra la URSS, pero otras voces dentro del gobierno abrieron otras posibilidades para la estrategia norteamericana. Esto llevó, por ejemplo, a que se desatara una guerra intestina dentro del gobierno para hacer desembarcar a una representante de los sectores más duros de la derecha gubernamental, Jeanne Kirkpatrick, en el Consejo Nacional de Seguridad.

Por razones diferentes, el caso es que poco a poco el presidente Reagan logró desideologizar la *praxis* de la política exterior —aunque el discurso político siga enmarcándose en lo que Noam Chomsky ha caracterizado como “*la segunda guerra fría*”— y hacerla más pragmática, inclusive llegando a la confrontación directa —como ocurrió con el ataque a Libia en abril de 1986 o los fondos públicos para la *contra* nicaragüense de junio de 1986— pero en un esquema preciso de intereses. Así, al fortalecerse la administración con la reelección de Reagan, hacia mediados de 1986 —tal vez la fecha más precisa— el presidente de Estados Unidos había logrado conformar un equipo más homogéneo, menos comprometido con la teoría que con la acción directa. Los cambios en la rama de la política exterior le dieron a Reagan la posibilidad de reforzar el autoritarismo y la hegemonía norteamericana y le permitieron emprender acciones intervencionistas como los derrocamientos en Haití y Filipinas y el involucramiento del embajador Gavin en la vida política de México y las elecciones legislativas de 1985.

Los cambios resultaron importantes para asegurar las riendas de control de la diplomacia —la abierta y la secreta— en los temas globales del interés estadounidense:

- En el Departamento de Estado salió el general Alexander Haig en junio de 1982 y arribó el economista George Shultz. Durante lo que quedó de la primera administración Reagan, Shultz combatió contra los sectores más duros, sin ser él mismo un blando. La pugna fue por posiciones burocráticas, porque Shultz fue posteriormente el cerebro de las caídas de Duvalier, Marcos y del ataque a Libia. Hacia los comienzos del segundo mandato de Reagan, Shultz ya tenía el control único en política exterior, al grado de haber desplazado a personajes de los grupos ultraderechistas, inclusive a dos posiciones claves del senador Jesse Helms: la embajada en la ONU y la embajada en México.

- En la ONU salió a comienzos de 1985 la embajadora Jeanne Kirkpatrick y arribó el general Vernon Walters. La Kirkpatrick quería el Departamento de Estado o —mínimo— el Consejo Nacional de Seguridad, pero el bloqueo interno impidió ese ascenso. El cambio fue importante para consolidar el poder de Shultz: Walters, ex director adjunto de la CIA cuando el director era George Bush, hombre de ac-

ción en las actividades subterráneas y clandestinas de la política exterior, ha resultado una especie de secretario de Estado adjunto o alterno, brazo indispensable de Shultz. Cuando el ataque a Libia en abril de 1986, a Walters le tocó buscar el apoyo de los aliados europeos y luego lidiar con el Consejo de Seguridad de la ONU. Con este cambio, la embajada de EU en la ONU volvió a plegarse a los intereses y directrices de la Casa Blanca, porque Kirkpatrick respondía más a las riendas del senador Helms que a las de Reagan.

- En el Consejo Nacional de Seguridad, Reagan pareció haber tenido mala suerte. Primero nombró a Richard Allen, un académico ultraderechista, vinculado a la CIA, salido del Centro de Estudios Estratégicos de la Universidad de Georgetown. Pero Allen tuvo que renunciar un año después, acusado de haber recibido —y no declarado— mil dólares de una revista japonesa, en retribución por haber sido el intermediario para una entrevista con Nancy Reagan. Aprovechando además el desgaste de Allen por conflictos en la toma de decisiones de política exterior —Allen pasó a ser el responsable del exterior del Partido Republicano y el operador del famoso Fondo Nacional para la Democracia de EU—, Reagan nombró a su amigo William Clark, inexperto en el campo diplomático —y así lo demostró en las sesiones del Senado en busca de su confirmación— pero hombre cercano al presidente. Clark duró poco. En 1983 llegó al CNS otro hombre: Robert MacFarlane, más hábil y más duro, ex asistente de Kissinger. McFarlane tuvo pugnas hacia el interior del Consejo —algunos le reprochaban su pasado con Kissinger—, pero sobrevivió varios años. Pero en 1986 cometió el error de hacer públicas sus rencillas y lo descubrieron como el hombre que le filtró al *The New York Times* la carta de Caspar Weinberger a Reagan cuando se le impidió estar presente —pese a su cargo de secretario de Defensa— en la cumbre Reagan-Gorbachov. El lugar de McFarlane lo ocupó el almirante John Poindexter, asistente de McFarlane y discreto apoyo en la toma de decisiones de política exterior.

- Hacia mediados de 1985, el jefe del Comando Sur de EU estacionado en Panamá, el activo y duro general Paul Gorman, fue sustituido por el general John Galvin. El relevo de Gorman estuvo vinculado a cambios más precisos en la estrategia norteamericana en Centroamérica, pasando del apoyo abierto a los gobiernos derechistas a una

más habilidosa mezcla de fondos y militancias de grupos ultraderechistas. A Gorman se le ofreció la dirección de la Agencia Nacional de Seguridad —organismo encargado de la intercepción de mensajes en todo el mundo—, pero no se concretó esta operación. Gorman —el hombre que desató una polémica en México en febrero de 1984, cuando acusó al sistema político mexicano de ser el más corrupto de América Latina y que mantuvo una alianza con el embajador Gavin— prefirió retirarse, corroído por un sentimiento de amargura.

La diplomacia de la Casa Blanca

Pese a pugnas y conflictos internos y por el sentido de algunos de los cambios, la política exterior de Estados Unidos volvió a la carga. Atrás quedaban la derrota en Vietnam, el escándalo de Watergate, el frustrado y denigrante intento de rescate de los rehenes de Irán. Por sus fueros, la diplomacia norteamericana —la de la negociación y la del garrote— se ha anotado algunos puntos en su haber:

- En agosto de 1983, revistió un caso de espionaje y lo convirtió en una afrenta nacional de la URSS contra EU. El derribamiento de un avión coreano por fuerzas aéreas soviéticas se manejó en EU como un “acto criminal”, pese a que el avión coreano estaba fuera de ruta y volando sobre instalaciones militares. Dos años después se comprobó que el avión coreano iba en una misión de espionaje. Pero el manejo interno del incidente, con la presencia del presidente Reagan en el sepelio de los tripulantes y pasajeros, promovió el apoyo del pueblo norteamericano a los enfoques de Reagan.

- En octubre de 1983, bajo el supuesto de que iba a defender a los norteamericanos ahí residentes —los cuales nunca supieron nada hasta terminado el operativo— y ante un pedido de otros países fronterizos, Estados Unidos invadió la isla de Granada. Hacia el interior de Estados Unidos se habló de que finalmente se había superado el “síndrome de Vietnam”. El propósito fue, según algunos analistas norteamericanos, frenar el avance socialista del primer ministro Maurice Bishop y romper las alianzas entre Granada y Cuba. Al final de cuentas, el propósito fundamental fue darle una lección al mundo del poderío norteamericano en una pequeña isla de 300 mil habitantes y experimentar las reacciones públicas al envío de

tropas de asalto a otros países.

- Durante 1984 y 1985, Estados Unidos estuvo apoyando abiertamente a las fuerzas rebeldes de Afganistán en su lucha contra la URSS. Reagan fue claro: Estados Unidos podía alentar a este tipo de combatientes en un país con frontera con la URSS, pero la URSS no podía tener ningún derecho en involucrarse con las fuerzas rebeldes de Centroamérica.

- De 1984 a 1986, Reagan amplió el involucramiento norteamericano en Centroamérica con fondos, asesores y bases militares, apoyo a gobiernos aliados a EU, rompimiento de la neutralidad de Costa Rica y conversión de Honduras en un puente aéreo militar de EU. Asimismo, fue el tiempo en que Estados Unidos creó, entrenó, financió, relacionó, estimuló y apoyó a la *contra* nicaragüense. Por si fuera poco, la diplomacia norteamericana luchó contra el Grupo de Contadora y lanzó campañas de desestabilización contra algunos países que apoyaban a Nicaragua, incluyendo el minado de puertos sandinistas. Más aún: EU llegó a aprobar directivas para exigirle lealtad a algunos países del área a cambio de apoyo financiero norteamericano, como ocurrió con México. Para completar el cuadro, la Casa Blanca movió la diplomacia de países del istmo centroamericano —afines a EU— para sabotear y llenar de provocaciones las reuniones y documentos de paz de Contadora.

- En octubre de 1985, la Casa Blanca aprobó una acción que sorprendió al mundo y provocó la caída del gobierno de Italia. Después de haberse resuelto sin sangre el secuestro del barco *Achule Laurus*, en aguas del Mediterráneo, los secuestradores supuestamente escaparon en un avión. En pleno cielo europeo, Estados Unidos ordenó a fuerzas aéreas norteamericanas estacionadas en Europa interceptar el avión y entregarlo a Italia. Esta acción estuvo a punto de desembocar en problemas mayores, porque EU se arrogó un derecho de piratería aérea... en nombre del derecho y de la lucha contra el terrorismo.

- En febrero de 1986, la Casa Blanca derrocó al dictador de Haití, Francois Duvalier. Aun antes de que el hijo de *Papá Doc* decidiera salir de Puerto Príncipe, el portavoz de la Casa Blanca, Larry Speakes, anunció la renuncia del gobernante. La circulación de esa noticia acabó por hundir a *Baby Doc*. Medios de prensa de EU dijeron que éste había sido un golpe de Estado desde la Casa Blanca.

- En marzo de 1986 ocurrió algo similar en Filipinas. Cuando las protestas contra uno de los más leales aliados de EU, Ferdinand Marcos, eran insostenibles, la Casa Blanca decidió promover el cambio. No fue fácil. Marcos se resistía a dejar el poder. Pero la intervención de un enviado norteamericano prácticamente obligó a Marcos a renunciar y a salir del país. Phillip Habib, una especie de embajador especial de la Casa Blanca —antes estuvo en el Medio Oriente y ahora está encargado del conflicto centroamericano—, logró este operativo.

- En abril de 1986, EU se fue sobre Libia. Primero realizó maniobras militares de provocación en el interior del Golfo de Sidra, cruzando lo que el coronel Muamar Kadafy había llamado *la línea de la muerte*. La justificación fue tenue: el apoyo de Libia a terroristas que habían participado en un atentado terrorista a finales de marzo en una discoteca de Bonn, Alemania Federal, en donde había muerto un soldado estadounidense. La motivación de fondo era otra: dar una lección al mundo, frenar los excesos verbales de Kadafy, romper con el liderazgo del dirigente libio en el Medio Oriente y al lado de los palestinos, y desaparecer a un país que estaba financiando movimientos guerrilleros de izquierda en prácticamente todo el mundo. Luego de las maniobras vino el ataque. Se supuso que era contra objetivos militares, pero el bombardeo de la casa donde vivía Kadafy —matando a una hija adoptiva del hombre fuerte de Libia— indicó que el propósito era matar al líder libio.

- En mayo de 1986, Estados Unidos enderezó una campaña contra el jefe de la Guardia Nacional de Panamá, general Antonio Noriega. ¿La razón? Atrasar la entrega del canal según los acuerdos Torrijos-Carter. A Noriega lo acusaron, mediante la filtración de documentos de la CIA, de apoyar a rebeldes centroamericanos y a sandinistas, de controlar el tráfico de drogas en la zona y de atentar contra los intereses de EU.

- En junio de 1986, mediante una campaña muy bien montada, la Casa Blanca le dio la puntilla al Grupo de Contadora con la aprobación de fondos por 100 millones de dólares para la *contra* nicaragüense. Este operativo concluyó con la famosa declaración de Reagan “yo soy *contra*”. Más fondos se canalizaron en 1986.

En esta revisión global, nuevos instrumentos de política exterior fueron detectados:

- *Búsqueda del consenso nacional en materia de política exte-*

rior. Reagan, gran comunicador, ha aprovechado su experiencia cinematográfica para influir sobre las conductas políticas de la opinión pública norteamericana. En los casos de Granada, Centroamérica, Libia y posiblemente en Nicaragua y México, Reagan preparó a la opinión pública norteamericana para la toma de decisiones militares en función de que los intereses de sobrevivencia de EU estaban en peligro. De manera sorprendente, la respuesta mayoritaria, abrumadoramente mayoritaria, de la sociedad norteamericana —salvo las excepciones de círculos académicos o sectores progresistas, por ahora en repliegue— fue de apoyo al ataque de Reagan. Algo similar está ocurriendo con Nicaragua. La campaña de Reagan está preparando a la opinión pública para un ataque, invasión o envío permanente de fuerzas militares de EU a la zona, algo similar a como comenzó la guerra en Vietnam. Pero ahora con intenciones de ganar.

- *Guerra diplomática*. Apoyado en una nueva camada de embajadores, Estados Unidos ha venido utilizando de manera ofensiva a la diplomacia para sujetar la lealtad de países occidentales a los intereses norteamericanos. No ha sido Gavin el único embajador que ha intervenido en asuntos de otros países para beneficiar la estrategia norteamericana. Ahí está Vernon Walters, en la ONU, cumpliendo un papel similar al de Gavin.

- *Nuevos embajadores*. Desde 1984, la administración Reagan ha proyectado embajadores como puntas de lanza de la estrategia norteamericana. Algunos nuevos, otros no tanto, curiosamente desde mediados de 1984, justamente a raíz de la candidatura republicana para buscar la reelección, los embajadores de Reagan multiplicaron su activismo.¹⁸ En México, John Gavin. En Guatemala se nombró como embajador, en octubre de 1984, a Alberto Martínez Piedra, cubano-norteamericano, involucrado en los golpes de Estado de Dominicana en 1968 y Chile en 1973. En mayo de 1985, EU designó embajador en Costa Rica a Lewis Tambs, miembro del ultraderechista Comité de Santa Fe, que le dio a Reagan la justificación para mayor intervencionismo en América Latina. En mayo de 1985 dejó la embajada en Honduras John Dimitri Negroponete, el hombre que organizó a la *contra* y convirtió a Honduras en una base militar de EU; su lugar fue ocupado por John Ferch, encargado de intereses de EU en Cuba y conecedor de las relaciones de Cuba con Nicaragua y los rebeldes de El Salvador. Paralelamente, el embaaja-

dor en El Salvador, Thomas Pickering, también dejó su puesto. En Francia, la prensa denunció el intervencionismo del embajador norteamericano Evan G. Galbraith y su favoritismo hacia la oposición de derecha. Antes de tomar posesión, en agosto de 1984, el nuevo embajador de EU en Portugal, Frank Shakespeare, criticó a partidos políticos portugueses, hizo recomendaciones al gobierno y ofreció comentarios *paternalistas* sobre cómo gobernar. También en agosto, en Venezuela hubo protestas por la designación del cubano-norteamericano Otto Juan Reich como embajador de EU; según informaciones, Helms estuvo detrás de este embajador. El nuevo embajador de EU en la OEA, Richard McComarck —ex asistente del senador Helms—, se opuso al nombramiento de David Padilla como jefe de personal de esa organización; Padilla fue visto por EU como de tendencias demócratas. En enero de 1986, EU tuvo que acudir en apoyo de su embajador en Paraguay, Clyde Taylor, a quien acusaban de inmiscuirse en asuntos políticos locales; Taylor se reunió con representantes de partidos de oposición —muy al estilo Gavin—. En abril de 1986, el líder de la Cámara de Representantes de EU, Thomas O'Neill, acusó al embajador de EU en Argentina, Frank Ortiz, de interrumpir abruptamente una plática de O'Neill con el presidente Raúl Alfonsín, para defender a la política de la Casa Blanca en Nicaragua. O'Neill protestó furioso contra esa forma de diplomacia. El 20 de junio se hizo pública la renuncia del embajador norteamericano ante el Vaticano, William Wilson, por haberse reunido en 1985 con el dirigente libio Muamar Kadafy. Las revelaciones de esas conversaciones fueron hechas por el propio Kadafy a comienzos de junio de 1986, después del ataque norteamericano a Libia y luego de la reacción de Kadafy a las acciones de la Casa Blanca. El gobierno de EU negó que Wilson tuviera instrucciones para entrevistarse con el hombre fuerte de Libia, toda vez que lo que se quería precisamente era derrocarlo.

- *Maniobras militares.* En momentos difíciles y como mecanismo de presión, Estados Unidos ha echado mano a las maniobras militares. En 1984 las hizo en Centroamérica para presionar a Condatadora. En 1985 las hizo pasar por México durante el primer semestre cuando estaba en pleno auge la campaña por el asesinato del agente de la DEA y las elecciones legislativas. En Libia comenzó con maniobras en el Golfo de Sidra.

- *Uso de la prensa como mecanismo de presión desestabiliza-*

dora. Este mecanismo operó mediante la filtración de evaluaciones de inteligencia a los medios norteamericanos de prensa, como una manera de presionar a un país. Ocurrió en Haití, Filipinas, México, Granada, Nicaragua, Libia, Panamá, Chile y Europa. De esta manera, la prensa se convierte en un *instrumento* al servicio de la seguridad nacional norteamericana, al usar esos materiales de manera acrítica y comprometedora. De aplicarse la ley, hasta ahora prácticamente todos los importantes medios de comunicación deberían haber sido procesados por uso de materiales clasificados cuya difusión está penada; sin embargo, al ser difundidos por los propios organismos de inteligencia y seguridad nacional, no hay juicio y sí posibilidad de publicar estudios importantes sobre lo que piensa y hace en privado EU.

- *Organización* —tanto cívica como militar y política— *de fuerzas conservadoras con el apoyo de EU*. Los escenarios y posibilidades son variadas: van desde la fortificación de agrupaciones como la *contra* nicaragüense, hasta el apadrinamiento de partidos como el PAN en Mé-xico y otros afines a la estrategia conservadora de la administración Reagan.

- *Boicot y utilización de acciones desestabilizadoras*. Un ejemplo clásico de este mecanismo fue el minado de puertos nicaragüenses hecho por la CIA y la negativa norteamericana a aceptar las conclusiones y mandatos de la Corte Internacional de Justicia de La Haya.

- *La invasión no se descarta*. Ya ocurrió en Granada y hay planes preparados para Nicaragua... si se llegara a presentar la ocasión.

En este contradictorio, complejo y crítico panorama de la política exterior se ubicó la gestión en México del embajador John Gavin. Durante esos cinco años, de 1981 a 1986, hubo, en efecto, excesos de personalismo, pero la línea básica de la diplomacia de Gavin estuvo enmarcada en los nuevos perfiles de la política exterior de la administración Reagan. En esta línea de acción de la política exterior de EU, México le permitió al presidente Reagan buscar la reconstrucción del consenso nacional respecto a los intereses vitales de Estados Unidos en el exterior. No fue el único caso, pero sí resultó clave porque en México se estaban poniendo en juego varios temas: crisis económica, cambio de sistema económico, Centroamérica y modificaciones en la política exterior. Este fue el escenario para la mejor actuación en la carrera de Gavin.

Notas

- 1.— *Reagan ¿una revolución conservadora?* libro del *The New York Times*, nota de Hedrick Smith, Editorial Planeta, enero de 1981.
- 2.— *Ibid.*
- 3.— *Ibid.*
- 4.— *Ibid.*
- 5.— Estadísticas financieras del FMI, varios números.
- 6.— *La política exterior americana*, de Henry Kissinger, editorial Plaza Janes, 1968.
- 7.— *Reagan, ¿una revolución conservadora?*, *ibid.*
- 8.— Miguel Medina Cruz, corresponsal de *Excélsior* y *Unomásuno* en Los Angeles, California, en conversación con el autor, abril 1986.
- 9.— Ronald Reagan ante el Consejo de Relaciones Exteriores de Chicago, 17 de marzo de 1980.
- 10.— *Ibid.*
- 11.— *Ibid.*
- 12.— Henry Kissinger, artículo para *The Los Angeles Times*, reproducido en *Novedades*, 18 de noviembre de 1984.
- 13.— *Newsweek*, 15 de abril de 1985.
- 14.— Zbigniew Brzezinski, *The Washington Quarterly*, White Paper, 1984, reproducido en la revista *Contextos*, 7 de noviembre de 1984, México.
- 15.— *Informe Kissinger contra Centroamérica*, traducción, análisis y notas de Gregorio Selser, *El Día en Libros*, octubre de 1984.
- 16.— *Mexico-EU: 1982*, compilador Lorenzo Meyer, ensayo de Sergio Aguayo, El Colegio de México, 1983.
- 17.— *EU Perspectiva Latinoamericana*, CIDE, mayo de 1982.
- 18.— *Proceso* 417, 29 de octubre de 1984; *El Día*, 20 y 24 de mayo de 1985; *El Día*, 31 de mayo de 1985; *La Jornada*, 1 de junio de 1985; *El Día*, 18 de julio de 1985; *El Financiero*, 30 de julio de 1985; *Excélsior*, 8 de agosto de 1985; *El Día*, 17 de agosto de 1985; *El Día*, 29 de agosto de 1985; *El Financiero*, 7 de enero de 1986; *El Día*, 11 de abril de 1986; y *Excélsior*, 20 de junio de 1986.

Target: México

La gestión del embajador John Gavin, polémica y pública, cobijada en la defensa de los intereses norteamericanos, apelando a miedos y sentimientos, logró algo: la conformación alrededor de México, de un *consenso nacional* estadounidense, bipartidista, multclasista, lo mismo en liberales que conservadores, entre políticos y funcionarios, periodistas y académicos, y en las capas más importantes de la mayoría silenciosa. Nada, de entonces en adelante, pudo ser igual: Estados Unidos alcanzó el consenso de que tiene “*legítimos intereses vitales*” en México. De ahí que la tarea no sea, en la estrategia estadounidense de gobierno, sino una: asimilar a México a través del involucramiento en sus problemas y conflictos internos y externos, a fin de proteger esos intereses geopolíticos, económicos, estratégicos, de seguridad nacional y de sobrevivencia imperial.

Gavin lo sabía. En todos los incidentes y fricciones, alianzas y acuerdos en México, salió a relucir la preocupación y la táctica. Estados Unidos descubrió verdaderamente a México —según apreciación de analistas y funcionarios norteamericanos— en 1982. La crisis económica y financiera fue, así, una preocupación y un pretexto, además de un trampolín para avanzar sobre México con mejores oportunidades. En medio de problemas particulares de Estados Unidos —económicos y de seguridad nacional, geopolíticos y de deterioro de las alianzas tradicionales, de reafirmación del liderazgo y de resanamiento del poderío militar—, la Casa Blanca se exhibió decidida a no soltar prenda hasta no lograr el objetivo de plegar a México.

Con Gavin al frente, Estados Unidos lo intentó todo... o casi todo en esos cinco años: directivas de seguridad nacional, presiones, operativos de inteligencia, declaraciones provocadoras y provocativas, campañas de prensa, filtración de documentos de la CIA sobre México, evaluaciones de la DIA —agencia de inteligencia del Pentágono— acerca de la preocupación por México, afrentas del embajador, polémicas diplomáticas, advertencias de que el futuro de EU estaba en juego en el destino político de un subdesarrollado y en crisis país vecino, enfoques geopolíticos, chantajes, golpes bajos contra el Presidente y la clase política mexicanas y negociaciones en el filo de la navaja permearon lo que debieron ser simples y cómodas relaciones vecinales.

Una cosa resultó muy cierta: Gavin fue un embajador cumplidor. Detrás de una conflictiva gestión de su representante diplomático, Estados Unidos apareció dispuesto a conseguir una meta muy precisa: articular económica, política y diplomáticamente a México, como una manera de evitar que la frontera norteamericana del sur sea una puerta abierta a problemas que vienen de fuera. Para el juego de la Casa Blanca, nunca como ahora, en ese gelatinoso periodo de 1981 a 1986, las condiciones se presentaron como más propicias para esa larga tarea de integración.

Dos hechos facilitaron las cosas y le parecieron al embajador Gavin y al propio gobierno norteamericano lo suficientemente válidos para convertirse en oportunidades: el recambio electoral del sistema político mexicano y la crisis económica y financiera, ambos en 1982. Sobre ellas se montó todo el complicado operativo del embajador, con la intención clara y precisa de conseguir algo más que compromisos negociables: cambios de forma y de fondo en aquellas áreas de las políticas económica, interna y exterior de México mediante una modificación en la correlación de fuerzas del sistema mexicano alentada por EU. En esta línea de acción, Gavin resultó un embajador eficiente.

Pero no todo resultó tan fácil. Pese a los problemas políticos y económicos, el sistema mexicano se mostró refractario a las presiones de EU y de su embajador. Al contrario, las presiones registraron intensas resistencias, al grado de que a principios de 1986¹ el presidente Miguel de la Madrid denunció que el gobierno de Estados Unidos estaba buscando concesiones en la política exterior mexicana a cambio del auxilio financiero norteamericano. En el fondo, según apreciación de observadores en Washington, Estados Unidos ha buscado a México como un subordinado, no un aliado.

Pero aunque las presiones no han dado los resultados esperados en México —o al menos no como lo consideraba la estrategia de EU—, hacia el interior de la opinión pública norteamericana y en el contexto de otros avances de la estrategia de la Casa Blanca —Granada, Centroamérica, Libia y provocaciones contra Nicaragua— se ha registrado una inusitada sensibilización sobre los asuntos mexicanos. Sectores liberales o demócratas, tradicionalmente cuidadosos en lo que se refiere al destino de México, coinciden ahora con la administración Reagan en el sentido de que la política de México es altamente prioritaria para Estados Unidos.²

Al final de cuentas, Estados Unidos le ha dado a México un *status* poco grato: el de representar “*legítimos intereses vitales*” de Estados Unidos en aquellos renglones en los que Washington finca su capacidad de hegemonía, sobrevivencia y expansionismo. En este contexto, la gestión del embajador Gavin encontró sentido y resonancia.

Los motivos del lobo

¿Qué quiere Estados Unidos y la administración Reagan de México? Esta pregunta es clave para trascender los motivos propiamente declarados y sugeridos por el embajador norteamericano en México y ubica el debate y la discusión en el entorno que justificó y hasta propició el activismo tan peculiar de Gavin. La respuesta lleva, antes que nada, a la percepción que ha tenido la Casa Blanca, en este gobierno republicano, respecto a su vecino del sur.

¿Cuál es el México que se trasluce en los informes, directivas, memoranda, que circulan en las oficinas de Washington? Según apreciación de documentos y fuentes oficiales y académicas de EU, el enfoque norteamericano sobre México se reduce a dos temas básicos:

- 1.— Características del sistema político.
- 2.— Circunstancias del sistema económico.

Esta mezcla de realidades y problemas ofrece el sabor de un coctel explosivo para los intereses norteamericanos. Para EU, uno de los puntos remite necesariamente a otro: por ejemplo, ³ las justificaciones de la presencia mexicana en Centroamérica y los enfoques de México respecto al origen de los problemas y por tanto a la lucha fratricida en El Salvador y Nicaragua —durante Somoza— encontraron parte del sustento —independientemente de motivaciones políticas e ideológicas— en el perfil de la economía y el papel del Estado en México.

A partir de esos dos puntos, otros tres afinan el esquema norteamericano sobre México: ⁴

1.— *Política interna.* Estados Unidos ve con resquemor la hegemonía del PRI y dentro de él la presencia determinante de un sector progresista que delineó la política y la economía en el pasado. Para EU, esta estructuración del sistema político mexicano debe ajustarse a la realidad: *la Revolución Mexicana ha dejado de tener tintes revolucionarios.* Abruptamente, la democracia en México significa, a los ojos de

EU, el bipartidismo o la presencia en el gobierno —en cualquiera de sus niveles y organismos— de la derecha, sobre todo del PAN. EU quisiera en México una solución estilo Haití o Filipinas. El discurso político del gobierno mexicano —aun en aquellos en donde se van diluyendo los contornos propiamente revolucionarios— molesta e irrita en Washington, aun como discursos o planteamientos teóricos. La presencia del sector laboral como determinante en la política mexicana lleva a decisiones económicas radicales. La insuficiente presencia de la clase media —y sus afanes y debilidades, al estilo norteamericano— impide el reamoldamiento del tipo de política que debe prevalecer en México, según EU. En este contexto, Gavin fue prodigiosamente hábil para introducir el discurso norteamericano en la política mexicana.

2.— *Política económica.* Una cosa lleva a la otra: *los flancos de la política definen la economía de México.* Y ahí EU ha tenido más cosas que regatear: el papel del Estado, la hegemonía del aparato estatal, el desnutrido papel del sector privado, el aliento nacionalizador, las restricciones a la inversión extranjera, el proteccionismo comercial externo y los compromisos económico-sociales de tipo laboral y sindical impiden la articulación de México al juego de EU. En estos temas Gavin fue particularmente puntilloso, llamando a lo que caracterizó como maduración o nueva realidad internacional —en el contexto de una severa crisis económica y financiera que apretó drásticamente el apoyo económico del Estado— para la economía mexicana.

3.— *Política exterior.* Finalmente el triángulo se cierra: la política interna y la economía sostienen, proyectan y asimilan la diplomacia mexicana. Estados Unidos se irrita por el enfoque y el papel de México en Centroamérica, las Naciones Unidas y los conflictos internacionales. Cerrado a cualquier justificación de historia y tradición, y de asimilación propia de conflictos externos, Estados Unidos quisiera ver la política exterior de México montada sobre las motivaciones y justificaciones de la norteamericana. El apoyo mexicano a Cuba y a Nicaragua resulta inexplicable a EU; o, en algunas ocasiones, implica para los analistas norteamericanos una comunión de ideas, intereses y posibilidades.

A partir de la identificación de la percepción estadounidense sobre México y su realidad económica, política, social y diplomática, Estados Unidos —en los años de la administración Reagan y de la fugaz y accidentada carrera diplomática de John Gavin— fijó con claridad sus tareas para con México:

1.— *Copar a México* mediante presiones e inclusive fabricación o utilización de incidentes, a fin de *debilitar el consenso inter-no mexicano* que permite el funcionamiento cabal y aceitado del sistema político y económico.

2.— *Propiciar, provocar y exigir cambios en la economía, política y sociedad de México*. A veces —como ocurrió, por ejemplo, con la polémica alrededor de la inversión extranjera—, Estados Unidos pugnó por la modificación de preceptos legales, por más que se obtuvieran compromisos de flexibilidad en algunas legislaciones. En otros casos —por ejemplo con las críticas al PRI y el lanzamiento del PAN—, EU buscó no sólo que el gobierno priísta adoptara como decisiones propias algunas de las ideas del PAN, sino que apeló a la presencia de hombres del PAN en áreas del gobierno y de la política hasta ahora vedadas. O como pasó en política exterior —por ejemplo en el papel de México en Centroamérica y la ONU—, en donde EU no se conformó con el aflojamiento de la tradicional beligerancia mexicana sino que buscó la incorporación de la diplomacia mexicana al carro de la norteamericana.

3.— *Integración de México a la órbita de EU*. El siguiente paso fue lógico. Sólo mediante esta integración total, México garantizaría a EU una alianza segura, sin vacilaciones ni sorpresas. EU no quiere encontrarse, de pronto, con el imprevisto de decisiones como la nacionalización de la banca, el carro completo en materia electoral, el surgimiento del Grupo de Contadora o el regreso a la diplomacia mexicana de hombres como Porfirio Muñoz Ledo o Augusto Gómez Villanueva. Lo ideal era otra cosa: *modificar el sustento básico* del sistema mexicano como una manera de *hacer irreversibles e irrepetibles* algunas experiencias contrarias a los intereses de EU.

A partir de este contexto —definido con amplitud en la gestión del embajador Gavin en México como marco de referencia y de acción—, la administración Reagan se encontró frente a la gran oportunidad: el carácter estructural de la crisis económica mexicana y las dificultades para abrir puertas de salida de emergencia de carácter político habían puesto, finalmente, a México en la ruta de la negociación con Estados Unidos.

Y EU puso manos a la obra.

México en un prisma conservador

Por eso es que Gavin nunca se equivocó, si acaso exageró en publicitar algunos hechos y rencillas, y confrontarse con algunos sectores. Pero más allá de esta apreciación individualista, la actuación de Gavin como embajador de EU en México tuvo un contexto perfectamente determinado. La preocupación comenzó a adquirir perfiles de directivas e intenciones de intervención más claras cuando los propios servicios de inteligencia y seguridad nacional de Estados Unidos prendieron el foco rojo en el mapa de la República Mexicana.

Primero fue la agencia de inteligencia del Pentágono, DIA, la que comenzó la ofensiva. A principios de 1984,⁵ el general Paul Gorman, jefe del Comando Sur de Estados Unidos estacionado en Panamá, compareció ante un comité del Senado norteamericano y declaró que “México, su gobierno y su sociedad son los más corruptos de América Central”. En medio de tensiones por el papel de México en Contadora, Gorman afirmó que “*México será el problema número uno de seguridad de Estados Unidos en los próximos diez años*” y señaló que la capital mexicana es “el centro de la subversión para toda América Central” —crítica dirigida, ante todo, al derecho mexicano de asilo—. En su testimonio, Gorman —que poco tiempo después fue relevado drásticamente de su cargo por fricciones con el embajador de EU en Honduras, John Dimitri Negroponte, calificado éste por un periódico norteamericano como el “niño mimado de la Casa Blanca”⁶— acusó a México de “practicar una *política de acomodamiento con su propia izquierda* y los intereses izquierdistas internacionales”.

Lo que se consideró un exabrupto de un militar a quien le incomodaba la gestión mexicana para la intervención norteamericana en el conflicto centroamericano al lado de los grupos derechistas de El Salvador, Guatemala y Honduras, posteriormente se detectó como estrategia de más fondo. Ello sirvió para acreditar las palabras del general Gorman no como un discurso desarticulado, sino como parte de las apreciaciones de una formación importante dentro del poder norteamericano: las fuerzas armadas y los grupos políticos que giran en torno al Departamento de Defensa.

En septiembre de 1985, el columnista Jack Anderson⁷ aportó algunos elementos de valor que confirman esa apreciación. Al hablar de

las consecuencias políticas y sociales del terremoto mexicano del 19 de septiembre de 1985, el columnista —con acceso a documentos clasificados de inteligencia— señaló: “aún antes de que el temblor acarreará nuevas miserias a millones de mexicanos, *la DIA* —agencia de inteligencia del Departamento de Defensa— advirtió que *México es una yesca* y que una chispa podría lanzar a desesperados mexicanos a refugiarse en EU e invadir la frontera”. Y más aún: “Con palabras de advertencia, (la DIA dice que) *México será el problema de seguridad número uno para Estados Unidos en los próximos diez años.*” Los criterios de Gorman finalmente resultaron los mismos del Pentágono.

El asunto no terminó ahí. El problema de Estados Unidos y de su seguridad en peligro por los problemas mexicanos fue también utilizado por la CIA en varios de sus informes, al grado de que uno de sus analistas,⁸ John Horton, fue despedido por escribir informes demasiado blandos sobre México. La línea era otra. A finales de 1984,⁹ Jack Anderson publicó una evaluación de la CIA en la que contextualizaba la crisis mexicana en el marco de los intereses de EU. Además de ubicar el papel del PAN como parte de las preocupaciones de EU, Anderson escribe: “*el curso futuro de Norteamérica podría ser transformado radicalmente el año próximo (de 1985) por un evento que la mayoría de las personas en Estados Unidos ni siquiera está consciente de que tendrá lugar: las elecciones de cinco gobernadores (eran siete) estatales y 400 miembros de la legislatura nacional de México*”.

La preocupación no se agotaba en los problemas políticos internos de México. Dos reportes de la CIA —uno de 1985 y otro de 1986¹⁰— ubicaban el problema de México en la seguridad nacional de EU y en el problema de Centroamérica. El primero, de mediados de 1985, señalaba en voz del director de la agencia, William Casey, que la URSS y Cuba desarrollan en Nicaragua “un vasto operativo de subversión” que planteará una seria amenaza a corto plazo en la zona del Canal de Panamá y en *México*. Un año después, el propio Casey volvería a manejar este esquema como una advertencia a la Casa Blanca de que habría que ahondar la estrategia en Centroamérica y precisamente en momentos en que la administración Reagan se encontraba embarcada en actividades de convencimiento legislativo para que el Congreso de EU aprobara un fondo inicial de cien millones de dólares para la *contra* nicaragüense.

A partir de esta justificación, lo demás llegó por sí mismo: *Esta-*

dos Unidos debería afinar su esquema para detener el avance soviético en México y en CA. De 1982 a 1984, la administración Reagan no le encontraba la cuadratura al círculo. Pero el agudizamiento de los problemas económicos y financieros de México abrió una puerta por donde pudo colarse la estrategia de la Casa Blanca. En rumbo de colisión con problemas mayores, México tuvo que apelar en 1984 a los buenos oficios del área económica de la administración Reagan. Sin embargo, algunos cambios dentro del gobierno norteamericano estaban en marcha: primero, la consolidación de la fuerza política del presidente Reagan; segundo, la seguridad en la reelección republicana; tercero, los ajustes hacia el interior del gabinete reaganiano, la consolidación de la línea del presidente y el alejamiento del poder de otros grupos ultraderechistas por ideología no por intereses; cuarto, la unidad de mando en la política exterior; y quinto, el ascenso de dos personajes en puestos cruzados: el economista George Shultz al frente de la política exterior de EU y el político James Baker rumbo al Departamento del Tesoro. Shultz le dio a la crisis económica una dimensión estratégica en cuestión de diplomacia y Baker, portero del poderoso Consejo Nacional de Seguridad, le dio a la crisis financiera un perfil de seguridad nacional.

En este punto de inflexión que fue el año de 1984, las presiones tomaron forma. En agosto de 1984, unas cuantas semanas antes de la Convención Republicana en Dallas que aseguraba la designación de Reagan como candidato de ese partido, la Fundación Heritage¹¹ —con determinante influencia en el gobierno de Reagan y en la comunidad de los servicios de inteligencia y seguridad nacional de EU— recomendaba: “no hay duda de que la crisis en México *ha forzado* a una *mayor cooperación* entre los gobiernos de México y EU. *Por primera vez en años, existe la oportunidad para que EU fortalezca las metas de su propia política* (relacionada con México) *mientras ayuda a México a resolver su crisis*”. La propuesta iba más allá, toda vez que Heritage encontraba ciertos sectores progresistas en el sistema político mexicano que podrían introducir medidas radicales en el gobierno similares a las nacionalizaciones con Echeverría y López Portillo: “en vista de esta situación y de *su propia influencia en aspectos económicos*, Estados Unidos puede estar en posibilidad de *asistir a aquellos elementos moderados en México* que promoverían el crecimiento económico por sobre posturas ideológicas”.

EU veía a México con preocupación. La mezcla de problemas económicos con presiones políticas podría afectar a Estados Unidos. Y ahí estaba un punto clave. Hacia mediados de 1985, previo a las elecciones de julio, el Centro de Estudios Estratégicos Internacionales de la Universidad de Georgetown —uno de los depósitos de cerebros más importantes de la administración Reagan, de corte conservador y articulado a la comunidad de servicios de inteligencia de EU— apreciaba este cariz: “si el PRI recurre a la manipulación electoral para mantener su tradicional control, *la respuesta popular puede ser violenta*. Violentas protestas por fraudes aparecieron después de las elecciones del 7 de diciembre de 1984 para alcaldes en el estado norteño de Coahuila. En la ciudad fronteriza de Piedras Negras, el Palacio Municipal fue quemado en protesta, *los manifestantes se escaparon a través del puente internacional de Eagle Pass, Texas*”. Apareció el fantasma de la violencia en las puertas mismas de la frontera sur de EU.

El segundo semestre de 1984 fue clave. Muchos elementos se juntaron: el reforzamiento del poder para Reagan, las evidencias de problemas políticos en México, el ahondamiento de la crisis económica, el surgimiento de aliados políticos internos, el ascenso de sectores conservadores en el mismo gobierno mexicano. Durante los primeros cuatro años de gobierno de Reagan, Estados Unidos quiso avanzar en la imposición de criterios de política y diplomacia a México. La única arma de presión fue la económica, pero descubierta tardíamente. En 1982 no pudieron usarla porque la gravedad de los problemas mexicanos exigió ante todo una respuesta puramente financiera, además de que los protagonistas de la comunidad financiera internacional y norteamericana no estaban muy avezados en estos asuntos de economía y seguridad nacional: Paul Volcker, de la Reserva Federal, Jacques de Larosiere, director-gerente del Fondo Monetario Internacional, y Donald Regan, secretario del Tesoro, instrumentaron un paquete de rescate apenas estalló la crisis de pagos de México. Un elemento estuvo a favor del colapso mexicano: los bancos privados norteamericanos vieron en peligro su existencia.

Pero las cosas fueron cambiando en 1983 y 1984, al grado de que por primera vez el gobierno de EU quiso utilizar, a mediados de 1984,¹² la presión financiera para debilitar la postura mexicana en Contadora, según se desprende de la Directiva 124 del Consejo Nacional de Seguridad. Pero pocos efectos se obtuvieron por la razón

de que a mediados de 1984 la economía mexicana seguía sometida a controles estrictos. No tuvo que esperar mucho EU. Un año después,¹³ el desplome de los precios internacionales de petróleo construyó un contexto justo a la medida de los intereses norteamericanos. Pero aún durante 1984 comenzaron las presiones políticas contra México —el embajador Gavin fue el factor clave—, con vistas a las elecciones de julio de 1985.

Pero fue primero la crisis que el escenario político. Hacia febrero de 1985, el primer desplome de precios petroleros apresuró tomas de decisiones para enfriar la economía. El segundo desplome de julio obligó al gobierno mexicano a reintroducir el esquema de ajuste y austeridad. Hacia finales de 1985 la situación se volvió más crítica porque para todo el año se preveía un desplome de aproximadamente diez por ciento en los ingresos de divisas petroleras. En estas condiciones, el campo de las negociaciones fue más favorable a EU que a México. Lo peor llegó en febrero de 1986: los precios petroleros cayeron de 22 a 15 dólares por barril y en julio llegaron a menos de 7 dólares, reduciendo en poco más de la mitad los ingresos de divisas.

Este resultó *el momento y la circunstancia precisa*. Los documentos de Heritage enfatizaban esta oportunidad y las estrategias de seguridad nacional habían previsto el mecanismo pero esperaban el tiempo político adecuado. El colapso financiero de 1986 volvió a requerir los buenos oficios de la comunidad acreedora, pero ahora las cosas habían cambiado. La mancuerna Shultz-Baker había vinculado sólidamente al Departamento de Estado con el Departamento del Tesoro. Así, al Plan Baker de ajustes estructurales para reprivatizar la economía de los países endeudados y derrumbar las barreras proteccionistas se le unió un Plan Shultz para aprovechar la aplicación de programas neoliberales en algunos países latinoamericanos como mecanismo para influir en la correlación de fuerzas políticas gubernamentales.

Las cosas se plantearon con precisión. Nuevamente la Fundación Heritage le dio interpretación y cabida al análisis de la crisis de la deuda desde una perspectiva de seguridad nacional para EU.¹⁴ Aunque el enfoque del organismo hablaba de América Latina, en realidad el destinatario era México —Brasil y Argentina, los otros dos grandes deudores de la región, ya habían optado por planes de ajuste heterodoxo con reformas monetarias, el Tropical para Brasil y el Austral para Argentina.

El esquema de Heritage era sencillo pero demoledor y coincidía con apreciaciones que formaron parte de la aportación básica que recibió Reagan para estructurar su política exterior —sobre todo los estudios de Constantine Menges¹⁵ y el Comité de Santa Fe—. La crisis en los países endeudados estaba permitiendo soluciones radicales en materia económica —nacionalizaciones y fortalecimiento del Estado—, con importantes efectos en estrategias políticas. Heritage veía, por ahí, la puerta por donde se estaban colando la URSS y Cuba. De ahí que había que revertir el proceso mediante estrategias privatizadoras. Baker y el Banco Mundial, con el asesoramiento e intervención de Shultz, diseñaron un programa económico con efectos políticos que benefician a la estrategia de EU. Para los analistas de Heritage,¹⁶ la solución del problema de la deuda en el enfoque norteamericano provocaría algunos efectos políticos rescatables para el juego estadounidense.

“La única solución a largo plazo para la crisis de la deuda es *mover* a los países deudores latinoamericanos *lejos de las políticas socialistas* o hacia políticas orientadas hacia el crecimiento y el *libre mercado*.” “La crisis de la deuda latinoamericana significa una *seria amenaza para Estados Unidos* y la economía mundial. Ocuparse de esta crisis es una formidable tarea.” “Si las causas de la crisis son conocidas y las políticas de libre mercado son necesarias para resolver el problema, la situación es clara. *Los países deudores mismos deben darse cuenta de la locura de muchas de sus políticas socialistas*. Si la administración Reagan, el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional trabajan con los líderes latinoamericanos en promover e implantar las políticas de mercado, el problema de la deuda podría ser resuelto de una vez por todas.”

La cola del planteamiento de Heritage no se ocultó. Como el Estado en América Latina era el culpable de políticas económicas fallidas que desembocaron en la crisis de la deuda, entonces habría que disminuir el poder del Estado. Pero el Estado en América Latina es algo más que el promotor de políticas económicas. En su fuerza se sustenta la política y la diplomacia de una nación. Pero Heritage era clara en sus apreciaciones: aflojar al Estado para plegarlo a políticas y diplomacias:

“La causa básica de la crisis de la deuda en Latinoamérica fue, y es, la estrategia económica seguida por los países deudores. Ellos *vieron al Estado* y a la participación estatal, así como empresas influen-

ciadas por ello, como el motor del crecimiento económico. En muchos de los casos, por lo tanto, fondos prestados por bancos estadounidenses sirvieron para financiar los altos salarios de la burocracia estatal, apoyar la ineficiencia de las propiedades estatales o las empresas que controla y para llenar los bolsillos de los políticos corruptos. *El poder del sector público creció a expensas del sector privado.*”

A partir de ahí, la vinculación de estrategias resultó obvia. Sin poder económico, el Estado perdería también poder político y capacidad de gestión de la política exterior. De ahí la insistencia de los analistas de Heritage:

“Una política económica de libre mercado haría que las decisiones quedaran *fuera de las manos del gobierno* y concedería dichas *decisiones a los empresarios privados* y consumidores. La desnacionalización de industrias, la privatización de la banca y el crédito, la reducción de las regulaciones gubernamentales, permitir el libre mercado y la irrestricta salida de capitales internacionales, así como la reducción de la porción del PIB que consume el sector público, podrían, por definición, *reducir el poder ejercido por las élites gubernamentales* y los institucionalizados grupos de interés. En algunos casos, como México, *el partido gobernante está basado* (su poder) *en su capacidad de otorgar empleos en el gobierno a sus seguidores* —los burócratas llegan entonces a ser la base de su poder— y a castigar a los empresarios, organizaciones privadas o individuos que retan su autoridad.”

Por lo demás, las caracterizaciones de Heritage respondían a un juego conocido en México. Con anterioridad, la estrategia norteamericana estaba insistiendo en ajustar posiciones políticas e ideológicas de México en función de su sistema económico. A los presidentes Echeverría y López Portillo llegaron a acusarlos de “comunistas” en el Congreso norteamericano y algunos congresistas pidieron al presidente Reagan que evitara que México siguiera inclinándose hacia el comunismo. En 1982, el diputado Larry McDonald¹⁷ establecía este criterio: “La *tendencia socialista de México* se ha manifestado en el constante *crecimiento*, en tamaño y en número, *de las empresas manejadas por el gobierno*”.

El juego económico de la diplomacia

Las apreciaciones de Heritage no eran, ni con mucho, puntos de vista de algún organismo cualquiera. Además de ser una institución que apoyó con ideas y hombres a la administración Reagan, Heritage no hacía sino darle sustento teórico e histórico a las apreciaciones que de por sí poblaban los puntos de vista de importantes hombres de la Casa Blanca. Gavin, para no ir más lejos, había ya señalado las bases de su política económica para México precisamente en la línea de lo que después difundiría Heritage y el propio Plan Baker: reprivatización de la economía, disminución del poder del Estado y apertura comercial y financiera.

Cuando el Plan Baker y Heritage comienzan a operar en la opinión pública de Estados Unidos —finales de 1985 y principios de 1986—, ya en México el embajador Gavin había abierto discusiones y polémicas en aquellos puntos en los que el propio gobierno mexicano había evitado y eludido. Así, Gavin provocó debates políticos en México alrededor de definiciones de políticas económicas más allá de los límites señalados por la tradición política mexicana. Por los resquicios de esta puerta abierta —inversión extranjera, libre comercio, venta de paraestatales y menor poder económico del Estado— se logró colar el Plan Baker y con éste algunas añejas tareas de la estrategia estadounidense.

Pero el problema no era solamente el Plan Baker. Si las soluciones a la crisis se hubieran encontrado en decisiones puramente económicas o financieras, desde cuando que el gobierno mexicano las habría tomado. Pero resultó de pronto que justamente esas decisiones de fondo implicaban golpes de timón que tendrían que cambiar, necesariamente, algunos enfoques básicos de la política y la diplomacia mexicanas. Este tipo de conflictos los conocía Gavin y precisamente en ellos se apoyó para proponer, a lo largo de 1983, 1984 y 1985, cambios en la política económica de México.

Una vez aflojado internamente el sistema político mexicano con esos golpes bajos de Gavin a la región hepática de México la pinza se cerró con la propuesta formal del Plan Baker y la utilización de la crisis de pagos de México como programa piloto. En esencia, el Plan Baker se sustentó en cambios de política económica que se acreditan al con-

cepto de “ajustes estructurales”. De acuerdo con la propuesta del secretario norteamericano del Tesoro, James Baker,¹⁸ la reprivatización de la economía, el aflojamiento en el poder económico del Estado y la apertura comercial y financiera de los países en crisis de deudas podría sentar las bases para dejar atrás la etapa de las políticas de ajuste, estabilidad y austeridad, y acceder a las de crecimiento sostenido.

Donde termina el Plan Baker comienza lo que en Estados Unidos se denomina el Plan Shultz: aprovechar los cambios políticos derivados de los ajustes estructurales en la economía para asimilar a las naciones latinoamericanas con problemas de deuda que estaban siendo ya una preocupación para la estrategia norteamericana. Analistas norteamericanos¹⁹ vinculan el Plan Baker con el Plan Shultz en una pregunta de alto contenido: ¿qué gobierno mexicano, qué sistema político, qué correlación de fuerzas políticas y qué gabinete mexicano es compatible con el modelo neoliberal y antiestatista del Plan Baker? No, por cierto, aquellos que aún proyecten la responsabilidad económica del Estado hacia el interior como una actitud recíproca del papel del Estado en política internacional.

Para Estados Unidos el tiempo corría demasiado aprisa. En un reporte al Departamento de Estado de finales de 1985, un grupo importante de académicos —tanto liberales como conservadores— analizó las relaciones México-Estados Unidos y llegó a conclusiones importantes. De la amplia gama de temas tratados sobresale el interés por apresurar acciones norteamericanas para aprovechar la crisis de México, antes que ésta cree circunstancias más propicias a decisiones alentadas por grupos radicales mexicanos.

En un resumen del voluminoso trabajo, el intelectual Roderic Ai Camp —de corte liberal, autor de un libro sobre las élites políticas mexicanas y profesor visitante de El Colegio de México— dibujó dos escenarios posibles en México para 1990, sobre los cuales y en función de los cuales tendría que definirse la política de Estados Unidos hacia su vecino del sur:

De una parte, la inclinación del gobierno mexicano hacia un proyecto económico neoliberal —el escenario “más probable”— y más tradicional. Aunque se prevé una economía más abierta, estima Camp que el gobierno no hará concesiones al sector privado en el terreno electoral. Sin embargo, desliza algunas apreciaciones referentes a que

la validez de este escenario radicar  en que el sector privado reviva su confianza y ésta, desde luego, estará relacionada directamente con temas que incluyen, como se ha visto en los últimos años, puntos de avance político conservadores y menor beligerancia externa.

El segundo escenario es más complicado. Según Camp, hacia 1990 podrían revivir las fuerzas políticas progresistas y adelantar decisiones de gobierno de corte radical-populista. Este hecho acelerar  la desconfianza de los empresarios y la fuga de capitales, con lo cual la economía volvería a convertirse en la espoleta de otra crisis económica y financiera. En este enfoque, Camp articula política con economía y le confiere a Estados Unidos un papel clave: si continúa atacando a México, evitaría la recuperación económica como base de la nueva estabilidad; si apoya los esfuerzos mexicanos, validaría los errores y vicios del sistema político de México.

La ofensiva de Estados Unidos

En este contexto, dos aspectos cerraron el círculo en el cual operó el embajador Gavin: de una parte, las acciones ofensivas de Estados Unidos sobre México, más activas como nunca antes en la historia de las relaciones bilaterales. De otra, el surgimiento de puntos de fricción en temas y puntos claves sealados insistentemente por la administración Reagan. Las razones no fueron inocultables. Tres criterios aparecieron como determinantes:²⁰

- Esther Wilson Hannon, analista política de asuntos latinoamericanos y autora de tres ensayos sobre México en la Fundación Heritage: “ El interés de EU por México? México representa, ahora más que antes, *un importante punto en la política de seguridad de Estados Unidos*. De ahí que EU tenga dos caminos: o apoyar al PRI, que en 50 años había sido la fuente de la estabilidad, o decidir si el PRI est  desintegrándose y por tanto hay que apoyar a otros movimientos y partidos más democráticos y más aliados a EU.

“Desde su independencia, Estados Unidos ha considerado a la región Oeste del mundo como su zona de seguridad. Ahora EU quiere que la región latinoamericana est  libre de la intervención del Este por su propia seguridad y que también sea una región próspera, en desarrollo y con estabilidad política. Y se tiene que saber que es

justo que EU influya en la región porque beneficia a todos, como ya ocurrió en Filipinas y en Haití. Pero es un poco difícil para el gobierno norteamericano porque hay gente en Estados Unidos que no quiere involucrarse en asuntos de otros países.

Pero sabe esa gente que somos una nación grande y que tenemos responsabilidades internacionales.”

- Peter Smith, politólogo del Instituto Tecnológico de Massachusetts, profesor visitante de El Colegio de México, experto en asuntos mexicanos y autor del libro *Los laberintos del poder* (en México): “*Estados Unidos tiene un interés legítimo en México.* (Su intervención) sería para mantener la paz en su frontera sur vía la estabilidad política de México, viendo con bondad transformaciones pacíficas, transiciones autónomas, sin inmiscuirse.” “¿Qué quiere la administración Reagan de México? *Un aliado subordinado, silencioso, que acepte la hegemonía de Estados Unidos.* Creo que hay crisis para EU en cuanto que América Latina es un reto intelectual y político. El problema es aceptar intelectual y políticamente la pérdida de la hegemonía clásica y tradicional de EU en el hemisferio.” “*La hegemonía para EU es el ejercicio del poder directo, sin rivales exteriores fuertes —URSS o Europa— y con la aceptación de relación de poder por parte de las élites de América Latina.*”

- Roderic Ai Camp: “En México está surgiendo un sentimiento de nacionalismo cada vez mayor, y con algunas características antagónicas, en respuesta a la actuación de los medios de información estadounidenses, a las críticas vertidas por el embajador de Estados Unidos y a las interpretaciones intelectuales de norteamericanos, ejemplificadas en el libro *Vecinos distantes*, de Alan Riding.

“De modo muy hábil, México ha maniobrado una política exterior independiente a fin de mantener su propia legitimidad interna. Por su parte, México piensa que es equivocada la insistencia de Estados Unidos en el conflicto de Centroamérica, así como en la confrontación del Medio Oriente.

“Otro problema (entre México y EU), fuera de los fronterizos normales, es el pago de la deuda externa, por la cual se intensificaron las presiones políticas durante el verano y el otoño de 1985. Auxiliados por un sentimiento similar en toda América Latina, los grupos de oposición, en particular los de izquierda y tanto dentro como fuera de la

Cámara de Diputados de México, han incitado un repudio al pago de la deuda. *Estados Unidos no puede dejar de involucrarse en este problema político*, debido a las severas consecuencias políticas y económicas para los sistemas financieros de ambos países. De todos los problemas inmediatos, con matiz nacionalista, excluyendo posiblemente el de los indocumentados, el pago de la deuda proyecta una mayor dificultad en el horizonte para las relaciones entre los dos países.”

En este marco de criterios y puntos de vista tan diversos, Estados Unidos —con el embajador Gavin como punta de lanza— trató lo que en muchos pasillos del poder en Washington comenzó a llamarse “el caso mexicano”. Hay, así, dos partes importantes en las relaciones México-EU: la detección de los periodos conflictivos y el número de agencias y oficinas involucradas en el tema de México. Del primer punto, hay algunos hechos interesantes que se cruzan, enriqueciéndose, con las gestiones delicadas del embajador John Gavin.

Muchas cosas ocurrieron por primera vez en las relaciones México-EU durante este amplio periodo de la administración Reagan. Después de los rumbos erráticos que tomaron durante la gestión de Carter y de los dos embajadores —el normal y el especial—, con Reagan las cosas cambiaron. Gavin llegó a tener todo el apoyo del presidente Reagan hasta principios de 1986, desde su arribo en abril de 1981. Luego, mientras los problemas mexicanos iban multiplicándose y la influencia de Gavin en el interior del gobierno mexicano se fue perdiendo en rencillas y fricciones, otras oficinas fueron interesándose en el conflicto mexicano. La lista puede ser interminable por la diversidad de asuntos a tratar, aunque destacan las más importantes:

- *La Casa Blanca*. Por primera vez, desde la oficina oval los asuntos mexicanos fueron manejados con discretos pero evidentes hilos. El presidente Reagan se interesó personalmente por los sucesos de México, al grado de tener acuerdos constantes y continuados con el embajador Gavin hasta por vía telefónica. La importancia de la Casa Blanca en las relaciones entre los dos países llegó a destacarse, inclusive, por la contratación por parte de México del ex asesor de Reagan y amigo personal de éste, Michael Deaver, como encargado de un *lobby* mexicano en Pennsylvania Avenue para influir en el ánimo del gobierno norteamericano desde la misma Casa Blanca.

- *Departamento de Estado*. Aunque Haig tenía poco interés en

México, de todos modos quiso concederle a México un status muy especial. Pero le faltó tiempo y espacio, además de que los conflictos en el Medio Oriente y la guerra de las Malvinas acapararon su atención. Shultz ha sido más consistente, primero como encargado de las relaciones exteriores de EU y después como economista. A mediados de 1986, un analista de la organización “John Hopkins” dijo en una mesa redonda, en Filadelfia, que por esas fechas Shultz le dedicaba el 40 por ciento de su atención a los asuntos mexicanos y que en el futuro cercano ese interés habría de aumentar. Shultz llegó a concentrar en el Departamento de Estado prácticamente todas las relaciones México-EU, inclusive las financieras, al grado de participar en las conversaciones de febrero-marzo y junio para resolver la crisis financiera de México.

- *Congreso.* Más a nivel de senadores que de representantes, por primera vez en muchos años el Congreso norteamericano llegó a analizar y a polemizar alrededor de los asuntos de México. Muchos senadores abrieron expedientes sobre México y otros permanecieron atentos a los acontecimientos. También por vez primera, una subcomisión del Senado —la dirigida por el ultraderechista senador Jesse Helms— realizó dos audiencias públicas en el curso de un mes para hablar sobre México, llegando a contar con la participación de altos funcionarios de la CIA, Aduanas, FBI, incluyendo al subsecretario de Estado, Elliot Abrams, y a Gavin como ex embajador. Las audiencias del Senado motivaron la intervención del propio Departamento de Estado y de la misma Casa Blanca para atenuar las críticas.

- *Departamento del Tesoro.* Primero con Regan y después con James Baker, esta oficina dependiente del presidente ha ido ampliando su cobertura sobre México. Y, en esta línea, no son sólo los temas económicos y financieros, sino que éstos han sido enfocados como asuntos de relaciones bilaterales generales y como de seguridad nacional. En esto ha influido la formación del propio Baker, que hasta antes de pasar al Tesoro era el coordinador del Consejo Nacional de Seguridad. Ahora Baker sigue conservando un lugar en ese organismo. Vinculado al tema financiero, por derivación del Plan Baker, el Tesoro coordina algunas instancias del Departamento de Comercio en materia de comercio exterior. Como el ingreso de México al GATT y la apertura comercial mexicana se inscriben en el Plan Baker, entonces el Tesoro tiene que ver con esos asuntos.

- *Departamento de Justicia.* Tradicionalmente han sido los organismos semiáutónomos de este Departamento los que manejan asuntos mexicanos en temas de indocumentados, drogas y aduanas. Sin embargo, a raíz del incidente provocado por la muerte del agente de la DEA en México, Enrique Camarena Salazar, en febrero de 1985, ha sido el procurador de Justicia, Edwin Méese, el que ha tomado el caso mexicano en sus manos. Salvo por algunas actividades que responden más a su amistad con Gavin y a su relación con el senador Jesse Helms, el director de Aduanas, William von Rabb, se ha plegado a Meese. En temas de narcotráfico, Meese se ha mostrado como un funcionario duro y reaganiano, con amplio interés en México. Meese ha sido el estratega de los programas de coordinación México-EU para luchar contra el narcotráfico y el autor de la idea de articular a México en fuerzas paramilitares de vigilancia fronteriza. También ha estado enterado del uso de las deportaciones de indocumentados mexicanos como mecanismos de presión contra México.

- *Consejo Nacional de Seguridad.* Surgido como oficina asesora del presidente para asuntos de seguridad nacional, el CNS se ha ido convirtiendo en el organismo que define directrices de política exterior. Su dependencia de la Casa Blanca y su jerarquía como coordinador de todos los organismos de inteligencia y seguridad nacional de Estados Unidos, el CNS ha llegado a rebasar al Departamento de Estado y a convertir a éste en simple figura decorativa —así ocurrió públicamente cuando Henry Kissinger era el asesor de seguridad nacional de Nixon—. Desde el arribo de Reagan a la Casa Blanca, el CNS se constituyó en la oficina coordinadora de las relaciones de EU con México. Buena parte de la coordinación recayó en un ex agente de la CIA, furibundo anticomunista y hombre clave del senador Jesse Helms, el académico Constantine Menges, quien definió estrategias y programas de presiones contra México. Fue Menges el redactor de la Directiva 124 de Seguridad Nacional que aprobó presiones económicas y financieras contra México para retirarlo de Centroamérica. A la salida de Menges y al relevo de Robert McFarlane por John Poindexter como asesor de seguridad nacional de Reagan, el control de los asuntos mexicanos pasó nuevamente al Departamento de Estado.

- *CIA.* De manera extraordinaria, la CIA recibió instrucciones de ampliar su cobertura sobre México, al grado de verse inmiscuida

en por lo menos un escándalo: un oficial de inteligencia encargado de redactar informes sobre México renunció en 1984 porque lo estaban obligando a incluir versiones falsas de la realidad mexicana. También la CIA filtró a la prensa norteamericana algunos informes sobre los problemas de México que le interesaban a EU —drogas, política exterior, elecciones— para convertirlos en armas de presión. En México, la CIA aumentó sus actividades amparada en el intervencionismo del embajador Gavin y sus frecuentes viajes y contactos para acercarse a la oposición de derecha.

- *Agencia de Inteligencia del Departamento de Defensa (DIA).* Nacida en los sesenta a raíz del fracaso de la CIA en el caso cubano y en la frustrada invasión de Bahía de Cochinos, la DIA comenzó recientemente a interesarse por México. Hasta ahora ha producido pocos estudios sobre México, pero en ellos insiste en la apreciación de que México “será el problema de seguridad número uno de EU en los próximos diez años”. Las razones son dos: una, respecto a los problemas vecinales acicateados por la crisis, el narcotráfico y los indocumentados; y la otra, en función del involucramiento de México en Centroamérica interfiriendo, en la óptica de EU, la solución norteamericana en la región.

- *FBI.* También la policía federal de EU ha tomado en sus manos algunos asuntos de México. A partir del interés norteamericano por el terrorismo, la vigilancia del FBI sobre México ha aumentado. Asimismo, algunos analistas siguieron la pista de una denuncia del *The New York Times* sobre la supuesta penetración de la KGB en los servicios de inteligencia mexicanos y llegaron a la conclusión de que estaba metido ahí el departamento de inteligencia del FBI. La denuncia daba nombres, señales y evidencias de vigilancia de los servicios de inteligencia de México y, desde luego, de movimientos en la embajada de la URSS en México. El FBI tiene entre sus funciones la vigilancia y el contraespionaje de supuestos agentes extranjeros, sobre todo de la KGB soviética, dentro del territorio estadounidense, pero estas actividades se extienden clandestinamente a países cercanos a EU en donde se suponen acciones secretas de la URSS.

- *Sistema de la Reserva Federal.* Con funciones más de banca central norteamericana que de organismo financiero internacional, sin embargo la FED ha tenido que jugar un papel clave desde la cri-

sis de pagos de agosto de 1982. Con respecto a México, Paul Volcker ha realizado varios viajes a México y dentro de las oficinas de la FED mantiene una constante vigilancia sobre el desenvolvimiento de la economía mexicana y sus problemas sociales y políticos. Este hecho es inusitado debido a que la gestión de la FED se entiende más como coordinador bancario nacional.

- *Partido Republicano.* Vigente en épocas electorales, el Partido Republicano ha adquirido singular importancia en los años de la administración Reagan. Inclusive, algunos de sus departamentos han tenido amplia actividad internacional dentro de la Unión Democrática Internacional, que agrupa a los partidos conservadores más importantes de Occidente. En México, el Partido Republicano ha entrado del brazo del PAN, partido que mantiene excelentes relaciones con la UDI y con el Fondo Nacional para la Democracia, cajón financiero de la administración Reagan para distribuir dinero entre partidos conservadores que luchan por la democracia.

- *Organismos académicos.* A raíz del ascenso del presidente Reagan, muchos organismos académicos se han convertido en “think tanks” del gobierno o depósito de cerebros. Sus funciones radican en la elaboración de estudios y proyectos que interesan a la administración. En este contexto, dos organismos han estado atentos a México: el Centro de Estudios Estratégicos Internacionales de la Universidad de Georgetown tiene un proyecto sobre México en temas exclusivamente electorales; y la Fundación Heritage ha centrado sus estudios sobre México en temas de vecindad caliente y de dependencia financiera. Hay algunos otros —Council of Americas, Center for Development, Consejo de Seguridad Internacional—, pero el CEEI y Heritage son los más activos y los más cercanos a la administración Reagan por su influencia decisiva.

Los temas, los agravios, las presiones

Gavin resultó un hombre clave en el interés de EU por México. Al cruzar el activismo del embajador norteamericano con las grandes líneas de acción de la administración Reagan, muchas coincidencias se detectan. Tantas, que es mejor hablar de correspondencia que de simples coincidencias. A partir de los grandes intereses de EU en

México —política exterior, política económica y política interna— y de los grandes afanes de EU por influir en el rumbo político de México desde fuera y desde dentro con el propósito de ampliar la articulación y la dependencia, los temas de debate se convirtieron en una larga y penosa lista de agravios:

- *Centroamérica*. Estados Unidos —Gavin, el Departamento de Estado, el Consejo Nacional de Seguridad y otros organismos oficiales— ha intentado sacar a México del juego centroamericano, en función de la sola existencia de intereses norteamericanos en la región. Pero México también tiene intereses de seguridad nacional ahí y ha resistido todo tipo de presiones. Sin embargo, las perspectivas no son gratas: resultan demasiado grandes los compromisos financieros como para seguir teniendo el mismo involucramiento mexicano en CA. Además de la Directiva 124 de Seguridad Nacional, EU ha usado otros mecanismos de presión, inclusive provocando fricciones innecesarias en algunas de las entrevistas presidenciales de los últimos años.

- *ONU*. Obsesionado por el papel de México en Naciones Unidas, Estados Unidos llegó a magnificar incidentes diplomáticos para obligar a México a moderar su voto en el seno de ese organismo. EU hizo todo lo posible para evitar que el embajador mexicano Porfirio Muñoz Ledo llegara a ser presidente del Consejo de Seguridad y del Grupo de los 77, pero sin lograrlo. Para EU la ONU es punto clave, al grado de haber propiciado el cambio de la leal aunque teatral embajadora Jeanne Kirkpatrick por un maestro de la intriga, el general Vernon Walters, ex director adjunto de la CIA y poseedor de la Medalla al Mérito de Inteligencia. Gavin y el propio presidente Reagan llegaron a sacar el tema en conversaciones con el presidente De la Madrid e inclusive llegaron a filtrar a la prensa la irritación norteamericana por el voto mexicano en la ONU a fin de aumentar la presión.

- *Narcotráfico*. Involucrado de manera determinante en el mercado de la droga, México vio de pronto que este tema se convertía en asunto de política exterior, según dijo Shultz al canciller mexicano Bernardo Sepúlveda en marzo de 1985. Las presiones, fueron tantas, que algunas voces norteamericanas se preguntaron en voz alta si eran necesarias. Por el asunto del narcotráfico EU llegó a cerrar virtualmente la frontera con México y a aprobar castigos y sanciones. Además, a nivel de procuradores hubo también intenciones de obligar a

México a aceptar la supervisión estadounidense. EU fue a fondo al acusar al narcotráfico de haberse engullido al sistema político mexicano.

- *Gavin.* La sola presencia del embajador en México, su activismo, su insolencia, sus declaraciones, se convirtieron en un agravio a México por sí mismos.

- *Anderson.* En mayo de 1984, cuando el presidente De la Madrid estaba a punto de entrevistarse con Reagan, el periódico *The Washington Post* publicó una columna del periodista Jack Anderson acusando al Presidente de corrupción. Según investigaciones posteriores, la información se sustentó en un cable interceptado por la Agencia de Seguridad Nacional que llegó a manos de un funcionario del Consejo Nacional de Seguridad y éste se lo deslizó subrepticamente a Jack Anderson. Dos años después ese funcionario estaba desempleado y el propio Anderson se manifestaba utilizado. De todos modos, el impacto de esa denuncia irresponsable causó estragos internos en México, al grado de llegar a convertirse en argumento usado por el PAN en la Cámara de Diputados.

- *Helms.* Aunque el gobierno norteamericano se desentendió a medias de las audiencias del senador Jesse Helms de mayo y junio de 1986 sobre México, de todos modos hizo poco para desmentir las acusaciones sostenidas por funcionarios de la administración y catapultadas por el propio senador. El secretario de Relaciones Exteriores de México, Bernardo Sepúlveda, envió una nota de protesta al Departamento de Estado y el secretario George Shultz respondió con una carta ambigua. La ambigüedad resultó, a final de cuentas, parte del juego del senador Helms.

- *Crisis financiera.* Desde el principio de la crisis de pagos de México, EU intentó cuajar un doble juego: salvar a México y al sistema financiero internacional y sacar provecho de ese operativo. A todo lo largo de la crisis, Estados Unidos no dejó de presionar en todos los renglones, llegando inclusive a querer discutir el asunto de Chihuahua antes de las elecciones de julio de 1986 con el secretario de Hacienda, Jesús Silva Herzog.

- *Elecciones de 1985.* Nunca antes en la historia de las relaciones bilaterales EU había intervenido tanto y tan abiertamente en procesos políticos nacionales. No llegó sólo a apoyar al PAN, sino que

su intervencionismo avanzó más allá al propiciar la consolidación de un sólido frente opositor de derecha que agrupaba al PAN, la iglesia conservadora y los empresarios. En este suceso tanto Gavin como el propio gobierno de EU resultaron abiertamente resueltos a influir en el rumbo político de México desde dentro.

- *Seguridad y turismo.* Como una campaña sospechosamente preparada, desde finales de 1984 el embajador Gavin y algunas oficinas de Washington se dieron a la tarea de condenar la seguridad en las carreteras de México, provocando daños importantes al turismo mexicano.

- *Prensa.* A veces de manera inconsciente y otras no tanto, la prensa norteamericana se hizo eco de las maniobras, presiones y agravios de Estados Unidos contra México. La mayor parte de la argumentación de la prensa en temas clave —elecciones, narcotráfico, seguridad en las carreteras, Centroamérica, ONU, corrupción y otros— salieron de evaluaciones de inteligencia y seguridad nacional de agencias y departamentos de EU.

Notas

- 1.— *Discurso* de Tijuana, Miguel de la Madrid, *El Día*, 16 de febrero de 1986.
Criterios de académicos liberales y políticos del Partido Demócrata. El gobernador de Arizona, el demócrata Bruce Babbitt, por ejemplo, públicamente defiende a México y ataca la estrategia de la administración Reagan, pero en privado suele señalar la validez de las presiones norteamericanas por el papel que juega México en la política exterior de EU. Lo que cambia, en todo caso, son las formas. Fundación Heritage en *El Universal*, 23 de agosto de 1984.
- 2.— “Operación Gavin” y “Un americano impasible”, en este libro.
- 3.— *Excelsior* y *El Día*, 26 de febrero de 1984.
- 4.— *The Washington Post*, 3 de enero de 1984.
- 5.— Jack Anderson en *The Washington Post*, citado por Gastón García Cantú en *Excelsior*, 14 de octubre de 1985.
- 6.— John Horton, *The Washington Post*, 3 de enero de 1985.
- 7.— *The Dallas Morning News*, 13 de diciembre de 1984.

- 8.— *Excelsior*, 18 de mayo de 1985 y *La Jornada*, 8 de abril de 1986.
- 9.— Fundación Heritage, boletín 313 con ensayo de Esther Wilson Hannon, 20 de agosto de 1984 y *El Universal*, 23 de agosto de 1984.
- 10.— Directiva 124 de Seguridad Nacional, *Excelsior*, 2 de julio de 1984.
- 11.— Miguel de la Madrid, *El Día*, 24 de julio de 1985.
- 12.— Fundación Heritage 502 “Una estrategia estadounidense para los deudores latinoamericanos”, 7 de abril de 1986.
- 13.— Heritage 502, Constantine Menges en *Foro Internacional* abril-junio de 1982 y Comité de Santa Fe en *EU Perspectiva latinoamericana*, 9 del primer semestre de 1981.
- 14.— Heritage 502, íbid.
- 15.— *El Día*, 5 de octubre de 1982.
- 16.— James Baker, *El Día*, Testimonios y Documentos, 20 y 21 de febrero de 1986.
- 17.— Conversaciones del autor con periodistas, académicos y analistas en Washington, D. C. y Nueva York, abril de 1986.
- 18.— Conversaciones del autor con Esther Wilson Hannon en Washington, D.C. y con Peter Smith en el Instituto Tecnológico de Massachussets en Boston, en abril de 1986.

La diplomacia de la droga

Camarena: un incidente a la norteamericana

I

Como bola de nieve, el secuestro y asesinato de un agente de la Drugs Enforcement Agency (DEA, Agencia de Lucha contra las Drogas) a principios de 1985 se convirtió en manos del embajador norteamericano John Gavin en un incidente que rápidamente rebasó los apretados límites de caso policiaco y llevó las relaciones México-Estados Unidos a los bajos fondos de las acusaciones mutuas, las presiones diplomáticas del más fuerte, las tensiones más graves y las culpabilidades más intolerantes. Muchas cosas salieron a relucir y muchas otras se provocaron para no sólo enfriar sino prácticamente congelar el trato entre dos naciones vecinas.

Gavin resultó la espoleta de percusión de una bomba política de bastantes megatones: su intervención, el tono de su involucramiento, provocó fricciones, encaró a funcionarios del gobierno de México, denunció la corrupción de autoridades mexicanas, apresuró acciones de presión por parte de Washington, encabezó una campaña de desprestigio, habló fuerte, convirtió buena parte de la prensa norteamericana en un arma de presión, adoptó decisiones por su cuenta y después recabó el aval de la Casa Blanca, consiguió cerrar la frontera México-EU, se constituyó en canal de comunicación para diferentes tipos de

presiones del gobierno estadounidense y provocó fricciones cuyos temas aún gravitan en el ánimo de las relaciones entre los dos países y determinan la acción de importantes sectores políticos de EU.

De pronto, por el cariz de los acontecimientos y por haberle pillado las manos en la puerta a algunos funcionarios y áreas de gobierno de México, las relaciones México-Estados Unidos tuvieron que pasar por el ojo de la aguja de la *narcodiplomacia*. En sólo cuatro meses y en medio de delicados acontecimientos nacionales e internacionales para México y de política exterior para Estados Unidos, el trato entre las dos naciones se convirtió en roces y fricciones, y una nube de resentimiento y culpabilidad empañó la vecindad.

Nada fue gratuito. Si bien parte de las acusaciones de Estados Unidos apuntaban a revelar una corrupción policiaca y política cuyos indicios ya molestaban a algunos sectores mexicanos, en el fondo un vaho de desconfianza enturbió las investigaciones porque éstas fueron arrinconadas en otros renglones más allá de los propiamente policia-cos. En el corto tiempo que transcurrió entre el secuestro del agente de la DEA y el hallazgo de su cuerpo, entre el inicio de las investigaciones y las satisfacciones pedidas por EU, entre el suceso y el corte de algunas cabezas de turco, entre la primera reacción de desconcierto y repliegue del gobierno mexicano y el acoso del embajador Gavin, México vivió la más *dura presión diplomática* de parte de Estados Unidos sobre los asuntos del narcotráfico y *otros temas delicados*.

Ahí comenzaron los malos entendidos. Montado sobre el interés por encontrar al agente de la DEA —primero— y a sus asesinos —después— y por desmembrar las bandas de sembradores y exportadores de marihuana y amapola de México hacia Estados Unidos, Washington intensificó la discusión y el debate con México en algunos temas más enrolados en la política exterior de EU. Agobiado por un sentimiento de culpabilidad y un resentimiento por las acusaciones norteamericanas, México no pudo enfrentar el protagonismo del embajador Gavin y no alcanzó a articular una respuesta adecuada: apenas pudo desarrollar una *política de repliegue y resistencia*, negándose a negociar del todo aquellos puntos y temas que EU había mezclado en el portafolios del narcotráfico.

¿Qué ocurrió en el fondo? ¿Fue sólo el aprovechamiento de la oportunidad de un incidente ocurrido en momentos delicados en la vida interna de los dos países? ¿Qué papel jugó el embajador nortea-

americano John Gavin? ¿Cuáles y cómo fueron y se desarrollaron las presiones diplomáticas de la Casa Blanca sobre México? ¿Cómo ubicar el incidente del secuestro y asesinato del agente de la DEA?

Esta es la historia del trasfondo del *Caso Camarena*, un incidente a la norteamericana.

II

El 7 de febrero de 1985, en el caluroso invierno de la populosa ciudad de Guadalajara, un auto compacto se estacionó a unos metros de la puerta de entrada al consulado de Estados Unidos en esta ciudad. Cuando un hombre de estatura mediana, de piel tostada por el sol, salió de ahí,¹ otro —Samuel Ramírez Razo— lo interceptó y le dijo:

—El comandante quiere verlo.

El aludido asintió y abordó un Atlantic color crema. Casi nadie se dio cuenta de ello, a pesar de la hora —las dos de la tarde— y de la céntrica ubicación del consulado americano. El automóvil pequeño enfiló hacia la zona residencial de la ciudad y posteriormente se fue hacia un lugar desconocido en las afueras. Entró a un garage. Varios hombres armados estaban pululando por una amplia casa y saludaron a los otros que se bajaron del auto. El hombre que fue abordado momentos antes esperó afuera, bajo la discreta vigilancia de algunos pistoleros. Luego lo pasaron a una habitación donde un hombre joven, casi treintañero, de pelo ensortijado y facciones campesinas, al que todos se dirigían como Rafael, le pasó el brazo al que acababa de llegar.

—Pasa, Enrique.

La puerta se cerró. Adentro se quedaron Rafael Caro Quintero y algunos de sus pistoleros, todos ellos vinculados a la mafia del narcotráfico en Sinaloa y Guadalajara, y Enrique Camarena Salazar, agente de la DEA infiltrado en las bandas criminales de la zona. Los hombres que esperaban afuera se retiraron discretamente de la puerta de la habitación, hasta que pocos minutos después llegó agitadamente otro hombre, demasiado importante porque puso nerviosos a los vigilantes.

—Don Neto, adelante, lo están esperando.

Don Neto, Ernesto Fonseca, conocido como *El Padrino*, un hombre de 60 años que había criado y formado a Caro Quintero, entró como bolido en la habitación y discutió con su pupilo. Ya para entonces sabían que Camarena Salazar había sido el hombre que avisó a la policía del

imponente sembradío de mariguana —doce kilómetros cuadrados sembrados por 10 mil campesinos— en la sierra de Chihuahua, descubierto y destruido el 6 de noviembre de 1984, apenas tres meses antes. Ahora sabían que ese hombre era *tira*, un soplón que trabajaba para la policía. La discusión no resolvió mucho. Al día siguiente continuó el debate, pero ya sobre el conocimiento de que Camarena Salazar había sido torturado y golpeado por los hombres de Caro Quintero.

—Se les pasó la mano a los muchachos —se justificó, con torpeza, Caro Quintero.

Don Neto se desligó de la responsabilidad y le dejó a Caro Quintero el paquete. Este esperó que sus muchachos terminaran el trabajo. Camarena Salazar murió y fue inhumado en una fosa clandestina lejos de Guadalajara.

A casi mil kilómetros de este lugar, en una de las avenidas más importantes de la ciudad de México, en un edificio coronado por una maraña de cables y antenas comenzó un largo fin de semana. El viernes 8 de febrero un hombre salió de un despacho del tercer piso y se enfiló hacia la amplia y acondicionada oficina del personaje más importante del edificio. El jefe de la DEA en México habló nerviosamente con el embajador John Gavin: uno de sus hombres había desaparecido apenas la víspera y se temía lo peor. El informe rendido al diplomático no dejaba lugar a dudas: por su importancia y por las sospechas de los grupos que podían tenerlo en su poder, la vida de Camarena Salazar pendía de un hilo que podía romperse de un momento a otro, si no es que la tensión lo había despedazado ya.

Gavin comenzó a hacer llamadas locales y de larga distancia. Fue un largo fin de semana. Para el lunes, el operativo estaba armado: fotos del agente de la DEA en periódicos para anunciar su desaparición y ofrecer una recompensa de 20 mil dólares y luego de 50 mil para obtener datos que permitieran su rescate; presiones sobre el gobierno mexicano para comprometerlo efectivamente en la búsqueda del ciudadano norteamericano nacido en Mexicali, Baja California Norte, en 1949 y nacionalizado estadounidense diez años después; arribo del director general de la DEA, Francis Mullen, a México para supervisar personalmente el operativo de búsqueda de uno de sus agentes; y control de las riendas de todo el operativo desde la Casa Blanca vía la embajada norteamericana en México.

Los hechos se dieron como sigue:

- 6 de noviembre de 1984. El ejército y la policía, en un operativo sin precedente, aniquilaron un campo de siembra de mariguana en Chihuahua. El Campamento Búfalo era propiedad de Rafael Caro Quintero y la mariguana iba a destinarse al mercado norteamericano. El campamento tenía todo: agua, luz, vigilancia, acceso para transportes, pistas aéreas. Aunque esa zona había sido ya denunciada por organizaciones sindicales y campesinas —debido a que muchos campesinos eran llevados ahí con mentiras y luego casi esclavizados—, nada se hizo hasta entonces. El primero en capitalizar el golpe fue el embajador John Gavin, acreditándolo a la DEA y a sus agentes en México.

- 7 de febrero de 1985. El agente de la DEA que informó de los campos de mariguana de Chihuahua, Enrique Camarena Salazar, y el piloto mexicano de la Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos, Alfredo Zavala Avelar, que conducía helicópteros policíacos para detectar campos de siembra de mariguana y amapola, fueron secuestrados en operativos casi simultáneos y llevados a un mismo lugar.

- 8 de febrero. Estados Unidos confirmó la desaparición de su agente y comenzó todo su operativo para recuperarlo y obligar a México a atender el asunto.

- 9 de febrero. Rafael Caro Quintero voló a Costa Rica.

- 10 de febrero. La embajada norteamericana en México se hizo cargo del asunto Camarena Salazar.

- 11 de febrero. El consulado norteamericano en Guadalajara publicó en periódicos la fotografía de Camarena Salazar y ofreció 20 mil dólares de recompensa a quien aportara datos para el rescate del agente de la DEA. Posteriormente, la embajada aumentó la recompensa a 50 mil dólares.

- 12 de febrero. El director general de la DEA, Francis Mullen, que había llegado a la ciudad de México el domingo 10 de febrero, ofreció una conferencia de prensa acompañado del embajador Gavin. Ahí empezó a revelar la organización de las mafias de narcotraficantes de México y a señalar la complicidad de las policías de México con el mundo de la droga. Anunció, además, que cien agentes de la DEA habían arribado a México para investigar la desaparición de su compañero. También se supo, por otras fuentes, que agentes del FBI —policía federal norteamericana— estaban en México para la misma misión.

- 14 de febrero. Se localizó al capo hondureño que operaba en México José Matta Ballesteros, pero por extrañas razones —algunas fuentes policíacas mexicanas señalan que la DEA lo dejó huir— nunca fue detenido.

- 17 de febrero. Estados Unidos cerró virtualmente la frontera con México. El gobierno mexicano se quejó de la improcedencia de la medida, además de que EU avisó a México apenas unas horas antes. La medida se tomó, según EU, para registrar minuciosamente todos los autos y mexicanos que cruzaban la frontera, a fin de obstaculizar el traslado de droga. Asimismo, algunas garitas fueron cerradas materialmente, ocasionando problemas a la vida fronteriza. Esta nueva “operación intercepción” fue similar a la de septiembre de 1969, durante la gestión del presidente Nixon, organizada también dentro de las actividades de lucha contra el narcotráfico.

- 18 de febrero. El embajador John Gavin se entrevistó con el presidente Miguel de la Madrid. El tema central de la audiencia giró en torno a la “operación intercepción”.

- 22 de febrero. Por problemas fronterizos y por haberse convertido en punto de fricción en las relaciones entre los dos países —sin ningún efecto en el contrabando de droga—, finalizó la “operación intercepción”.

- 6 de marzo. Aparecieron en el rancho “El Mareño”, en la frontera entre los estados de Nayarit y Michoacán, los cuerpos del agente norteamericano Camarena Salazar y del piloto mexicano Zavala Avelar. Un campesino los descubrió semienterrados.

- 10 de marzo. Camarena Salazar fue enterrado como un héroe en San Diego, California, con honores militares de la Marina estadounidense. Encabezó la ceremonia el embajador John Gavin, convirtiéndola en un alegato contra México. Estados Unidos decidió colocar su bandera a media asta. El conflicto se asumió, en el lado americano, como una afrenta nacional.

- 18 de marzo. Entró en funcionamiento la segunda fase de la “operación intercepción”.

- 4 de abril. Rafael Caro Quintero fue detenido en una de sus mansiones en Costa Rica. Según información no revelada hasta ahora,

la Policía Judicial Federal mexicana interceptó una llamada de Caro a su novia Sara Cosío, que vive en Guadalajara, y ubicó el lugar de residencia del narcotraficante. Se puso en marcha todo un operativo para aprehenderlo. Caro cayó en Costa Rica, pero de pronto la DEA se acreditó la localización y posterior detención del delincuente. La PJF se quejó ante altos funcionarios del gobierno mexicano de que la captura fuera capitalizada por la policía antidrogas de EU. “Déjenlo así”, se les dijo oficialmente.

- 8 de abril. Caro Quintero fue consignado penalmente en la ciudad de México.

- 9 de abril. Por un incidente callejero, policías municipales de Puerto Vallarta dotados con armas de bajo poder y muy antiguas capturaron en Puerto Vallarta, Jalisco, a casi medio centenar de narcotraficantes a las órdenes de Don Neto, en posesión éstos de armas sofisticadas y explosivos. Inmediatamente el ejército controló la situación y se identificó a uno de los detenidos como Don Neto.

Otras cabezas cayeron posteriormente: un comandante de la judicial, Armando Pavón Reyes, fue encarcelado por haber recibido un soborno de 60 millones de Caro Quintero para dejarlo huir a Costa Rica. El director de la Federal de Seguridad, candidato del PRI a diputado por un distrito de Hidalgo e involucrado en la protección de narcos, José Antonio Zorrilla, renunció a su nominación y viajó secretamente a España y posteriormente a París. El jefe de la Policía Judicial Federal, Miguel Aldana, renunció a su cargo y regresó a encabezar esta brigada el policía Florentino Ventura, también jefe de la Interpol en México. Se reorganizaron los servicios de inteligencia y seguridad nacional de México, acusados de haber entregado credenciales de policías a narcotraficantes. Hubo cambios en algunas zonas militares del ejército en donde la siembra de mariguana y amapola había sentado sus reales. Los bancos mexicanos de Guadalajara, Sinaloa y Nuevo León afinaron su vigilancia y se dedicaron a desligarse de las operaciones de lavado de dinero. Importantes ejecutivos renunciaron a puestos en sus empresas por haberseles comprobado su asociación con inversiones del narcotráfico.

Pero el asunto no terminó ahí. Muchas evidencias fueron mostrándose para delinear lo que comenzó a conocerse como la *narcodiplomacia*.

III

Mientras México y Estados Unidos se enfrascaban en acusaciones sobre siembra y consumo de amapola y mariguana, la *narcodiplomacia* entraba en acción. Una serie de temas y sucesos fueron tratados con México mientras el gobierno hacía desesperados esfuerzos por defenderse de la acusación contra muchos de sus funcionarios por vinculaciones con el narcotráfico. Nombres de algunos policías, jefes policiacos, dirigentes políticos y hasta gobernadores de Estados de la República circularon como socios del submundo de la droga, al tiempo que fantasmales y nunca conocidas listas de la DEA hablaban de otros importantes altos funcionarios involucrados en el mercado de la droga.

No era la primera vez que ocurría tal cosa. Ya desde hacía tiempo se veían venir presiones diplomáticas. En la Organización de las Naciones Unidas, en el periodo de la asamblea general de 1984, varios jefes de Estado de América Latina mostraban su preocupación. En una declaración especial,² el presidente venezolano Jaime Lusinchi habló del narcotráfico como un problema político. Señaló específicamente el caso de Bolivia, en donde se dio un golpe de Estado estimulado por los productores locales de amapola, apreciación que ya había sido revelada por el periodista argentino Gregorio Selser:³ Estados Unidos había apoyado un golpe político contra fuerzas progresistas bolivianas, aun a sabiendas de que los generales golpistas estaban vinculados al narcotráfico; sólo la presión interna, la campaña internacional y las denuncias en el Senado norteamericano sobre estos hechos, obligaron al gobierno de EU en 1981 —curiosamente la administración Reagan— a quitarles el apoyo a los militares.

Otros casos estaban involucrados en la lucha contra el narcotráfico como un tema político y diplomático. De manera amplia, el gobierno norteamericano comenzó a utilizar el problema de la droga como un asunto de política exterior, al grado de intentar desprestigiar a movimientos políticos con acusaciones de supuestas articulaciones al narcotráfico internacional. Así, la Casa Blanca habló de que Cuba, Nicaragua, el movimiento colombiano M-19, Panamá, el movimiento izquierdista salvadoreño Frente Farabundo Martí y otros similares, formaban parte del mundo de la droga. No hubo aportación de pruebas sino sólo la denuncia.

Eran tareas propias de la *narcodiplomacia*. El asunto estaba claramente definido por Estados Unidos, al grado de que la administración Reagan le dio juego al puesto de Subsecretaría de Estado para Asuntos de Narcóticos Internacionales, dentro del Departamento de Estado, y puso en funcionamiento algunas comisiones especiales dentro del Consejo Nacional de Seguridad de la Casa Blanca. Visto como problema de política exterior, la lucha contra el narcotráfico le permitiría a Estados Unidos combatir la siembra de droga, influir en gobiernos latinoamericanos, articularse a policías del continente y convertir a la DEA en organismo de información política y policiaca.

La DEA jugó un papel clave en estas funciones de la *narcodiplomacia*. Además de que la DEA nació como un desprendimiento de organismos de inteligencia y seguridad nacional, los agentes anti-narcóticos fueron reclutados entre las fuerzas de la CIA y el FBI. Según informaciones publicadas en 1985,⁴ la DEA forma parte de las cinco agencias de espionaje norteamericanas que operan en México y en América Latina. “Según descripción de Joanna Batro en su libro *Sueños fatales*, la DEA y la CIA colaboran con frecuencia en temas que van más allá del narcotráfico.”

Hay más:

“La DEA tiene el objetivo de obtener información para el combate al narcotráfico, pero aquí (en Washington, D. C.) se asegura que *no siempre se ocupa estrictamente de ello*. De hecho, Batro asegura que la DEA tuvo participación en el atentado contra el asesinado líder panameño Omar Torrijos. La DEA tuvo al menos *un departamento* de asuntos especiales que en algún momento estuvo a cargo de la responsabilidad de un destacado ex operativo de la CIA, Lucien Coien, con un amplio historial de operaciones encubiertas.”

Así, las tareas políticas de la lucha contra el narcotráfico formaban parte de un operativo de mayores alcances. En pleno conflicto de la lucha centroamericana y del acoso a México por asuntos del narcotráfico en marzo de 1985,⁵ el subsecretario de Estado para asuntos de narcóticos, John Thomas, habló de estos temas y vinculó la droga con la lucha guerrillera en la región y con las preocupaciones por Centroamérica. Informó asimismo que el presidente Reagan, el vicepresidente Bush y el procurador Edwin Meese están combatiendo la droga. Thomas, ex boina verde, tiene estudios diplomáticos

en la Universidad de Minnesota y es experto en asuntos de lucha contra el terrorismo e información de inteligencia.

Otros países aparecían en la línea de vincular drogas con política en su relación con Estados Unidos. Cuba misma se puso a negociar en 1985 el regreso de miles de cubanos que salieron de la isla en el conflicto de Mariel, debido a que Estados Unidos los consideraba peligrosos contrabandistas de drogas. En México,⁶ el embajador de Bolivia en México, Mario Guzmán Galarza,⁷ denunció que el combate contra los estupefacientes era un “arma de presión” contra América Latina, al grado de aumentar y cortar fondos de ayuda estadounidense a países vinculados con el narcotráfico y, simultáneamente, contrarios a los intereses estratégicos de EU.

Por esos mismos meses y en función del problema del narcotráfico en México, Estados Unidos tomó algunas acciones concretas. En abril,⁸ el Senado norteamericano aprobó algunas enmiendas en el proyecto de ayuda económica al exterior, con el fin de “instar a Brasil, Bolivia y Perú a que tomen medidas contra el tráfico de estupefacientes”. Según la información, el Senado autorizó al secretario de Estado, George Shultz, a negociar acuerdos bilaterales y abrió la posibilidad de castigos comerciales y políticos a naciones en donde se detecte comercio de drogas.

Pero la intención fue ir más allá. En abril, también,⁹ el gobierno norteamericano apoyó la idea de la esposa del presidente Reagan, Nancy Reagan, de celebrar una reunión en Washington, D. C. entre todas las esposas de presidentes latinoamericanos sobre el tema de las drogas. Por el mecanismo de organización del evento —primero se anunció la idea y después se realizaron las invitaciones a las primeras damas—, prácticamente se forzó a 18 esposas de presidentes de la región a concurrir a la reunión en la Casa Blanca.

En este contexto, un escenario no exento de vinculaciones con otros hechos acompañó el problema suscitado en México por el secuestro y asesinato del agente de la DEA, Camarena Salazar. Mientras el embajador Gavin mostraba las posibilidades de una amplia gama de artilugios para presionar a las autoridades mexicanas, algunos analistas comenzaron a contextualizar el hecho. Más que el suceso en sí —que debió de haber conducido a la detención y castigo no sólo de unos cuantos narcotraficantes sino a la detección y castigo de sus padrinos políticos—, en el fondo de las cosas el problema con la DEA sirvió de trampolín para otro tipo de acontecimientos.

No era la primera vez que ocurrían estos hechos. En plena guerra de Indochina —primero en tiempos de Nixon y después en los de Ford—, Estados Unidos utilizó el secuestro de barcos espías para autorizar incursiones militares. Los casos de los barcos *Pueblo* y *Mayagüez* fueron posteriormente rebasados en otros incidentes similares, algunos aprovechados y otros provocados. En tiempos de la administración Reagan, por lo menos tres resultan concretos: el derribamiento de un avión coreano —en el que viajaba un senador ultraderechista— en el año de 1983, cuando cruzó la línea del espacio aéreo soviético y se negó a aterrizar; posteriormente se supo que el avión cumplía una misión de espionaje de la CIA. En el caso centroamericano, la filtración de informaciones sobre una supuesta invasión de Nicaragua a El Salvador provocó, a finales de 1984, la casi desaparición del Grupo de Contadora. Y finalmente, la detención de un desertor del ejército sandinista, Efraín Urbina Lara, en terrenos de la embajada de Costa Rica en Managua fue magnificada por EU y, según el escritor mexicano Carlos Fuentes,¹⁰ le sirvió a la Casa Blanca “y a sus tres clientes centroamericanos —Costa Rica, Honduras y El Salvador— para crear un obstáculo, acaso insuperable, en el proceso diplomático iniciado por el Grupo de Contadora”.

La utilización del asesinato del agente de la DEA en México pareció ubicarse en la línea de los incidentes aprovechados para sacar ventajas adicionales. Si bien había espacios para que Estados Unidos exigiera la aclaración del suceso y pidiera enérgicamente el castigo de los culpables, de pronto el gobierno norteamericano —en la personal actuación, la mejor de su carrera diplomática, del embajador John Gavin— apareció dispuesto a mezclar otros temas. En marzo salió a flote el conflicto.

IV

Los hechos aparecieron por sí mismos. Simultáneamente, el embajador John Gavin y el canciller mexicano Bernardo Sepúlveda hablaron de lo que ya, para marzo —apenas mes y medio del conflicto por el agente Camarena Salazar—, era un secreto a voces: las presiones intensas de EU sobre temas desligados del narcotráfico, uno para negarlas y el otro para denunciarlas.¹¹ En un discurso pronunciado en la Universidad del Pacífico, en Stockton, California, y distribuido parcialmente por la em-

bajada norteamericana en México, Gavin negó “supuestos infundios” acerca de “una campaña yanqui contra el narcotráfico, que en realidad sería una presión para que México cambie su política exterior, ingrese al GATT, se incline al bipartidismo y aumente su dependencia económica de EU”. Esto es “categóricamente falso”, dijo Gavin.

En el lenguaje peculiar del embajador —que *afirma negando*, una especie de lenguaje orwelliano—, algunos hechos afloraron. Sobre todo, el embajador mostró en su discurso que Estados Unidos había registrado y comprendido algunos temas específicos de la política coyuntural mexicana, que algunos relacionaban con el combate al narcotráfico. Gavin negó que hubiera alguna alianza “entre EU y algunos sectores mexicanos para desestabilizar a México” y calificó de absurdos otros rumores similares.

Sin embargo, no fue gratuito que el propio secretario de Relaciones Exteriores de México hablara, el mismo día, de lo contrario precisamente en la ciudad donde surgió el incidente de Camarena Salazar: Guadalajara. “Acontecimientos recientes sucedidos en esta zona del país suscitaron reacciones en México y en el extranjero, iniciándose una lamentable e injusta *campana de desprestigio, ofensa y calumnia*.” Sin caracterizar ni especificar los aspectos concretos de la campaña, Sepúlveda sí habló del intento de *convertir algo policiaco en un problema político*. “Los actos delictivos son asuntos eminentemente judiciales y no debieran empañar la normalidad en el intercambio político y económico entre las naciones”, agregó.

Sepúlveda fue a Guadalajara a decir justamente eso. Al principio, extrañó a muchos la presencia del canciller en Guadalajara para asistir con el presidente De la Madrid a la firma del convenio único de desarrollo, pero la intención se aclaró pronto. Buena parte de su intervención oficial en el acto la destinó el canciller a hacer aflorar las presiones intensas a las que estaba sometido el gobierno por parte de Estados Unidos con el pretexto del asesinato del agente de la DEA.

El asunto era de por sí muy delicado. México estaba viviendo en 1985 una serie de circunstancias especiales que convertían ese periodo en un delicado año económico, político y social en lo interno y en sus relaciones y políticas con el exterior. Tan sólo a mediados de ese año se desarrollarían las elecciones legislativas más importantes en muchos años, pues se venía del arrollador triunfo del PAN en 1983 y el apoyo abierto a ese partido del gobierno de Estados Uni-

dos. Paralelamente, la situación económica se deterioraba rápido y el hilo del mercado petrolero, que sostenía débilmente la precaria economía, estaba por romperse de un momento a otro. Las presiones sociales por tres años de ajuste habían creado nerviosismo hasta en las propias filas sindicales del PRI, al grado de que el gobierno venía de celebrar en 1984 el lo de Mayo más violento de muchos años, que incluyó el lanzamiento de bombas incendiarias al balcón central de Palacio Nacional. Por si fuera poco, el gobierno estaba sometido a presiones intensas por parte de la banca internacional y del Fondo Monetario Internacional, con el fin de firmar nuevas cartas de intención para profundizar el ajuste, la austeridad y la estabilización, anuncios de nuevos y más graves sacrificios obreros.

En lo exterior las cosas no marchaban tampoco muy bien. El Grupo de Contadora —que nació a iniciativa de México— parecía estar naufragando ante el endurecimiento de la política exterior en la zona de la Casa Blanca, además de que la política exterior mexicana en la ONU estaba siendo cuestionada cada vez de manera más abierta por EU. Los intentos de integración política latinoamericana en torno al problema de la deuda habían chocado con la ortodoxia de las autoridades hacendarías mexicanas, provocando un desfase entre la diplomacia política y la económica. Los mismos problemas económicos internos y los derivados del desplome del mercado petrolero habían alejado a México de Centroamérica en cuanto a su participación en el Pacto de San José.

No era un año fácil. De ahí que lo ocurrido alrededor del caso del agente de la DEA fuera algo más que interés por esclarecer específicamente un asesinato. Y los temas globales que se tocaron y se friccionaron en los delicados meses de febrero, marzo, abril y mayo —un poco menos en junio y julio— no fueron del todo gratuitos, porque resultaron aquéllos en los que Estados Unidos tenía interés por replantear con México: relaciones bilaterales que implicaban una profundización de la articulación mexicana a su vecino del norte; situación política interna en la que EU quería influir de manera amplia tratando de colarse, directa o indirectamente, hasta las entrañas mismas del sistema político mexicano; Centroamérica, donde EU veía en el activismo mexicano el principal obstáculo para aplicar la solución norteamericana al conflicto regional; diplomacia, a partir de un acoso cada vez más cerrado para atarle las manos a México; y

finalmente el cumplimiento de las tareas específicas —tanto militares como diplomáticas— de la administración Reagan, que iban desde el impulso a la *guerra de las galaxias* hasta la entronización del enfoque Este-Oeste en las relaciones interamericanas.

Las presiones para transformar, en este contexto, el problema policiaco en una cuestión de tipo político fueron evidentes:

El jueves 7 de marzo de 1985,¹² al día siguiente de que fueron encontrados los cadáveres del agente norteamericano Camarena Salazar y del piloto mexicano Zavala Avelar, el secretario estadounidense de Estado, George Shultz, compareció ante el Senado de su país y ahí declaró —en una afirmación que fue interpretada ampliamente por su dureza— que lo sucedido en México “ha excedido la tolerancia de EU” y dejó entrever mayores presiones sobre el gobierno mexicano para obligarlo a ampliar su combate contra el narcotráfico.

El asunto no paró ahí. Varios días después,¹³ Shultz se reunió en Washington, D. C. con el secretario mexicano de Relaciones Exteriores, Bernardo Sepúlveda. Economista de la línea de Chicago, bien pronto supo Shultz convertirse en sagaz y duro diplomático. En esa reunión, Shultz hizo todo lo posible para aparecer convincentemente irritado cuando le dijo a su colega de México: “Estados Unidos ve la cuestión de los estupefacientes como un tema significativo de política exterior, así como internacional.”

La siguiente presión vino por parte del Departamento de Justicia norteamericano. Antes de terminar marzo, el procurador de justicia de México, Sergio García Ramírez, recibió una invitación de su colega Edwin Meese para reunirse en la capital norteamericana. Hombre duro, supervisor del poderoso Consejo Nacional de Seguridad, ex oficial de inteligencia naval, proclive a las presiones y soluciones represivas, brazo derecho del presidente Reagan, Meese fue al grano:¹⁴ si dentro de seis meses México no entregaba cuentas claras a EU en relación a las actividades mexicanas contra el narcotráfico, entonces el asunto policiaco se podría convertir en un problema político muy serio. Meese logró introducir mayor supervisión estadounidense en la policía mexicana y amplió el sistema de servicios de inteligencia de EU en la frontera con México, involucrando la lucha contra el narcotráfico con el problema de los indocumentados.

Otras presiones se volcaron.¹⁵ En marzo de 1986 el Departamento de Estado publicó un informe sobre las drogas en México y perfiló al-

gunas apreciaciones que se negaron en 1985 pero que se tomaron en cuenta, sólo que un año y medio después se reconocieron: la lucha contra las drogas es *un problema político* porque se anula con la corrupción imperante en el sistema político mexicano; el informe del Departamento de Estado abarcó 1985. Lo político no era sólo por asuntos internos: inclusive, llegó a enfocarse en la línea de los intereses de seguridad nacional. El 26 de julio de 1985, precisamente en la conmemoración del aniversario de la Revolución Cubana —que tradicionalmente en México tiene también algunas celebraciones—, el secretario norteamericano de Estado concedió una entrevista exclusiva al programa *24 Horas*, de Televisa, para declarar que Cuba y Nicaragua estaban involucradas directamente en la red internacional del narcotráfico y para destacar que —en este contexto más inclinado a la interpretación de los intereses de EU— México y EU habían ampliado relaciones en su lucha contra los estupefacientes. La conclusión no podía ser sino la más obvia: México debería unirse a EU, con el pretexto de la lucha contra el narcotráfico, para combatir a Cuba y Nicaragua.

Las cosas estaban claras, al grado de que el presidente mexicano Miguel de la Madrid autorizó a su secretario de Relaciones Exteriores¹⁶ a denunciar “una lamentable e injusta campaña de desprestigio, ofensa y calumnia”, y presiones extraordinarias de tipo político de Estados Unidos contra México con el pretexto de un problema judicial.

Otras presiones se manifestaron:

- En marzo, el gobierno de Estados Unidos realizó maniobras militares conjuntas en Centroamérica tituladas *Cola de Ratón*. A su regreso a bases militares norteamericanas, de manera sorpresiva y por primera vez —aunque esas maniobras no hayan sido las únicas realizadas—, EU solicitó autorización a México para fondear en los puertos mexicanos del Pacífico y del Golfo de México algunas de las naves. Se hablaba de 114 barcos y dos submarinos de guerra. De haberse autorizado esa escala técnica, México hubiera quedado aislado en sus salidas marítimas por naves de guerra estadounidenses: aunque no venían en son de guerra, de todas maneras el efecto psicológico sería inusitado. Pero la presión fue mucha y el gobierno mexicano permitió sólo fondear algunas naves y por poco tiempo en Manzanillo y Veracruz.

- La “operación intercepción” cerró prácticamente la frontera.

Aunque en todo el tiempo que duró no se atrapó absolutamente a ningún narcotraficante y ni un solo gramo de cocaína o marihuana, en el fondo la puesta en práctica de esa medida constituyó una forma de presión diplomática y política. Las protestas mexicanas se enfilaron no contra EU sino contra el gobierno mexicano, probablemente objetivo éste del operativo.

- La vigilancia fronteriza se acentuó para asuntos de narcotráfico y, de modo natural, para asuntos de indocumentados. Pero no terminó ahí. El 31 de marzo de 1985¹⁷ se realizaron las maniobras *Games of War* en el lado norteamericano de la frontera mexicano-estadunidense. Aunque el operativo se justificó como prácticas de combate al narcotráfico, el periodista Raymundo Riva Palacio encontró evidencias de operativo antiguerrillero con vistas al hipotético avance de la lucha centroamericana a México y de ahí a Estados Unidos.

Las maniobras *Games of War*, según los datos de Riva Palacio, tuvieron algunos elementos psicológicos importantes. En 1980, Estados Unidos realizó maniobras similares para combatir una eventual invasión soviética; el enemigo soviético se identificó como “fuerza roja”. En 1985, el enemigo se caracterizó como “fuerza sandía”. ¿La razón? La sandía tiene los colores verde, blanco y rojo. En los *Games of War* hubo también una caracterización rusa del enemigo: en los baños de la base militar Biggs Army Air Field había cartelones con el uso de la nomenclatura rusa, en una especie de lavado de cerebro.

Las maniobras fueron sofisticadas: se utilizó el más avanzado armamento en lo que hipotéticamente sería una guerra de guerrillas, el temido Vietnam en América. Las fuerzas norteamericanas hicieron una guerra por computadora, auxiliándose del satélite para la localización exacta del enemigo. Ahí se puso en funcionamiento el famoso *boggi*, vehículo de ataque rápido de tipo anfibio y el avión A-10, conocido como “asesino de tanques”: es tan exclusivo, que primero diseñaron el cañón y sobre el cañón armaron un avión especial. También operaron cañones que disparaban con precisión a una distancia tan diversa como de 5 a 75 kilómetros.

El ejercicio de los *Games of War* dio espacio para que participaran los comandos de alerta, cuerpos especializados que se crearon en 1962 como consecuencia de la crisis de los cohetes de Cuba. Estos comandos tienen la función, surgida en ese conflicto, de proteger

la frontera de un ataque comunista o, también, de ayudar a algún “ejército amigo” en cualquier parte del mundo a combatir la subversión. Su organización es tan especializada que puede estar listo para entrar en acción en menos de 72 horas.

- Presiones políticas sobre los cuerpos legislativos de México. Estados Unidos aprovechó la celebración de la XXV reunión interparlamentaria México-EU para ofrecer algunos indicios¹⁸ del grado de las relaciones. En realidad, EU prácticamente sabotó la reunión al enviar una magra representación de apenas un senador, Phillippe Graham, que hizo especial énfasis en el asunto de la droga y le dio un espaldarazo público al embajador Gavin por su actuación en el incidente del narcotráfico. Más tarde, en agosto,¹⁹ el Senado mexicano realizó una exhaustiva investigación sobre las drogas en México, con la comparecencia de funcionarios, militares y especialistas en el tema.

- Conflictos entre servicios policíacos. A raíz de las primeras revelaciones acerca de la posesión de credenciales de organismos policíacos con el bajo mundo del narcotráfico, Estados Unidos hizo especial hincapié en denunciar la complicidad al grado de que una revista estadounidense²⁰ se preguntó con sorna si la reunión de procuradores de México y EU no sería un intento norteamericano de crear un mecanismo para que una policía vigilara a otra policía. El caso fue que estos incidentes llegaron a provocar el despido de varios jefes policíacos, la caída en desgracia del responsable del área de seguridad nacional, presiones sobre la Secretaría de Gobernación y denuncias norteamericanas de penetración de organismos de inteligencia de la URSS en sus similares de México.

En Estados Unidos también hubo reacciones. Las demasiado insistentes declaraciones del director de la DEA, Francis Mullen, acerca de la complicidad de policías mexicanos con narcotraficantes provocaron la remoción del funcionario norteamericano. Sin embargo, sirvió para que la DEA aumentara su infiltración en México con el pretexto de EU de que no confiaba en el funcionamiento de las investigaciones mexicanas. Inclusive, el comandante Armando Pavón, que investigaba el asesinato de Camarena Salazar, declaró que la DEA “busca un enfrentamiento entre las distintas corporaciones mexicanas” y “parece estar interesada en que exista un choque entre agentes de la Dirección Federal de Seguridad con los de la Policía Judicial Federal”.

Pero el problema era más que policiaco. Curiosamente en un momento delicado para la vida política del país y del gobierno —por las elecciones legislativas de julio de 1985— y cuando más urgía el funcionamiento de las agencias de información política y seguridad nacional para el país, las insistentes denuncias de EU llegaron a desarticular esos servicios —“los ojos y oídos del Presidente”, diría un par de años antes un director de la Federal de Seguridad— y a evitar su funcionamiento. Por presiones norteamericanas contra todo aquel que portara una credencial de la Federal de Seguridad o de Investigaciones Políticas y Sociales, los agentes distribuidos en todo el país recibieron un comunicado drástico: ninguna credencial era válida por el momento. A las instancias políticas estatales se les comunicó la invalidez de esas credenciales, conminándolos a pedir la detención de cualquier agente que se ostentara como de esas corporaciones.

Durante los meses de marzo, abril, mayo y junio, el gobierno perdió sus más preciados servicios de información política e investigación. Las corporaciones dedicadas a estos menesteres redactaban informes basados sólo en lecturas de periódicos y no en investigaciones de campo. En medio del creciente activismo electoral, esta falla operó contra la dependencia coordinadora de la actividad política, la Secretaría de Gobernación. Esta apreciación no era gratuita, debido a que, curiosamente, ni el embajador Gavin ni ningún otro funcionario de Washington, D. C., quisieron hablar del tema del narcotráfico con el secretario de Gobernación, Manuel Bartlett Díaz, sino que se entendieron ostentosamente con el procurador Sergio García Ramírez, pese a que Bartlett Díaz era el presidente de la comisión intersecretarial encargada de asuntos relacionados con el narcotráfico.

Una sombra de sospecha se tendió desde Washington, D. C., sobre todo el gobierno mexicano. Gavin y algunos funcionarios del Departamento de Estado y de la Procuraduría de EU —incluyendo al director de la DEA— circularon la versión de que Estados Unidos tenía en su poder una lista de nombres y de pruebas incriminatorias del involucramiento y complicidad de importantes funcionarios mexicanos en el narcotráfico, en la que —se apreciaba en despachos de la prensa norteamericana que citaba fuentes oficiales de EU— aparecían algunos gobernadores y hasta dos secretarios de Estado. Pero pese a las solicitudes del procurador Sergio García Ramírez, la Casa Blanca nunca dio a conocer esa famosa lista. Pero mientras tanto, la sola circulación de esas informaciones encubiertas

desató en México un cúmulo de críticas y especulaciones en torno a los funcionarios narcotraficantes, pero sin ninguna base sólida.

- Ceder a presiones de EU. Como consecuencia del tono de las críticas del gobierno norteamericano, el de México se vio precisado a desarrollar una campaña de información en Estados Unidos acerca de las tareas mexicanas en la lucha contra los estupefacientes. Dos hechos fueron significativos: uno, la gira del director de Comunicación Social de la Presidencia de México, Manuel Alonso Muñoz, por Estados Unidos para entregar información y evidencias de lo que hacía México en ese renglón, con revelación de datos, cifras, planes y convenios que hasta entonces eran ignorados en México; otro, la comparecencia en abril del director de la Policía Judicial Federal, comandante Miguel Aldana, ante el Congreso de EU para responder a preguntas y dudas de congresistas estadounidenses.

- Como trasfondo de estos temas, la campaña de prensa norteamericana articulada en torno a tres temas: la inseguridad en las carreteras mexicanas, el narcotráfico y el lanzamiento del PAN como partido alternativo del PRI en el poder. Según el armado de las notas de periódicos y revistas de EU, las principales fuentes de información eran funcionarios norteamericanos no identificados, informes secretos de policías de EU, organismos de inteligencia y seguridad nacional de la Casa Blanca y filtradores de grupos políticos interesados en —según palabras, en abril, del gobernador de Arizona, el demócrata Bruce Babbitt— “apretarle las tuercas a México”.

Los afanes de Estados Unidos, montados en plena campaña de presiones sobre el país, llegaron a detectarse en un punto clave para México y para EU en lo particular, y para las relaciones bilaterales entre ambos: Centroamérica. Ya desde febrero de 1984²¹ el gobierno del presidente Reagan había aprobado la Directiva 124 de Seguridad Nacional para intensificar presiones diplomáticas y económicas contra México para sacarlo del juego centroamericano. Hacia mediados de ese año de 1984, funcionarios del gobierno mexicano declararon al respecto: “no hemos sentido nada especial”. Pero de agosto en adelante, montada sobre la Convención Republicana de Dallas, que le otorgó abrumadoramente a Reagan la candidatura para competir por la reelección, las presiones comenzaron a arreciar.

Para EU, Centroamérica es un tema clave. Y el año de 1985 fue fundamental para su estrategia: sabotó a Contadora; consiguió el consenso bipartidista acerca de su política; comenzó a introducir a la opinión pública estadounidense en el debate de combatir a los sandinistas o permitir el comunismo; autorizó acciones encubiertas para derrocar al gobierno de Managua; intensificó las presiones sobre el gobierno sandinista; propuso un plan de paz benéfico para EU; introdujo la guerra en la región en el conflicto Este-Oeste; se reunió oficialmente con los líderes contrarrevolucionarios y comenzó a ganar autorizaciones del Congreso para partidas de apoyo a la *contra* nicaragüense.

México fue un objetivo clave por su papel en el seno del Grupo de Contadora. De ahí que EU haya aprovechado la inestabilidad mexicana para avanzar algunas de sus ideas concretas sobre el tema centroamericano:

- 8 de marzo de 1985. George Shultz presionó al BID para bloquear un préstamo a Nicaragua por 58 millones de dólares. Una carta de Shultz a Antonio Ruiz Mena, presidente del BID, fue anunciada oficialmente.

- Marzo. Organismos de difusión del gobierno estadounidense circularon el folleto *La conexión soviético-cubana en América Central y el Caribe*, plagado de evidencias fabricadas o conclusiones erróneas, todas con el sello característico de Constantine Menges.

- 4 de abril. El presidente Reagan recibió por primera vez a los líderes de la oposición nicaragüense, en un acto que se interpretó como el reconocimiento oficial de EU a ese grupo. En el despacho presidencial de la Casa Blanca se reunieron con Reagan los siguientes hombres: Alfonso Róbelo, Arturo Cruz y Adolfo Calero.

- 14 de abril. Reagan inició sus gestiones para que el Congreso aprobara la entrega de 14 millones de dólares a la *contra*. Más que el interés por una suma, que bien podría ser entregada por la CIA de manera clandestina, el presidente buscó un debate nacional sobre las tareas de EU en la región e intentó recuperar el consenso nacional en la política exterior.

- 15 de abril. El secretario de Estado George Shultz entregó al

presidente Reagan un *Informe sobre Centroamérica*. Basado en el *Informe Kissinger* de la comisión bipartidista, entregado a Reagan el 10 de enero de 1984, Shultz anunció una nueva estrategia estadounidense con respecto al conflicto en la región. Ahí se definió lo que se comenzó a conocer como el *Plan de Paz* de Reagan.

- 19 de abril. El comité de Asignaciones del Senado autorizó a Reagan a disponer de 14 millones de dólares para la *contra* nicaragüense.

- 13 de junio. La Cámara de Representantes autorizó 27 millones de dólares para la *contra*.

- 28 de junio. En una decisión inusitada y de múltiples interpretaciones, la Cámara de Representantes determinó las circunstancias en las que podrían ser enviadas tropas estadounidenses a Nicaragua sin que el Congreso declare la guerra. Los criterios dejan al presidente amplio margen de interpretación.

- 23 de julio. El portavoz de la Casa Blanca, Larry Speakes, anunció que EU insiste en que la CIA asesore a la *contra*.

En este contexto, México se convirtió en una piedra en el zapato de Estados Unidos. A lo largo de 1984 y sobre todo de 1985, el embajador norteamericano John Gavin fue particularmente insistente en criticar la postura de México en Centroamérica. Las razones eran obvias: México se había convertido en un obstáculo para aplicar la solución norteamericana en la región, que incluía el derrocamiento del gobierno sandinista por cualquier medio. Por si fuera poco, el papel de México resultó más activo a finales de 1984 y principios de 1985 cuando promovió las reuniones EU-Nicaragua en Manzanillo, que fueron suspendidas abruptamente por EU allá por el primer trimestre de 1985.

Entronizado el conflicto por el narcotráfico y presionado México por varios lados, EU quiso aprovechar para hacer algunos movimientos en su política hacia Centroamérica. No sólo rompió el diálogo de Manzanillo sino que buscó influir sobre México para conseguir el apoyo de De la Madrid al *Plan de Paz* de Reagan, sabedor éste de que México jugaba un papel fundamental en el Grupo Contadora. En abril,²² aún calientes las fricciones por el asesinato del agente de la DEA, Reagan envió a Gavin a entrevistarse con el pre-

sidente De la Madrid y establecer un puente telefónico para que el propio Reagan hablara con el mandatario mexicano. Participó en la reunión el embajador especial Harry Schlaudeman.

Pero Gavin recibió un “*rotundo no*” a la propuesta de Reagan — que implicaba sentar al gobierno sandinista con la *contra* para dialogar y simultáneamente drenar dinero a los combatientes contrarrevolucionarios— y a cambio recogió la propuesta de De la Madrid de convocar a EU a sumarse a los esfuerzos de Contadora. Una semana después de la negativa mexicana, el Grupo de Contadora en pleno rechazó el *Plan de Paz* de EU.

Estados Unidos sabía a lo que se enfrentaba. Un mes antes de la conversación telefónica entre Reagan y De la Madrid —cuando en EU aún vivía conmocionado el luto nacional por la muerte de un agente de la DEA—, el canciller mexicano Bernardo Sepúlveda definió con claridad —tal vez por primera ocasión fue directo y claro— el papel de México en Centroamérica. No se trataba sólo de evitar un conflicto armado que afectaría a México, sino que resultaba que México tenía “intereses en la región”. México, dijo el canciller,²³ no renunciará a “la legítima defensa” de “nuestros intereses” en Centroamérica, ya que ello implicaría un “inexplicable abandono de nuestras responsabilidades políticas”.

En esta ofensiva, un hombre resultó clave: John Gavin, ex actor de Hollywood, amigo personal del presidente Reagan y miembro del grupo de funcionarios apoyados por el senador ultraderechista Jesse Helms. El papel de Gavin fue protagónico, con mucho el más importante de su carrera en el *star system of the politics*. Gavin agrandó el conflicto del caso Camarena Salazar, lo mezcló con temas políticos y diplomáticos; envió informes parciales y subjetivos a Washington; movilizó a sectores políticos conservadores de EU; apresuró la intervención personal del presidente Reagan; manipuló a la prensa norteamericana filtrándole datos y criterios que EU no quería que aparecieran como fuente directa; tomó decisiones por su cuenta y después consiguió el apoyo de sus superiores; convirtió a Camarena Salazar en un héroe; politizó el debate sobre los estupefacientes y se encargó de esparcir nubes de sospechas sobre los políticos mexicanos por un supuesto involucramiento en la protección de las bandas de mafiosos.

El 13 de marzo de 1985, el periódico *The New York Times*²¹ publicó una nota de su reportero Joel Brinkley acerca de las conversaciones entre Shultz y Sepúlveda. La información estaba apoyada en filtraciones de “al-

tos funcionarios de la administración Reagan” y destacaba el enojo de Shultz y la debilidad de los argumentos de Sepúlveda. Un funcionario anónimo dijo al *Times* que “Shultz estuvo fuerte, estuvo duro” en su explicación del narcotráfico como un asunto de política exterior. Aunque el reportero guardó celosamente la identificación de su fuente, periodistas mexicanos lograron saber que el funcionario que le pasó los datos a Brinkley fue John Gavin, que estuvo presente en la entrevista entre ambos cancilleres, aunque colocado en un rincón por el propio Shultz.

Gavin fue más allá. Con el pretexto de supervisar las actividades mexicanas en la lucha contra el narcotráfico, el embajador de Estados Unidos en México llegaba de improviso a las zonas militares de estados del norte mexicano a solicitar audiencias con los generales jefes de zona. Nunca fue recibido, pero siempre insistió. En sus tratos fue arbitrario, pues habló de drogas con García Ramírez y se negó a hacerlo con el secretario de Gobernación de México.

Respecto a Camarena Salazar, Gavin fue particularmente insistente. Según apreciación de algunos periodistas norteamericanos, Gavin buscó tomar la bandera de Camarena para hacerse de figura política en las comunidades hispanas del sur de Estados Unidos, sobre todo en California, con el propósito de encontrar algún apoyo político para el futuro. Eso llevó a Gavin —además del énfasis en el cumplimiento de la tarea número uno de todo embajador norteamericano: defender a los ciudadanos estadounidenses— a participar en homenajes al agente caído tanto en 1985 como en enero de 1986.

La decisión más delicada de Gavin fue la promoción de la “Operación Intercepción” de febrero de 1985. Según información recopilada en Washington, D. C, Gavin alentó el cierre de la frontera y para ello contó con la complicidad del comisionado de Aduanas, William von Rabb, otro hombre de Helms en el gobierno de EU. Cuando la frontera se cerró repentinamente, James Baker, ex jefe de personal de la Casa Blanca y por esos días secretario nominado del Tesoro, dijo en las audiencias del Senado para lograr su confirmación: “cuando vayan a declararles la guerra a un país amigo, sería bueno que nos avisaran primero”. El primer sorprendido por esta declaración fue Gavin, debido a que rompía la unidad de criterio que debería existir en una crisis específica.

Pero Gavin logró su meta y la frontera se cerró. Así, Gavin habló, actuó, presionó. Fue un hombre importante en el incidente Camarena Salazar, ese incidente a la norteamericana que rebasó el te-

ma policiaco y se convirtió en un tema de relaciones globales México-EU, fue una operación de la *narcodiplomacia*.

Notas

- 1.— Información periodística sobre el suceso e información de archivos policiales con declaraciones de los primeros detenidos. Ver el libro *Caro Quintero a trasluz*, de Luis Méndez Ascensio, Editorial Plaza Janes, abril de 1985.
- 2.— *Excélsior*, 26 de septiembre de 1984.
- 3.— *El cuartelazo de los cocadólares*, de Gregorio Selser, Editorial Mex-Sur, diciembre de 1982, armado con materiales publicados en *El Día*
- 4.— Despachos de José Carreño, corresponsal de *Notimex*, en Washington, D. C., 13 y 14 de mayo de 1985.
- 5.— *Unomásuno*, 19 de marzo de 1985.
- 6.— *Unomásuno*, 2 de abril de 1985.
- 7.— *El Día*, 25 de abril de 1985.
- 8.— *El Día*, 15 de abril de 1985.
- 9.— *El Día*, 25 de abril de 1985.
- 10.— *Unomásuno*, 20 y 21 de febrero de 1985. Ver también los artículos de Adolfo Aguilar Zinser en *Unomásuno*, 6, 7, 8, 9 y 10 de marzo de 1985.
- 11.— *La Jornada*, 23 de marzo de 1985.
- 12.— *El Día* y *La Jornada*, 8 de marzo de 1985.
- 13.— *The New York Times*, 13 de marzo de 1985.
- 14.— *Excélsior*, 10 de abril de 1985, *Newsweek*, 1 de abril de 1985, *Unomásuno*, 1 de abril de 1985 y *La Jornada*, 17 de abril de 1985.
- 15.— *Proceso* 489, 17 de marzo de 1986. Televisa, 26 de julio de 1985.
- 16.— *La Jornada*, 23 de marzo de 1985.
- 17.— Reportajes de Raymundo Riva Palacio en *Excélsior*, de finales de marzo y principios de abril de 1985. Conversación con el autor en marzo de 1985.
- 18.— *El Día* y *La Jornada*, del 10 al 13 de mayo de 1985.
- 19.— *El Día*, sección: Testimonios y Documentos, 15 de agosto de 1985.
- 20.— *Newsweek*, 1 de abril de 1985.
- 21.— Raymundo Riva Palacio en *Excélsior*, 2 de julio de 1985 y *El Día*, 23 de julio de 1985.
- 22.— *Excélsior* y *La Jornada*, 9 de abril de 1985.
- 23.— *Excélsior*, 15 de marzo de 1985.
- 24.— *The New York Times*, 13 de marzo de 1985.

¿Misión cumplida?

La renuncia del embajador

Nadie lo esperaba. El lunes 7 de abril de 1986, precisamente el día que cumplía 55 años de edad y justamente en la fiesta que le había preparado el personal de la embajada, una vez terminadas de cantar *Las mañanitas* y el *Happy birthday* John Gavin leyó en público su carta de renuncia enviada y fechada ese día al presidente Ronald Reagan.

Nadie lo esperaba, en efecto. Tan fue así, que su renuncia se conoció en Washington a través de los primeros informes de la prensa extranjera. El secretario de Estado, George Shultz, lo supo poquísimo tiempo antes de hacerse pública por informes de funcionarios de la embajada norteamericana en México que él había colocado expreso para acorralar a Gavin. El presidente Reagan conoció de la renuncia por una comunicación telefónica de Gavin, sin tener tiempo para asimilarla, apenas para pedirle que continuara en su puesto. Los periódicos estadounidenses supieron la noticia pero no la destacaron mucho.

Nadie lo esperaba. Es posible que hasta el propio Gavin haya tomado la decisión de manera repentina, como muchas otras. Por lo demás, Gavin se había quedado solo y marginado virtualmente de la relación con México. La forma en que se instrumentó el paquete de rescate financiero para México, en junio de 1986, lo había soslayado de manera más que evidente. Hacia esas fechas había, de hecho, dos estrategias de política exterior de Estados Unidos con su vecino del sur: la de Gavin, sustentada en el acoso, las presiones y las rencillas; y la del poderoso equipo de Shultz-James Baker-Paul Volcker-Bar-

ber Concable-Jacques de Larosiere, con línea directa a la Casa Blanca, apoyada en la decisión de evitar el colapso mexicano.

Aun así, nada hacía ver que Gavin estuviera fuera del juego. Aunque el control de los asuntos mexicanos había pasado totalmente al Departamento de Estado y más específicamente a las manos de George Shultz, de todas maneras Gavin seguía cumpliendo con sus obligaciones estrictas de embajador. Ya en la reunión presidencial de Mexicali, a comienzos de 1986, Gavin había aparecido demasiado lejos del presidente Reagan y Shultz demasiado cerca.

Y Gavin decidió renunciar muy a su estilo, por cierto.

Según las crónicas,¹ John Gavin asistió a su fiesta de cumpleaños en la embajada de Estados Unidos. Solo, sin su esposa —Constance Towers, que usa su apellido de soltera para conducir un programa de televisión en Los Angeles—, anunció su decisión de dimitir. Extraoficialmente se supo que ninguna autoridad de la cancillería mexicana estaba informada de tal hecho. Extrañó un poco, eso sí, la presencia de corresponsales extranjeros a quienes les distribuyeron, alrededor del mediodía de ese lunes 7 de abril de 1986, una carta en inglés dirigida al presidente Reagan.

Los corresponsales extranjeros fueron los primeros sorprendidos. Habían sido citados a las 12:30 horas en la embajada para una conferencia de prensa, pero se encontraron con una fiesta.² Según contó la reportera Blanche Petrich, “cuando Gavin compareció (en la reunión), los empleados de la embajada le cantaron *Las mañanitas*, acompañados por las guitarras de un trabajador de seguridad y otro de mantenimiento”. Luego leyó la carta enviada al presidente Ronald Reagan y posteriormente hizo algunos comentarios respecto a su renuncia, agradeció al personal de la embajada la facilidad para su gestión y se mostró complaciente respecto a sus relaciones con el gobierno mexicano. Aprovechó la oportunidad para informar que al día siguiente, martes 8 de abril, le comunicaría su decisión al presidente mexicano Miguel de la Madrid.

La carta de renuncia³ estaba redactada en términos complacientes y diplomáticos y anunciaba su decisión de regresar a la empresa privada. “Ha sido un reto —le decía al presidente Reagan— representarlo a usted y a nuestro pueblo en lo que quizás sea nuestra relación bilateral más importante”. Continuaba la carta destacando el papel de Estados Unidos como apoyo de la crisis de México. Casi toda la carta estaba redactada en esos términos:

“Se ha logrado mucho durante este periodo. Hemos asistido a México en tiempos de crisis. Hemos ensanchado la senda de la amistad para los hombres y mujeres de buena voluntad en ambos lados de nuestra frontera. Hemos reafirmado el principio de que una relación madura entre las naciones —al igual que entre las personas— puede florecer solamente en una *atmósfera de respeto mutuo*.

“El resuelto *apoyo* que usted me ha dado durante el tiempo en que he fungido como embajador en México ha sido causa de gran satisfacción. Y ha sido especialmente alentador que usted me haya solicitado que continúe en este cargo por lo que resta de su periodo presidencial. Creo, sin embargo, que *he cumplido con los objetivos principales que usted me estableció*. Ha llegado el tiempo de retornar al sector privado y de hacer frente a nuevos retos.

“Si usted lo aprueba, dejaré mi cargo alrededor del 15 de mayo de 1986. Confío en que el tiempo que transcurra entre hoy y esa fecha será suficiente para seleccionar, examinar e iniciar el proceso de confirmación de mi sucesor.

“Ateoraré el recuerdo del tiempo que he servido a mi gobierno bajo su mandato. Los amables comentarios y expresiones de gratitud que he recibido durante los últimos cinco años de parte de ciudadanos a lo largo de Estados Unidos —y de *manera significativa de muchos ciudadanos de México*— constituyen igualmente recuerdos muy apreciados de esta experiencia.

“Ha sido un honor servirle a usted y al pueblo de Estados Unidos. *Estoy presto a hacerlo nuevamente cuando usted requiera mis servicios*.

“Connie (su esposa) se une a mí al enviar a usted y a Nancy nuestros afectuosos saludos. También le enviamos nuestros mejores deseos por el éxito continuo en la difícil tarea de dirigir a nuestra nación.

“Respetuosamente, John Gavin”.

La sorpresa fue para muchos. Apenas terminaba de leer la misiva, la noticia corrió como reguero de pólvora. En Washington se sabía menos de media hora antes. Ese mismo día, a las cinco de la tarde, un periódico vespertino de la ciudad de México le dio el espacio principal con un titular que recogía el sentimiento de grupos impor-

tantes de mexicanos: “¡Uff, se va Gavin!”

En la embajada, el ánimo de la fiesta amainó. La renuncia del ex diplomático se sobrepuso a la celebración del 55 aniversario del ex actor. Después de la lectura de la carta, Gavin improvisó unas breves palabras de explicación:⁴

“Ha sido *difícil* tomar la decisión de dejar mi cargo en México, teniendo especialmente en cuenta que el presidente (Reagan) me había solicitado que permaneciera en el mismo hasta el término de su mandato. Sin embargo, como indico en la carta que le envié, considero que después de cinco años es tiempo de regresar al sector privado y afrontar nuevos retos. Connie y yo, y nuestra familia, saldremos de México con emociones encontradas: esperamos con gran interés regresar a casa, pero también lamentamos dejar el hogar que habíamos hecho aquí. Realmente hemos disfrutado nuestra estancia en México.

“Durante el tiempo que hemos permanecido aquí, hemos recibido aliento constante y entusiasta de nuestra patria. Ha provenido de individuos a quienes conocemos y de otros a los que no conocemos personalmente, de empresas, de universidades, de miembros de los medios de comunicación y de las personas que trabajan en todas las ramas de nuestro gobierno. Estos compatriotas nuestros merecen nuestra gratitud y la hacemos manifiesta de todo corazón”.

Habló de México:

“Entre otras personas a quienes debemos agradecimiento, se encuentran el presidente de los Estados Unidos Mexicanos, los miembros de su gabinete y otras altas autoridades del gobierno de México, al igual que sus predecesores en el gobierno anterior. De manera especial, agradezco el acceso directo y constante que me han concedido. *Nuestro trato*, incluso cuando hemos hablado sobre asuntos difíciles, ha sido siempre *sincero, amigable, mutuamente respetuoso*. No debe esperarse menos, por supuesto, de representantes de dos naciones grandes y amigas”.

Siguió con los agradecimientos:

“Agradezco también al gran pueblo de México y a la comunidad de residentes norteamericanos en este país, que nos han demostrado la amabilidad y hospitalidad por las que, en justicia, son famosos. A su vez, son objeto de nuestro afecto y esperamos seguir en continuo

contacto con ellos”.

Gavin se notaba un poco abatido, más decepcionado que irritado. El tono de su carta, según los primeros análisis, reflejaba la desilusión de quien confiaba bastante en un amigo. Aunque había hecho esfuerzos por permanecer en el cargo de embajador, Gavin había decidido hacerlo sólo si volvía a retomar en sus manos el control casi absoluto de los asuntos mexicanos. Y ahí Shultz se había mostrado inflexible, al grado de colocar alrededor de Gavin, en la embajada estadounidense en México, al personal seleccionado por el Departamento de Estado y poco adicto a los desplantes o formas de trabajo del ex actor de Hollywood.

Aunque hizo hincapié en su deseo de incorporarse al sector privado —en empresas que ya habían solicitado sus servicios—, Gavin dejó la puerta abierta para otra comisión presidencial. Sin embargo, los primeros indicios en Washington mostraban que el único sostén en la Casa Blanca era justamente el presidente Reagan, al grado de que en agosto de 1986, varios meses después de la renuncia de Gavin, Reagan habló —ante el presidente mexicano Miguel de la Madrid— del gran papel de Gavin en las relaciones entre los dos países. Pero aparte de Reagan, Gavin se encontraba solo. Para algunos analistas norteamericanos, la frase final de su carta —“estoy dispuesto a hacerlo (servir a Reagan en otra comisión) nuevamente cuando usted requiera de mis servicios”— no tenía ningún significado real.

Después de aquel triste mediodía del lunes 7 de abril, Gavin comenzó su itinerario de despedida. Al día siguiente, martes 8, Gavin se entrevistó con el presidente De la Madrid. A la residencia presidencial de Los Pinos⁵ arribó en su gran vehículo negro, blindado, un auto que le había costado una fricción al embajador un año antes cuando se desató la “guerra de los coches” entre México y EU,⁶ placas diplomáticas 01BD, con vidrios polarizados. El diplomático llegó leyendo un ejemplar del *The Washington Post* hasta las puertas de Los Pinos y esperó casi un minuto en lo que verificaban sus datos y la agenda presidencial.

Gavin había sorprendido a la clase política mexicana con su renuncia. Los primeros informes decían que el diplomático había hablado con el presidente De la Madrid el mismo lunes, poco antes de dar a conocer públicamente su renuncia, para solicitarle una audiencia. De la Madrid lo recibió 30 minutos aproximadamente, en los

que la conversación resultó convencional, diplomática. De la Madrid agradeció los conceptos sobre México pronunciados por Gavin el día anterior y destacó la necesidad de ampliar y fortalecer las relaciones entre los dos países. La información oficial de la oficina de prensa mexicana no incluyó las palabras o conceptos de Gavin.

El embajador desarrolló con normalidad sus actividades durante todo el mes de abril. Como despedida, tuvo dos fricciones más con el país y con la prensa mexicana. A raíz del ataque de Estados Unidos a Libia en abril, la embajada de Estados Unidos en México suspendió indefinidamente la entrega de cualquier tipo de visa. El hecho resultó inusitado porque la embajada tramitaba alrededor de dos mil visas diarias y por las habituales relaciones fronterizas entre las dos naciones. Asimismo, extrañó el hecho de justificar la cancelación de visas como una manera de evitar la infiltración de comandos terroristas libios a Estados Unidos bajo cobertura de visas entregadas en México. La reacción pública fue de irritación.

La segunda despedida fue más violenta. A mediados de mayo, justamente en la fecha que había marcado como terminación formal de su gestión como embajador, Gavin asistió como invitado especial a la comida de cambio de mesa directiva de la Cámara Americana de Comercio —organismo que agrupa a los inversionistas norteamericanos— y ahí aprovechó la oportunidad para querellarse con la prensa, dolerse de acusaciones contra su esposa y contra su madre, destacar que México sobrevivió a la crisis gracias a Estados Unidos y señalar que la relación entre los dos países debe continuar mejorando.

La comida en la CAMCO resultó incómoda. El propio Gavin sorprendió a sus anfitriones al quitarse el saco durante ella. Luego, al iniciar su discurso pronunciado en inglés de manera deliberada, el embajador —sólo por unas horas más— interrumpió su lectura para pedirle a los reporteros y camarógrafos que salieran del lugar; condicionó su presencia a ese retiro de la prensa. Molesto, dijo: “la intolerancia también es conocida fuera de México”.

A la prensa mexicana —con la que tuvo una accidentada y cada vez más deteriorada relación—, Gavin le dedicó un importante espacio para acusarla de corrupta, “aunque algunos de los que estén aquí se indignen”. Dijo que la prensa y los periodistas mexicanos reciben compensaciones económicas, “un sobre lleno de dinero en efectivo con el que se compra la lealtad de la prensa en México. En México

se le puede pagar (a la prensa) para que mienta, en Estados Unidos no se puede comprar: allá se miente por convicción”. Se refirió al pequeño periódico *The San Francisco Chronicle*, que se mantiene solo; ese dinero permite una garantía de lealtad, dijo.

Gavin se mostró profundamente resentido por el trato que tuvo la prensa mexicana con él. Se quejó de las acusaciones a su esposa por no gustarle a los mexicanos y que su madre fue señalada por algunos columnistas como cabeza de una conspiración separatista en Sonora. De sus hijos, María, Cristina y Michael, dijo que aún no aparecen en los medios de comunicación: “todavía no se les ha acusado de nada porque son pequeños”, dijo y agregó: “pero todavía están muy jóvenes y hay oportunidad de que lo hagan en el futuro”. Se quejó de que su familia fue, así, “víctima del amarillismo mexicano que va más allá del periodismo”.

En su discurso, Gavin apareció eufórico a veces, chistoso otras, las más, profundamente interesado en destacar el papel de Estados Unidos en la salvación de México. “Pueden llamarlo esclarecedor o de interés propio si así lo desean, pero nos sentimos particularmente orgullosos de lo que Estados Unidos ha hecho por México durante los últimos cinco años”. Citó como prueba los paquetes de rescate financiero, aunque reconoció que las relaciones pasaron por momentos malos, sobre todo cuando ocurrió el incidente por el asesinato del agente de la DEA, Enrique Camarena Salazar.

Esta vez hizo un chiste que apenas arrancó una forzada mueca de sonrisa en algunos de los asistentes. Hacía un año, en una comida en la CAMCO, Gavin se había mostrado como un eficiente *show man* al contar chistes, hacer reír a los asistentes, referir bromas políticas, practicar el viejo chiste norteamericano en el que se recibe una llamada del presidente de Estados Unidos. Ahí también mostró un periódico vespertino con un gran titular que decía: “Gavin se va”. El embajador, sonriente, quitó un cartón que tapaba una línea adicional que sus servicios de prensa le habían agregado y que completaba el festivo titular: “... a Acapulco”. Ahora que se sabía de la renuncia a la embajada, pocos reaccionaron a la frase incluida en su discurso:

“Pues ahora sí tomo mis maletas y me voy”.

Y se fue, aunque un poco antes de tiempo. En su carta de renuncia hablaba de la fecha 15 de mayo, pero hubo el acuerdo de extenderla hasta el 30 de ese mismo mes. La intención era apresurar los

movimientos para la sucesión a fin de no dejar la embajada estadounidense sin titular. Pero al final de cuentas Gavin se fue 15 días antes de terminar formalmente su gestión al frente de la embajada como lo asienta el boletín oficial de prensa de esa representación diplomática distribuido en el aeropuerto el 18 de mayo.

Y se fue prácticamente sin despedirse de nadie más que de un numeroso grupo de 200 empleados de la embajada⁷ que acudieron a un hangar privado. Antes de abordar un avión alquilado, acompañado de su esposa Connie, y viajar a Los Angeles, Gavin —que vestía informalmente— tuvo sentidas palabras de agradecimiento para sus ex empleados y se despidió amigablemente de ellos. Apenas respondió —en inglés— una pregunta de los reporteros que atestiguaron ese viaje y enmudeció ante una pregunta lanzada a boca de jarro, un poco provocadora, pidiéndole un mensaje para la prensa mexicana. Alrededor de las tres y media de la tarde, el avión privado tomó pista y se perdió en el cielo soleado de esa tarde de lunes.

De pronto, Gavin no estaba. Y la embajada de Estados Unidos en México permaneció sin cabeza durante un buen tiempo. Mientras Gavin se reinstalaba en Los Angeles y terminaba de negociar su puesto en la empresa petrolera californiana Atlantic Richfield, en México muchos comenzaron a preguntarse el por qué de la renuncia del ex actor de Hollywood, sobre todo si el presidente Reagan le había pedido que permaneciera en México hasta finales de 1988. Además del manejo de algunos chismes y de la referencia a pugnas palaciegas en el seno de la Casa Blanca, algunos comentarios comenzaron a soltarse en la chismosa ciudad de Washington, D. C.

Así, fuentes del Departamento de Estado⁸ dijeron que Gavin había sorprendido con su renuncia “sólo por la fecha”, ya que era esperada como inevitable. “Lo hizo en buen momento”, consignó la información del corresponsal mexicano José Carreño. Esas fuentes precisaron que la renuncia no había sido lograda por el gobierno mexicano, el cual también resultó gratamente sorprendido con la noticia del mediodía del lunes 7 de abril. Una nota del periódico ultraconservador *The Washington Times* señaló que aunque el presidente Reagan y el secretario Shultz le habían pedido que se quedara —el segundo sin mucho ánimo—, el ex consejero presidencial y por entonces agente de relaciones del gobierno mexicano, Michael Deaver, había logrado ablandar a Gavin y convencido de que no tenía nada

qué hacer en México.

¿Qué motivó a Gavin acelerar su renuncia? De manera misteriosa, el propio ex embajador nunca quiso correr el velo de la duda. Algunas versiones circularon rápidamente y otras interpretaciones dibujaron más o menos con exactitud el contexto de su retiro de la vida diplomática. Un puntilloso columnista mexicano⁹ contó los entretelones de una de las últimas aventuras de Gavin durante la visita a México del ex presidente norteamericano Jimmy Carter, quien lo acusó en Washington —inclusive ante el propio presidente Reagan— de tratarlo mal y hasta de hacerle alguna grosería. Dicen que Reagan se molestó con Gavin por ello, debido a que en Estados Unidos es sagrada la profesión de ex presidente. Escribió Adrián Lajous:

“Se acusa a Gavin de todo lo siguiente: trató de disuadir a Carter de venir a México, diciéndole que el momento era inoportuno. Ya que vino, quiso persuadirlo de que no diera una conferencia de prensa como lo había hecho en cada país visitado (en la gira de Carter). Como no lo logró, le dijo que no debería hablar sobre el problema de Nicaragua. En vista de que Carter se empeñó, le conminó a no contradecir la postura oficial del gobierno americano sobre esa materia. Trató infructuosamente de estar presente en la entrevista de Carter con De la Madrid, contra la voluntad de Carter. Canceló la cena de rigor que los embajadores dan para que el ex presidente conozca al personal diplomático alegando (Gavin) que había enfermado su madre. James Carter le escribió desde Estados Unidos dándole las gracias por sus atenciones y deseando que ya hubiera sanado su madre. Gavin contestó que su madre nunca había estado enferma”.

Según Lajous, él habló con Gavin para pedirle la aclaración de estas versiones. Gavin dijo que eran inexactas, aunque al explicar los sucesos confirmó los hechos, pero los justificó con apreciaciones menos esquemáticas. En el fondo, las apreciaciones tuvieron que ver con cuestiones de carácter personal de Gavin y con nuevos ajustes en la política exterior de Estados Unidos. En Washington, fuentes diplomáticas consideraron¹⁰ que la salida de Gavin había tenido el propósito de enviar un mensaje a México para “calmar un poco los ánimos”, exacerbados éstos por la actuación de John Gavin a lo largo de cinco años. Muchas cosas habían cambiado en la definición y aplicación de la política exterior y el relevo de Gavin podría enmar-

carse en ese contexto.

El problema, en todo caso, era otro. Aunque Gavin señaló en su carta de renuncia que daba casi dos meses de plazo para irse de México a fin de que el gobierno de Estados Unidos instrumentara su sustitución —normalmente el proceso es largo por el beneplácito del país anfitrión, las sesiones de confirmación en el Senado y la toma de posesión—, en el fondo pasaron prácticamente seis meses sin que oficialmente se conociera el nombre del sucesor de Gavin. De manera extraoficial, casi un mes después de que Gavin abordó un avión privado rumbo a Los Angeles, algunos nombres saltaron a la prensa, pero sin confirmación oficial u oficiosa.

Hubo un juego bastante raro. Ya había ocurrido con Gavin, cuyo nombre como posible embajador se filtró a la prensa norteamericana antes de que el propio gobierno estadounidense buscara y lograra el beneplácito del gobierno mexicano. En abril de 1986,¹¹ el periódico *The New York Times* y poco después *The Washington Post* informaron que el presidente Reagan había decidido que el sucesor de Gavin fuera el ex empresario y millonario Charles J. Pilliod, ex presidente de la empresa Goodyear, dedicada a la fabricación de llantas. Oficialmente, hasta agosto solicitó la Casa Blanca el beneplácito a este nombramiento. Durante la visita del presidente De la Madrid a Washington, para entrevistarse con Reagan,¹² en una actitud inusual e inusitada, el propio mandatario mexicano le dio personalmente a su colega estadounidense el beneplácito para Pilliod.

En esa ocasión, seis meses después de haberle comunicado al presidente Reagan su decisión de renunciar a la embajada estadounidense en México, el mandatario norteamericano aprovechó la presencia de De la Madrid para destacar¹³ el importante papel desarrollado por John Gavin en las relaciones entre los dos países, ante la estupefacción de los visitantes mexicanos. Ese fue, tal vez, el mejor premio para Gavin —una especie de “Oscar” político— y seguramente contribuyó a levantarle ese ánimo que sostuvo durante cinco años en México y que pareció haber perdido aquel tortuoso fin de semana que antecedió al lunes 7 de abril cuando anunció su renuncia, ante la complacencia de muchos mexicanos y norteamericanos.

Notas

- 1.— *El Día, La Jornada y Excélsior*, 8 de abril de 1986.
- 2.— *La Jornada*, 8 de abril de 1986.
- 3.— *Excélsior*, 8 de abril de 1986.
- 4.— *Ibid.*
- 5.— *La Jornada*, 9 de abril de 1986.
- 6.— Ver capítulo “Car’s war” en este libro.
- 7.— *Excélsior*, 19 de mayo de 1986.
- 8.— Nota, de *Notimex* publicado en *El Día*, 11 de abril de 1986.
- 9.— Adrián Lajous en *Excélsior*, 11 de abril de 1986.
- 10.— *Excélsior*, 24 de abril de 1986.
- 11.— *Excélsior*, 23 de abril de 1986.
- 12.— *Proceso* 511, 18 de agosto de 1986.
- 13.— *Proceso*, *ibid.*

Por qué renunció Gavin

I

La caída del embajador John Gavin era inevitable y sólo cuestión de tiempo. De hecho, el diplomático había dejado de ser útil para el juego norteamericano en México, una vez que el Departamento de Estado tomó completamente el control de la política exterior estadounidense. Así, la renuncia de Gavin significó un triunfo para George Shultz.

Después de la partida de Gavin, Estados Unidos y el Departamento de Estado comenzaron a reconstruir su estrategia para México a partir de los fracasos atribuidos aquí a la inexperiencia de Gavin: la derrota norteamericana y del PAN en las elecciones legislativas mexicanas de 1985, el aumento del sentimiento antinorteamericano en sectores mexicanos que le interesan a EU y la ausencia del activismo polémico e irritante de Gavin.

Aunque la estrategia norteamericana para con México no se modificó en esencia —incorporar a México en la línea de los intereses de EU—, se previó —y aquí en Washington funcionarios del Departamento de Estado lo han dicho abiertamente— un estilo diferente en las relaciones México-Estados Unidos, alejándose de la confrontación abierta y de la vanidad del ex actor.

Gavin sabía de su ocaso, pero se resistió hasta el último momento. Desde finales de 1985 y durante la primera mitad de 1986, el embajador movió algunos hilos en Washington buscando un reacomodo en la capital estadounidense a un alto nivel. Pero de pronto se vio aislado, perteneciendo al grupo del senador Jesse Helms cada día más marginado de la toma de decisiones diplomáticas y en desgracia política. Inclusive, el embajador Gavin notó que su amigo el presidente Reagan poco había hecho para rescatar a su compañero del Screen Actors Guild —Gremio de Actores de Cine—. Es más, buscó que algunos sectores de la administración hicieran esfuerzos para dejarlo en la embajada de EU en México pero con poderes para seguir actuando y con el beneplácito de Shultz.

Pero no logró nada. Según evaluaciones comentadas a este reportero, el anuncio de su renuncia a principios de abril no provocó mortificaciones ni desbalanceó el equilibrio en la comunidad de la política exterior ni menos preocupó mucho a la prensa de EU. Algunas gestiones quiso hacer el senador Jesse Helms por su amigo Gavin, pero su influencia en la Casa Blanca se notó disminuida y derrotada por el férreo poder del secretario de Estado, George Shultz.

Gavin se creía aún fuerte. Y así parecía, en realidad. Hasta mediados de 1985 todo parecía marchar sobre ruedas. Una noche californiana de agosto de 1985, el embajador John Gavin se sintió la versión republicana de Rocky, el héroe reaganiano. Durante una cena con lo más granado del conservadurismo de la costa oeste, el propio presidente Ronald Reagan se había acercado al embajador de

Estados Unidos en México para levantarle el brazo como al Rocky campeón por lo que se consideraba un triunfo personal de Gavin: la renuncia del embajador de México en las Naciones Unidas, Porfirio Muñoz Ledo.

Pero no, la euforia se notó engañosa y realmente duró poco: seis meses después, el intrépido diplomático norteamericano perdería su corona sin pelear. No fue una derrota fulminante sino paulatina, como una estrella apagándose. Varias razones hubo: los caminos de la política se le cerraron, su soledad se mostró crecientemente incómoda en la embajada, resultó víctima de una pugna palaciega en Washington por el control de la política exterior y la diplomacia de EU, la fortaleza del grupo de embajadores del senador Jesse Helms se desmoronó y finalmente el Departamento de Estado tomó las riendas de la seguridad nacional estadounidense.

Según una investigación realizada en Los Angeles y Washington, la caída de Gavin era inevitable: su presencia se manifestó molesta para el Departamento de Estado y EU puso en marcha otra estrategia para presionar a México después del fracaso norteamericano con el PAN en julio de 1985. En este juego, Gavin quiso mover algunos hilos en el Congreso, pero su influencia resultó menor a la esperada. Sin nada por hacer y con poco apoyo efectivo en su amigo el presidente, Gavin decidió apresurar su salida, sin que se hubieran manifestado preocupaciones reales o afectivas en Washington. Sólo el ultraderechista periódico *The Washington Times*, propiedad de la secta Moon y portavoz de los servicios de inteligencia del gobierno estadounidense, se lamentó por la renuncia de Gavin y censuró a la Casa Blanca por no haber atajado su caída.

Para la comunidad política washingtoniana, la caída de Gavin fue una victoria atribuible al Departamento de Estado. Poco a poco, la gente del secretario George Shultz cercó y arrinconó al embajador Gavin y malquistó al presidente Reagan con ciertas acciones individuales asumidas por el diplomático contra México, fuera del esquema y del juego de la Casa Blanca. El presidente poco pudo o poco quiso hacer por su amigo el ex actor. Es más, algunos analistas consideraron que la efusividad mostrada por Reagan en aquella cena en California se tomó como la señal del punto más alto en la popularidad de Gavin en la oficina oval.

Pero ya estaba en marcha un operativo para centrar y amarrar a

Gavin. Inclusive, en los últimos meses de 1985 y primeros de 1986, el Departamento de Estado envió a la embajada en México a algunos funcionarios diplomáticos con instrucciones de contradecir a Gavin, exhibir su aislamiento y mostrar su falta de influencia en Washington. Así, Gavin pronto comenzó a ser conocido aquí como “el solitario de Paseo de la Reforma”, pues los asuntos mexicanos se manejaban directamente en el Departamento de Estado y en una oficina especial contratada como lobby por el gobierno mexicano por su cercanía —Michael Deaver bien rápido mostró tener influencia en la Casa Blanca, al grado de ser el único ciudadano estadounidense sin cargo oficial que tenía un pase especial para penetrar hasta el mismo despacho presidencial de Reagan— a los niveles de poder en donde se aprobaban estrategias contra México.

Gavin se quedó solo. Sus líneas de comunicación con la Casa Blanca a través del Consejo Nacional de Seguridad se cortaron con la expulsión de Constantine Menges, jefe de los asuntos latinoamericanos y mexicanos de ese Consejo, y por el despido de Robert McFarlane de la asesoría de seguridad nacional de Reagan. Al mismo tiempo, Shultz y el secretario del Tesoro se mostraron receptivos a las quejas mexicanas contra Gavin, en medio de evidencias del desplome financiero.

Por lo demás, Gavin intentó todo para usar su despacho de Paseo de la Reforma como trampolín. Pero rápidamente se dio cuenta que su aislamiento y su inclinación a desdeñar las alianzas con otros grupos políticos y funcionarios lo habían marginado. Según fuentes políticas washingtonianas, Gavin solicitó su incorporación en cuando menos cuatro puestos de importancia en la burocracia de la capital norteamericana, pero no pudo adelantar nada. A cambio, le ofrecieron puestos secundarios. Cuando quiso lanzarse a la política en California, se dio cuenta que no era nadie importante; por si fuera poco, Clint Eastwood, más carismático, rico y cercano al Partido Republicano en California, le ganó la partida.

Y cuando fue evidente que la estrategia de EU en México estaba centralizada en un equipo fuerte del Departamento de Estado y que la embajada de Estados Unidos en México había perdido capacidad de atención en la Casa Blanca, Gavin decidió renunciar.

La sonrisa helada de Shultz

Gavin, el ex actor que no sólo se había peleado con los mexicanos sino hasta con importantes grupos políticos estadounidenses, acabó como víctima de las circunstancias y de sí mismo. De una parte, el reacomodo de los grupos de poder en el seno de la comunidad diplomática y la política exterior en Washington provocó una ofensiva del secretario Shultz para tomar con firmeza y centralismo las riendas de la seguridad nacional norteamericana e imponer en la Casa Blanca su línea, por encima de las presiones de grupos conservadores reaganianos.

De otra parte, en medio de esas pugnas y confrontaciones, Gavin quiso seguir haciendo su juego hasta provocar que el presidente Reagan se enfrentara a la disyuntiva de escuchar los asuntos de México a través de Shultz o del propio Gavin. Se decidió por el primero. Cuando quiso reaccionar, Gavin no pudo encontrar apoyo ni siquiera en las huestes del senador Jesse Helms.

Así, en el caso de Gavin hubo ganadores y perdedores. Entre los primeros, George Shultz le hizo pagar a Gavin sus desplantes y recuperó para el Departamento de Estado la embajada de EU en México, que ya parecía propiedad de un importante grupo conservador en el Congreso. Entre los segundos, la caída de Gavin fue otra ficha perdida por los grupos ultraconservadores —políticos y académicos— que han antepuesto la pureza ideológica a la estrategia de seguridad nacional de la política exterior de EU.

Según fuentes de inteligencia consultadas, el Departamento de Estado se había propuesto, desde el arribo de Shultz, eliminar a los embajadores que le habían incrustado a la administración los grupos ultraconservadores que apoyaron a Reagan. Informaciones proporcionadas al reportero indican que el secretario de Estado adjunto, Elliot Abrams, hizo gestiones a finales de 1984 y principios de 1985 para sacar a Gavin de la embajada norteamericana en México, pero no pudo evitar su confirmación.

Los choques entre Gavin y Shultz fueron amplios, sobre todo a lo largo de 1985. El Departamento de Estado llegó a perder el control sobre su representación diplomática en México y el propio Shultz tuvo que convencer al presidente Reagan de que su amigo Gavin estaba entorpeciendo la estrategia de la administración con su

vecino del sur. Pero Reagan opuso cierta resistencia. Aún a finales de marzo de 1986, Reagan recibía informes sobre México y lo que debería hacer Estados Unidos en ese país no sólo del Departamento de Estado, sino también de Gavin.

Pero Shultz resultó un hombre demasiado duro. Pese a su temperamento calmado, a su forma excesivamente lenta de hablar, desde su arribo al Departamento de Estado logró imponer la disciplina bajo su helada sonrisa. Las fricciones que tuvo con el Departamento de Defensa, con el Consejo Nacional de Seguridad y con la comunidad de los servicios de inteligencia fueron inclusive propiciadas por él para obligar al presidente Reagan a aceptar un mando único en la política exterior. Por si fuera poco, a partir de la importancia de Shultz en el gabinete y en la conquista de la reelección de Reagan, logró convertir al Departamento de Estado en la dependencia clave de la diplomacia.

Como hombre fuerte de la administración, Shultz cobró muy cara su eficacia. Además de luchar contra las pugnas interburocráticas entre las tantas oficinas que tienen que ver con la política exterior, Shultz tuvo que lidiar con importantes grupos externos que habían logrado metérsele a Reagan en materia de puestos en la diplomacia. Algunas embajadas parecían propiedad de ciertos grupos conservadores y ciertas definiciones de política estaban saliendo de grupos de “think tanks” que despreciaban a la burocracia del Departamento de Estado.

Shultz fue asumiendo poco a poco el control de los asuntos mexicanos en el contexto de la política exterior norteamericana. Desde 1983 desarrolló una amplia gama de actividades para acercarse a México y estar atento a sus problemas. A mediados de 1983, inclusive, visitó México acompañado por el secretario del Tesoro, Donald Regan, en una medida que se tomó como el verdadero interés norteamericano: el problema financiero por encima del problema político. Más adelante, el propio Shultz regresó a México a mediados de 1985, justamente unas pocas semanas después de las elecciones legislativas que habían sido impugnadas por Gavin y en las que el propio embajador había hecho sus apuestas en favor del PAN.

En esa visita de 1985, Shultz utilizó un lenguaje diplomático que enfatizaba las buenas relaciones entre los dos vecinos. En ese conflictivo 1985 —signado por el *affaire* del agente de la DEA, Enrique Camarena Salazar, y el interés manifiesto de Estados Unidos vía Gavin por la política mexicana—, Shultz se mostró enérgico pero en

ningún momento confrontó posiciones mexicanas. La reunión del secretario norteamericano de Estado con su colega mexicano fue un poco fría, pero no por motivos acreditados a alguno de ellos, sino al ambiente viciado por el embajador Gavin.

Shultz combatió y ganó. No solamente recuperó algunas posiciones alejadas del control del Departamento de Estado, sino que lo consiguió con alardes y con base en celebraciones de la derrota de sus oponentes. La tensión entre el grupo de Shultz y el grupo del senador Helms llegó, según algunos periodistas acreditados en Washington, a provocar apuestas acerca de las simpatías del presidente Reagan por esos dos hombres.

Así, la renuncia de Gavin —por su forma— exhibió una nueva correlación de fuerzas políticas en el interior de la comunidad de la política exterior norteamericana. Para el caso de México, triunfó la corriente tradicionalista que busca conquistar mayores espacios mediante las presiones subterráneas y al margen de los desplantes públicos que sólo provocan irritación y rechazo.

¿Trueque PML y Gavin?

Aunque algunos políticos republicanos consideraron la renuncia de Porfirio Muñoz Ledo como un triunfo personal de Gavin, en el fondo no pocos entendieron el sentido de la sonrisa helada de Shultz. La propuesta mexicana original exploró la posibilidad de renuncias en trueque —indican datos comentados al autor en fuentes políticas de Washington— para excluir a los dos embajadores que parecían simbolizar las fricciones entre México y EU: Gavin y Muñoz Ledo. Después de la renuncia del embajador mexicano, algunos analistas se quedaron esperando la sustitución de Gavin. Pero los indicios que se quisieron airear en aquella cena en Los Angeles llevaban la intención de mostrar a un Gavin apoyado nada menos que por el presidente Reagan.

¿Qué ocurrió en el fondo? Según apreciaciones de observadores diplomáticos, el hombre que estuvo detrás de la renuncia de Muñoz Ledo fue Shultz. No pocos, en consecuencia, atribuyen al secretario de Estado un juego de pesos y contrapesos con México que lograron la desaparición de Muñoz Ledo del ámbito de las Naciones Unidas. Esta apreciación se basa en el hecho de que simultáneamente a la re-

nuncia del embajador mexicano, Estados Unidos aceptó oxigenar al Grupo de Contadora e inclusive el secretario de Estado norteamericano se reunió con los cancilleres de ese grupo en Washington en un movimiento que se interpretó como un reconocimiento oficial a esa organización regional de tipo político.

Fuentes diplomáticas de Washington y Nueva York dijeron que algunos funcionarios del gobierno norteamericano previeron la Salida de Muñoz Ledo y capitalizaron los conflictos políticos hacia el interior del gobierno mexicano. En una cena mundana de esas que acostumbra la clase política neoyorkina, un personaje de figura extraña pero muy conocida en el ambiente social y político se le acercó al canciller mexicano, Bernardo Sepúlveda Amor, para pedirle el favor de que aceptara “desayunar con un amigo”. Esa reunión se desarrolló en el hotel Waldorf Astoria, de Nueva York, residencia diplomática del embajador de EU ante las Naciones Unidas.

Sepúlveda desayunó con un personaje que por aquellos meses de junio y julio de 1985 resultaba muy importante para la diplomacia del Departamento de Estado: Vernon Walters era, casi seguro, el sucesor de la señora Kirkpatrick. Más tarde, ya designado, Walters aterrizó en México y se reunió con el presidente De la Madrid y con el canciller Sepúlveda, sin que se cumpliera el protocolo de la presencia del embajador de México en la ONU, Porfirio Muñoz Ledo, quien se encontraba en Europa y que no fue llamado a México. Por si fuera poco, otra cena un poco extraña se realizó en la ciudad de México, sobre todo por la presencia de un personaje que luego saltaría a la palestra política: Mario Moya Palencia, entonces director de una oscura y demasiado modesta empresa paraestatal dedicada a la pesca. El enlace fue Gavin.

Pero Gavin capitalizó la renuncia de Muñoz Ledo como propia. Aunque, eso sí, sin mucha fortuna. Al final de cuentas, Shultz supo esperar el tiempo necesario para estimular la renuncia de Gavin y recuperar la embajada de EU en México para el Departamento de Estado. Fue un triunfo más de Shultz sobre el grupo del cada día más disminuido senador Jesse Helms, por más esfuerzos que éste hiciera, primero para sostener a Gavin y, después para condicionar el nombramiento del sucesor a su beneplácito. Había otros en la lista:

- *El general Alexander Haig*, que sin ser propiamente del grupo de Helms sí fue muy proclive a dejarse influir por él y por el grupo de

“think tanks” del Centro de Estudios Estratégicos Internacionales de la Universidad de Georgetown —en donde adquirió la capacitación académica en política exterior— y fue echado del Departamento de Estado por sus convicciones más reaccionarias que diplomáticas. Haig fue el prototipo de secretario de Estado —duro, anticomunista, fanático religioso, inflexible, agresivo, halcón— del senador Helms.

- La señora *Jeanne Kirkpatrick*, proclive a defender los intereses norteamericanos desde perspectivas más ideológicas que de política exterior, recibió durante su gestión como embajadora de EU en las Naciones Unidas todo el apoyo del senador Helms. Era una mujer sostenida y alentada por Helms. En el fondo, las diferencias de Kirkpatrick con su sucesor, el general Vernon Walters —ex director adjunto de la CIA y un maestro de la intriga—, eran más de estilo que de fondo. Pero el senador Helms y sus seguidores siempre han intentado capitalizar personalmente las intrigas y las presiones.

- *Constantine Menges*, hombre clave en la estrategia de Helms y el hombre de Gavin en la comunidad de los servicios de inteligencia en Washington, fue despedido de la dirección de asuntos latinoamericanos y mexicanos del Consejo Nacional de Seguridad y asimilado por Shultz en la oficina burocrática de información diplomática del Departamento de Estado, en una jugada hábil que apartó a Menges de la influencia de Helms. En el CNS, Menges había logrado representar —con voz, voto y veto— los intereses de Helms en la región.

- *Robert McFarlane*, aunque no de la línea dura de Helms, de todos modos en la dirección general del Consejo Nacional de Seguridad, había sido proclive a responder a las demandas de Helms, al grado de sobreproteger y aprobar las directivas de Menges. McFarlane salió despedido del CNS por tres motivos: haberle filtrado a *The New York Times* la carta secreta de Caspar Weinberger al presidente Reagan, cuando el secretario de Defensa fue excluido de la comitiva estadounidense a la cumbre de Ginebra con Gorbachov; haber violado las reglas del moralismo que deben practicar los personajes clave de la Casa Blanca: las aventuras femeninas de McFarlane irritaron demasiado a Nancy Reagan; y por haber sido sensible al juego de Helms de convertir al CNS en un contrapeso del Departamento de Estado. McFarlane acabó incorporándose como investigador importante del Centro de Estudios Estratégicos Internacionales

de la Universidad de Georgetown, centro conservador muy cercano al grupo de Helms.

- Y luego *Gavin*, una ficha más perdida por el senador Jesse Helms en las áreas primordiales de la política exterior de Estados Unidos.

El perdedor en esta pugna sangrienta por la conducción y control de la diplomacia fue, pues, el senador Jesse Helms, otrora hombre poderoso con influencia decisiva sobre el presidente Reagan. Estos fracasos de Helms han sido capitalizados por Shultz, quien ha recuperado para el Departamento de Estado algunos puestos clave: en el Departamento de Estado ha hecho renacer la disciplina y la convicción, al margen de desplantes y vanidades. El trabajo subterráneo, las presiones que no se ven, el juego diplomático del abrazo y la intriga han vuelto a la Secretaría norteamericana de Estado.

Otras áreas han sido recuperadas por Shultz. En la embajada ante las Naciones Unidas despacha el general Walters, involucrado en algunos golpes de Estado y vinculado directamente —según investigación de dos periodistas de *The Washington Post*— en el asesinato del ex canciller chileno Orlando Letelier. A la conducción de los asuntos latinoamericanos en el CNS ha vuelto la disciplina y el profesionalismo, dejando fuera los excesos apocalípticos de Menges y sus directivas intervencionistas y violatorias de toda disciplina diplomática. Y al frente del CNS aparece el obediente y voluntarioso almirante Poindexter, que ha colocado al CNS bajo la dirección de Shultz y que trabaja al lado de Reagan en asuntos de seguridad nacional pero sin violentar relaciones con otras áreas.

Según apreciación de analistas, dos tareas más desplegó Shultz: la primera, casi resuelta a su favor: el nombramiento de un embajador norteamericano en México que responda a su dirección y control y fuera de demandas de grupos de presión ultraconservadores. Esta decisión hará volver a la embajada de Estados Unidos en México a la subordinación del Departamento de Estado, dependencia perdida en los últimos años por el interés de los presidentes posteriores a Richard Nixon de plantear en ese nivel una relación especial con México.

El siguiente paso de Shultz fue controlar a ciertas agencias que siguen pensando en actuar libremente en México, al margen de los intereses y supervisiones del Departamento de Estado: la CIA, la

DEA y la Dirección de Aduanas, en donde el grupo del senador Helms sigue teniendo influencia, al grado de que sus audiencias públicas de mayo se sostuvieron por la participación de representantes de esas oficinas gubernamentales.

En esta lucha el senador Helms ofrecerá resistencia. Pero por la manera en que renunció Gavin, Helms no las tendrá todas consigo, para beneplácito de Shultz, quien —a decir de algunas fuentes— se mostró complacido por la salida de Gavin.

II

El embajador John Gavin no entendió ni quiso entender la estrategia de George Shultz para México y tuvo que renunciar. El diplomático norteamericano quería continuar en la línea dura de confrontación, pero el Departamento de Estado se había decidido ya por el camino de las presiones subterráneas y por la negociación con el sistema político mexicano aprovechando la condicionalidad crediticia de los acreedores. Más que el choque o el combate abierto estilo Gavin o Jesse Helms, de ahora en adelante EU buscará la articulación y la alianza de México a los intereses estadounidenses.

Gavin quería otra cosa y se fue quedando solo. Cuando Shultz estableció una alianza con el secretario del Tesoro, James Baker, para introducir el tema financiero en la cartera de negociaciones políticas con México, Gavin vio que sus mejores tiempos habían pasado. Así, buscó cambiar la embajada por un puesto alto en la burocracia política de Washington o California, pero nada pudo adelantar. Según comentarios de periodistas acreditados aquí, Gavin se fue resentido de la política y molesto con su amigo el presidente Reagan porque no lo promovió ni lo apoyó en su desigual pugna con Shultz.

Para analistas e investigadores consultados por el autor, la renuncia de Gavin puede interpretarse como el otorgamiento de ciertas concesiones de Estados Unidos a México, en función de los tiempos políticos en que se dio: su salida se precipitó antes de las elecciones gubernamentales en Chihuahua, Durango y Sinaloa, en donde el PAN había hecho mancuerna con Gavin para vender en EU las posibilidades del bipartidismo. Asimismo, el embajador renunció días antes de las audiencias públicas promovidas por el senador Jesse Helms y le quitó a una importante caja de resonancia que tenía

en México el legislador derechista por Carolina del Norte. Y finalmente, Gavin se fue a su casa, sin posibilidades reales y concretas de incorporarse a otro nivel de la administración Reagan.

Para México, la salida de Gavin representó un alivio. Fuentes cercanas al Departamento de Estado indican que el secretario Shultz había comprendido el alto nivel de irritación que provocaba el embajador norteamericano en México, al grado de que las alianzas tradicionales entre EU y México habían sufrido mermas importantes por el carácter temperamental del ex actor. Asimismo, Shultz decidió que 1986 sería un excelente año para poner en marcha una nueva estrategia para México, muy alejada del tono público de intervencionismo que practicó Gavin en 1985.

El esquema de Shultz estuvo funcionando en el primer semestre de 1986 al margen de la participación de Gavin y en alianza con otros importantes sectores del gobierno norteamericano, sobre todo con James Baker, con el embajador de EU en la ONU, Vernon Walters, y con el equipo acreedor comandado por el Sistema de la Reserva Federal y el Comité de Bancos Acreedores que dirige el Citibank. En este sentido, las opiniones sobre México hacia el interior del Departamento de Estado no fueron las de Gavin, e inclusive los propios “thinks tanks” vinculados a la administración alentaron al gobierno a buscar nuevas formas de presión para México, otras maneras de articulación de intereses y un diálogo político con el sistema político mexicano.

Por lo pronto, un operativo estuvo en funcionamiento: aprovechar la condicionalidad financiera que exige el Plan Baker para promover cambios en el sistema político mexicano. Evaluaciones de académicos indican que la reprivatización de la economía mexicana debe de pasar, para hacerla irreversible, por una modificación e inclinación hacia el conservadurismo en el seno del sistema político mexicano. La preocupación de los acreedores de garantizar la permanencia de ciertas medidas ortodoxas —apertura a la inversión extranjera, ingreso al GATT, liberalización del comercio exterior, venta de paraestatales y disminución del papel económico del Estado— inclinó la participación directa del Departamento de Estado en las negociaciones crediticias de México.

Gavin fue hecho a un lado en este esquema e inclusive llegó a convertirse en un estorbo. La sola presencia de Shultz en las negociaciones

provocó la marginación automática de Gavin, quien siguió enfatizando aspectos políticos de confrontación entre los dos países, mientras en el ámbito económico se buscaba un acuerdo de fondo y a largo plazo. El juego de Shultz fue claro. No por menos, por ejemplo, el inicio de las negociaciones financieras de México tuvieron que comenzar, a finales de febrero de 1986, con una visita obligada al Departamento de Estado de los funcionarios financieros mexicanos. No por menos, tampoco, México ha denunciado el auxilio financiero a cambio de silencios diplomáticos o del repliegue de la política exterior.

Gavin comenzó a maniobrar. Telefónicamente instaba al presidente Reagan a tomar determinadas medidas contra México y justificaba su intervencionismo público ante su amigo y no ante sus superiores. La Casa Blanca fue cauta, pues no quería romper con Gavin ni quitarle autoridad al secretario de Estado. Pero los acontecimientos se precipitaron hacia finales de marzo y Gavin se vio prácticamente obligado a renunciar o a seguir siendo embajador de nombre pero sin ninguna posibilidad de actuar. Y aunque buscó una salida más digna en Washington y Los Angeles, todos los caminos se le cerraron.

Las luchas de Mr. Gavin

Poco tiempo le duró a Gavin el triunfo de su reconfirmación en 1985. Lo saboreó unos cuantos meses, sobre todo hasta finales de ese año y principios de 1986. Todavía en ese tiempo continuó su trabajo de convertirse en el informador de la Casa Blanca sobre asuntos mexicanos, aún por encima de la autoridad del Departamento de Estado. En varias ocasiones, según se supo en Washington, el presidente Reagan le pedía a Shultz algunos informes sobre México para confirmar o enriquecer apreciaciones que ya le había dado el embajador Gavin.

Este manejo de su presencia en México le dio algunos dolores de cabeza a Gavin y le dificultó su estancia en 1985. Más aún cuando en octubre de 1984¹ Gavin firmó una carta, junto con otros embajadores, para apoyar la campaña de su padrino político, el senador Jesse Helms, para su reelección en Carolina del Norte. Muchos firmantes de esa lista fueron posteriormente removidos de sus puestos. La llamada de atención del Departamento de Estado hizo hincapié en la condición de los embajadores como “empleados federales de tiempo completo,

cuya tarea principal es el oportuno y exitoso desempeño de sus funciones oficiales”. Asimismo, el Departamento de Estado recalcó que “los embajadores con nombramiento político deben abstenerse de regresar a Estados Unidos para participar en las próximas campañas electorales”. La lealtad de Gavin le costó puntos. En enero de 1985, cuando Reagan había terminado de jurar como presidente de Estados Unidos para un segundo mandato², el Departamento de Estado comenzó a tomar nota de los deslices del embajador Gavin. Ello llevó a esa dependencia de la Casa Blanca a atender más los dichos de su embajador en México. No pasaría mucho tiempo antes de que Gavin se enfrentara a una pugna palaciega y tuviera que quemar sus últimos cartuchos. Primero habían sido las propuestas de dos hombres cercanos al presidente Reagan:³ James Baker, entonces *chief of the staff* en 1984, y Michael Deaver, segundo de a bordo de Baker, quienes habían recomendado la rotación de embajadores después de dos años de gestión en los países que más le interesaran a la Casa Blanca. Inclusive, Deaver propuso directamente la remoción de Gavin. Deaver sería, poco tiempo después, encargado de relaciones públicas de México en Estados Unidos a través de un *lobby* especializado.

En julio de 1985, previo a las elecciones mexicanas del 7 de ese mes y poco antes de la visita de Shultz a México a finales de julio, algunas fuentes de Washington revelaron los trabajos que había pasado Gavin para lograr su confirmación.⁴ Según las evidencias, la permanencia de Gavin había sido producto de una negociación concreta de Shultz con los senadores ultraderechistas, a cambio de desbloquear algunos otros nombramientos diplomáticos en el Senado. “Gavin le debe el favor al senador Helms”, reportó el periodista José Carreño, corresponsal de la agencia mexicana *Notimex*.

Las llamadas de atención de las propuestas de Baker y Deaver movilizaron a Gavin. En un viaje a Washington, Gavin se entrevistó con Richard Lugar para manifestarle su temor de ser removido. Gavin no tenía más interés diplomático que la embajada en México; eso sí, sus debilidades políticas lo inclinaban a puestos de elección en California o a un alto puesto en la administración. Lugar dijo que algunos cambios serían evitados como parte de decisiones de “excepción” del Departamento de Estado. Junto con Gavin, conservó su puesto el embajador norteamericano en Colombia y redactor del Documento de Santa Fe, Lewis Tambs.

Para lograr quedarse, Gavin tuvo que deberle a Helms el gran favor. Porque Helms, según versión del periódico *The Los Angeles Times*, se entrevistó con el presidente Reagan a mediados de junio para interceder en favor del amigo mutuo, el ex actor de Hollywood. Otro senador, el californiano Pete Wilson, dijo que las negociaciones a favor de Gavin habían dado resultado y que el ex actor permanecería en su puesto hasta finales de 1988. Así pues, Gavin se quedaba en México.

En agosto, Gavin celebró dos hechos: su permanencia como embajador y la renuncia del embajador mexicano en la ONU, Porfirio Muñoz Ledo, como resultado, según versión de fuentes norteamericanas, de gestiones de Gavin y de Shultz ante el gobierno del presidente De la Madrid. En una cena en California entre la crema y nata del poder republicano en la costa Oeste,⁵ Reagan le levantó el brazo a Gavin y dijo: “es uno de los embajadores más eficientes que tenemos. Está desempeñándose maravillosamente; le he solicitado que se quede y ha estado de acuerdo”. En Washington, algunos rostros se ensombrecieron porque el caso de Gavin era el único de un embajador cuya confirmación en su puesto era anunciada, tan festivamente, por el propio presidente Reagan.

Los afanes de Mr. Gavin

Esta dependencia tan directa del presidente Reagan le costó cara a Gavin. Cuando a finales de 1985 vio que el Departamento de Estado tenía en sus manos el control de los asuntos mexicanos y que él podía considerarse como embajador confirmado pero fuera del manejo de los asuntos de México y sin demasiada influencia —la amistad perduró aunque no involucrada con el trabajo— en las decisiones de fondo de la Casa Blanca, Gavin quiso hacer algunos movimientos para reafirmar su poder, pero se dio cuenta bien pronto que los tiempos habían cambiado.

Entonces decidió pasar la cuenta. Según fuentes políticas washingtonianas, el embajador Gavin sintió que había prestado excelentes servicios al gobierno de Estados Unidos y por ello la Casa Blanca debería recompensarlo. Pero la negociación de un cambio la hizo al estilo de la señora Jeanne Kirkpatrick —protegida del sena-

dor Helms—: presionando y exigiendo. Y nada lograron. Kirkpatrick se dedica ahora a dar conferencias muy bien pagadas y Gavin tuvo que retirarse a la vida privada.

Desde mediados de 1985 Gavin comenzó a buscar un reacomodo. Hizo dos intentos: uno por colocarse en un buen puesto en la administración Reagan y otro por lanzarse de lleno a la política. En ambos fracasó. Sin apoyo político interno, sin alianzas políticas entre la cerrada clase gobernante republicana, irritante en sus relaciones personales, no pudo adelantar ninguna posición importante. Como no es hombre de tendencias burocráticas, buscó un puesto que le permitiera hacer política y estar cerca del presidente Reagan.

Gavin se mostró inexperto en el conocimiento de la vida política norteamericana. Se sostuvo demasiado en la amistad con el presidente Reagan y su cercanía a la señora Nancy Reagan, pero sin promover otro tipo de alianzas. Pero Reagan aparece ahora limitado por un equipo de gobierno que lo viene siguiendo desde California y resulta un grupo muy cerrado y elitista. Por si fuera poco, los intentos de Gavin por conseguir otra posición fueron apoyados exclusivamente en su amistad con Reagan y en su relación con Helms, sin ninguna voluntad de hacer trabajo político.

Y nada consiguió, aunque hizo desesperados intentos por salir de la embajada de Paseo de la Reforma a una posición política más alta. Cuando la señora Kirkpatrick renunció a la embajada de EU en la ONU, Gavin sintió que esa era su posición natural por dos razones: su cercanía al presidente Reagan y la intención del senador Helms de mantener en propiedad ese cargo. Pero Shultz fue más hábil. El desembarco del general Vernon Walters estaba previsto por muchas razones, entre ellas una muy poderosa: Walters es el prototipo del diplomático que quiere Shultz: intrigante, hombre de la CIA, duro, derechista, negociador, de sonrisa amplia, políglota, con amistades en todo el mundo y un carácter afable, además de inteligente y republicano.

Así, Gavin no pudo cambiar su residencia a Nueva York, aunque a decir de algunos analistas tampoco hizo ningún trabajo político para lograrlo. Sólo se lo pidió a su amigo el presidente Reagan. Pero la negativa fue obvia, aunque se le ofreció, en descargo, la embajada en la OEA. Y si en alguna parte de su vida Gavin fungió como “asesor cultural” de ese organismo, ahora se le hizo demasiado poco y rechazó la oferta.

Otros puestos solicitados en el ámbito de la política exterior tampoco estuvieron a su alcance, pero debido ahora a la oposición de Shultz y del secretario adjunto Elliot Abrams. Entonces decidió buscarle por el lado de la administración. Apoyado en algunas de sus gestiones comerciales en México, Gavin deslizó su deseo de ser secretario de Comercio, pero la posición de Malcom Baldrige estaba más sólida que nunca. A cambio, se dijo en Washington, comenzó a explorar la posibilidad de ser secretario del Trabajo, tal vez por su paso por el sindicalismo en el Screen Actors Guild, pero Gavin rechaza el ofrecimiento por las mismas razones que no quiso irse a la OEA: “nadie conoce mucho los nombres del secretario del Trabajo ni del embajador norteamericano en la OEA”, comentó en público.

Cerradas las puertas en la burocracia, intentó después colarse en la política californiana. Aprovechó su relación con el presidente Reagan y la influencia de éste en el grupo republicano de Los Angeles, pero encontró otros obstáculos insalvables: el mismo Gavin nunca se había preocupado por hacer política y por si fuera poco la lista de políticos californianos que estaban esperando oportunidad era muy larga. Así, fracasó en su intento por ser senador debido a la presencia y carisma de Alan Cranston. Sin oportunidad en la senaduría, su intención de lanzarse a la gubernatura era prácticamente imposible.

Vistas estas malas experiencias, hizo el intento por quedarse como embajador en México, pero el presidente Reagan estaba más proclive a sostener la estrategia de Shultz y el senador Helms había perdido influencia ante el sólido mando del Departamento de Estado. Por lo demás, la confirmación de Gavin en México para el segundo mandato fue muy difícil, al grado de que el propio senador Jesse Helms tuvo que negociar —haciendo concesiones en otros rubros— con mucha dificultad la reconfirmación de Gavin. Así, para algunos expertos diplomáticos era obvio que los primeros signos de debilidad del senador Helms eran dañinos para Gavin.

Los motivos de Mr. Gavin

Pese a que en agosto de 1985 la estrella de Gavin parecía refulgir con esplendor, y a que, aquella cena californiana había mostrado su cercanía con Reagan, las cosas no marchaban del todo bien para el

polémico embajador norteamericano en México. En este contexto, el arribo de Michael Deaver al manejo de asuntos mexicanos en Washington significó que otro amigo cercano al presidente Reagan — con pase especial para la Casa Blanca— hiciera gestiones a favor de México, exactamente en sentido contrario a las tareas del propio Gavin. Y Deaver parecía ser más amigo del presidente que Gavin.

La pugna por el manejo de los asuntos norteamericanos en México se complicó. Aunque, a decir de fuentes políticas en Washington, el contrato de México con Deaver era una idea que beneficiaba con mucho a México porque había fallas en sus relaciones extradiplomáticas con la Casa Blanca, el Congreso y otros centros de poder locales, el asunto es que Deaver operó poco y no puso en marcha ningún programa concreto para sacar a México del arrinconamiento en el que lo tenía Gavin ante la opinión política estadounidense.

Pero la sola presencia de Deaver al frente de algunos asuntos mexicanos provocó fricciones. Y más porque Deaver no sólo era amigo del presidente, sino porque el propio presidente estuvo haciendo esfuerzos importantes para evitar el enjuiciamiento de Deaver por malos manejos en su oficina de relaciones públicas. En medio de las acusaciones, en 1986 Reagan comentó a unos periodistas: “Deaver es mi amigo y además Nancy lo quiere mucho”. Aún dentro del escándalo político, Deaver fue el único no funcionario que tuvo derecho de picaporte en la oficina Oval y un pase especial para la Casa Blanca.

Por si fuera poco, Shultz comenzó a manejar parte de los asuntos mexicanos en otras áreas de la diplomacia estadounidense. Para algunas gestiones destinó un papel clave a la eficacia y habilidad del general Vernon Walters y él mismo comenzó a manejar parte de las relaciones México-Estados Unidos en materia financiera y en el tema centroamericano. Varias veces vino Walters a México y Gavin operó sólo como un enlace.

Así las cosas, Gavin se vio de pronto sin futuro político y sin destino administrativo. Como puntilla se dio la elección del actor Clint Eastwood como alcalde de la pequeña población californiana de Carmel. Según diplomáticos consultados, Gavin seguía haciendo algunos esfuerzos con los grupos republicanos de California para incorporarse a algunas tareas políticas, pero Eastwood se le adelantó. Con más dinero que Gavin para poder hacer política, con mayor carisma y actor

más famoso, el protagonista de la serie *Harry el sucio* le ganó la partida a Gavin y lo dejó a la orilla del camino de la política.

Pese a la complacencia de importantes grupos políticos californianos que encontró Gavin en aquella cena en la que el presidente Reagan lo presentó como un campeón, en realidad Gavin nunca hizo trabajo político para el Partido Republicano. Según apreciaciones recogidas en Los Angeles, California es uno de los Estados en donde la política es más difícil y dura, además de desgastante y en ocasiones sangrienta en términos políticos.

Para hacer carrera política en California se necesita presencia, trabajo político y dinero. Algunos analistas comenzaron a ver con curiosidad la vinculación de Gavin con algunos grupos políticos de Texas y acreditaron ese acercamiento a la búsqueda de apoyos financieros para posibles campañas. Además, varios candidatos a senador por California trabajaron duro mostrándose ante la opinión pública. Aparte del poderoso Cranston, un economista muy famoso hizo campaña desde abajo: Arthur Laffer, asesor económico del presidente Reagan y fundador de la famosa teoría del *supply side economics* o *economía, del lado de la oferta* que le dio columna vertebral a la campaña de Reagan en 1980.

En ese ambiente político, Gavin no tuvo oportunidad, como no la aprovechó para combatir por otros puestos. Esta falta de expectativas, su aislamiento en la embajada de EU en México y la derrota sufrida a manos de Shultz, además de la decadencia de su amigo y protector, el senador Jesse Helms, contribuyeron a precipitar la caída de Gavin como embajador y su regreso a la vida privada.

III

Una vez perdido todo en la política, Gavin se inclinó a la empresa privada. Aunque durante mucho tiempo hizo gestiones para encabezar un grupo de inversionistas norteamericanos que comprara las estaciones de televisión en español del consorcio Televisa en Estados Unidos, la sorpresa cundió cuando se anunció oficialmente⁶ en Los Angeles que Gavin había sido nombrado vicepresidente para relaciones federales de la empresa petrolera Atlantic Richfield.

Según información especializada,⁷ la Atlantic Richfield es una empresa que está vinculada a poderosos intereses financieros. Un pa-

quete de acciones de esta empresa está en manos del First Chicago Co. y de Western Bancorporation, en donde ocupa el séptimo lugar entre las empresas petroleras dedicadas a la refinación. Asimismo,⁸ en la lista de la revista *Fortune* aparece en el importantísimo lugar número doce entre las 500 más importantes de Estados Unidos, con ventas por 22 mil 357 millones de dólares en 1985. Pese a ese volumen de negociaciones, la Atlantic Richfield atraviesa una época problemática: en 1985 registró pérdidas por 202 millones de dólares.

Poco conocida en México, en Estados Unidos, no obstante, la Atlantic Richfield tiene ya una importante biografía política. Algunos datos se enlistan a continuación:⁹

- El ex jefe de la campaña presidencial de George Bush, ex *chief of the staff de* Reagan en su primera presidencia y actual secretario del Tesoro de EU, James Baker III, es poseedor de un paquete importante de acciones de la empresa que ahora dirige Gavin.

- La Atlantic Richfield apareció entre las 60 más importantes empresas cuyos asuntos eran atendidos, hasta 1980, por el poderoso despacho Rogers, Well & Casey. Para los datos, el abogado William Casey tomó posesión en enero de 1981 como director general de la CIA. Por si fuera poco, Casey y su familia declararon poseer más de 50 mil dólares de acciones de la Atlantic.

- John Crowell, asistente del secretario de Recursos Naturales y Medio Ambiente del gabinete de Reagan, también es accionista de la Atlantic.

- Fred Charles Ike, subsecretario de asuntos políticos del Departamento de Defensa, posee 50 mil dólares de acciones de la Atlantic.

- John Shad, presidente de la Comisión de Ley y Cambios, posee acciones de la Atlantic en cantidad suficiente como para haber sido declarada fiscalmente.

- Walter Stoessel, asistente del secretario de Estado, posee acciones de la Atlantic.

Por las características de los altos funcionarios que participan de la propiedad de la Atlantic Richfield, esta empresa aparece como

una de las más atractivas para inversiones en 1981, aunque haya pasado por problemas en 1985 y en 1986 no mostrara evidencias de ir saliendo. Asimismo, revela la vinculación entre la empresa y el poder político, más aún ahora con la incorporación del ex embajador de EU en México y amigo personal del presidente Reagan, el ex actor John Gavin.

Notas

- 1.— *La Jornada*, 29 de octubre de 1984.
- 2.— *El Financiero*, 28 de enero de 1985.
- 3.— *Proceso* 453, 8 de julio de 1985.
- 4.— *El Día* y *El Financiero*, 3 de julio de 1985 y *Proceso* 453, 8 de julio de 1985.
- 5.— *Excélsior*, 24 de agosto de 1985.
- 6.— *Excélsior*, 28 de mayo de 1986 y *La Jornada*, 29 de mayo de 1986.
- 7.— *EU Perspectiva Latinoamericana* 16, segundo semestre 1984, Centro de Investigación y Docencia Económicas, (CIDE).
- 8.— *Fortune*, Las 500, 4 de agosto de 1986.
- 9.— *Reagan's ruling class*, de Ronald Brownstein and Nina Easton, introduction by Ralph Nader, Pantheon Books, New York, 1982 y 1983.

El Día en libros

Títulos publicados

- 1.— **Chalatenango: la guerra descalza**
Nicolás Doljanín
- 2.— **Pobreza para muchos, riqueza para pocos**
Enrique Padilla Aragón
- 3.— **Mitos de la inflación... y otros**
Gustavo Esteva
- 4.— **Foro Internacional de Comunicación Social**
Varios autores
- 5.— **De la Política**
Mario Ezcurdía
- 6.— **México: crisis económica y desarrollo**
Varios autores
- 7.— **La lucha entre el poder civil y el clero**
Emilio Portes Gil
- 8.— **Centroamérica: la guerra de Reagan**
Alvaro Echeverría Zuño
- 9.— **Comentarios públicos**
Horacio Quiñones
- 10.— **Wojtyla, programa y política del Papa**
Adalbert Krimss
- 11.— **Los mexicanos se pintan solos**
Ricardo Cortés Tamayo y Alberto Beltrán
- 12.— **Heriberto Jara, luchador obrero en la Revolución Mexicana**
Silvia González Marín

-
- 13.—Informe Kissinger contra Centroamérica**
Gregorio Selser
 - 14.—Lo religioso en el refranero mexicano**
José E. Iturriaga
 - 15.—Hombres en la historia**
José María Alponente
 - 16.—Apogeo y crisis de la derecha en México**
Abraham García Ibarra
 - 17.—América Latina, deuda externa y desarrollo**
Jacobó Schatan
 - 18.—La CNC en la reforma agraria mexicana**
Moisés González Navarro
 - 19.—Decenio de teatro, 1975-1985**
Malkah Rabell
 - 20.—Centroamérica: una historia sin retoque**
María Teresa Gutiérrez-Haces, Lucrecia Lozano, Berenice Ramírez,
Alfredo Guerra-Borges, Mario Salazar Valiente y Juan
Arancibia. Prólogo de Agustín Cueva
 - 21.—Los precandidatos y sus ideas**
Ramón Aguirre Velázquez, Manuel Bartlett Díaz, Alfredo del
Mazo González, Sergio García Ramírez, Miguel González
Avelar y Carlos Salinas de Gortari
 - 22.—Operación Gavin. México en la diplomacia de
Reagan**
Carlos Ramírez



Este libro se terminó de imprimir el 31 de agosto de 1987 en los talleres de Editorial El Mundo, Ramón Aldana 39, México, 8, D.F. Se tiraron tres mil ejemplares más sobrantes para reposición.

Si en su paso por el cine el ex actor de Hollywood John Gavin dejó una huella apenas visible, en la embajada de Estados Unidos en México cumplió el mejor papel de su carrera hasta convertirse en el más famoso y conocido embajador estadounidense en nuestro país, aunque sólo fuera por sus constantes intromisiones, desplantes y abiertas provocaciones.

Su actuación como representante diplomático en México se explica no únicamente por su vieja amistad con Ronald Reagan y otros personajes de la política norteamericana, sino ante todo porque le fue encomendada una misión precisa, cuya consecución trató de cumplir en el lustro que ocupó el cargo, entre 1981 y 1986.

En ese lapso, Gavin provocó fricciones con sectores políticos mexicanos; polemizó sobre temas internos; se mostró públicamente con dirigentes de partidos políticos de derecha; enfatizó el resentimiento mexicano respecto a Estados Unidos; promovió las inversiones de su país, y renovó las presiones para reprivatizar y abrir la economía nacional al exterior.

En suma, John Gavin intentó introducir a Estados Unidos como factor de poder en México y buscó un lugar para la embajada norteamericana en el sistema político mexicano.

Con abundancia de datos de primera mano y referencias documentales, Carlos Ramírez ofrece en el presente volumen los resultados de una minuciosa investigación sobre el papel de Gavin como embajador, ubicándolo en el contexto de la política exterior estadounidense y demostrando su afinidad con los sectores más conservadores de la administración Reagan.

Profesor de la Universidad Nacional Autónoma de México, periodista especializado en temas económicos y de política estadounidense, colaborador de El Día y otros medios informativos, Carlos Ramírez señala también que la actuación de Gavin ratificó el papel prioritario asignado a México para la seguridad nacional de Estados Unidos.